



SIEMPRE CONMIGO

*Cynthia
Pérez*



SIEMPRE CONMIGO

Cynthia Lorena Pérez

Siempre Conmigo



Primera edición: enero de 2018

© Grupo Editorial Max Estrella

© Cynthia Lorena Pérez

© Siempre conmigo

ISBN: 978-84-17233-30-3

ISBN Digital: 978-84-17233-31-0

Grupo Editorial Max Estrella
Calle Fernández de la Hoz, 76
28003 Madrid

Editorial Calíope
editorial@editorialcaliope.com
www.editorialcaliope.com

Este libro se lo dedico a Ivy, mi hermana, mi alegría, mi amiga, mi todo; que siempre ha estado a mi lado y yo junto a ella, apoyándonos mutuamente en cada logro o fracaso que hemos pasado juntas a lo largo de nuestras preciadas vidas.

PRÓLOGO

CAPITULO I

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

CAPITULO IX

CAPITULO X

CAPITULO XI

CAPITULO XII

CAPITULO XIII

CAPITULO XIV

CAPITULO XV

CAPITULO XVI

CAPITULO XVII

CAPITULO XVIII

CAPITULO XIX

CAPITULO XX

CAPITULO XXI

CAPITULO XXII

CAPITULO XXIII

CAPITULO XXIV

CAPITULO XXV

AGRADECIMIENTOS

«Podemos caminar entre tinieblas por largo tiempo, imaginando a cada momento que quizás nunca podremos salir de allí, sin darnos cuenta de que lo único que necesitamos es escuchar atentamente a nuestra voz interior, en silencio. Al hacerlo, es ahí justamente, y en la oración, donde encontraremos a Dios. Él, sin dudarlo, hará encender la luz que hay en nuestro corazón y en nuestra alma, iluminando así el camino que está frente a nosotros. De tal forma que, ahora sí, podamos ver con más claridad lo que está frente a nosotros y apreciemos, si nos lo proponemos, lo bella y hermosa que es la vida.»

CYNTHIA PÉREZ

Prólogo

Puedo decir que a lo largo del tiempo, quizás al igual que muchas otras personas, la vida en general me ha tratado muy bien. Por supuesto que en el camino también he tenido mis *altas* y mis *bajas*, y me siento muy agradecida de haberlas vivido. Pero, en especial me siento más afortunada de haber experimentado *mis malas rachas*, pues estas, realmente me hicieron crecer como persona. Y aunque en el momento no lo pasé para nada bien, ahora comprendo que gracias a ellas me hice una persona muchísimo más fuerte de lo que antes ya era. Y ahora, comprendo que especialmente en todo ese proceso, aprendí de todo eso lo suficiente y que dentro de mi confusión, pues antes no comprendía por qué me sucedían todas esas cosas, fue precisamente y gracias a todo eso que me hice una persona más resistente a todo, ya que con el tiempo, especialmente *mi actitud* fue la que me ayudó a no darme por vencida nunca.

Fue en el trabajo en donde me refugié y centré la mayoría de mi atención para lograr tener ocupada mi mente, ya que esta última se puede convertir en muchas ocasiones, tanto en nuestra mejor como nuestra peor enemiga en la vida. Y tal es el caso de la protagonista de esta historia; una chica valiente, la cual, a lo largo de los años pasó por algunos episodios no muy agradables en su vida. Sin embargo, y sin desistir nunca, siendo siempre perseverante, tuvo fe y nunca se dio por vencida, pues sabía que al final de cada túnel oscuro, siempre se encuentra una luz del otro lado. Así que con paciencia y dedicación y con cada caída y tropiezo que tuvo en el camino, se supo levantar con coraje, logrando poder llegar a la meta que se había fijado alcanzar algún día.

CAPITULO I

Cita con el doctor Monroe

Es un viernes por la tarde y son exactamente las 17.00.

Siempre he sido una persona muy puntual y no quería que hoy fuera la excepción en mi primer cita con el doctor Monroe; el cual, me recomendó uno de mis mejores amigos, y quizás, ahora que lo pienso, el único que tengo, Ferdinand. Ferdinand ha estado *siempre conmigo*, acompañándome tanto en los buenos como en los malos momentos a lo largo de mi vida.

Apenas tengo veinticinco años, pero siento como si ya hubiera vivido muchísimos años más. Muchas veces he sentido como si estuviera viviendo la vida de otra persona y no la mía propia, y eso, cada vez se vuelve más y más confuso para mí; sin poder explicármelo, porque además de mi insomnio..., *ese* es otro de los motivos por los cuales me encuentro aquí, en este consultorio, rodeada de toda esta gente extraña que nunca antes había visto.

Mientras espero aquí sentada a que llegue mi turno, me pregunto por qué razón, aunque todavía ni siquiera ha terminado la primavera, el calor ya se siente insoportable, causando en mí gran estrago. Pues, la presión de mi cuerpo empieza a bajar muchísimo, y la falta de apetito es sin lugar a dudas inevitable.

Ojalá algún día me pueda mudar a algún lugar más fresco. No me importa si llueve o si nieva todos los días del año; pues aquí, en esta ciudad, en ocasiones siento que estoy literalmente a punto de derretirme, como si fuera una paleta helada.

—Enseguida le paso, señorita Bell —me dijo la secretaria del doctor Monroe al verme quizás ya un poco impaciente, pues no dejaba de mover el

pie de un lado para el otro mientras cruzaba mi ya cansada pierna.

Al parecer, el doctor Monroe era una persona muy solicitada, pues habían pasado ya casi dos semanas desde que había hablado por teléfono para poder apartar una cita con él; cosa, que por un lado me pareció que estaría bien, pues eso quería decir que era bueno en su oficio. Y eso era justamente lo que ahora necesitaba, alguien que me pudiera ayudar con todos los problemas que ahora tenía.

—Adelante, por favor —me indicó la amable señorita de nuevo, a la vez que salía el paciente que acababa de consultar al doctor Monroe.

—Muchas gracias —le dijo el guapo joven.

—Nos vemos la próxima semana —le respondió amablemente el doctor mientras volteaba a vernos a todos, para ver quién era su siguiente paciente trastornado. Fue entonces que me levanté del asiento y me dirigí al consultorio del doctor, donde me pasó. Y ahora sí, me presenté formalmente estrechando su mano para saludarlo.

—¡Mucho gusto, doctor Monroe! —le dije—. Mi nombre es Miranda Bell —. Continué, al mismo tiempo que él estrechaba mi mano mostrándome una seca pero a la vez amable sonrisa.

—Por favor, señorita Bell, tome asiento —me dijo a la vez que extendía su mano indicándome con ella que me sentara.

—¿En qué la puedo ayudar? —me preguntó, mirándome fijamente a los ojos; como si además de mis palabras, quisiera ver más allá, dentro de mi alma. Cosa que me incomodó bastante, y empecé a sentirme un poco nerviosa. Entonces, guardé silencio por unos cuantos segundos; pues, sinceramente, no sabía cómo comenzar a contarle mi historia al doctor Monroe. Así que respiré como pude, profundamente, y ahora sí, comencé a hablar conservando por completo la calma.

—Bueno —le dije al doctor—, una de las muchas cosas que me traen hoy aquí con usted, es que ya llevo algo de tiempo sin poder dormir, y constantemente tengo muchas pesadillas. Además de eso, sueño a cada momento que soy perseguida por alguien; entonces, como comprenderá, me levanto completamente asustada y me pongo como loca a revisar cada centímetro de mi casa para quedarme tranquila y así, poder conciliar el sueño de nuevo, cosa que casi nunca consigo hasta que pasan unas cuantas horas. Luego me invade el sueño, y como si eso no fuera suficiente, me duele muchísimo detrás de la cabeza y tengo bastante ansiedad, ya que constantemente me dan ganas de llorar sin motivo alguno.

Entre estas y mil cosas más, también le comenté al doctor que acababa de romper con mi novio, con el que llevaba poco tiempo de estar saliendo. Y que en una de las tantas fiestas organizadas en casas de los estudiantes, lo descubrí en una de las habitaciones de la casa teniendo relaciones con una mujer; cosa que no soporté, y me marché de ahí con algunas de mis compañeras de la universidad, que me habían acompañado para darle la sorpresa a todos en la fiesta. Y ¡vaya sorpresa que me llevé! Así que desde entonces, ya no he vuelto a creer ni creeré en ningún hombre. Además, también le comenté al doctor, que me acababa de independizar por completo, y que ahora vivía sola en una pequeña casita que mi padre me prestó por un tiempo y que adquirió unos cuantos años atrás, pensando que quizás algún día cualquiera de sus hijos la necesitaríamos. También pensó que podría ser un patrimonio para nosotros en el futuro, cosa que le agradezco muchísimo.

—Pues, créame —le dije al doctor Monroe que ahora que vivía sola, lejos de mi familia, vivía muchísimo más feliz; sin nadie que me estuviera molestando todo el santo día.

—¿Molestando? —me preguntó el doctor con un poco de duda.

—Sí, doctor —le contesté.

—Más adelante le contaré el calvario que ha sido para mí vivir en ese infierno de casa por tanto tiempo.

El doctor, al terminar de contarle todo esto no me dijo absolutamente nada, ni siquiera mostró un gesto de preocupación o movió su cabeza para hacerme saber que me escuchaba. Nada, absolutamente nada.

—¿Acaso no me va a hacer alguna pregunta con respecto al tema? —me dije a mí misma un poco pensativa. Y entonces, después de unos cuantos segundos, al ver que seguía con esa actitud de seriedad, como si estuviéramos en un velorio; supuse que esperaba de mí que siguiera hablando. Así que eso fue exactamente lo que hice, y seguí hablando.

—¿Sabe? —le dije siguiendo con mi historia—, siempre me he considerado una persona muy sensible, demasiado sensible para mi gusto, por todo lo que sucede a mi alrededor. Y en ocasiones, no le encuentro ninguna explicación a todo esto.

De pronto, el doctor Monroe me interrumpió, pues al parecer, esta parte de la conversación captó su interés por completo. Así que sin dudarle y antes de que me extendiera aún más en el tema, me preguntó lo siguiente, esperando de inmediato una respuesta de mi parte.

—¿Podría darme un ejemplo de lo que sensible significa para usted,

señorita Bell? —preguntó el doctor, y luego guardó silencio de nuevo. Fue entonces que pude notar en su mirada inquisitiva cómo observaba cuidadosamente cada uno de los movimientos que yo estaba haciendo, pues más que hablar con la boca parecía que hablaba con las manos. Eso es algo que siempre me ha caracterizado desde la infancia.

—¿Sensible? —volví a repetirle al doctor Monroe—. Bueno —contesté tomando unos cuantos segundos para escoger las palabras adecuadas que iba a decirle al doctor en ese preciso momento—. Hay veces, y no sé por qué, me pasa muy seguido últimamente; pues se lo juro que nunca antes me había pasado, que pienso en alguien que no había visto en muchísimo tiempo, o lo sueño un día antes; ya sea dormida o despierta. Y para mi sorpresa, la veo o me la encuentro al día siguiente en cualquier lugar, ya sea en la tienda o en la calle. Y eso, realmente me descontrola un poco, ¿sabe? Y no, nada más es eso —continué explicándole al doctor Monroe, notando en su rostro un poco más de interés en la plática; a diferencia del que había mostrado hace apenas unos cuantos minutos. Así que se sentó un poco más derecho, acercando ligeramente su cuerpo un poco más hacia el frente, para poder escucharme y mirarme.

—Continúe por favor, señorita Bell —me dijo el doctor, siguiendo con esa actitud de seriedad en su rostro, a la vez que tomaba un bolígrafo y su pequeña libreta y empezaba a anotar algunas cosas en ella.

—Bueno —continué con mi historia—. Hay ocasiones que también, al rozar ligeramente a alguien en cualquier lugar donde me encuentre; ya sea en la universidad, o en alguna otra parte; o simplemente al tocarlos, o al estrechar sus manos, o cuando me son presentados por alguien más; puedo sentir, no en todos, pero sí en algunas personas, si están próximos a morir; no sé, quizás por alguna enfermedad, o están a punto de sufrir algún terrible accidente. Y como le dije antes, no siempre me pasa, o al menos hacía mucho que no me pasaba, pues cuando era niña llegué a experimentar lo mismo, ¿sabe? Y cuando se lo comuniqué a mis padres; estos, un poco sorprendidos, me dijeron que tratara de ignorar cuando me llegaran estos pensamientos a la mente, y eso fue exactamente lo que hice. Al principio me pareció un poco difícil, pero con el tiempo y la práctica llegué a controlarlos un poco y, luego, cada vez más. Hasta que un día ya no les presté ni la mínima atención, e inmediatamente me concentraba en alguna otra cosa, con tal de mantener a mi mente ocupada, hasta que este pensamiento se desvanecía por completo. Pensaba que solo era cualquier cosa insignificante, producto de mi imaginación, y con los años pude manejarlo perfectamente. Pero ahora, de unos cuantos días o meses para acá,

sigo teniendo estas alucinaciones. Y después, me entero que esa persona que vi en mi mente fallece, o tiene alguna enfermedad incurable; y eso, créame que realmente me está asustando mucho, pues nunca antes se me había manifestado tan claro este don que ahora tengo, por así decirlo. O más bien, siento que de niña pude manejarlo quizás mejor, hasta que eso, de pronto, un día desapareció por completo, y jamás me volvió hasta hace poco. Ahora me está volviendo a pasar y a asustar, y me está causando muchísima ansiedad. Ya no sé cómo poder seguir manejándolo.

Una vez más, el doctor Monroe siguió sin decirme una sola palabra, cosa que empezó a desesperarme. Y continuó escribiendo notas y más notas en su libreta sin darme una opinión de lo que pudiera estarme sucediendo.

Entonces, ahora sí, me molesté un poco; así que decidí no contarle ya ni una sola palabra más de mí vida, y luego me quedé completamente callada. Así, tal cual. Mientras, el continuó escribiendo en su dichosa libreta, al parecer, algunas palabras abreviadas para poder escribir rápido todo lo que yo le decía. Reaccionó inmediatamente y notó que yo me encontraba un poco molesta. Pues ¿de qué se trataba todo esto? ¿No se supone que era un doctor para el alivio del alma y la mente, y que, acaso no estaba ahí para ayudarme? Entonces, en un par de segundos se dio cuenta que ahora era yo la que estaba decidida a invertir los papeles de «doctor-paciente», y esperé un momento más para ver si reaccionaba y me comentaba algo más del asunto; pues, ya llevaba largo tiempo hablando y parecía que no mostraba ningún interés en mi caso.

Después de esto, el doctor Monroe solo se limitó a sonreír un poco, pues se había dado cuenta de mi jueguito vengativo. Y ahora fui yo la que me le quedé mirándolo a los ojos esperando a que me hablara y me dijera cualquier cosa que le diera la gana.

—¿Sabe?, señorita Bell —me dijo el doctor, ahora sí, rompiendo un poco el hielo—, siento que detrás de todo esto hay algo mucho más profundo y delicado que con el tiempo y poco a poco, iremos descubriendo juntos. Sin embargo —continuó el doctor Monroe—, pienso que su dolor de cabeza constante, acompañado de esa inquietante ansiedad y sin lugar a dudas su falta de apetito; pues lucía completamente delgada; se debe a que seguramente en este momento esté pasando por una pequeña depresión. Pero, no se preocupe por eso —me dijo tranquilo—, hoy en día, la depresión es algo que se puede curar. Además, créame, es algo que no está en usted poder controlar, y por tal motivo, sus estados de ánimo son tan variables y frecuentes. Esto se lo digo —

continuó—, porque algunos pacientes piensan que se están volviendo locos, ya que de pronto se encuentran tranquilos y calmados y, luego, en dos segundos su estado de ánimo cambia a muy tristes o desmotivados, sin poder explicarse el porqué. Y eso aumenta aún más su ansiedad, llevándolos a cometer algunas veces los peores actos en contra de los demás o de ellos mismos.

—¿Sabe? —continuó el doctor, explicándome un poco más del tema—, la mayoría de las veces, esto se debe a la falta de endorfinas que tenemos en el cerebro. Es un líquido que perdemos cada vez que lloramos mucho o estamos muy tristes por algo, como la pérdida de un ser muy querido o alguna otra circunstancia. Y entonces, dejamos de reír; cosa que hacemos muy mal, pues la risa activa nuestras endorfinas. Sin embargo, a veces es inevitable, y esto provoca un desequilibrio por completo en nuestro cerebro. Esto, a su vez se ve reflejado en nuestro comportamiento. Me pregunto señorita Bell si alguna vez ya se había sentido así, o es la primera vez que le está pasando esto —me dijo el doctor Monroe mostrando en su cara un poco de duda, a la vez que me seguía mirando a los ojos.

—Sí, doctor —le contesté al mismo tiempo que me corría una pequeña lágrima por mi mejilla derecha.

Al verme el doctor en tan penoso estado, inmediatamente me ofreció uno de sus pañuelos desechables que tenía encima de su escritorio, y entonces me limpié la cara cuidadosamente para no correrme el maquillaje ni el rímel.

—Tres veces —le contesté al doctor Monroe.

—¿Perdón? —me preguntó el doctor con un poco de duda, pues al parecer no había escuchado muy bien mi respuesta.

—Tres veces, doctor —volví a repetirle—. He tenido tres depresiones a lo largo de mi vida —le dije con un poco de pena.

—Y créame —insistí—, no sé si podré aguantar una cuarta —le dije sin decir ya ni una sola palabra más.

Al terminar de confesar al doctor lo penoso que era contar ya con tres depresiones en mi corta vida, noté en su rostro un poco de pena hacia mi persona, y al mismo tiempo un poco de sorpresa.

Después de eso guardó silencio por un par de segundos, y luego me preguntó si ya había tomado antes algún medicamento.

—Supongo entonces, señorita Bell, que ya ha tomado antes algún medicamento ¿No es así? —esperando oír de mí un *sí* como respuesta.

—No, doctor, nunca —le contesté, viendo de nuevo en su rostro un gran gesto de asombro por lo que estaba escuchando, y de nuevo, continué hablando

—. Nunca antes he tomado ningún medicamento, y nunca antes había venido a ningún psicólogo. Y créame, ojalá antes lo hubiera hecho y mi familia me hubiera enviado con uno, así mi vida no hubiera sido una tortura todo este tiempo. Si ahora lo hago, es porque ya no aguanto más. Me siento un poco más desesperada que otras veces, ya que las otras, me llevó muchísimo tiempo poder superarlo y vencerlo, es más, le confieso que ni siquiera sé cómo lo hice, pero lo hice. Sin embargo, en esta ocasión, siento que me está costando muchísimo más trabajo lograrlo que las anteriores. Por eso estoy aquí, ya que no estoy segura de poder hacerlo esta vez yo sola y por mi propia cuenta.

Al terminar de escucharme el doctor Monroe, se notaba que no podía dar crédito a ninguna de mis palabras, ya que no podía creer que yo sola hubiera podido salir de estas difíciles situaciones sin la ayuda de ningún medicamento, o un familiar, o un amigo. Así que solo se limitó a llevarse el puño cerrado, pegándolo a sus labios, y me miró. Me pareció un poco admirado y maravillado, a pesar de las circunstancias.

—Señorita Monroe, si es cierto lo que acaba de decirme, créame que realmente la admiro muchísimo, pues no cualquiera puede salir de una sola depresión, y menos de tres, como usted lo ha hecho hasta hoy. Y menos así, sin ayuda de nadie. Créame que para mí, eso merece de toda mi admiración y respeto. Pero, como usted bien acaba de decir, no nos podemos dar el lujo de que usted siga sufriendo de esa manera. Así que le voy a recetar estas pastillas que la harán sentirse mejor y mejor cada día, ya lo verá. Además, seguiremos con el tiempo hablando de todos los acontecimientos que la han afectado y marcado durante su vida. Trataremos de entender y dar solución a esos problemas para ayudarla, y poder superarlo juntos, se lo prometo. Por lo pronto, el tiempo hoy ya se nos terminó, pero verá que para la próxima vez que nos veamos, investigaremos desde la raíz el porqué de tantas depresiones en su corta vida —terminó diciendo en un tono más suave el Doctor Monroe.

—Sí, doctor. ¡Muchas gracias! —le contesté—. Después de eso, el doctor Monroe únicamente me sonrió y luego, se levantó para despedirse de mí amablemente con una de sus manos mientras con la otra me entregaba la receta del medicamento para que la surtiera lo más pronto posible en la farmacia más cercana.

—¡Gracias de nuevo! —volví a decirle al doctor, pues él no sabía, o quizás muy en el fondo sí, pues era psicólogo, que con el solo hecho de haberme escuchado ya me había ayudado bastante, y había logrado que me desahogara un poco y sacara dentro de mí un pedazo de la tristeza que estaba adherida en

mi corazón, y también en mi alma.

Al salir de ahí, inexplicablemente me sentí un poco liberada, pues era como si una pesada carga que llevaba encima de mí, hasta hoy, se hubiera hecho un poco más ligera; así que inmediatamente me dirigí a la farmacia que encontré más cerca en el camino y ahí, compré el medicamento que acababa de recetarme el doctor Monroe. El cual, por cierto, me salió carísimo, al igual que la consulta que tuve con él hacía un momento. Afortunadamente tenía guardado un poco de dinero para las emergencias, pues por el momento, me encontraba trabajando sin horario fijo creando murales hermosos en las paredes de las habitaciones de algunos niños en sus casas; ya que la pintura y la creatividad son algo que se me ha dado siempre de forma innata.

Además de eso, por las tardes también daba clases de inglés en una escuela primaria a niños pequeños, y de ahí también sacaba un extra para mis gastos personales; pues como había mencionado antes, no tenía que pagar ninguna renta, ya que la casa donde vivía era de mi padre, y por el momento me la estaba prestando hasta el día que yo quisiera, o alguno de nosotros se casara primero.

Por las mañanas, afortunadamente, me encontraba estudiando ya el último año de mi carrera en la universidad de artes. Yo era la más grande de edad del salón, pero eso no me importaba; pues nunca he sido lo suficientemente buena para aprender mil números, como lo requiere alguna ingeniería; y mucho menos revisar estados contables, como lo demandaría una carrera de contabilidad o finanzas; ya que desde muy pequeña siempre he tenido problemas para concentrarme y memorizar datos. Mi mente nunca ha sabido estar quieta, y todo el día estoy pensando y pensando en mil cosas, tanto, que a veces siento que me salgo un poco de la realidad. Y a veces creo que ni siquiera me doy cuenta.

Ya con el medicamento en mano, al llegar a mi pequeña casa, me encontré con la sorpresa de que ahí, sentado en las escaleras, me esperaba, supongo desde hace buen rato, mi muy querido amigo Ferdinand.

CAPITULO II

Ferdinand

—¡Hola odioso! —le dije, pues así nos hemos llevado desde que nos conocimos. A lo cual, él me contestó de igual manera y me movió el flequillo dejándomelo despeinado para todos lados.

—Hola odiosa. ¿Qué hay de nuevo? ¿Ya fuiste con el loquero hoy?

—De ahí vengo, justamente —le contesté a Ferdinand, mostrándole la bolsa con las medicinas dentro, luego pasamos a mi casa, donde me dirigí a la cocina para tomar un vaso con agua y así, poder tomarme la primer pastilla del tratamiento para ver si eso me calmaba un poco el dolor tan intenso que sentía en la parte de abajo de mi cerebro.

—¡Ah! —Exclamé reconfortada al tragarme la pastilla, subiendo un poco mis hombros y cerrando mis ojos por un par de segundos—, espero que con esto se me quite un poco, porque ya no aguanto el dolor ni un minuto más, te lo juro.

Ferdinand, después de escucharme decir estas palabras solo me dio un pequeño abrazo para animarme. Luego, sacó un juego de cartas viejo de su bolsillo y una bolsita llena de monedas, para apostar en pequeñas cantidades, como siempre lo hacíamos para divertirnos por las tardes. Como de costumbre, yo abrí una bolsa gigante de frituras con queso que tenía guardada en la alacena, pues, son mis frituras favoritas, y luego la vacié en un tazón enorme. Después reburujé las cartas; las cuales le entregué al final, para que las repartiera y cortara, y poder empezar a jugar al póker.

—¡Parte! —le dije.

—¡Ahí está! —me dijo.

Le entregué, sin ver, cinco cartas, y empezamos a jugar colocando nuestra moneda en el centro.

—Mmm... Traes buen juego —le dije pensando un poco, pues solo pidió una carta, y se la entregué para poder hacer yo mi descarte. Yo tomé tres, pero fue mucho mejor, ya que me llegaron dos ases y un rey. Afortunadamente, yo contaba con otro as y otro rey. Y esto mejoró indudablemente mi juego.

—Se aumenta la apuesta —le dije, y deposité otra moneda en el centro. Ferdinand, únicamente torció un poco la boca y me quiso poner a prueba diciéndome lo siguiente:

—Su moneda, señorita, y dos más —comentó, mientras que ponía un poco de presión en el juego, a lo que no me quedó más remedio que colocar mis monedas en el centro, dudando un poco de su juego, pues el mío era sin lugar a dudas ¡excelente...!

—Par de reinas y tres delicadas jotas —dijo.

—¡Pero, no como yo! —contestó el tonto. Yo me carcajeé por lo de *lo delicado de las jotas* y, luego, animosa le dejé ver mis cartas, a lo cual solo respondió: ¡Demonios! Y enseguida festejé como usualmente lo hacíamos con un bailecito ridículo, y tomé mi parte de la apuesta.

—¡Sí...! —grité una y otra vez. Y así continuamos jugando, Ferdinand y yo, por un par de horas más. No siempre jugábamos al póker, también jugábamos al dominó o algún otro juego divertido de mesa para entretenernos cuando nos veíamos. La verdad es que Ferdinand y yo disfrutábamos muchísimo de nuestra compañía juntos, pues podíamos pasar horas y horas hablando y nunca nos aburríamos uno del otro.

Sin embargo, a lo largo de los años, Ferdinand ya me había declarado su amor unas cuantas veces, pero tristemente, yo solo lo puedo ver como al mejor de mis amigos; quizás sea porque nos conocemos desde hace mucho tiempo y ya me había acostumbrado a verlo como si fuera otro de mis hermanos. Pero, a un hermano de verdad, no como al patán que tengo como hermano biológico y que no quiero para nada; al igual que a mi hermana menor, pues son unos pedantes y engreídos, y así han sido toda la vida conmigo. No obstante, Ferdinand me entiende muy bien y me sigue buscando todo el tiempo, pues como dije antes, somos inseparables y nos llevamos de maravilla. Además, quién sabe, la vida da muchas vueltas y no sé, quizás algún día pueda verlo de alguna otra manera.

—¡Ya son pasadas las diez de la noche! —le dije sumamente sorprendida al ver la hora en mi viejo reloj de mano. Él también volteó a ver el suyo sin

poder tampoco creerlo, ya que cuando estamos juntos, el tiempo se nos pasaba volando.

—¡Nos vemos en la semana Mimí! — me dijo al despedirse apurado Ferdinand, pues, según él esa era su abreviación de Miranda; y luego, se despidió rápidamente de mí y me dio un pequeño beso en mi mejilla.

—¡Adiós! —le grité, y extendí la mano desde la puerta de mi casa, luego, trató de arrancar su coche viejo. Fue un milagro que al fin lo hiciera, de lo destartado y usado que ya estaba.

CAPITULO III

Sueños extraños

Estaba al fin ya dentro de mi casa dispuesta a irme a descansar, pues estaba agotadísima ese día por todo lo que había hecho. El teléfono, sin esperármelo, repentinamente sonó, y entonces me apuré para ir a contestar antes de que colgaran y respondiera en su lugar el contestador.

Para mi sorpresa, al ver el número en el identificador de llamadas, me di cuenta que la persona que me hablaba a estas largas horas de la noche era nada más y nada menos que mi madre, cosa que me pareció un poco extraño, pues casi nunca lo hacía. Entonces, me apuré a contestarle para ver qué era lo que se le ofrecía, o si podría yo misma ayudarla en algo.

—¡Hola Miranda! —me dijo, pues casi siempre me llamaba por mi nombre, y casi nunca me decía hija, como a mis otros dos hermanos; ya que nunca fui uno de sus hijos consentidos, como lo eran mis otros dos hermanos. A veces, hasta dudaba en si realmente era parte de esta familia o no.

—¿Cómo te has sentido?

—Muy bien, gracias —le contesté mintiendo un poco, pues nunca antes se había preocupado mucho por mí, y ahora me llamaba la atención que quisiera hacerlo. Me siguió interrogando un poco más, como si mucho le importara, y como dije, continuó con su repertorio de preguntas por un buen rato.

—¿Ya fuiste con el psicólogo como me habías prometido? —me preguntó con un tono un poco extraño, o hasta burlón, como si fuera algo muy malo, o de fuera de este mundo.

—Sí, hoy lo hice —le contesté un poco cortante, pues casi nunca hablábamos ni charlábamos de casi nada; ya que las veces anteriores que

siempre quise hacerlo, siempre sentí que nunca me escuchaba del todo; o me dejaba hablando sola, o simplemente me interrumpía y empezaba ella a hablar de sus propias cosas sin dejarme nunca terminar de contarle las mías.

—¿Y cómo te fue? —me dijo, mostrando un poco de interés, cosa que no le creía.

—Pues supongo que bien —le dije.

—Además, me recetó algunas medicinas para mis dolores de cabeza y para que pueda dormir un poco mejor por las noches.

—Qué bien —me dijo.

—De verdad que me da mucho gusto oírlo, Miranda.

—Gracias, mamá —le contesté un tanto agradecida por su llamada, y hasta un poco arrepentida por juzgarla. Y antes de que pudiera decir alguna otra cosa, de pronto se adelantó y abrió de nuevo la boca sin poder quedarse nunca callada.

—¡Y...! —únicamente exclamó, guardando enseguida unos cuantos segundos de silencio.

—¿Ya le contaste lo otro? —me preguntó un poco preocupada, esperando que le contestara su pregunta.

—No mamá, todavía no —le respondí sintiéndome un poco culpable. Y antes de que siguiera contándole cómo me había ido hasta el final de mi consulta con el doctor Monroe, mi madre, como era su costumbre me interrumpió, y me dijo que en ese momento estaban llamando a su celular y que tenía que contestar inmediatamente; cosa que dudé que fuera cierta. Y entonces, colgué un poco triste todavía, sin poder acostumbrarme a su desprecio e indiferencia de siempre.

—¡Sí mamá! —me dije a mí misma.

—¡Como tú digas! Adiós —le dije, y luego simplemente colgué el teléfono y me dirigí a mi recámara para cambiarme de pijama y ver si ahora sí podía conciliar un poco de sueño. La cabeza seguía doliéndome mucho y me sentía un poco como si estuviera ida, pero sobre todo, de pronto comencé a sentir muchísima ansiedad. Yo creo que por haber hablado con mi madre, y entonces, al verme de nuevo en esta situación tan desesperante, comencé a repetirme a mí misma como siempre lo hacía, lo siguiente:

—¡Ya pasará, ya pasará Miranda! Recuerda que no está en ti poder controlarlo, pero muy pronto lo harás, ya lo verás.

—¡No está en mí! —insistí.

—¡No está en mí! Y cuando estaba a punto de llorar por nada, como de

costumbre en mis depresiones anteriores me sucedía, me subí inmediatamente a la caminadora y prendí el estéreo con música movida para sentirme un poco más motivada. Y seguí repitiéndome una y otra vez que no estaba en mí poder controlarlo mientras respiraba profundo, hasta que logré convencer a mi cerebro que pronto estaría bien, y me calmé entonces un poco.

Después de haber hecho un poco de ejercicio, sin haber tenido la menor de las ganas de hacerlo, pues más bien era sueño lo que siempre me daba, todavía me animé a tomar uno de mis libros favoritos del escritor brasileño Paulo Coelho y me puse a leerlo por un par de horas más. De pronto y como era de esperarse, el cansancio me ganó de nuevo y me acosté en la cama aventando de lado el libro. Y simplemente me dormí, después de no sé cuántas noches sin lograrlo.

Sin embargo, esta noche soñé un poco diferente a todas las demás, ya que ahora, no soñé que alguien me perseguía como casi todas las noches lo hacía, sino que en vez de esto, soñé que me tiraba de un avión en paracaídas y que volaba muy, muy alto por entre las nubes. Cosa que en la vida real nunca me atrevería a hacer. Y de pronto, como si verdaderamente estuviera ahí, empecé a sentir el aire fresco que golpeaba en mi cara mientras caía en picado a miles de metros por segundo.

—¡Guau! —me dije dentro del sueño, pues me sentía tan libre como si de verdad pudiera volar. Entonces, comencé a dar volteretas y volteretas al mismo tiempo que reía y gritaba de tanta alegría.

—¡Sí...! —grité una vez más totalmente emocionada y, luego, dentro de mi sueño me di cuenta de que le hablaba a alguien que se encontraba ahí, a un lado mío, volando por entre las nubes.

¡Soy un pájaro, Henry! —le dije, y luego pensé: ¿Henry...? ¿Quién es ese? —me dije, preguntándomelo dentro de mi sueño. Y luego, simplemente dejé de tomarle importancia y seguí viviendo al máximo esa experiencia maravillosa.

De pronto y sin esperar lo que vendría enseguida, uno de los listones del paracaídas se enredó en uno de mis zapatos y traté por todos los medios desesperadamente de soltarlo, pero no pude, cosa que cada segundo que pasaba me parecía más imposible, pues ya se veía que estaba próxima a tocar el suelo.

—¡No, Dios mío! —me dije completamente asustada—, ¡no quiero morir todavía! Así que seguí insistiendo en desatorar la cinta del paracaídas de mi zapato, pues ahora sí, faltaba muy poco para que tocáramos el suelo.

En mi sueño pude ver, además de a mí misma, a varias personas que me

acompañaban mientras estábamos volando. Y aunque a ninguno lo reconocí, pues no podía mirarles fijamente las caras, de pronto, uno de ellos se me acercó, y como pudo logró zafarme de esa cinta que me tenía prisionera a mi zapato. Entonces, de inmediato jalé del otro cordón que llevaba colgando sobre mi cintura, y como por obra de magia, pude ver que mi paracaídas al fin se abrió, evitando a solo unos cuantos kilómetros de distancia que yo cayera y me estrellara en el suelo. De pronto, una emoción de profunda angustia hizo que me despertara de un brinco de la cama, y abrí inmediatamente los ojos, dándome cuenta que todo había sido únicamente un espantoso sueño.

—¡No, otra vez! —me dije, y permanecí ahí sentada por un tiempo, tratando de recuperar de nuevo mi aliento.

Unos minutos después, cuando al fin conseguí calmarme un poco por todo esto, decidí levantarme e ir a la cocina para calentar en un recipiente un poco de leche caliente, pues alguna vez había escuchado que este remedio ayudaba a conciliar el sueño de nuevo. Y así lo hice sin dudarlo dos veces, me la preparé y me la bebí toda hasta el fondo, sin dejar siquiera ni un pequeño sorbo. Luego, al terminar de hacerlo, miré de reojo a mi gatito *Silvestre*, que me maulló de cerca y dio un brinco a la mesa, pues al parecer, a él también se le había antojado y quería beber un poco.

Desafortunadamente para mí, la noche pasó demasiado rápido y el despertador sonó como todos los días a las siete en punto de la mañana, y entonces me pregunté:

—¿Iré o no iré a la universidad? Luego, volví a repetírmelo por un par de veces más, ya que no tenía las mínimas ganas de levantarme ese día para asistir. Pero sin embargo, tuve que hacerlo, pues recordé que tenía un examen por el cual había estudiado varios días, ya que era una de las materias más difíciles y no me podía dar el lujo de reprobarlo.

CAPITULO IV

Sucesos inesperados

—¡A la una, a las dos y a las tres! ¡Arriba! —me dije una vez más, sin dudarlo. Y me levanté dirigiéndome al baño, donde me lavé la cara con un poco de agua fresca. Luego me apresuré para no llegar tarde a mi examen y únicamente me tomé un café con leche muy cargado que metí al microondas y me llevé dentro de una bolsita de plástico, una dona de chocolate para ir comiéndomela en el camino, rumbo a la universidad. No se encontraba muy lejos, quizás a unos siete minutos de la casa si me tocaban los semáforos en verde, que por cierto, al pararme en uno de ellos, que era el que duraba más tiempo, me di cuenta al mirarme el rostro por el retrovisor, que tenía unas ojeras tan marcadas y tan negras como pocas veces las había visto en mi cara.

—¡Oh là là! —me dije—, ¡lo único que me faltaba! ¡Parezco un maldito mapache!

¡A ver cómo salgo en la foto!—me dije, pues unos días antes nos habían hecho saber que irían del periódico local a tomar algunas fotos de la universidad para promocionar el instituto.

Luego, al verme unos segundos más mis tan marcadas ojeras, no me percaté que a un lado de mí se encontraba estacionado un coche con un hombre dentro, el cual, al voltearme a verlo, me mando un beso con la mano. Yo solo le hice un gesto de repulsión, e inmediatamente arranqué el auto cuando cambió el semáforo a verde.

—¡Viejo cochino! —pensé para mis adentros, hasta que llegué al fin al estacionamiento de la escuela, en donde me bajé y noté que todo mundo se me quedaba mirando. Incluso mientras seguía caminando por los pasillos de la

escuela hasta mi salón, aún seguían observándome, y algunos hasta reían cuando pasaban a un lado de mí. Hasta que llegó a mi lado una de las coordinadoras de la universidad, la señorita Robinson. Se quitó el jersey y se dejó únicamente la blusa que tenía debajo para ponérmelo encima de mi espalda.

—¿Pero qué le pasa señorita Bell? ¿En que está pensando esta mañana tan calurosa? ¿Que acaso le afectó tan duro el calor como para venir nada más en sostén y la parte de debajo de su pijama? ¿O solo quiere llamar un poco la atención, como lo hace de costumbre, señorita Bell?

—¿Qué? —me dije sorprendida al escucharla, y voltee inmediatamente a verme, pues no me había percatado que había dejado la blusa que me iba a poner sobre la cama y que había salido casi desnuda y con pantuflas puestas. Y ahora entendí por qué todo mundo no dejaba de mirarme, e incluso entendí por qué el hombre en el semáforo me había mandado hasta un beso en el aire.

—¡Yo no...! —titubeé un poco—, no me di cuenta, maestra Robinson, que había salido así de mi casa esta mañana, ¡se lo juro! —le dije mientras hacía la señal de juramento al mismo tiempo que besaba mi mano.

—¿Cómo no puede darse cuenta de eso, señorita Bell...? ¡Mire nada más esas ojeras que trae...! —me dijo, todavía un poco indignada, la maestra Robinson.

—¿No estará consumiendo algún tipo de drogas, verdad? ¿O sí, señorita Bell? — me preguntó un poco curiosa la maestra, al mismo tiempo que me observaba detalladamente de pies a cabeza.

—¿Qué? ¡No! ¡Por supuesto que no! —le contesté un poco molesta—, únicamente el *Prozac* —me dije para mis adentros, pues no quería que nadie se enterara ahí de que estaba visitando a ningún psicólogo.

Así que tomé de nuevo mis cuadernos y mis pertenencias, que había colocado la maestra en el suelo, y me dirigí al salón, que se encontraba a unos cuantos pasos. Y luego, solo me voltee para decirle a la maestra Robinson que mañana le devolvería sin falta su jersey. Únicamente movió su cabeza a los lados y se dirigió a la sala de maestros.

—¿Pero, qué es esto? —me repetí de nuevo al ver el jersey de anciana que me había prestado la maestra Robinson. Entonces, voltee a ver el reloj de la pared, que se encontraba en los pasillos de la escuela, a ver si tenía la oportunidad de ir a cambiarme rápidamente a mi casa, pero era imposible; solo faltaban un par de minutos para que sonara la campana y todos corrieran a sus respectivos salones.

Ya dentro del salón me senté, y la campana de la escuela sonó; así que de pronto, todos ahí, guardamos silencio por completo al ver sacar al maestro los muy temidos exámenes de historia del arte de su portafolio negro de piel muy fina. Y estoy segura que muchos, al verlos, al igual que yo, encima del escritorio; listos para ser contestados, tragaron un poco de saliva de los nervios que sentíamos, o al menos estoy segura de que ese era mi caso.

Después de un rato, los minutos pasaron y pasaron rápidamente, en especial, supongo para todos aquellos que no habían estudiado lo suficiente, pues ya quedaba muy poco tiempo para que lo entregáramos, y aún me quedaba una pequeña parte para poder terminar con éxito el examen.

Afortunadamente, unos cuantos minutos después, logré contestarlo muy rápido. Y cuando por fin hube terminado de hacerlo, miré el reloj de la pared y noté que todavía me quedaba un poco más de tiempo para relajarme. Así que respiré un poco aliviada y me quedé un poco más de tiempo ahí sentada, esperando a que todos los que faltaban terminaran y entregaran el examen al final, junto conmigo.

Mientras tanto, al ver que nadie se animaba a entregar su examen para poder hacerlo yo también; pues me daba pena que volvieran a reírse de mí como hace un rato; únicamente me quede ahí calladita, contemplando en completa paz los árboles en el patio. Estos, movían sus ramas y sus hojas suavemente, guiados por la cálida brisa matutina que soplaba esa mañana.

Un árbol en particular, captó por completo mi atención, pues no tenía casi hojas... Su tronco y sus ramas eran muy grandes y fuertes, así que continué mirándolo por un poco más de tiempo. Sorpresivamente noté que lentamente se estaba moviendo, y hacía ruidos completamente extraños, como si estuviera convirtiéndose en un enorme y gigantesco monstruo.

De pronto, noté que el árbol también tenía ojos, y estaban mirando fijamente a los míos. Además, abría su enorme boca como si estuviera repitiendo mi nombre, el cual, se escuchaba muy claramente.

Mis ojos, en ese momento se abrieron, con un poco de pánico, y volteé a los lados para ver si mis compañeros también lo estaban mirando. Pero nada, todos seguían concentrados en sus apuntes, y el maestro de historia ni se diga. Se encontraba leyendo uno de sus tantos libros que se llevaba a clase mientras nosotros copiábamos alguna lectura, o bien como ese día, mientras contestábamos nuestro examen tan largo.

Sin embargo, el monstruoso árbol siguió hablándome, diciendo un montón de cosas que no entendí; y ahora, se estaba dirigiendo hacia mí, caminando a

grandes pasos al mismo tiempo que repetía mi nombre.

De pronto y antes de que este rompiera los cristales de las ventanas y me atrapara con sus enormes ramas, el timbre de toda la escuela sonó. Entonces, yo me desperté pegando un enorme brinco, el cual me hizo caer de la silla, y acto seguido todos se rieron de mí, pues me había quedado profundamente dormida.

—¿Está usted bien señorita Bell? —me preguntó amablemente el maestro al verme volar del asiento.

¡Sí, señor, gracias! —le contesté, y luego me dije a mi misma—: ¡Qué alivio! —dándome cuenta de que todo había sido tan solo un sueño ridículo. Me levanté a darle mi examen al maestro al mismo tiempo que tropecé con el chico más guapo de toda la escuela, él únicamente me sonrió, y yo, de igual manera a él. Luego, de pronto, se le quitó el encanto cuando tuvo que abrir la boca para decirme las siguientes palabras hirientes:

—¡Lindo jersey, rara!

Por lo cual, yo solo cambié mi gesto de completa alegría por otro de enorme desprecio, y solo me di la media vuelta y salí de ahí, rumbo a la cafetería para tomar algo de alimento.

Ya ahí, mientras sacaba de mi bolsa de plástico lo que quedaba de mi dona aplastada y un jugo que también había tomado de mi raquílica alacena, noté que todo el mundo seguía mirándome como un bicho raro, e incluso escuché a un estudiante que pasó a un lado de mí, con un amigo, diciendo que ahí estaba la rara, cosa que no me gustó para nada oír. Así que me apuré a comer mi dona y luego me levanté y me fui de allí al estacionamiento, donde me subí a mi coche y me dirigí casi volando hasta mi casa para cambiarme ese horrible jersey que la maestra Robinson me había prestado.

Para colmo de los colmos, ya estando dentro de mi casa, me apuré y me dirigí corriendo hasta mi recámara para cambiarme y ponerme una blusa bonita, pues disponía solo de unos cuantos minutos para hacerlo y regresar a tiempo a la universidad para mi próxima clase. Lo primero que hice fue aventar las llaves y la ropa que me fui quitando para ponerme unos pantalones cómodos, en vez de el pijama que no me había cambiado, y para mi mala suerte y para cerrar con broche de oro ese día, los pantalones se me enredaron de lo apuradísima que lo estaba haciendo. Así que, de pronto, perdí el equilibrio al atorármese en ellos ambas piernas y me caí redondita al suelo, dándome un buen trancazo en el brazo.

—¡Bravo! —me dije a mí misma, y luego me levanté de nuevo mientras me

sobaba el golpetazo que acababa de darme en el brazo.

Como era de esperarse, en unos cuantos segundos, este se me inflamó bastante y se me formó un enorme moretón, el cual abarcaba casi todo mi antebrazo. Después de eso, me dirigí de nuevo a la universidad, y entre trabajos de equipo, comprar material para mis murales, las clases de los niños e ir al supermercado para surtir de comida la alacena esa semana, el tiempo se me pasó volando; y de nuevo mi cita con el doctor Monroe llegó en un cerrar de ojos.

CAPITULO V

Segunda cita con el doctor Monroe

—Adelante señorita Bell —me dijo amablemente la secretaria.

—El doctor Monroe la está esperando.

—¡Gracias! —le respondí yo también y me dirigí de nuevo al consultorio, donde saludé con un poco más de confianza al doctor Monroe y me senté de nuevo en la banca de los acusados, como yo le decía cada vez que iba a mi consulta.

—¿Cómo se ha sentido este tiempo que lleva tomando los medicamentos? —me preguntó el doctor Monroe muy amablemente, a la vez que observaba mi enorme moretón en el brazo.

Pues más o menos —le contesté, ya que apenas había transcurrido una semana desde la última vez que nos habíamos visto, aunque para mí había sido como si hubiera sido un día antes.

Recuerde —insistió el doctor Monroe—, a veces las medicinas pueden tardar hasta dos o tres semanas en hacer efecto, depende de la situación y gravedad de cada uno de los pacientes. Imagínese, en usted con más razón, ya que nunca antes ha tomado ningún medicamento.

—Está bien —le contesté al doctor y, luego, para no quedarse con ninguna duda me preguntó qué era lo que me había sucedido en el brazo.

—¡Ah, esto...! —le dije con un poco de pena—, pues nada.

Solo que hace poco me enredé en mis propios pantalones por querer salir apurada de la casa, como toda la vida, y me caí al suelo dándome este tremendo golpetazo — le dije, tal cual, sin más rodeos.

—¿Y su tatuaje? —me preguntó de nuevo, pues al parecer ese día, a

diferencia de la cita anterior, no podía quedarse ni un solo segundo callado.

—¿Qué significa ese trébol de la suerte en su antebrazo?

Dudé en contestarle y solo me limité a decir lo siguiente:

—Pues nada importante, en realidad —le dije.

De pronto, un día tuve una visión en un sueño y al siguiente sentí la necesidad de hacerme el tatuaje. Eso es todo, además, y no sé por qué, los tréboles siempre han crecido inexplicablemente cerca de mí, en un jardín o en macetas; en cualquier lado en donde he ido o vivido —le dije, contestando su inquisitiva pregunta.

—¿Sabe? —me dijo el doctor Monroe. Y no me lo tome a mal, señorita Bell —continuó hablando—, es extraño que ese tatuaje no signifique nada más para usted, ya que casi siempre cuando nos tatuamos es porque tiene algún significado especial para nosotros, pues es algo que permanecerá marcado en nuestra piel para toda la vida. ¿No lo cree usted así señorita Bell?

Yo solo me quedé un poco pensativa al terminar de escuchar al doctor Monroe, y no le dije nada más, pues me sentía como una completa tonta, allí sentada, sin saber que decirle o contestarle al doctor Monroe acerca de mi tatuaje.

—¿Sabe algo?, señorita Bell, desde la última vez que nos vimos, me quedé pensando por qué en su vida ha sufrido de tantas depresiones en tan corto tiempo. Y más usted, pues apenas es una jovencita con toda una vida por delante, y no puedo entender por qué a su corta edad ha pasado por algo tan difícil tantas veces y sin ninguna ayuda. Le confieso que desde que la conocí, y cuando me lo contó por primera vez... ¡Todavía es hora que no puedo explicármelo! —me dijo, todavía un poco sorprendido, el doctor Monroe.

—La verdad, me encantaría saberlo. No sé, quizás con lo que me vaya contando en cada consulta pueda entender más su situación para que nunca más vuelva a pasar por todo esto —me dijo el doctor, por la última charla que ya habíamos tenido la semana pasada.

—No se crea doctor —le dije—, para mí no ha sido nada fácil vivir con todo esto. Supongo que en el fondo siempre he tenido un poco de fe, y he llegado a pensar que muy pronto voy a poder salir de esta otra depresión que estoy sufriendo, y que es mucho más intensa que las otras anteriores.

—Ahora, si lo que quiere saber es como lo he hecho para superar la mayoría de las veces mis ataques de ansiedad, créame que a veces no es tan difícil como parece, no le miento. En el momento, unas veces me dan ganas de salir a correr sin rumbo fijo, y otras, siento que voy a explotar de la angustia

por dentro. Entonces, solo comienzo a respirar, cada vez más y más profundo, a la vez que le repito una y otra vez a mi mente que todo esto va a pasar, hasta que así de pronto, esto, tal cual pasa, y me vuelvo a tranquilizar un poco. En otras ocasiones simplemente me dan ganas de llorar, y lloro, y ya cuando me desahogo, trato siempre de salir de la casa y de rodearme de gente; no sé, salgo simplemente al centro comercial; o al parque, a caminar; o me pongo a lavar mi auto, aunque no tenga ganas, más que de quedarme recostada en mi casa todo el santo día.

Sin embargo, ahora es diferente, no puedo explicárselo ni siquiera con palabras, pero trataré de hacerlo.

Esto no se lo he dicho absolutamente a nadie, ni siquiera a mi mejor amigo, pero ¿sabe? No sé por qué, siento como si estuviera atrapada ahora en un cuerpo que no es el mío —terminé diciéndole al doctor Monroe, el cual, permaneció unos cuantos segundos en shock al escucharme, sin decir una sola palabra. Luego, rompió de nuevo el silencio y trato de entender lo que en ese momento le estaba diciendo, pues, notó que yo no estaba jugando, y todo eso era muy en serio.

— A ver, señorita Bell, le voy a preguntar algo, pero por favor no quiero que me lo vaya a tomar a mal y mucho menos que se ofenda, ¿está bien?

—Sí, doctor, adelante, puede hacerlo —le dije, a lo cual el me preguntó lo siguiente:

—De casualidad ¿No ha asistido usted a cultos o a algunas sectas extrañas? No sé, ¿quizás ha presenciado de cerca algún tipo de exorcismo u otro evento de igual manera muy desagradable?

Al terminar de escuchar al doctor Monroe, no le tomé ninguna gracia a lo que acababa de decirme, y de momento, pensé que este doctor no me estaba tomando para nada en serio, y es más, me dije:

—Seguramente ha de pensar que soy un poco rara, como todos los demás, y mi rostro se lo dijo absolutamente todo. Luego, recapacité un poco más y pensé: Bueno, al fin y al cabo, el hombre está tratando de hacer bien su trabajo, y continué hablando un poco más del tema para despejar su duda por completo.

—No, doctor —le contesté.

Nunca he asistido a ninguna de esas sectas, ni he presenciado ningún tipo de exorcismo. Y después, un poco indignada, ya no quise contarle ninguna cosa más al doctor, hasta que él quisiera invadirme de nuevo con su repertorio de preguntas.

Al ver el doctor que mi comportamiento ya había cambiado un poco, trató de suavizar las cosas, y trató de darme un poco de esperanza diciéndome las siguientes palabras:

—Muy bien señorita Bell, para poder entenderla y poder ayudarla a que sienta mejor, tendremos que remontarnos muchos, pero muchos años atrás, cuando usted era todavía una pequeña niñita. ¿Le parece bien?

—Sí, doctor —le contesté.

—Pase para acá entonces —me dijo el doctor amablemente, y luego me dirigí a un pequeño sofá donde me recosté, y él se sentó enfrente de mí en una cómoda silla.

—Cierre sus ojos por un momento —me dijo—, necesito que se sienta completamente relajada y viaje a través del tiempo, hasta donde pueda recordar lo más pequeña que usted era.

Entonces, guardé silencio e hice caso a lo que el doctor Monroe me pedía, y en cuestión de segundos me acordé de cuando era una niñita muy pequeña y de lo mucho que mis padres me querían, cuando todavía no había nacido ninguno de mis otros dos hermanos.

—¿Sabe? —le dije al doctor con un poco de melancolía—, no va a creer lo que a continuación voy a decirle, pero todavía recuerdo, aunque muy vagamente, el día que fue mi cumpleaños número tres; pues es el número de velas que trae también el pastel en el álbum de fotografías que mi madre tiene por ahí en algún lugar de la casa guardado, y en el cual, por cierto, mi madre sale muy gorda, ya que estaba embarazada de mi hermana de casi ocho meses; según lo que ella me comenta al ver las fotos de los álbumes. Aun así, me parece que estaba muy hermosa y radiante en ese día. También recuerdo, como si estuviera ahí en ese preciso momento, haber soplado las velas de mi pastel mientras mi madre me tomaba delicadamente de la cintura para que yo no me cayera de la silla. ¡Cielos, realmente me querían mucho! También recuerdo el haber abierto uno tras otro cada uno de mis regalos, los cuales me parecieron no tener fin. Todavía conservo un poni de peluche y una muñequita de trapo sobre la repisa, en la casa de mis padres; fueron mis favoritos ese día.

—¿Sabe? —le dije un poco triste al doctor Monroe.

—Ahora que lo pienso, creo que ese fue el único cumpleaños hermoso que tuve durante toda mi miserable vida. Se lo juro, ya que después de ese día ya nada volvió a ser igual.

—¿Por qué, señorita Bell? ¿Por qué ya nada volvió a ser igual? —continuó preguntando el doctor Monroe.

—Pues, muy sencillo, doctor —le respondí—, al siguiente año nació mi hermana Sofía y el siguiente mi hermano Johnny. No sé cómo explicárselo, pero siento que desde que ellos dos nacieron, se sintió un gran favoritismo con Sofía por parte de mi madre, y de Johnny por parte de mi padre. Y ¿sabe?, yo únicamente me quedé ahí sola, bailando como dicen, y todos los mejores vestidos y las mejores cosas siempre se las daban únicamente a ellos. Por ejemplo —le comenté al doctor Monroe con un poco de rencor—, vea la carcacha que yo tengo por carro. Era de mi padre, y él lo usó casi toda su vida, desde que nosotros éramos pequeños. Y ahora, pregúnteme qué auto le acaban de comprar a Sofía y cuál maneja ahora mi adorado hermano —le dije al doctor Monroe—, ¡los mejores! O por lo menos son modelos mucho más recientes que el mío —volví a comentarle al doctor Monroe.

—¿A qué cree usted, señorita Bell, que se debe este extraño favoritismo hacia ellos y no a usted? —me preguntó el doctor un poco confuso.

—Bueno, ahora que lo menciona, supongo que es porque Sofía es muy bella, y siempre ha sido muy inteligente en la escuela y ha sacado las mejores notas, cosa que yo nunca he hecho ni podré hacer; pues, de milagro he pasado siempre de *panzazo*. Además, batallo mucho para concentrarme y memorizar cosas, en especial números y fechas. Además, Sofía siempre se ha relacionado con gente de mucho dinero, cosa que ha puesto a mi madre siempre muy contenta, además de que ella siempre ha ganado todos los concursos de belleza en las escuelas donde ha estudiado desde que era pequeña.

El doctor, al escucharme decir todas esas cosas, me interrumpió por unos cuantos segundos, y me dijo tiernamente las siguientes palabras de consuelo:

—¡Usted también es muy bonita! —me dijo, con mucha sinceridad en sus palabras.

—Pero ella es mucho más hermosa —volví a repetirle.

Y ya no quiso volver a decirme nada, supongo que para no interrumpirme. Solo movió la cabeza a los lados como queriéndome decir que eso no era lo más importante en la vida.

—Y mi hermano —seguí hablando—, siempre se ha creído el bufoncito de la casa, ¿sabe? Es sumamente ocurrente y solo trata de buscar en la gente sus defectos, y los saca a relucir para hacer reír a las personas, en especial a mi padre, y vaya, que este todo le festeja.

—Mmm... qué pena, señorita Bell —me contestó el doctor Monroe. Qué pena que aún existan padres consentidores que escogen solo a uno o dos como sus favoritos, sin darse cuenta del dolor y del rencor que pueden causarle a los

otros hijos por sus estúpidos favoritismos.

—Lo más increíble de todo —continuó hablándole al doctor Monroe—, es que todavía, hasta hace poco, yo me trasladaba en camiones y a pie a todos lados, con temperaturas afuera hasta de cuarenta grados. Sin embargo, a él le compraron antes que a mí su auto, cuando cumplió sus dieciocho años. Y como le dije antes, aunque no somos ricos, pero tampoco pobres, a mí no me compraron nada en mi cumpleaños. Vaya, ni siquiera me hicieron un pastel para festejarme, y cada día, créame, era fastidioso llegar de la escuela caminando con muchísima hambre. Y tenía que comer cualquier cosa que hubiera en el refrigerador, porque mi madre ya ni siquiera nos guisaba un huevo por la flojera de hacerlo. Pero ¡qué tal cuando llegaba él y veía mi madre que no había nada de comer decente para él! Entonces sí, mi mamá se dirigía a la carnicería y le compraba un buen trozo de carne, y al llegar a casa se lo preparaba de una manera muy especial; y yo, solo me quedaba ahí contemplándolo, al mismo tiempo que terminaba lo que me había tocado a mí ese día. ¿Sabe?, ahora que lo pienso, quizás yo también tuve un poco de culpa en eso —le dije al doctor—. Pues, nunca me he quejado absolutamente de nada, y he aceptado lo mucho o poco que ellos pudieron darme.

—Yo creo —me dijo un poco pensativo el doctor Monroe—, que más bien, usted se acostumbró desde muy pequeña a recibir las migajas de las grandes porciones que le tocaron a sus otros dos hermanos, señorita Bell. Además, ha sabido ser agradecida y una buena hija con ellos siempre, sin exigirles lo que no podían darle.

Luego, el doctor guardó silencio de nuevo para que yo siguiera hablando.

—Siento que lo mejor que he hecho en mi vida es haber salido de esa casa. En ella nunca me he sentido querida, ya que recuerdo que desde que era pequeña mis hermanos siempre se han burlado de mis bajas calificaciones. Me decían a cada momento que era una tonta y, quien sabe, quizás tienen razón; pues, ya estoy por cumplir los veinte y seis y apenas me voy a graduar de la escuela de artes, que ni siquiera se puede decir que es una universidad, ya que no se necesita demasiado intelecto, como en una ingeniería o una arquitectura lo demandan ¿verdad?

—Nunca, señorita Bell —me interrumpió abruptamente el doctor Monroe—, nunca se sienta usted menos y que no vale absolutamente nada. ¿Me escuchó bien, jovencita?

Yo solo moví la cabeza, y el doctor Monroe continuó hablando.

—Recuerde que «no todos servimos para todo, pero todos servimos para

algo». ¿Estamos?

Al terminar de escucharlo, logró sacarme una leve pero significativa sonrisa.

—¿Hay algo más que quiera agregar, señorita, antes de retirarnos?, pues está a punto de terminar el tiempo y solo disponemos de unos cuantos minutitos para hacerlo.

—No sé.

—Piense un poco. Lo que se le ocurra dígalo, aunque sea cualquier detalle que usted crea que es insignificante, también puede ser importante y nos puede servir mucho para agregarlo en su expediente —me dijo.

Así que, después de escuchar al doctor Monroe, traté de hacer un poco más de memoria, pero ya no recordé nada más, pues también me sentía un poco cansada por lo ajetreado que había sido para mí ese día.

—A ver..., veamos, señorita Bell. Hasta ahora ha hablado un poco de sus padres en general, también de sus hermanos, pero regresemos un poco. Me gustaría que me hablara un poco más de su madre. ¿Qué otra cosa me puede decir acerca de ella? —me preguntó pensativo el doctor Monroe—, no importa si es bueno o es malo, algo que de alguna manera la haya marcado durante toda su vida hasta hoy —insistió un poco más el doctor Monroe.

Fue entonces que, al terminar de escuchar al doctor, mis labios comenzaron a temblar un poco, y mis ojos, repentinamente se llenaron de lágrimas al recordar algún que otro episodio desagradable que pasé a lado de ella, cuando todavía vivía en aquella casa.

—Bueno —le dije—, de mi madre puedo decirle que su segundo nombre es *perfección*. Todavía recuerdo las miles de veces que, sin quererlo, derramé el vaso de leche o de agua fresca sobre la mesa, pues, el vaso en ocasiones me parecía muy pesado, o estaba muy lleno. Al hacerlo, recuerdo que mi madre siempre me gritaba y me humillaba delante de mis hermanos o de algunos invitados. Me decía que era una completa tonta y que nunca ponía atención a nada de lo que me decía. No sé, quizás ya le tenía miedo, y el solo hecho de querer sorber de mi vaso un poco para no atragantarme con los alimentos, ya me ponía muy nerviosa. Yo creo que por esto, y por temor a ella, ya lo tiraba automáticamente, esperando que fuera a regañarme en ese preciso momento. ¿No cree usted?

—Usted lo ha dicho, señorita Bell —me contestó tiernamente el doctor Monroe.

—También recuerdo que en ocasiones olvidaba bajar la llave del inodoro

cuando iba al baño, por estar viendo mi programa favorito en la televisión, o por alguna otra cosa cuando estaba apurada. Entonces, escuchaba sus gritos pronunciando mi nombre desde donde me encontraba en cualquier lado de la casa, y me hacía meter la mano dentro, donde se encontraban mis deshechos, para que nunca jamás se me olvidara bajar la palanca del inodoro. Y no se diga cuando se trataba de mi habitación, mi ropa tenía que estar perfectamente doblada y que no se me pasara siquiera tender mi cama antes de marcharme a la escuela, pues si no lo hacía, seguramente ese día me quedaría sin postre.

—¿Sabe? —continué quejándome con el pobre hombre—, fue por eso que me lastimé la columna y me desgarré todo el lado derecho de la espalda. Me di cuenta de que estaba rota la cadena de la palanca, y entonces me dirigí de inmediato al patio para buscar algo, como un recipiente. Antes de que mi madre se diera cuenta tomé un bidón gigante de agua que se encontraba en el patio, y que era, por cierto, casi de la mitad de mi tamaño. Lo llevé hasta el baño, y ahí, poco a poco lo fui llenando de agua con una jarra, hasta que llegó al tope. Como pude, se me ocurrió levantarlo para dejar muy limpio el inodoro, y justo cuando lo levanté y como era de esperarse, sentí un intenso dolor en la parte baja de mi espalda, y me hice un desgarre. Me dolió muchísimo en ese momento, pero después de un rato se me quitó un poco. Entonces, después de limpiar el baño me dirigí a mi cuarto, donde por el momento, le confieso, que no sentí mucho dolor. Pero, conforme fue pasando el tiempo, mientras hacía mi tarea, este empezó a inflamarse cada vez más y más. No me di cuenta que también me había lastimado uno de los discos de mi columna. Un poco de tiempo después, la cabeza me empezó a doler un poco por estar encerrada en mi cuarto estudiando..., pensando y pensando cómo resolver ese problema horrible de matemáticas..., así que me dirigí a la cocina para prepararme un sándwich o algo sabroso, pues, de pronto me dio muchísima hambre. Y justo cuando pasé a un lado de la sala, en la cual se encontraba mi hermana con uno de sus pretendientes ricos; de pronto, sentí de nuevo un intenso dolor en la parte baja de mi espalda. Y entonces me caí al suelo, pues como le dije, el dolor era insoportable; a tal grado, que el desgarre había hecho que todo el lado derecho se me inflamara por dentro. Esto estaba causando que se me oprimiera un pulmón, y de pronto no pude respirar... Empecé a batallar para jalar un poco de aire adecuadamente, así que le pedí ayuda a mi hermana, que al escucharme, únicamente se acercó y se rió de mí al verme ahí tirada en el suelo retorciéndome del dolor tan profundo que sentía. Le pedí por favor que me ayudara, pero ¿sabe...? No lo hizo, solo se dio

media vuelta y volvió a sentarse muy cómodamente en la sala, dejándome ahí sola. Yo permanecí ahí, en el suelo, no sé por cuánto tiempo, hasta que pude arrastrarme y llegar hasta mi habitación, donde me recosté en la cama y descansé por un muy buen rato.

—¿Y sus padres? —me preguntó el doctor Monroe—, ¿dónde se encontraban ellos?

—Trabajando —le contesté inmediatamente—, ese día era un lunes por la mañana, Sofia salió temprano de la escuela preparatoria y su novio le hizo el favor de llevarla a la casa.

—¿Y usted no estudiaba entonces, señorita Bell? —me preguntó el doctor un tanto extrañado.

—Sí, doctor —le contesté con un poco de pena—, solo que yo lo hacía por las tardes, pues hacía casi un año que me habían corrido de la escuela por mis bajas calificaciones, y a los reprobados o a los muy vagos nos mandaban a estudiar en la tarde.

—¡Oh, ya veo...! —me respondió el doctor educadamente sin mostrar ninguna expresión en su rostro por respeto a mi persona.

—Pero lo peor no fue eso —le comenté al doctor mientras me acercaba la caja de pañuelos para que pudiera secarme las lágrimas que no dejaban de caerme.

—¿Ah, no? —me dijo el doctor Monroe en un tono un poco más bajo.

—¿Qué más le sucedió ese día señorita Bell?

—Ese día no —lo corregí—, fue más bien el siguiente —le dije, y el doctor me pidió que siguiera. No quería interrumpirme para que yo siguiera con mi historia.

—Ese día, al llegar mis padres del trabajo, pues trabajaban juntos en una dependencia del gobierno, apenas los escuché entrar, pues los estaba esperando. Me acerqué a mi madre para contarle lo sucedido y me preguntó muy preocupada qué es lo que me había pasado, pues me encontraba muy pálida y descolorida de la cara.

—Nada grave, creo —le contesté—. Y empecé a relatarle detalladamente cómo me había lastimado la espalda. Y después de hacerlo, como era de esperarse que reaccionaría, en vez de cobijarme y darme un pequeño abrazo para que me sintiera un poco mejor; solo recibí un buen regaño, y me dijo que solo a mí se me ocurría levantar algo así de pesado. Bueno, supongo que en el fondo tenía un poco de razón, pero en aquel momento eso fue lo único que se me ocurrió, y ya no había vuelta atrás. Lo hecho ya hecho estaba, y yo acababa

de lastimarme horriblemente la espalda, así que mi madre de inmediato habló al hospital para apartar una cita con un doctor general, y me dijo que la consulta no sería hasta el día siguiente a las dos de la tarde. Era la única hora en la que el doctor podía recibirme, ya que por ser una institución de gobierno tenía que ir a la hora que me tocara; pues eran miles, al igual que yo, los que hacían citas diariamente.

—Está bien —recuerdo que le contesté a mi madre—, allí estaré esperándote —le dije. Pues, ella no salía del trabajo hasta las tres y la cita era a las dos. Afortunadamente estaba a unos diez minutos de casa a pie, y ella me prometió que iba a hacer todo lo posible por salir antes del trabajo y poder acompañarme. Ese día, recuerdo no sé por qué, que se me pasó demasiado rápido, como si hubiera sido en un cerrar de ojos, y de pronto me encontré caminando rumbo al hospital, donde llegué rápidamente.

Al estar ahí dentro, parada, delante de tanta gente, me registré con mi número de ficha y le indiqué a la recepcionista el nombre del doctor que me habían asignado.

—Tome asiento, por favor —me dijo—, enseguida la llamamos.

—Muchas gracias —le contesté, y me dirigí a un asiento, donde me senté rodeada de todo tipo de gente. Algunos eran ancianos que apenas podían moverse e iban acompañados, supongo de sus hijos, para ayudarles a caminar y no caerse; otros, eran bebés o niños pequeños que no dejaban de llorar, quizás de lo mal que se sentían; y por último, había gente con yesos en las manos o en los pies, y algún que otro herido; y otros más, simplemente se encontraban estornudando o tosiendo.

—¿Miranda Bell? —mencionaron mi nombre de pronto. Y estando ahí en frente me pasaron a un cubículo donde me pesaron y me midieron antes de que hiciera su entrada triunfal el médico. Ahí permanecí quizás unos cinco minutos más, y me asomé sacando la cabeza por la puerta para ver si mi madre llegaba pronto para acompañarme, pero nada. Como siempre nunca llegó, poniendo como pretexto que había sido por culpa de mi padre, que es una persona sumamente impuntual, y mi madre tenía que vivir atendida a él, pues ella nunca quiso aprender a manejar.

Al ver que mi madre no aparecía por ningún lado, volví a entrar al consultorio y me senté justamente en el momento que vi entrar al doctor para revisarme. Muy amablemente me saludó, y luego comenzó a hacerme un montón de preguntas de todo tipo. Por último, me revisó la garganta y los oídos, para finalmente escuchar mi potente y fuerte corazón; que se encontraba,

por cierto, perfectamente.

—¿Edad?

—Veinte —le contesté recordando que solo contaba con unos cuantos días antes de cumplir mis veintiún años de edad, pues el servicio médico gratuito vencía cuando yo cumpliera la mayoría de edad, que era a los veintiuno.

—¿Peso?

—Cincuenta y cinco kilogramos.

—¿Estatura?

—Un metro con sesenta y cinco centímetros —le contesté.

Y luego, me preguntó intrigado qué es lo que me sucedía en ese momento.

—Pues tengo un dolor muy fuerte, señor.

—¿En dónde? —me preguntó.

—Aquí, debajo de la espalda, y me está doliendo mucho —le contesté.

—¿Cómo se lo hizo? —preguntó el médico.

—Pues, levanté algo muy pesado, un bidón de agua, de este tamaño para ser exactos —le mostré de qué tamaño con mis manos para que no le quedara ninguna duda.

Entonces me mandó a hacerme unos estudios y me pidió que volviera a verlo lo más pronto posible para ver los resultados.

—Bueno, doctor Monroe. Para no hacerlo más largo, me despedí de ese doctor y regresé caminando hasta mi casa, pues mi madre nunca llegó. Se disculpó conmigo cuando por fin llegué a la casa.

—Te prometo que mañana mismo cuando te entreguen los resultados sí estaré ahí, contigo, y llegaré muchísimo más temprano, como te había prometido.

—Está bien —le contesté.

Y como era de esperarse, una vez más, tampoco llegó cuando me entregaron los resultados. Y mucho menos cuando entré sola con ese doctor incompetente, que me dio una pésima noticia estando yo sola, sin nadie que estuviera ahí conmigo apoyándome al recibirla.

—Al parecer, tiene leucemia —me dijo el idiota sin el mínimo de tacto. Y yo, solo permanecí petrificada, ahí sentada, como si me hubiera caído un baldazo de agua helada.

—¿Qué? —le respondí un poco sorprendida.

—Al parecer tiene leucemia —volvió a repetírmelo preguntándome si yo sabía lo que significaba eso.

—Claro que sí —le contesté.

—Ya he escuchado hablar de esa enfermedad antes —le dije un poco triste.

—¿Me voy a morir? —le pregunté.

Pero el doctor, al escucharme, no me dijo absolutamente nada, y me pidió que volviera de nuevo para la próxima semana.

—Está bien —le contesté, tratando de contener lo más que pude las lágrimas para no llorar ahí, enfrente de él.

Pero al salir de ahí fue inevitable, empecé a llorar con un dolor tan profundo en mi alma... Luego, me senté en una banca hasta sentirme un poco mejor y poder marcharme de nuevo caminando hasta mi casa. Gracias a Dios esto no fue necesario y cuando me levanté para irme lo más rápido de ese espantoso lugar, me encontré a mis padres estacionados, que estaban llegando. Al encontrarme mi madre ahí parada, en tal mal estado, inmediatamente se bajó del coche e hizo lo que casi nunca hacía conmigo, me dio un abrazo y me pregunto qué era lo que estaba pasando.

—Tengo leucemia —le contesté, viendo en su rostro un gesto de suma preocupación, como pocas veces le había visto antes.

—O al menos eso fue lo que dijo el doctor, y me pidió que volviera de nuevo la próxima semana.

Mi madre, al terminar de escucharme, se sintió completamente apenada por no haberme acompañado y solo me abrazó y me acompañó de nuevo al carro. Al igual que mi madre, mi padre se quedó también muy preocupado. La siguiente semana, ese día faltó al trabajo para que pudiéramos ir, ahora sí, juntas con ese mismo doctor que me había atendido antes.

Cuando al fin estuvimos enfrente de ese inepto doctor, mi madre notó que tartamudeaba un poco, y además tenía un tic nervioso en la cara que le hacía cerrar un ojo repetidamente cada cinco segundos. Además, después de escucharlo durante la consulta, le entró un poco la duda de si ese doctor se encontraba del todo bien, y mejor decidió sacarme cita con otro doctor. Pero, ahora lo hizo con un particular, al cual tuvo que pagar por la consulta, y también por los estudios de laboratorio, que por cierto salieron bastante caros. Así que, como verá, tuve que pasar por el mismo martirio dos veces, ya que de nuevo me sacaron miles de muestras de sangre, al igual que más líquido de la médula, o algo así. La verdad, ya ni lo recuerdo. Al fin, cuando tuvieron de nuevo mis resultados de laboratorio, fuimos de nuevo a este excelente doctor, el cual, nos hizo saber a mi madre y a mí que yo no tenía leucemia, que podíamos estar tranquilas. Vaya, me dijo que cómo podría tenerla viéndome esas mejillas tan rosadas, y le comentó a mi madre que solo tenía un grave

desgarre en el lado izquierdo de la espalda baja, y que para eso tenía que tomar fisioterapia por unos cuantos meses, cosa que salió muy caro; pues, acababa de vencerse mi servicio médico gratuito por mayoría de edad y tuve entonces que poner de mi dinero para poder costearlo, pues ya empezaba a trabajar dando clases. Además, no soportaba que cada vez que le pedía dinero a mi padre para ir a fisioterapia, este me lo aventaba de mala manera al piso, haciéndome sentir muy mal, como si yo hubiera tenido la culpa de lo que me estaba pasando; fue solo un accidente. Afortunadamente, lo poco que ganaba alcanzaba a pagar mi fisioterapia, y créame que él pudo haberlo hecho sin esforzarse económicamente; sin embargo, creo que lo hacía por tratarse de mí, y además, porque era sumamente tacaño.

—¿Sabe? —le comenté al doctor Monroe—, estoy completamente segura que por el contrario, si se hubiese tratado de mi hermano, gustoso le hubiera pagado todo el tratamiento sin ninguna queja.

—Mmm, que lástima, señorita Bell, que haya tenido que pasar por eso —me dijo una vez más el doctor Monroe. Sin embargo, le voy a pedir un enorme favor —insistió el médico.

—Dígame usted, doctor Monroe, ¿en qué puedo servirle?

—De ahora en adelante, fijese bien lo que va a tener que hacer cada vez que vaya a visitar la casa de sus padres:

—Dígame señor, si puedo con mucho gusto lo haré...

—No se preocupe usted —me dijo el doctor Monroe.

—Es muy sencillo. Lo único que tiene que hacer es lo siguiente... Al bajar de su coche, y antes de entrar a la casa de sus padres, va a simular como si se pusiera un manto invisible encima que le va a cubrir desde la cabeza hasta los pies, y me va a hacer el favor de repetirse siempre la siguiente frase: «Nada de lo que me digan en esta casa o de lo que pase dentro de ella me mueve ni me afecta».

—¿Me escuchó bien, señorita Bell?_

—Sí, doctor —le contesté un poco más tranquila.

—Y además, se lo va a seguir repitiendo en la mente cada vez que vea o escuche algo que no le agrada, ahí o en cualquier otro lugar en donde se encuentre. Y también va a tratar de ir lo menos posible a esa casa, la cual está llena de pura energía negativa y malas vibras. Créame que es lo que menos necesita para su pronta recuperación en este preciso momento, ¿estamos de acuerdo, jovencita?

—¿Estamos, Doctor Monroe! —le respondí contenta, y luego me despedí de

nuevo de él, sintiendo cada vez más confianza hacia su persona. Salí entonces del consultorio, y en el camino, rumbo a mi casa, me quedé meditando un poco todo lo que había hablado ahí dentro con el doctor Monroe.

—¡Qué tipo tan maravilloso! —me dije para mis adentros.

CAPITULO VI

Suerte y destino

Al llegar a mi pequeña casa me di cuenta que ahí fuera se encontraba de nuevo mi querido amigo Ferdinand. Se había estacionado en la orilla de la banqueta y me había estado esperando dentro de su auto, no sé por cuánto tiempo.

—¡A ver, qué horas, Mimí! —me dijo en tono de burla. Yo solo me reí, pues mira que lo conocía bastante bien. Luego lo invité a pasar a casa para que tomáramos un poco de agua, o quizás algún refresco.

—¿Te gustaría que fuéramos a la feria, Mimí? —me preguntó Ferdinand un poco emocionado.

—¿Ahora? —le contesté, pues apenas había llegado de la calle.

—¡Sí! ¿Por qué no? —me dijo—, anda no seas aburrida, que tengo muchas ganas de ir desde que la abrieron, y además estoy seguro de que con nadie más me divertiría tanto como contigo —, insistió para convencerme. Y entonces le dije que sí, pero que me dejara ir a cambiarme esos incómodos zapatos que traía puestos por unos de piso más cómodos, así que me apuré lo más que pude y luego nos fuimos hasta la feria en su antiguo auto.

—Anda, ven —me dijo jalándome de la mano—, yo invito por esta vez a las entradas.

—Está bien —le dije—, yo te invitaré a un helado.

Y cuando al fin llegamos, nos introdujimos en el lugar, donde por cierto, apenas podíamos caminar de tanta gente que había.

—¡Mira Mimí! —me dijo Ferdinand señalando exactamente en uno de los puestos—. ¡Vamos a tirar con los rifles!

—¡Pero yo no sé hacerlo! —le dije.

—¡Pues, yo tampoco! —me dijo.

—Solo se trata de ir y divertirnos un poco, anda ven. Es más —me dijo—, si yo gano te daré la oportunidad de que escojas el peluche que más te guste y te lo regalaré para que lo tengas como un pequeño recuerdo y me recuerdes siempre, cada vez que lo veas ahí en tu recámara. ¿Qué te parece, Mimi?

—Está bien —le dije.

Nos dirigimos al puesto donde se encontraban los mejores premios de toda la feria y donde también, para nuestra desgracia, se encontraban Mark y Fred, los chicos más fastidiosos e insoportables de toda la escuela; estaban ambos haciendo fila con sus respectivas novias.

Como lo había supuesto, apenas nos acercamos, esos dos empezaron a molestarnos...

—Pero mira a quienes tenemos aquí —dijo uno de ellos—. Al más *nerd* de la escuela de leyes y a la más rara de todo el planeta.

—¡Excelente combinación! —comentó el otro. Y fue entonces que el idiota de Mark Müller se acercó a Ferdinand para molestarlo y por pura maldad le tiró sus lentes al suelo, haciendo que uno de los cristales se rompiera en mil pedazos y el otro se cuarteara. Así, el pobre de mi amigo se quedó con solo el cincuenta por ciento de visibilidad en uno de sus cristales.

Al ver los muy estúpidos que Ferdinand recogió del suelo sus lentes y se las puso rotas de nuevo, se empezaron a reír de él a carcajadas. La fila avanzó aún más rápido, hasta que llegó el turno de Fred, que se volteó a mirar muy despectivamente para que viéramos, según él, lo bueno que era tirando los patos con el rifle.

Después de unos cuantos tiros bien dirigidos y solo algún que otro pato levantado, el orgullo le creció aún más a ese patán y se volteó a mirar de nuevo diciéndonos y echándonos en cara lo bueno que era y que sería muy difícil que lo superáramos.

—Ya vieron ustedes dos —nos dijo—, aprendan de mí, que así es como se hace. Nos volvió a decir con prepotencia, a la vez que su chica, igual de odiosa que él, lo abrazaba y lo besaba.

El encargado del puesto, al ver lo soberbio y maleducado que era, y para callarle supongo un poco la boca, únicamente le entregó un pequeño muñeco de peluche, por lo que Fred se molestó muchísimo y lo tiró muy lejos de él, al suelo, y reclamó al señor no haberle dado uno más grande.

—Pero ¿qué le pasa amigo? —le gritó el estúpido joven—. ¿Que no vio que

tiré casi todos los patos? ¿Acaso está ciego?, ¿o lo está haciendo intencionalmente?

El señor, por cierto, ya de edad avanzada, le contestó enfadado lo siguiente:

—¡Tú lo has dicho, fueron *casi* todos! Pero no los suficientes para darte el más grande; así que si no estás de acuerdo vuelve a formarte en la fila y ya veremos si la próxima vez los tiras todos. Así que esto es por el momento lo que te toca, y si no estás de acuerdo, pues es tu problema y no el mío —le respondió ya un poco molesto el viejecito.

Apenas escuchó Fred terminar de decir esas palabras al anciano, quiso abalanzarse para golpearlo, y de inmediato la novia lo jaló para atrás para que no fuera a tocarlo y mucho menos hacerle daño al pobre hombre.

—¡Ya basta, Fred! —le gritó su amigo—, recuerda que ahora es mi turno, es más —le dijo confiado—, si quieres yo te regalo mi enorme peluche y puedes dárselo a Gladys.

—¡Ey! —le contestó su novia un poco molesta, pues ella también deseaba tener el enorme peluche que obsequiaban como premio.

Entonces, ahora seguía el turno de Mark, quien de igual manera que Fred solo tiró algunos, pero no los suficientes patitos; así que al recibir su pequeño premio, exactamente del mismo tamaño que el de su amigo; de igual manera se molestó y le dio un puntapié hasta mandarlo al otro lado del pasillo. Ferdinand y yo nos reímos bastante, cosa que no les gustó mucho, y a continuación era el turno de mi gran amigo Fer, ue parecía un poco nervioso.

Al ver Ferdinand que estos dos y sus novias todavía seguían ahí parados molestándolo para intimidarlo un poco, tomó el rifle un poco dudoso y luego, solo volteó a verme a la cara, pues tenía un poco de pena. Así que solo le cerré un ojo para que supiera que, como siempre, yo estaba ahí para apoyarlo,;y lo vi sentirse, ahora sí, un poco más confiado. Tomó el rifle y se lo colocó en los ojos para tirar los patos, pero justo en el momento en que estaba dispuesto a hacerlo, Mark y Fred empezaron a molestarlo de nuevo, pero ahora tocando sus nalgas y otras partes del cuerpo. Esto empezó a enfurecerme bastante, a la vez que solo veía moverse a los patitos sin que Ferdinand les disparara. Pasaba el tiempo y Fer perdía la oportunidad para hacerlo, así que no lo soporté más y me llené de tanta rabia que empecé a ponerme un poco roja.

—¡Hazte a un lado! —le dije a Ferdinand empujándolo, y le quité el rifle. De pronto sentí una seguridad como pocas veces antes había sentido en mi vida, y empecé a dispararle a los patitos uno tras otro, sin dejar siquiera ni

uno solo parado.

Toda la gente de la fila, esos dos idiotas e incluso el encargado del puesto se quedaron totalmente sorprendidos al verme tirar todos. Incluso, yo también lo estaba; pues nunca jamás antes había disparado con un rifle, y menos de esa manera tan asombrosa.

—Aquí tiene, jovencita —me dijo el amable anciano cuando derrumbé todos los patos, que desfilaron enfrente de mí. Y con una gran sonrisa me entregó un enorme oso de peluche que era casi de mi tamaño, y todos los ahí presentes empezaron entonces a aplaudirme apenas lo tuve entre mis manos.

Fred y Mark, al igual que sus tontas novias no podían disimular la envidia que esto les causaba, así que únicamente me limité a levantar mis cejas como señal de triunfo ante ellos. Ferdinand también se burló de ellos a la vez que nos alejábamos triunfantes del puesto de tiros.

—¡Pero qué fue eso, Mimí! ¿Cómo lo hiciste? —me preguntó todavía sorprendido mi amigo.

—¡Nunca me habías dicho que supieras tirar así! Es más, ¿dónde aprendiste?, y ¿cuándo lo hiciste que nunca me lo dijiste?

Ferdinand continuó invadiéndome con un montón de preguntas mientras nos sentábamos un rato en una de las áreas de descanso.

—¿Sabes? —le contesté—, ni yo misma lo sé. Solo te puedo decir que de pronto sentí la necesidad de hacerlo, y me sentí como si fuera toda una profesional; y todavía no me explico ni como lo hice.

—¡Guau! —Me contestó Ferdinand, todavía un poco sorprendido—, te invito unos *hot dogs* por el gran triunfo que tuviste.

—Bueno, está bien, te los acepto — le dije. Pues tenía muchísima hambre, ya que últimamente había estado un poco corta de apetito.

—¿Viste la cara de esos dos tontos cuando derrumbé todos los patos?

—¡Sí! —me dijo.

—¡Fue tan divertido! Pero lo que me pareció aún más chistoso fue cuando el encargado del puesto le dio el oso más pequeño de todos, el cual, seguramente es del mismo tamaño que su parte masculina, y también que su cerebro —le dije.

—¡Jajaja! —Ferdinand se rió a carcajadas.

—Y más aún —continué.

—Cuando Mark le dio un puntapié hasta el otro lado del pasillo de los puestos; eso fue todavía más gratificante, ¡jajaja! —le dije a mi amigo, y seguí celebrándolo.

—¿Mayonesa? —me preguntó Ferdinand mientras sosteníamos nuestros *hot dogs* en la mano.

—¡Asco! —le contesté, y me tapé la nariz mientras él le ponía un poco al suyo, pues Ferdinand sabía lo mucho que odiaba la mayonesa.

—Qué bueno que no somos novios —le dije—. De otra manera no te hubiera dado ni un solo beso en toda la noche hasta que te lavaras bien los dientes unas veinte veces.

Fer soltó una enorme carcajada y nos sentamos por ahí en un lugar vacío a comérselo. Ese día, como muchos otros con él, me lo pasé increíble a su lado. No sé, quizás después de todo, no lo veía completamente como a un hermano, y no era tan feo tampoco como para no acercársele. Total, aunque tuviera la cara llena de barritos y fuera un flacucho cadavérico, yo lo quería muchísimo.

Ferdinand y yo permanecimos ahí casi hasta la media noche, y jugamos a aventarle aros a las botellas, y también dardos a los globos. De igual manera, entramos a la casa de espantos, e incluso tiré a Ferdinand de la silla del estanque con agua; pues, al parecer ese día andaba bárbara con mi puntería.

Luego, al notar ambos que ya todo mundo empezaba a retirarse, Ferdinand me llevó de nuevo hasta mi casa. Cuando llegamos ahí, se estacionó a un ladito de la banqueta, y ya ahí me preguntó de nuevo, mirándome fijamente a los ojos, por qué que no podía amarlo. No le contesté como todas las veces que le había dicho que lo quería como a un hermano, sino que esta vez no le dije absolutamente nada; y solo me despedí de él dándole un cariñoso beso en la mejilla. él también a mí, y antes de que otra cosa pasara, pues, comencé a ponerme un poco nerviosa, lo que nunca antes; me salí de su auto rápidamente y luego, solamente me despedí diciéndole que lo quería muchísimo y que siempre podía contar conmigo para todo lo que él quisiera.

—Tú también conmigo hermosa —me dijo Fer desde su auto, y luego, por último, únicamente ondeé mi mano para despedirme de él agradeciéndole de nuevo por la hermosa velada que habíamos tenido y de nuevo me metí a mi casa, esta vez agotadísima, como pocas veces me había sentido en mi vida.

CAPITULO VII

Murales artísticos

Al estar ahí dentro y verme mi gatito siamés de cerca, me maulló y se restregó un par de veces en mis piernas, pues supongo que me había extrañado un poco, o quizás solo tenía un poco de hambre; así que lo levanté en brazos y me lo llevé hasta mi cuarto, donde me puse mi pijama y caí como una tabla sobre mi cama hasta que llegó el siguiente día.

Ese día... Recuerdo que era un sábado y yo me tenía que levantar un poco más temprano, aunque no tuviera ganas de hacerlo; pues, aparte de dar clases de inglés en una escuela primaria, ya que siempre fui buena en aprender idiomas y era en lo único que sobresalía; también trabajaba haciendo murales en algunas casas en las recámaras de los pequeño,s y también de algunos otros que estaban próximos por nacer, o simplemente en los estudios y oficinas de algunos adultos.

Ese día me pidieron que hiciera algo muy hermoso y primaveral, pues era una bebida la que venía en camino, así que traté de apurarme lo más que pude y me llevé mis brochas, accesorios y todas las demás herramientas de trabajo que iba a necesitar.

Al llegar a la casa de la bella dama y su esposo, ambos me recibieron muy cordialmente y me llevaron hasta la recámara que iba a ser de la bebida, así que ahí aproveché y saqué mi carpeta, que se encontraba llena de un sin fin de bellos dibujos para que pudieran escoger el que más les gustara o bien. Si deseaban cualquier otra cosa, yo también era lo suficientemente apta para dibujar por mí misma lo que ellos desearan.

—¡Este me gusta! —exclamó la amable señora.

Así que pronto lo saqué de mi carpeta para ir midiendo en la pared las proporciones de cómo quedaría ahí plasmado mi hermoso diseño. Después de explicarles paso a paso en que iba a consistir el dibujo en la pared y algunos otros detalles que también iba a agregar en la habitación, la joven dama aplaudió al escuchar mis ideas, supongo que de felicidad y emoción. Y luego, ahí me dejaron toda la mañana y gran parte de la tarde trabajando a solas, pues ambos tenían como negocio algunos locales de comida en el centro comercial, por lo que tuve entendido, y tenían que irse a trabajar dejándome ahí, en su casa. Así que se despidieron de mí con un afectuoso beso, y entonces me quedé ahí, completamente sola, sin parar de trabajar hasta que se hizo casi de noche.

De vez en cuando, la que se asomaba para llevarme algún bocado y para cerciorarse de que yo estuviera bien, era la señora que limpiaba la casa, a la cual yo solo le sonreí un par de veces y le agradecí por los alimentos que me había llevado. La verdad, yo podía estar horas y horas haciendo lo que realmente me gustaba, que en este caso era pintar. Y así, el tiempo se me pasaba volando, así que proyecté un hermoso dibujo de Strawberry Shortcake, la muñequita de las caricaturas, pues era el que a la señora le había gustado. Me hizo saber que cuando era muy pequeña su madre le había comprado toda la colección de lo mucho que le gustaba. Así que hice alarde de toda mi creatividad en ese mural, pero no solo ahí, también en el techo y en otras partes de la recámara, ya que colgué un sinfín de cosas, como algunas nubes, algunos pajaritos y abejas; y además un hermoso arcoíris y un sol que reía con sus gafas puestas a la vez que sostenía un vaso con limonada fresca y hielos en una de sus manos.

En varias ocasiones acerqué mi ventilador a la pared para que la pintura fresca se secara más rápido, y fue gracias a ello que pude terminar a tiempo mi hermoso mural antes de que la bella pareja de recién casados llegara.

Al oírlos llegar en su flamante coche Mercedes Benz, me acerqué hasta la puerta de la entrada y le pedí a Emily, que era el nombre de la señora embarazada, que se cubriera los ojos para que no viera nada hasta que estuviera dentro de la recámara, cosa que le emocionó mucho. Gustosa se los cubrió, acompañándola del brazo su esposo, hasta que llegamos todos y entramos a la habitación. Cuando estuvimos todos al fin ahí dentro, pude ver al señor llevarse las manos a la boca de lo maravillado que estaba, al mismo tiempo que trataba de no decir nada para que su esposa lo viera por sí misma. Inmediatamente él le desanudó la mascada que tenía alrededor de los ojos y al

ver mi hermosa creación ella dio un grito de completa felicidad y se puso a observar todavía agarrada de la mano de su esposo cada detalle de mi obra de arte, pues así es como yo sentía que eran cada vez que realizaba algo.

—¡Oh, por Dios! ¡Pero mira qué bello es! ¿De verdad tú hiciste todo esto sola?

—Sí, señora —le contesté a la dama completamente satisfecha.

—¿Sí?, ¿le gustó? —le pregunté todavía con un poco de duda.

—¿Preguntas que si me gustó? ¡Dios mío! ¿Es que no se nota en mi expresión? ¡Me encantó! Es algo irreal. Es como si de pronto cruzaras por una pared invisible a esta habitación, y aquí dentro estuvieras adentro de un hermoso cuento de hadas, o de alguna caricatura de la televisión o el cine. Y mira este bellissimo columpio con flores colgando nada más ni nada menos que del techo.

—¡Esto es simplemente increíble! ¡Maravilloso! —comentó también su esposo.

—Es algo fuera de este mundo —me comentaron una y mil veces agradecidos—. Deberías promocionarte en Facebook, internet o cualquier otro medio en que puedan verte —me dijeron.

—Estoy segura que tu clientela crecerá como la espuma —dijo la dama.

—¿Usted cree? —le pregunté un poco pensativa.

—¡Por supuesto que sí! ¡Hazlo hoy mismo!

—Está bien, y gracias por el cumplido —le dije—. Así lo haré.

Así que me puse a tomar algunas cuantas fotos a este mural, y de igual manera, al día siguiente también lo hice con otro que acababa de hacer en una de las recámaras de la casa que me habían prestado mis padres. Y poco después, como me sugirió la señora, me di a conocer en internet. Ahora no estoy segura si hice lo correcto o no, pues me llené de clientela hasta el tope y tuve que contratar a una asistente para que me ayudara a pintar mis murales porque llegué a hacer hasta cuatro murales cada fin de semana. Únicamente lo podía hacer en ese tiempo, ya que entre semana todavía tomaba algunas clases en la universidad, pues estaba ya casi a punto de graduarme, y además seguía dando mis clases de inglés en la escuela primaria por las tardes.

Volviendo a lo anterior, cuando me preguntó la joven pareja que cuánto dinero iban a pagarme, yo únicamente les cobré lo del material y un poco extra por la mano de obra. Eso fue todo.

—Pero ¿acaso estás loca niña? —me dijo sorprendida Emily.

—Eso está bien para mí, señora —le dije, pareciéndome todavía lo justo;

cosa que no le pareció bien, afortunadamente para mí, ya que vino pagándome muy gustosa el doble.

—¡Muchísimas gracias! —le dije de nuevo.

—¡Gracias a ti, muñeca! —me dijo.

—¡Eres una gran artista! —terminó diciéndome, y me acompañó entonces hasta la puerta, donde me despedí. Me dirigí de nuevo en coche hasta mi casa sumamente contenta por haber ganado mucho dinero ese día, el cual, ahorré en un sobre dentro de la casa y escondí por si llegase a presentármeme alguna emergencia; ya que lo que ganaba todos los días con mis clases en la tarde lo utilizaba para comprar comida y para mis gastos personales. Afortunadamente, mi padre todavía me pagaba las colegiaturas de la escuela; pero una vez antes, ya me había dicho que cuando me graduara de la universidad, al igual que mis hermanos, todo lo demás correría por mi propia cuenta. Tenía toda la razón, sin embargo, hoy en día yo le ayudaba muchísimo; pues, yo solita me pagaba, como dije antes, todos mis gastos personales.

CAPITULO VIII

Hogar a la medida

Los días siguieron pasando, y conforme pasaba el tiempo, yo me sentía cada día mejor y mejor, ya que no sentía ese terrible dolor punzante debajo de mi cerebro. Tampoco tenía ya esa horrible ansiedad, que fue disminuyendo cada vez más y más, gracias también a mis últimas consultas con el doctor Monroe.

Un día, de esos pocos tranquilos que rara vez tenía, recibí una llamada inesperada de mi madre; me invitaba a comer ese día a su casa. Desde que me había mudado a esta casa, no los había visto mucho últimamente, y la verdad, tampoco era algo que me importara.

—Está bien mamá —le dije—. Ahí estaré a las dos en punto.

¿Quieres que lleve algo que te haga falta? —le pregunté, tratando de ser amable por su invitación.

—Trae solo un poco de pan —me contestó ella.

—Me parece muy bien —le dije.

—Ahí nos vemos entonces, y gracias por la invitación —terminé diciéndole, pues supongo que desde que me había mudado me extrañaba un poco, después de todo. Al principio me pareció un poco extraño su llamada, pues mi madre y yo nunca habíamos sido de aquellas personas que nos sentáramos a hablar por largas horas, pero aun así estaba dispuesta a ir, al fin y al cabo era mi madre. Y aunque siempre chocábamos por nuestros diferentes puntos de vista, pues éramos y pensábamos muy diferente, yo también la extrañaba en ocasiones un poco.

Como de costumbre, y a diferencia de los otros días, ese en particular me apuré más en hacer los pendientes que tenía para terminar temprano y no llegar

tarde para ir a comer con mi madre, pues ella era sumamente puntual, igual que yo. Así que me puse a alzar toda mi casa rápidamente, y luego me dirigí a la escuela a entregar unos trabajos que nos habían pedido algunos maestros.

El tiempo pasó rapidísimo, tanto, que en un chasquido de dedos se dieron las dos de la tarde.

—¡Santo cielo! —Mi madre odiaba la impuntualidad, y lo menos que quería en ese momento era llegar tarde a esa casa, y menos que me regañara delante de todo el mundo.

—Diez minutos para las dos —me dije—. Aún tengo tiempo de llegar a por la *baguette*. Al estar enfrente de la panadería, que estaba tan solo a media cuadra de la casa de mis padres, me bajé, y en solo 5 minutos lo escogí y lo compré; estando en casa de mi madre justamente a las dos en punto. Cuando al fin me bajé de mi auto y estuve a punto de tocar el timbre de la casa, recordé de pronto el favor que me había pedido el doctor Monroe cuando fuera esporádicamente a visitarlos; así que simulé ponerme encima de mí una especie de manto invisible desde la cabeza hasta mis pies, como si me cubriera por completo. Luego, repetí para mis adentros las mismas palabras que me pidió el doctor que dijera antes de entrar a esa casa, que estaba llena de pura negatividad y mala vibra, y entonces, me dije a mi misma muy segura y convencida:

—«Nada de esto me afecta ni me mueve» —volví a repetirlo, quizás unas dos o tres veces más para que quedara bien guardado en mi subconsciente. Y cuando me sentí perfectamente segura y lista timbré, y el que me abrió fue mi padre. Me encantó ver que me recibiera con una agradable sonrisa. De igual manera, yo lo saludé también a él, y le di un abrazo y un beso en la mejilla.

—¡Hola papi! —le dije, y luego nos dirigimos ambos al comedor, donde se encontraban ya sentados mis hermanos con sus respectivos acompañantes.

—¡Hola perdedora! —me saludó, como siempre de manera muy peculiar, queriéndose hacer el gracioso el estúpido de mi hermano.

Pero yo no le contesté y saludé únicamente a la chica que lo acompañaba.

—«Nada de esto me mueve ni me afecta» —volví a repetirme para mis adentros, pues empezaba a ponerme un poco ansiosa cuando entraba ahí, a esa casa.

—¡Hola Miranda! —me saludó cordialmente mi hermana, y sorpresivamente me dio un fuerte abrazo.

—¡Mira! —me dijo—, te presento a mi novio.

Noté que era uno nuevo, pues recuerdo que hace apenas un par de meses

había tenido otro diferente.

—¡Mucho gusto! —me saludó el amable chico.

—¿Qué tal? —le respondí, y por último saludé a mi madre, quien de igual manera que mi hermana me dio un beso en la mejilla acompañado de un caluroso abrazo.

—Siéntense todos por favor —nos dijo contenta, pues hacía ya largo tiempo que no nos reuníamos todos juntos ahí, en la mesa.

—¿Cómo has estado hija? —me preguntó mi padre desde el otro lado de la mesa.

—Muy bien papá, ¿y tú? —le respondí sin contarle mucho de mi vida.

—Cuéntanos que has hecho —insistió—. ¿Cómo te ha ido últimamente?

Al escucharlo no me gustó para nada, pues ya sabía hacia dónde iba.

—Ya no sigues teniendo... —continuó hablando de nuevo.

Mi madre rápidamente lo interrumpió y le preguntó si no deseaba tomar algo de pan, como tratando que ya se callara la boca.

—¡No, gracias! —le respondió mi padre a mi madre un poco molesto, pues no le había parecido que mi madre lo interrumpiera, y antes de que dijera nada más, mi madre desvió un poco el tema de su conversación y me preguntó cómo me estaba yendo por ahora con la escuela.

—¡Me está yendo de maravilla! —le contesté.

—Solo me faltan tres materias para terminar el semestre y así poder graduarme —continuó.

Y en ese momento fui interrumpida por el estúpido de mi hermano, el cual, como de costumbre se quiso hacer el chistoso delante de todos los que nos encontrábamos ahí sentados en la mesa.

—Pues ¿cuántos años tienes, eh? —me preguntó, logrando sacarle una carcajada a todo mundo.

—¡Qué te importa! —le contesté, y luego lo ignoré.

Y seguí contándole a mi madre como me estaba yendo últimamente esos días.

—Como te dije mamá..., solo me falta lo que queda de este semestre y en menos de un par de meses ya estaré por fin graduándome —le comenté sintiéndome un poco orgullosa de mi misma por el esfuerzo que me había costado.

—¡Qué alivio! —Me interrumpió mi padre—. Pues, ya me estaba costando un ojo de la cara seguir pagando los estudios de esa carrera, a la cual no le veo ningún futuro —concluyó.

Mi hermano, al escucharlo se carcajeó, y me entró un poco de coraje al verlo burlarse de mí. Entonces, traté como pude de defenderme y arreglar un poco las cosas.

—Por eso ya no tendrás que preocuparte padre, pues, afortunadamente me está yendo muy bien con mis clases de inglés —le dije un poco molesta.

—Además, déjame presumirte que estoy dibujando algunos murales en algunas casas y me están pagando muy bien por eso—terminé diciendo, pues una vez más fui interrumpida, pero ahora por mi hermana, la cual no soportaba la idea que nadie fuera ni un poco mejor que ella. Así que empezó a hablar de sus futuros proyectos, quedando yo una vez más ahí, siendo ignorada por todos, y siguió hablando que estaba próxima a realizar un comercial local promocionando una de las tantas pastas de dientes que ya existían en el mercado. Mi madre la felicitó delante de todos, pues había exentado todas y cada una de sus materias.

—¡Qué bien! —le dije a mi hermana menor volteándome a verla sin una pizca de envidia, y terminé diciéndole con toda sinceridad lo siguiente:

—¡Muchas felicidades Sofía! La verdad, no esperaba menos de ti, te lo mereces por tu gran dedicación y las ganas que siempre le has puesto a la escuela —concluí, y ya no volví a abrir para nada la boca, pues, siempre era lo mismo con ellos.

Me apuré lo más que pude para terminar mis alimentos y luego, me retiré despidiéndome de cada uno, poniendo como pretexto que tenía que ir a dar una clase en media hora y que apenas tenía el tiempo para llegar, si no se me iba a hacer muy tarde. Cuando lo hice, rápidamente salí de ahí y me metí de nuevo a mi auto.

—¡Fiu! ¡Qué alivio! —me dije, y luego, sin querer me di cuenta que las palabras que me había hecho decir el doctor Monroe antes de entrar a esa casa realmente habían de alguna manera funcionado. Luego sonreí un poco y me dije a mi misma, tal cual como me lo había sugerido el doctor Monroe, que iba a tratar de venir lo menos posible a esta casa de locos, lo cual me afectaba y me llenaba de negatividad. Así que metí la llave inmediatamente en mi auto y luego me apuré para ir a llevar un libro a mi querido amigo Ferdinand a su casa, el cual me había pedido le prestara desde hace ya un largo tiempo.

CAPITULO IX

Episodios de depresión

—¡Toc toc! —le grité a la vez que tocaba a su puerta.

—¿Quién es? —me preguntó, sabiendo desde un principio que era yo.

—¡La vieja Inés! —le contesté siguiendo con su simpleza.

—¿Qué quería? —continuó con su gracioso jueguito.

—¡Darte unas buenas patadas si no me abres rápidamente la puerta, me oíste! —le contesté, pues me estaba muriendo del calor ahí afuera.

—¡Toma *molestón!* —le dije saludándolo con un beso en su mejilla apenas lo tuve enfrente.

—Me lo cuidas y me lo devuelves pronto, ¿me oíste?

—Sí Mimí, no te preocupes. En unos cuantos días te lo devuelvo y te lo llevo a la escuela ¿Está bien?

—Está bien —le contesté, y me despedí rápidamente de él con un beso, pues recordé que tenía cita con el doctor Monroe. Además, de ahí, de la casa de Ferdinand, me quedaba un poco lejos.

—¡Hasta pronto! —me despedí ahora desde el auto.

—¡Mañana nos vemos si Dios quiere! —le grité de nuevo, y luego arranqué para llegar a tiempo al consultorio del siempre muy amable doctor Monroe.

—¿Qué tal, señorita Bell? ¿Cómo se siente usted hoy? —me preguntó el doctor al mismo tiempo que me señalaba el asiento para que yo me sentara y siguiéramos con la conversación pendiente que habíamos dejado la última vez que nos habíamos visto.

—Pues, sinceramente mucho mejor, doctor Monroe —le dije un poco sorprendida y contenta por los grandes logros que había alcanzado en tan poco

tiempo.

—Sin embargo, le voy a confesar algo que me está pasando últimamente por las noches y no puedo parar de hacer.

—¿Ah sí, señorita Bell? ¿Y qué es? Si puedo saberlo

—Bueno —le contesté un poco sonriente—. Le va a parecer un poco extraño lo que a continuación le voy a decir, pues a nadie más se lo he dicho, ni siquiera a mi mejor amigo Ferdinand; y es lo siguiente...

El doctor Monroe, al terminar de escucharme decir estas palabras, se quedó un poco pensativo y guardó silencio, levantando como de costumbre una de sus cejas, como esperando a que yo continuara hablando, pues lo había dejado completamente intrigado.

—¿Sabe? —comencé, dudando en si esto sería importante contar o no, pues yo lo veía más como una tontería. Pero aun así decidí hacerlo, pues ya una vez él me había dicho que lo hiciera, aunque lo que yo pensara fuera algo completamente insignificante.

—Bueno, es solo que últimamente me levanto todos los días en la madrugada y empiezo a sentir como si tuviera un millón de antojos. La verdad es que es algo un poco desesperante, pues se me antoja horriblemente todo, en especial la coca cola y todas las verduras que se puedan comer con limón y chile en polvo, en especial las zanahorias y los pepinos. Esto se me ha venido presentando últimamente, de dos o tres semanas para acá; al igual que uno que otro mareo. Además, todo lo que me he comido en la madrugada, como le dije, he tenido ganas de vomitarlo.

—El doctor, para mi sorpresa y sin esperármelo, soltó una tremenda carcajada al escucharme y, luego, simplemente me hizo saber lo que pensaba en ese momento.

—Señorita Bell... No sé por qué se preocupa tanto. Bueno, en realidad no sé cómo lo va a tomar usted y sobre todo su amigo, pero ¡lo más seguro es que usted se encuentre embarazada!

Al terminar de escuchar al doctor Monroe, mi rostro únicamente mostró una mueca de desacuerdo al mismo tiempo que torcía mi boca a un lado. El doctor, al ver que eso que acababa de decir quizás me estaba incomodando un poco, optó por guardar silencio y esperó a que yo le dijera cualquier cosa, lo que fuera. El caso es que permaneció completamente callado.

—¿Sabe? —le dije de nuevo.

—¡Eso es imposible! Primero porque no tengo novio; y segundo, porque en realidad nunca lo he tenido, y mucho menos he tenido relaciones con nadie.

¿Quién querría andar con una rara como yo habiendo tantas jóvenes tan bellas por ahí rondando? A menos que sea por obra del espíritu santo, cosa que tampoco creo. Y luego, a continuación fui yo la que solté una tremenda carcajada, pero el doctor Monroe no le tomó mucha gracia que digamos.

—¿O sea? ¿Cómo? —me dijo intrigado—. Ha estado sintiendo un sin fin de terribles antojos todas las noches ¿Y no está embarazada?

Únicamente me limité a contestar que no al doctor moviendo la cabeza a los lados.

— ¡Vaya! ¡Qué extraño! Y más aún porque acaba de decirme que gracias al medicamento sus niveles de ansiedad han bajado por completo y ya no le duele más la cabeza. Entonces, créame que esto si no puedo explicármelo — terminó diciendo el doctor Monroe, y luego hizo unos apuntes en su libreta.

—¿Hay algo más señorita Bell que quiera agregar antes de pasar a la siguiente etapa? —me preguntó el doctor Monroe mirándome, como siempre lo hacía, directamente a los ojos. A veces me daba la impresión de que el doctor dudaba en si le decía la verdad o no, o simplemente pensaba en que yo me inventaba todo. Entonces me acordé de repente de la ida a la feria con Ferdinand, donde había derribado a todos los patos con el rifle, y opté mejor por guardarme esa fabulosa anécdota; pues pensé que quizás ya había sido suficiente para él escuchar todo lo que acababa de decirle. Así que preferí omitir esa fantástica parte donde inexplicablemente había utilizado el rifle como toda una profesional y mejor permanecí callada.

No vaya a pensar de verdad el doctor Monroe que estoy un poco loca — pensé para mis adentros, así que mejor me limité a decir al doctor Monroe que ya no tenía nada más que contarle, y simplemente guardé silencio.

—Sí, doctor —le dije muy segura—. No hay nada más que quiera decirle.

—¿Está usted completamente segura, señorita Bell?

—¡Sí, doctor! ¡Completamente segura! —le dije, y ya no hablamos más del asunto de los antojos.

—¿Sabe? Desde aquella vez que me comentó que ya había pasado por tres depresiones en su vida, tan joven, he querido que me contará la raíz de cada una de ellas; para así poder ayudarla y comprenderla aún mejor, y poder llegar al fondo de todo esto y que nunca, óigame bien, nunca vuelva a pasar usted por esa pesadilla —concluyó ahora mi confidente y amigo el doctor Monroe.

—Mmm, bueno —le dije un poco dudosa al doctor Monroe—. La verdad es que no sé ni por dónde empezar, para serle sincera, pues, créame que esa etapa de mi vida quisiera ya dejarla atrás para siempre, ya que el solo hecho de

recordarlo me da un poco de miedo —terminé diciéndole un poco inquieta al doctor Monroe.

—¿Por qué, señorita Bell? ¿Por qué le da tanto miedo? —me preguntó, cada vez más intrigado el doctor Monroe. Al terminar de escucharlo hablar, mis manos empezaron a sudar mucho, al igual que mi frente y mis axilas; además empecé a sentirme como muy caliente, y los latidos de mi corazón empezaron a latir cada vez más y más fuerte.

—¿Se encuentra usted bien, señorita Bell? ¿O preferiría que habláramos de esto para la próxima cita?

—No, señor. No se preocupe —le dije—. Me encuentro bien.

Es solo que hacía mucho tiempo que no me acordaba de eso y el solo hecho de volver a recordarlo de nuevo me dio un poco de escalofríos, eso es todo —le dije ahora muy nerviosa al doctor Monroe.

—A ver, señorita Bell. ¿Cuántos años tenía la primera vez que le dio esa depresión?

—Dieciséis —le contesté al doctor sin querer revivir de nuevo todo el dolor que todo eso me había producido.

—¿Y luego, señorita Bell? ¿Qué pasó después?

—Vaya, ¿cuál cree usted que fue el motivo por el que usted cayó en esta depresión tan profunda? Y, ¿cuánto tiempo le llevó poder salir de ella sin la ayuda de nadie ni de ningún medicamento?

—Como dos años —le contesté al doctor muy segura.

—Explíqueme entonces cómo comenzó su dolorosa pesadilla.

Estando ahí recostada, por un momento, en el mismo sofá donde siempre me relajaba, mi mente viajó unos diez años atrás. De pronto me vi enseñándole a mi madre mi boleta con las calificaciones de mis exámenes semestrales. Recuerdo que cada vez que lo hacía y se las mostraba, mi madre me regañaba bastante, pues mis calificaciones eran como de costumbre muy, muy bajas en comparación con las de mis hermanos, que siempre sacaban excelentes notas. Al seguir así, sin entender una pizca de lo que escribía o leía en mis libros, en el colegio decidieron que descansará por un año; pues había reprobado casi todas las materias, excepto educación física e idiomas, ya que en estas materias casi nunca tomaba apuntes y todo era de manera oral o por medio de juegos divertidos. Al enterarse mi madre que me habían corrido de la escuela, y como era de esperarse en ella, pegó un grito en el cielo y me humilló a más no poder delante de mis hermanos y mi padre. Me hizo sentir como si fuera una retrasada mental, y además dejó un tiempo de hablarme. De igual manera,

fui blanco de burlas y maltrato todos los días por parte de mis hermanos. Y mi autoestima, como era también de esperarse, fue bajando cada vez más y más hasta llegar al suelo. ¿Sabe? Realmente, con el tiempo llegué a sentirme miserable, es más, llegué también a pensar que lo mejor hubiera sido no haber nacido. Vaya, en ocasiones no quería ni siquiera levantarme de la cama, y estaba perdiendo considerablemente el apetito.

De pronto, unos cuantos meses después, al seguir con este ritmo de vida tan destructivo, comencé a tener dolores muy fuertes; como hace poco. Los tuve aquí, en la parte baja de mi cerebro. No podía dormir por largas horas en las noches, y estas me parecían cada vez más y más eternas. Para colmo, lo único que me faltaba ese día, no sé por qué, todos se fueron a una fiesta en casa de uno de los amigos de mi padre; y yo me quedé sola, ahí en la casa, pues no me sentía muy bien y preferí quedarme. Así que encendí la televisión para ver una película entretenida y despejarme un rato de mi monotonía. Me quedé muy entretenida mirando una película horrible del Diablo y de exorcismos, y me impactó tanto, aparte de que tenía mi nivel de energía muy baja, que a partir de ese día, esas escenas se me quedaron grabadas en la mente por un largo e interminable tiempo. Todo ese tiempo que duró mi depresión, créame que fue una completa pesadilla, pues no salía para nada de mi casa y no tenía ningún otro entretenimiento para despejarme; así que nada más pensaba y pensaba en eso. Y créame, era como vivir en el mismo infierno aquí, cada día que pasaba en la tierra.

—¿Por qué dice, Miranda, que fue para usted un infierno?

—Bueno —comencé a hablarle al doctor, un poco temblorosa al acordarme de todo aquello, como si estuviera viviéndolo de nuevo. Mis ojos empezaron a llenarse de lágrimas, por lo que tuve que tomar unos cuantos pañuelos desechables de la caja pegada a un lado del sofá, donde me encontraba recostada.

—¿Sabe? Desde ese día, como le dije antes, me quedé impresionada con esa película. Ya no podía ver ni siquiera una imagen de Cristo o una estampa religiosa, porque de pronto aquel gesto bondadoso lleno de amor y de paz cambiaba, y veía que me miraba de una manera grotesca y mala, y empezaba a sentir muchísimo miedo. Lo mismo me pasaba cuando iba a la iglesia o a alguna casa con imágenes religiosas, pues todos los rostros cambiaban y me miraban siempre de la misma manera. Mi miedo al llegar la noche ni siquiera se lo puedo explicar, ya que en ocasiones hasta mojaba mi cama. Casi siempre me metía en la cama de mi mamá o en la de mi papá, pues dormían separados,

hasta que hubo un momento en que ya no me lo permitieron y entonces, solo me conformé con dormir en el piso, ahí afuera de sus recámaras.

—¿Sabe? Ahora que lo pienso, a veces creo que el Diablo se acercó a mí aprovechando que tenía mi energía demasiado gastada. Ahí es donde Dios me puso a prueba, pues no dejé de desistir, y a todas horas del día me ponía a rezar y a rezar, hasta dos rosarios diarios, para que Dios llegara de nuevo a mí; pensando que algún día todo esto pasaría, y eso fue justamente lo que sucedió. Con el tiempo todo esto pasó, pero no fue porque mis padres me ayudaran. Fue todo gracias a mí, que pude resistir hasta que entré de nuevo a la escuela y poco a poco todo esto se me fue olvidando. ¿Sabe?, mis padres me vieron sufrir muchísimo y no hicieron absolutamente nada para ayudarme. Hubiera sido tan fácil que me hubieran llevado a un psicólogo para que me ayudara a salir de mi depresión; o haberme inscrito a clases de pintura; o aprender a tocar un instrumento, ya que la escuela no se me daba; y así mi calvario hubiera durado un poco menos. Afortunadamente, el tormentoso año pasó y me aceptaron de nuevo en la escuela, pero ahora lo haría por las tardes, ya que ahí nos colocaban a casi todos los reprobados o a los que ya no habían alcanzado cupo para estudiar por las mañanas.

El tiempo siguió pasando, y yo poco a poco me fui curando. Y ahí mismo, en el colegio, fue donde conocí a la muy dulce y querida maestra Diana, que siempre se portó increíblemente conmigo. Ella, a diferencia de todos los demás maestros que había tenido durante mi vida, se dio cuenta que mi bajo rendimiento en la escuela no se debía a otra cosa más que a que yo tenía un poco de dislexia; pues confundía o se me alteraba el orden de algunas letras; pero eso era todo, pues no tenía ningún defecto neurológico. La maestra, al darse cuenta de mi caso pidió hacer una cita para hablar con mis padres al respecto, y gracias a eso me mandaron a una institución que se especializaba en este tipo de casos y poco tiempo después pude salir adelante con mis estudios. ¿Sabe?, ahora mis idas a la escuela ya no me parecían tan frustrantes y un día, mientras me dirigía a mi casillero a guardar todos mis libros, me tropecé en la explanada con una piedra que no había visto. Yo y mis libros salimos volando por el aire quedando todos regados por todos lados, ahí, en el suelo. Como era de esperarse, todos los ahí presentes se rieron de mí, pero ninguno me ayudó a pararme excepto mi gran amigo Ferdinand. Fue el único que se acercó, y antes de ayudarme a recoger todos mis libros; primero, como todo un caballero me dio la mano para poder levantarme; y luego recogió todo lo que había quedado ahí, desparramado en el suelo. Ferdinand era un año

menor que yo, sin embargo, no se notaba la diferencia de edades, y desde ese día hicimos *clic* y nos volvimos los mejores amigos para toda la vida. Desde entonces nos hemos vuelto inseparables. Todavía recuerdo como si fuera ayer, que salíamos a la misma hora de la escuela por las tardes e íbamos caminando juntos de regreso a nuestras casas, cuando todavía era verano y había un poco de luz. Luego, hacíamos primero una parada en su casa, la cual estaba antes que la mía, y ahí dejaba todos sus libros y saludaba rápidamente a su madre; y luego se despedía de ella diciéndole que me acompañaría hasta mi casa, y de nuevo seguíamos con nuestro camino hasta que llegábamos a mi casa. Por cierto, lo hacíamos siempre bañados en sudor y supongo que también muy olorosos, pero no nos importaba en absoluto; es más, todo el día, hasta que llegaba la noche, lo pasábamos haciéndonos bromas de todo tipo. En ocasiones, yo nada más lo escuchaba hablar, pues hablaba y hablaba hasta por los codos, pero eso a mí no me importaba, al contrario. Me fascinaba escucharlo hablar de todo tipo de cosas y nunca, hasta hoy, me he aburrido ni un solo segundo cuando he estado a su lado.

—¿Sabe?, Ferdinand no es el típico galán de telenovela que toda chica quisiera tener de pareja, pues usa esos simpáticos lentes y tiene la cara llena de barritos y espinillas, además de que todo el mundo lo llama *nerd*, pues es un chico sumamente inteligente. Pero, créame que tampoco es feo, supongo que únicamente le falta madurar un poco y con los años quizás embarnecerá un poco más y se pondrá muchísimo más interesante para las chicas, ya lo verá. Luego, hice una pequeña pausa de unos cuantos segundos y seguí hablando de mi querido amigo con mucho orgullo, pues siempre lo he admirado mucho, desde que lo conozco, y seguí con mi charla fascinada, contándole de mi gran y único amigo Ferdinand. El doctor, muy lindo, para no interrumpirme, no dijo ninguna palabra, pues notó que realmente me encontraba demasiado inspirada hablando de mi gran amigo y de mi hermano del alma Ferdinand. Además, quien sabe, ahora que lo pienso un poco, quizás en un futuro no muy lejano, todos aquellos que se burlan hoy de él serán entrevistados por él mismo como presidente de una importante compañía y vendrán pidiéndole algún día trabajo, ya lo verá.

—¡Qué gusto, señorita Bell! Me alegra saber que cuenta con un gran amigo, pero, de todos modos no se confíe demasiado de él. Ya ve lo que le pasó con su novio y no quiero que vuelvan a romperle el corazón de nuevo, y menos en tan poco tiempo.

—No tiene de que preocuparse doctor Monroe —le dije en un tono muy

tranquila a mi ahora confidente, el doctor. Pues como le dije, Ferdinand es diferente y casi podría meter mis manos al fuego por él antes de que me hiciera daño alguno. Concluí, y ahora cambié un poco el tema.

—Como le dije antes, mis notas en el colegio iban cada día mejor y aunque nunca he sido ni seré ninguna estudiante de dieces, pues se me dificulta muchísimo hasta la fecha poder concentrarme; por lo menos en ese aspecto, mis hermanos dejaron de molestarme un poco.

—¿Por qué dice «por lo menos», señorita Bell? Me gustaría que fuera un poco más específica en eso si es tan amable.

—Claro que sí, doctor Monroe. Con mucho gusto.

—Ahora verá..., mmm... ¿cómo le explico lo siguiente?

—Inténtelo sólo empezando a hablar y verá que poco a poco lo demás se irá desarrollando naturalmente.

—Sí, doctor. Bueno, en el transcurso de mi vida, tanto mi madre como mis hermanos me han hecho saber un sin número de veces que de pronto cambio de estados de ánimo en cualquier lugar en donde me encuentre.

—¿Por ejemplo, señorita Bell? Trate de ser un poco más específica si es posible, pues como le dije, así podré entenderla mejor y de igual manera entenderé mejor su caso.

—Mire, sinceramente yo nunca me doy cuenta de eso, pues me lo hacen saber después de que suceda, cuando salgo de cada uno de mis trances, como ellos le dicen.

—Deme un ejemplo de eso por favor, señorita Bell.

—¿Sabe?, algunas veces, o más bien muchas, me han dicho que cuando nos encontramos todos sentados comiendo como siempre en la mesa, de pronto mi rostro cambia a uno muy serio. Luego, como si nada empiezo a reírme a carcajadas sin poder parar por un largo rato, y no había visto nada en la televisión o escuchado ningún chiste gracioso. Después, de nuevo regreso, por así decirlo a mi estado original, sin recordar absolutamente nada de lo que me ha pasado. Otras, por el contrario, empiezo de pronto a llorar o me pongo muy explosiva y empiezo a patear algunas cosas sin ningún motivo. Es como si otro ser, espíritu o identidad dentro de mí, no sé cómo llamarlo, se metiera dentro de mi cuerpo y se apoderara de mí por unos instantes; y luego, ¡PUM! Saliera.

Si usted me lo permite, quisiera compartir una experiencia que una vez tuve cuando era más pequeña, y esa sí la sentí estando completamente en mis cinco sentidos, pues sentí una emoción tan fuerte como nunca antes la había sentido. Todavía hoy en día no puedo encontrarle ningún significado a eso que me

pasó. Ojalá usted pueda ayudarme a entenderlo.

—Explíquemelo por favor, señorita Bell.

—Todavía recuerdo como si hubiera sido ayer, el día en que mis padres nos llevaron a pasear a mí y a mis hermanos a un parque muy, muy grande, que tenía en el centro una enorme ciclovia. Ese parque medía aproximadamente unos cuatro kilómetros de diámetro y, además de poder pasear en bicicleta, también se encontraban otras áreas recreativas para los visitantes, como albercas techadas o al aire libre, entre otras cosas. Pero, ese día decidimos todos montarnos en una bicicleta y dirigirnos a la *ciudad deportiva*; nombre de ese enorme parque al aire libre.

Estando ya ahí con mi bicicleta nueva, sentí una emoción de completa libertad, y entonces empecé a pedalear y pedalear, rebasando a alguno que otro que iba demasiado lento en el camino. Ese día el lugar, no sé por qué estaba demasiado concurrido, a diferencia de otras veces, y entonces traté de tener un poco más de cuidado para no chocar con ninguna otra persona que también paseaba en bicicleta. Sin embargo, después de un rato de seguir paseando entre la gente, mi vista se borró como si hubiera entrado en trance y en mi mente vi a una pequeña niña que se atravesó delante de mi camino accidentalmente. Sentí entonces una gran impotencia por no querer atropellarla y lastimarla, y entonces, como si una fuerza no me hubiera dejado seguir a delante, sentí el impacto al momento de haber atropellado a esa niñita. Ví en mi mente que salió volando, y después la arrollé pasando encima de ella, provocando esto que yo también me cayera de la bicicleta y me hiciera un montón de raspaduras por todos lados. Como era de esperarse, mi bicicleta quedó completamente inservible por la caída, y yo, apenas pude levantarme con un poco de trabajo volteé a todos lados para poder ayudar a la pobre niñita que arrollé, pero por más que miré a todos lados ella ya no se encontraba ahí. Y puedo jurar delante de Dios que todo eso pasó y fue muy real. Sin embargo, en un segundo todo desapareció; y créame, desde ese día, como le dije antes, todavía no puedo explicarme ese suceso, pues estoy segura que la atropellé, pero en realidad no pasó nada de eso.

—A ver, señorita Bell, déjeme ver si he comprendido todo esto que acaba usted de contarme. ¿Lo que quiere decirme es que usted venía plácidamente manejando su bicicleta en la ciclovia, cuando de pronto vio atravesarse enfrente de usted a una niña? ¿Que también sintió el momento en que la atropelló? ¿Y que en realidad esto nunca pasó y fue solo una mala jugada de su mente...?

— ¡Así es! —le contesté completamente segura al doctor de lo que acababa de contarle, y seguí con mi fascinante pero extraño relato. Mi mente vio una cosa y mi cuerpo sintió el tremendo golpe, pero en realidad eso nunca pasó, por más vívido que lo haya sentido. Es más, todavía un poco confusa por todo esto, me atreví a preguntarle a mi hermana cuando se bajó de la bicicleta para ayudarme que si había visto cruzar a esa misma niñita delante de mí y me hizo saber que no, que por ahí no había pasado absolutamente nadie. Y tenía toda la razón del mundo, pues volteamos para todos lados para buscarla por ahí cerca y no vimos a ningún niño en el suelo. Claro que a mis padres nunca les conté lo que esa vez había sentido, pues me hubieran señalado con el dedo como si fuera una verdadera loca, pues ya eran varias las cosas extrañas que me venían pasando últimamente.

Mientras tanto el doctor Monroe, sin decirme ni una sola palabra, se limitó a escribir como de costumbre un sin fin de cosas en su querida e inseparable libreta al mismo tiempo que me grababa como en cada sesión a la que asistía, como todo un rito.

—Remontémonos ahora señorita Bell, de ser posible, a cuando tuvo su segunda recaída. ¿Cómo pasó? Quiero decir... ¿A qué se debió esto? Pues, hacía poco que acababa de reponerse de la anterior, y vaya, que le había costado bastante el haberlo conseguido.

—Así es doctor, tiene usted toda la razón. Permítame contarle por qué fue tan fácil caer de nuevo y cómo milagrosamente también pude salir sin haberme suicidado primero en aquel tiempo. Al cumplir los dieciocho y diecinueve años, mis hermanos fueron mandados a estudiar fuera, al extranjero, por capricho de Sofía, ya que a mi padre lo ascendieron de puesto y ganaba un poco más de dinero. Sofía se llevó con ella también a Johnny para que le hiciera compañía y no se aburriera allá sola, pues siempre se han llevado de maravilla, ya que son tal para cual; pero a mí ni siquiera me mencionó, ya que nunca nos hemos llevado del todo bien. Pero, igual a mí eso ni me importa. Así que para mí desgracia, yo fui la única que permanecí ahí en la casa, y le serví como paño de lágrimas a mi madre, ya que mis padres nunca se han llevado muy bien que digamos. Son como el agua y el aceite, y desde que lo recuerdo ya llevaban muchísimos años durmiendo en camas separadas; pues como le dije, no se soportan el uno al otro. Es más, ahora viven como si fueran solo compañeros de casa, como los estudiantes y lo que no me explico es cómo todavía pueden seguir juntos después de tantos años. No sé, quizá es la costumbre o la conveniencia, pues mi madre dice que por ningún motivo ella

se va a ir nunca de esa casa.

—¿Para qué? —dice ella. Para que de buenas a primeras, de pronto, un día llegue otra mujer y se quede con todo lo que es de ella y que le corresponde por ser la señora de esa casa. yo no lo haría, ni mucho menos aguantaría, pues no soportaría estar al lado de una persona como es mi padre, que a cada momento la hace sentir mal. En ocasiones hasta la ridiculiza delante de otra gente para hacerse el gracioso, como es su costumbre. Como se ha de imaginar, sin mis hermanos, todo ese tiempo, el vivir yo ahí sola con mis padres se convirtió en un verdadero infierno. Además, desafortunadamente para mí, a mi madre le llegó también la menopausia y le dio sumamente fuerte, tanto, que sus estados de ánimo eran exageradamente cambiantes. Discutía con mi padre porque no la apoyaba nunca en nada y se gritaban casi todos los días mutuamente, pues cualquier cosa que hacían uno o el otro les molestaba sin razón alguna. También recuerdo todo ese tiempo, que cuando a mi madre le pasó todo eso de la menopausia, lo cual tengo entendido que a algunas personas les da sumamente fuerte; mi padre no la apoyó para nada, ni tampoco le mostró ni una pizca de cariño ni de afecto, sino todo lo contrario. Únicamente le dio la espalda, y al salir del trabajo, por desgracia, lo teníamos ahí metido todo el santo día, ya que se pasaba largas horas ahí encerrado, en su cuarto, viendo la televisión o leyendo.

—¿Sabe?, yo era la acompañante de mi madre e iba con ella para todos lados. Cuando tenía mis tiempos libres en la escuela, yo la llevaba al supermercado, ya que ella nunca ha manejado. Un día que lo intentó tuvo un incidente con mi padre y dejó el auto tan pegado a la pared de la cochera, que este se enojó mucho y la ridiculizó enfrente de nosotros, que nos acababa de recoger, y de unos amigos de ellos; y nunca jamás quiso volver a manejar por la humillación. Hasta su licencia había sacado la pobre, la cual tuvo que guardar por el resto de sus días en un cajón. Además, mi mamá es sumamente orgullosa y ya nunca jamás quiso volver a intentarlo. Entonces, yo que sí sabía manejar, de vez en cuando la sacaba para que se despejara un poco cuando la veía un poco triste y me la llevaba a desayunar. Algunas veces íbamos al cine, o simplemente salíamos a caminar por las tardes a la escuela primaria, la cual se encontraba al otro lado de la calle, muy cerca de nuestra casa. Ahí nos poníamos a rezar todos los días el rosario hasta que, créamelo, me lo aprendí sin ver el librito, de memoria. Y cuando terminábamos de rezar era siempre lo mismo y lo mismo, pues empezaba a quejarse conmigo de todo lo que le hacía mi padre, y siempre cargaba con sus pañuelos desechables; pues era todos los

días un mar de lágrimas, ahí, a un lado mío.

Con el tiempo, como era de esperarse que pasara, yo absorbí todos los problemas de mi madre y llegué a sentir por mi padre un profundo odio, pues siempre ha sido una persona muy egoísta. Y también, como le dije antes, trataba muy mal a mi madre, no físicamente, pero sí moralmente.

Durante meses y meses seguí en la misma situación, ya que por las noches cuando ya quería descansar de todo mi ajetreado día, parecía hecho adrede, pero ocurría exactamente todo lo contrario; pues como comprenderá, al estar mi padre todo el santo día en su recámara acostado sin hacer absolutamente nada de provecho más que mirar la televisión, por las noches se le iba por completo el sueño. Así que se levantaba muy fresco y descansado a altas horas de la madrugada y se ponía a cocinar. ¡Hágame usted el favor! ¡A cocinar! Y a hacer toda clase de ruidos, sin importarle siquiera si mi madre o yo dormíamos o no. Claro, al terminar regresaba cómodamente a su recámara y encendía de nuevo la televisión a todo volumen, sin tener siquiera un poco de consideración hacia mi persona, pues yo era la que dormía pegada a un lado de su recámara. Mi madre, afortunadamente dormía un poco más lejos, hasta la última recámara de la casa, aparte de que también se ponía sus tapones para los oídos, cosa que a mí no me funcionaba. Ha de comprender que tan alto estaría el volumen que hasta con mis tapones todavía escuchaba algo de ruido. Para mí estaba prohibidísimo meterme a la habitación de alguno de mis hermanos, que intencionadamente habían cerrado con llave la puerta antes de irse al extranjero para que yo no pudiera meterme ningún día, según ellos, a esculcar sus cosas durante su ausencia; cosa que nunca jamás hubiera hecho de todos modos, pues nunca he sido una persona maleducada como lo son ellos. ¿Sabe?, la casa en realidad no era muy grande, y aunque las recámaras y demás espacios eran muy amplios, aun así se escuchaban todos los ruidos que cualquiera de nosotros hiciéramos ahí dentro.

Con el tiempo, esta situación llegó totalmente a desesperarme, pues ya llevaba varios meses sin poder dormir muy bien, y entre el colegio; las tareas; proyectos escolares y demás ocupaciones, poco a poco comencé a enfermar de los nervios. Y por tanto estrés que venía cargando desde hace ya largo tiempo, escuchando y viendo todos los problemas que tenían mis padres y lo mal que ambos se trataban mutuamente, me desmoroné y exploté ya sin ningún remedio. ¡Los odio! ¡De verdad que los odio a los dos! Me repetía una y otra vez, a la vez que me cortaba la piel con lo que fuera para expresar de alguna manera mi frustración y dolor por no poder salir de allí y huir de esa casa. También

recuerdo haber escrito algunas cartas expresando todo el coraje que sentía hacia ellos, y recuerdo haber escrito también algo así que decía: OJALÁ SE MUERAN PRONTO. Únicamente pensaba en la mente que sucediera, pues de eso a que yo los matara y me convirtiera en una asesina había un mundo de diferencia.

Al poco tiempo, como supuse exploté, y los ataques de ansiedad y el insomnio por la noche se hicieron cada vez más y más frecuentes, así que me dije a mí misma una de esas largas e interminables noches: ¡No Dios mío! ¡Otra vez no! Así que como no estaba dispuesta a pasar una vez más por ese infierno, comencé de nuevo con mis ejercicios de respiración cuando sentía que estaba a punto de estallar por uno de mis ataques de ansiedad. Otras veces simplemente lloraba y lloraba por largo tiempo, hasta que lograba calmarme de nuevo un poco; sin darme cuenta que cada vez que lo hacía, esto me afectaba más y más, pues era como un círculo interminable. Al hacerlo, esto agudizaba cada vez más los fuertes dolores que me daban en la parte trasera de mi cabeza y al sentirme así, tan deprimida día con día, me hizo tomar la decisión de querer marcharme de ahí; de ese infierno que estaba viviendo al estar ahí, en esa casa. Así que me mudé a unos cuartos que rentaban muy baratos junto con una amiga que se animó a irse a vivir conmigo.

Ferdinand, para ayudarme un poco con todo esto y por lo que estaba pasando en esos momentos, pues veía que sufría mucho y no veía en mí mucha mejoría, me llevaba a escondidas al teatro de la ciudad. Nos metíamos ambos por una rejita trasera que nos llevaba exactamente por debajo del teatro y ahí, podíamos escuchar perfectamente cada hermosa pieza que tocaban de la orquesta que se presentaba ese día. Y ahí nos quedábamos recargados uno al otro por un par de horas, pues Ferdinand sabía lo mucho que me encantaba la música clásica, en especial el violín. Y ahí, como le dije antes, permanecíamos por largo tiempo hasta que el concierto terminaba, pues ninguno de los dos teníamos el suficiente dinero para comprar un par de boletos tan caros, y mucho menos vestimentas elegantes como para sentarnos a ver cómodamente la función en vivo.

Así es como empecé a dar mis clases de inglés a tantos niños, para poder pagar la renta del departamentito y también mis gastos personales, pues la escuela me la pagaba mi padre, y supongo que era lo mínimo que podía hacer por mí, pues el daño moral ya estaba hecho desde hacía mucho tiempo.

Poco a poco, y gracias a que ya no vivía con mis padres, se fueron calmando de nuevo mis nervios, y con la ayuda de Ferdinand y mis ganas de

seguir adelante ante la vida, fue que pude salir de eso adelante. Pero, créame que estar en ese estado de ansiedad y depresión, es algo así como sentir la muerte rondando muy cerca de usted, esperando a que esa persona se rinda y tire la toalla de una vez por todas para poder llevárselo con ella.

—¡Guau! ¡Increíble señorita Bell! Permítame decirle una vez más que el salir de esa casa fue lo mejor que pudo haber hecho, sin embargo, estando ya fuera de ella, no me explico cómo es que volvió a recaer; pero bueno, supongo que de eso hablaremos en nuestra próxima cita, si le parece, porque el tiempo se nos acaba de terminar de nuevo.

—Muchas gracias doctor Monroe —le dije al señor por el solo hecho de haberme escuchado, pues aparte de Ferdinand no tenía a nadie más que lo hiciera.

—De nada, señorita Bell. Cuídese mucho por favor, y nos vemos si Dios quiere en la próxima cita.

—¡Adiós! —me despedí de nuevo del doctor levantando mi mano mientras caminaba a lo lejos, rumbo a la puerta.

CAPITULO X

Obra pintoresca

Al salir de ahí, me apuré para regresar de nuevo a la casa, donde había acondicionado un pequeño espacio y lo convertí en un pequeño tallercito, ya que ahí me dedicaba a pintar o a hacer algunas esculturas que ocasionalmente exponíamos para los demás en la escuela de arte. Además, algunas veces participábamos en concursos nacionales, y ahora teníamos que apurarnos, pues estaba muy próximo el concurso de esculturas y pinturas locales en el que yo me había ya inscrito, y por esta ocasión también participaría en ambos.

—¡Dios mío! —me dije—, ya queda tan poco tiempo... Y todavía no tengo ni la menor idea de que es lo que voy a hacer. Pensé por un momento, pues ahora mismo me encontraba saturada con tanto trabajo, agregándole a eso también todas las obligaciones que tenía en mi escuela, pues ya era el último semestre que cursaba de mi carrera y ahora más que nunca tenía que ponerle todas las ganas del mundo. Ya se encontraba oscureciendo de nuevo, así que se me ocurrió salir al jardincito trasero de la casa llevándome conmigo, como de costumbre, una taza de té *Chai* con leche de soya, pues amaba toda clase de tés, en especial los de flores, ya que me ayudaban siempre a mantenerme tranquila y relajada. Después de algún que otro sorbito, pues todavía se encontraba muy caliente, decidí recostarme en el pasto, colocando primero una cobijita encima para que no me fuera a causar alguna comezón; y luego me recosté encima de ella, quedándome en completo silencio por unos minutos. Después, me puse a meditar cerrando los ojos para ver si podía concentrarme un poco, cosa que siempre me parecía muy difícil. Aun así lo intenté, y al cabo de un pequeño rato por fin pude lograrlo. Mi mente, de pronto, se puso

completamente en blanco y así permanecí, por increíble que parezca, un tiempo que no fue muy largo, pero sí el suficiente para que llegara como caída del cielo una lluvia de fantásticas y originales ideas, por no querer decir más bien que eran un poco locas.

—¡Sí! ¡Eso es lo que haré! —grité emocionadísima al tener al fin una idea clara de que es lo que iba a hacer en el concurso.

¡Gracias Dios! —le dije a nuestro señor Jesucristo, mientras volteaba a ver el cielo al mismo tiempo que lo señalaba apuntándolo con mi mano y le cerraba un ojo como muestra de mi agradecimiento. Entonces, me levanté inmediatamente y me dirigí a mi tallercito, en donde tomé unas cuantas hojas y empecé a dibujar algunos bosquejos para no perder la idea de lo que recién se me había ocurrido.

Después de un buen rato de estar dibujando y dibujando, al fin pude plasmar en una hoja el borrador de lo que sería mi gran obra de arte.

—¡Sí! —me dije totalmente convencida, y luego me dirigí a la cocina a comer cualquier cosa, lo que fuera, pues ya era cercana la media noche y todavía no había probado ningún solo bocado.

—¡Válgame Dios! ¡Ya es tardísimo! —exclamé al ver la hora en el reloj del microondas y opté mejor por tomar tan solo un vaso de leche tibia acompañándolo con dos tabletas de mi medicina. Nunca he sido buena en tragarlas y pasarlas por mi garganta, así que, con gran esfuerzo pude pasar la primera; y con la segunda por poco me ahogo yo misma, pues sentí como de pronto se me quedó atorada por dos segundos en mi garganta. Así que de nuevo tomé un sorbo gigante del vaso con leche tibia que tenía ahí, todavía enfrente de mí, y sentí como esta me raspó por completo ahí dentro. Y luego, simplemente pasó, salvándome de tremendo susto que me había dado de ahogarme.

—¡Santo cielo! ¡Por poco y me muero! —me dije riendo un poco, y pensé que al día siguiente la partiría en dos partes iguales o, mejor aún, las molería, con un gran martillo, dejándolas hechas polvillo. Me dirigí entonces a mi recámara, pues me sentía sumamente cansada, y estando ahí, en unos cuantos segundos me quedé profundamente dormida, pues me sentía realmente agotada.

Esa noche, en comparación con las demás, no soñé absolutamente nada, cosa que casi nunca sucedía; de tal modo que por la mañana amanecí completamente relajada, como si hubiera dormido por un mes seguido.

—¡Guau! —me dije restirando mis brazos cómodamente, todavía dentro de mi cama.

—Pero qué bien me siento —pensé, y luego me levanté a desayunar bastante, pues el día anterior casi no lo había hecho y cuando terminé tranquilamente mi deliciosísimo desayuno, lavé rápidamente los pocos platos que tenía y luego, simplemente me senté por ahí, a un lado de la estancia en el suelo y restiré muy despacio mis piernas para poder ver jugar a mi gatito juguetero *Silvestre*. Podía hacerlo todos los días, a todas horas, ya que me encantaba verlo jugar con sus juguetitos de animalitos y en su casita de tres pisos con agujeros por todos lados para que pudiera moverse muy cómodamente. Después de eso y de relajarme bastante me dirigí a mi taller, donde comencé a dar pincelazos por aquí y por allá sobre el gran lienzo que ahí tenía enfrente. Y ahí continué encerrada por casi todo el fin de semana y un par de semanas más por las noches, y también continué en mis ratos libres quitando o agregando algunas cosas más, haciendo además una mezcla perfecta de fantásticos colores, hasta que quedé completamente satisfecha con mi trabajo y ya no le hice ni un solo cambio más.

—¡Ya está! —me dije, quedándome ahí, todavía un buen rato contemplando mi obra. Después, únicamente la cubrí para que no le cayera nada de polvo y nada ni nadie fuera a dañarla hasta que llegara el día de presentarla; primero con mi maestra, para que me diera su punto de vista artístico; y luego, y si estaba ella de acuerdo, pues yo siempre he sido su alumna predilecta, después, quizás se expondría junto con todos los demás, hasta esperar el veredicto final del jurado.

Además de trabajar largas horas en mi obra, también esas semanas me puse a ayudar a Ferdinand un poco por las tardes en uno de sus pendientes que tenía, pues hacía ya tres años que se había graduado en la escuela de leyes, la cual se encontraba curiosamente casi al lado de la mía, al igual que algunas otras carreras. En ocasiones nos juntábamos en la enorme biblioteca que daba cabida a todas las demás escuelas, y allí, yo le ayudaba a subrayar con marca textos algunas fechas de llamadas que se repetían en miles y miles de hojas o a escribir algunos datos importantes en la computadora, pues estaba trabajando ayudando a otros abogados en un caso importante y esto le ayudaba a tener un poco más de experiencia para irse formando más y más en el fascinante mundo del derecho.

Después de un buen rato de seguir trabajando en ese caso, ambos nos encontrábamos ya sumamente agotados, así que Ferdinand me invitó a cenar a un restaurante sencillo pero muy agradable y nos subimos a su auto antiguo, el cual, por cierto, me dijo que ya pronto iba a cambiar por un modelo más

reciente, pues le estaba yendo muy bien en este despacho donde estaba trabajando en este momento.

—Algún día, Mimí —me dijo tiernamente—, te invitaré a los mejores restaurantes del mundo, ya lo verás. —me dijo muy lindo y seguro de sí mismo, luciendo sinceramente muy guapo de traje, pues debido a su trabajo tenía que hacerlo siempre, pero sin embargo, ese corte de cabello que traía y su cutis un poco maltratado, lleno de espinillas, sinceramente no le favorecían mucho. Aun así y con sus pequeños defectos, yo lo quería muchísimo, pues era *mi Ferdinand*, mi hermano del alma, mi media naranja. Y así, tal cual, y aunque no fuera el chico más popular de la escuela, yo lo quería muchísimo.

—No te preocupes —le contesté—. Ya sabes que a mí nada de esas cosas me interesan, solo el estar contigo y disfrutar de tu compañía, es todo lo que yo necesito en mi vida.

—Gracias, Mimí —me dijo—. Ya sabes que yo también te quiero muchísimo. —y luego tomó mi mano moviéndola un poco juguetón para todos lados, supongo por un poco de nervios. Después me guiñó uno de sus enormes y hermosos ojos negros, con esas largas pestañas que tenía y que darían envidia a cualquier mujer.

Ya en el pequeño restaurante, estuvimos hablando por horas como siempre lo hacíamos. Luego, me ofreció un par de veces probar un poco de su comida y yo de la mía, pues así tanta era la confianza que ambos nos teníamos y después, yo solo le acercaba a su boca una de las papas francesas que tenía en mi plato, y para cuando Ferdinand abría la boca para morderla y poder comérsela, yo ya se la había quitado y me la había comido, dejándolo ahí con la boca abierta, a lo cual, únicamente solo refunfuñaba y me hacía un poco de cosquillas para poder desquitarse de mis ocurrentes travesuras.

—¡Para! ¡Ya para! Que vamos a tirar algo en el piso —le dije todavía con alguna que otra carcajada en mi cara.

—¡Pues, tú empezaste tramposa! ¡Aguanta entonces! —me dijo, y después de un rato más de estar divirtiendonos y hablando en ese lugar, simplemente nos marchamos y nos subimos al coche en el que me llevó de nuevo a mi casa y ahí, nos despedimos.

—Gracias por todo, Mimí.

—Gracias a ti por ser tan único.

Y luego, simplemente me nació y le di un beso en la mejilla, por lo que Ferdinand se quedó un poco sorprendido. Luego salí del auto y me dirigí a mi casa, donde me metí y me fui a mi taller para darle los últimos toques a mi

obra, pues al día siguiente íbamos ya a exponerlo y quería que este quedara perfecto, cosa que me llevó un poco más de tiempo, pues me quedé un poco más de la media noche trabajando. Luego me fui a dormir y a descansar un poco, pues muy temprano me tenía que levantar, ya que un camioncito que nos proporcionaba la maestra, con chofer y todo, pasaría por cada uno de nosotros ese día a recogerlos debido a que mi pintura, al igual que otras, eran bastante grandes y no cabían en cualquier automóvil común y corriente, pues podían dañarse muy fácilmente.

—Muchas gracias, Frederick —le dije al chofer cuando hubo subido mi pintura.

—No hay de que señorita Bell, y mucha suerte con su obra.

—Muchas gracias —le contesté.

—Espero que a los jueces también les guste, Frederick.

—Así será señorita, así será —me dijo.

—Eso espero, pues créame que le he dedicado casi toda mi vida y mi tiempo.

—Ya lo verá que sí, pues déjeme decirle que usted siempre ha sido una de mis favoritas o más bien la única, señorita Bell.

—Gracias por sus ánimos y buenos deseos Frederick, esperemos que así sea —le contesté de nuevo.

Y luego me subí al camioncito, que nos llevó directamente al museo de artes plásticas de la ciudad, en donde se expondrían todas las obras de los participantes locales y una a una las fueron bajando y las fueron acomodando en el gran salón, donde llegó corriendo para luego colocarse a mi lado, nuestra maestra de artes plásticas y pintura, la señora y master Lupita Giles.

—¡Ay Dios mío! Qué bueno que ya llegaron, me tenían sumamente preocupada y tu obra era ya la única que nos faltaba Miranda.

—No se preocupe más, maestra —le dije—, ¡aquí estamos ya!

Después, la maestra le pidió a Frederick que la colocara en un lugar muy especial que ella había guardado únicamente para mí y Frederick así lo hizo, ya que ahí era el único espacio grande donde todo el mundo la iba a apreciar mejor e iba a estar estratégicamente a la vista de todos.

Al terminar Frederick de colocarla tal cual como la maestra se lo había indicado, la señora Giles me pidió destapar la pintura, pues se moría de ganas, al igual que Frederick, de mirar mi gran obra de arte.

—¡Apúrate linda! —me dijo al mismo tiempo que me ayudaba a quitarle delicadamente la envoltura a mi gran pintura. Después de haberlo hecho y tras

una larga pausa de silencio, el rostro de la señora Giles palideció a tal grado que los papeles y carpetas que llevaba en sus manos los dejó caer y se llevó ambas manos a la boca como una muestra de completo asombro.

—¡No puede ser esto posible Miranda! Pero ¡qué belleza! —murmuró, y luego se acercó un poco más para observar mi obra detalladamente, centímetro a centímetro, apreciando maravillada el juego de colores que había hecho en ella; pero sobre todo se encontraba sorprendida por la luz que proyectaba mi pintura, como si realmente esa luz estuviera saliendo de ella.

—¡Maravilloso mi niña! —me dijo entusiasmada.

—¡No podía esperar menos de ti! —terminó diciendo, y de pronto, unos segundos después de seguir admirando mi obra, unas cuantas lágrimas comenzaron a correrle por sus mejillas y se dejó caer encima de una silla, como si no tuviera las mínimas fuerzas ni ganas de permanecer en pie. Después, rompió el silencio diciéndome las siguientes palabras:

—No quiero que tomes a mal lo que a continuación voy a decirte, pero siento desde que te conocí, hace ya muchísimo tiempo por cierto, que me has superado en todos los sentidos, ¿sabes?

Yo, al escucharla decir esas palabras, simplemente traté de interrumpirla para hacerle saber mi sentir, pero la maestra no me lo permitió y luego, continuó hablando pausadamente, como era su costumbre.

—¿Sabes Miranda? Desde la primera vez que te conocí supe que eras una persona muy, pero muy especial, pero sobre todo muy diferente a las demás personas, ya que siempre he sabido que tienes dentro de ti una gran sensibilidad; como pocos artistas llegan a tener en este hermoso y mágico mundo.

Para serte sincera desde un principio, sentí que tú eras la única que no necesitaba que yo le enseñara nada, quizás un poco de dirección, pero nada más, pues tus obras siempre se han expresado como si hablaran por sí solas. Sin embargo, con esta, realmente me he quedado muda, y estoy completamente segura que tú vas a ganar y te vas a llevar el merecido premio de mil dólares a tu casa.

—Quién sabe —le dije a mi maestra. Pues aquí se encuentran ahora los mejores de los mejores.

—¡Y tú eres una de ellos linda! —me dijo como siempre amablemente mi querida maestra de artes, y luego agregó lo siguiente:

—Si tú lo deseas Miranda, me encantaría que a partir de mañana me ayudaras también como maestra, aquí, en la universidad, y no como una

estudiante más; aunque, sinceramente siento que la que me enseña más a mí eres tú y no viceversa. Y la verdad es que me encantaría que lo hicieras y quien sabe, quizás más delante si llegas a sentir que es el momento oportuno para poder despegar tú sola, créeme que yo te apoyaré en todo lo que pueda querida.

—Mil gracias señora Giles.

—Por el momento, no creo que sea posible y me da muchísima pena tener que decírselo, pues ahora me encuentro saturada de trabajo, pero quizás más delante sí pueda hacerlo, y créame que lo tomaré muy en cuenta. Se lo prometo... —volví a decirle a mi maestra, pues ya todo el mundo se encontraba listo para que diera inicio el tan esperado evento.

Después de un buen rato, entre las presentaciones de los cuadros y alguna que otra interrupción del público, como era de esperarse la hija del gobernador ganó, mostrando por ello mi maestra una cara de completa indignación en su rostro. Casi llorando se acercó a mí y me dio un gran abrazo por la gran injusticia que se acababa de cometer. Aun así, mi obra fue peleada por muchos postores, siendo la única obra que se subastó entre varios elegantes señores y fue la obra más cara vendida entre todas las que se habían expuesto ese día.

Ese dinero lo recibí como caído del cielo y al día siguiente Ferdinand me acompañó al banco para abrir mi propia cuenta y poder ahorrar ese dinero, además de lo que recibiría de ahora en adelante por mis murales y clases, pues afortunadamente me estaba yendo muy bien y supuse que quizás un día podría disponer de él para algo urgente e importante.

—¡Felicidades Mimí! ¡Estoy muy orgulloso de ti! —me dijo Fer.

—Gracias amigo mío, pues eres el único que me ha felicitado, ya que ni mis padres ni mis hermanos me han llamado siquiera para preguntarme como me fue en la exposición y estoy segura que sí se lo comenté la última vez que nos vimos.

—No te preocupes Mimí. Ya sabes cómo son ellos y además, a mí siempre me tendrás, eso tenlo por seguro —me dijo Ferdinand, y luego, simplemente me abrazó rodeándome con un solo brazo y me dio un pequeño beso arriba de mi cabeza.

—Anda, ven —le dije.

—Te invito ir a comer a donde tú quieras —insistí.

—¿A dónde yo quiera? —me preguntó con un poco de picardía, como si estuviera tramando algo, pues conocía mejor que nadie esa mirada traviesa

cuando estaba a punto de hacer alguna travesura.

—Sí, insistí de nuevo. A donde tú quieras —reafirmé lo que le dije antes a Ferdinand, pues de alguna manera quería corresponderle el gran apoyo que siempre me brindaba.

—Está bien Mimí, invítame al *Grand Palace* —me dijo con un poco de burla.

—¿Qué? ¡Tampoco abuses! —le contesté, pues era uno de los restaurantes más caros y más selectos y mi presupuesto tampoco daba para tanto.

—Estoy bromeando Mimí —me dijo.

—Sí, ya me di cuenta —le dije—, yo también estaba bromeando.

—Vayamos solo a comer comida japonesa —propuso Ferdinand.

—¡Excelente! —le contesté, pues él sabía lo mucho que me encantaba el sushi y a donde fuimos nos atacamos como niños de hospicio de todo el sushi que ahí había.

—¡Ay, me duele el estómago! —le dije.

—También a mi Mimí, mejor ya vámonos por ahí a caminar para poder bajar un poco estos estómagos llenos, ¿te parece bien?

—¡Sí, ya vámonos! —le contesté a Fer.

Y luego nos dirigimos a un hermoso parque donde nos bajamos y caminamos haciéndonos un montón de bromas, como mojarnos o aventarnos cosas, como siempre lo hacíamos. Después de un buen rato de estar caminando por ahí, nos sentamos en una banca para poder descansar un poco, y estando ya ahí, observamos a un montón de parejitas que se encontraban a nuestro alrededor, y todos se abrazaban y se besaban. Y fue entonces que Fer me miró a los ojos, supongo un poco inspirado por los demás. Así que yo comencé a sentirme un poco incómoda, y sin saber qué hacer, mejor opté por levantarme muy rápidamente y lo jalé a él también conmigo y le comenté que mejor me llevara a casa, pues tenía muchísimas cosas por hacer todavía. Sin embargo, muy dentro de mí, y sin querer reconocerlo, empezaba a sentir algo que nunca antes había sentido por Ferdinand, así que mejor traté de negar ese sentimiento, hasta que después de un rato esto se me olvidó por completo.

—¡Adiós latoso!

—Te veo luego, y otra vez ¡gracias por todo! —le grité a Fer desde la puerta de mi casa y la cerré dando un pequeño portazo, pues supongo que Ferdinand comenzaba a ponerme un poco nerviosa.

CAPITULO XI

Recetas del alma

Los días siguieron pasando y de nuevo mi calendario en la pared me hizo recordar que mañana tenía cita de nuevo con el doctor Monroe.

—¡Caramba! Sí que se pasa muy rápido la vida —me dije, y enseguida me recosté un rato en la estancia a ver una película antigua para hacer un poco de tiempo antes de irme a dormir definitivamente a mi cama.

Sin embargo, el ruido de la televisión comenzó poco a poco a arrullarme hasta que me quedé sin darme cuenta, ahí en el sofá, profundamente dormida. Esa noche, al igual que la anterior, no me despertó ninguna horrible pesadilla, ni tampoco me vino a la mente ningún recuerdo amargo de los muchos que tuve en la niñez. No sé si esto se debía al medicamento que estaba tomando en ese momento, pero gracias al cielo parecía que estaba funcionando. Tampoco me dolía ya casi nada la cabeza, pues el dolor que tuve por meses fue tan espantoso...

Al despertarme por la mañana pude darme cuenta de que ahí había permanecido durante toda la noche, en el sofá, y que además la televisión la había dejado toda la noche prendida. No me gustó para nada y exclamé: — ¡Demonios! —Pues tenía que economizar un poco, así que me levanté y me acerqué rápidamente al televisor a apagarlo y luego le dije a mi gato *Silvestre* lo siguiente: — ¡Ya veremos el recibo de la luz a ver cuánto nos sale! — Mientras, él solo volteó a verme con una mirada de incertidumbre.

Ese día, tenía que hacer otro de mis murales con un cliente, pues últimamente me había vuelto muy solicitada y tenía muchísimos trabajos pendientes. Me apuré para alistarme de nuevo y cuando hube terminado de

hacerlo, rápidamente me dirigí a la puerta de la entrada de la casa. Luego tomé mis llaves, pero primero me miré en el espejo que ahí había colocado intencionalmente detrás de la puerta para cerciorarme siempre de que no me faltara ninguna prenda de vestir, pues, realmente la última vez que me pasó fue sumamente humillante. Así que me apuré y salí hasta que llegué a un lugar muy grande donde vendían únicamente pinturas, brochas, cenefas y todo lo necesario para la decoración de interiores y también de exteriores, y me hice de lo necesario colocándolo en un carrito del súper y me dirigí rápidamente a pagar mi material, pues el tiempo pasaba rapidísimo y ya casi era la hora de mi consulta con el doctor Monroe.

Cuando al fin hube guardado todo lo que compré en mi *cajuela*, en un dos por tres me encontré de nuevo en el consultorio del doctor Monroe e inexplicablemente me sentí tan bien ahí como pocas veces me había sentido antes; ya que me sentía demasiado cómoda conmigo misma, como si ya nos conociéramos de años, pues siempre que hablaba con él, no sé por qué, me sentía muy segura y protegida a su lado, ya que durante todo este tiempo que habíamos convivido y pasado juntos, le tenía cada vez más y más confianza, cosa que nunca jamás había conseguido con mi familia, y de hecho, ahora que lo pensaba, ya veía al doctor Monroe como a una especie de padre.

Después de saludarlo e instalarme como todas las veces anteriores en el sofá o silla de los acusados, el doctor Monroe yendo directamente al grano me preguntó sin titubeos lo siguiente:

—Señorita Bell —, me pregunto si hay algo de usted, no sé, quizás en su forma de ser o incluso algo de su aspecto físico que le desagrade. Piense por favor, si pudiera cambiarlo, ¿qué sería?

Al escuchar la pregunta del doctor Monroe, supongo que me sacó al principio un poco de onda, así que le dije que no había nada de mi físico que me molestara o que quisiera cambiar, quizás nada más que me hubiera gustado haber sido un poco más alta, pero eso era todo. Y en cuanto a mi forma de ser, yo misma reconocía que la mayor parte del tiempo era demasiado exigente conmigo misma y quizás un poco perfeccionista.

—Pero no es mi culpa doctor —le respondí para tratar de justificarme un poco. Fue mi madre la que desde muy pequeña me exigió serlo —le contesté al doctor Monroe esperando alguna otra pregunta.

—¿Cómo está eso, señorita Bell? Explíquese un poco más si es tan amable —me preguntó el doctor un poco intrigado, pues sabía que de aquí iba a sacar bastante información importante para guardarlo en mi expediente. Y luego,

guardó silencio por completo para que yo pudiera empezar a relatarle más de mi vida, y eso fue lo que hice.

Así que, me transporté en el tiempo y viajé hasta uno de los muchos momentos desagradables que tuve con mi madre y que tanto había odiado. De pronto me vi ahí, con un delantal puesto en la cocina, lavando montañas y montañas de platos que no sé, por cierto, si era por ser la mayor, pero a mí siempre me tocaba hacer el trabajo más pesado y la verdad es que ya estaba un poco harta de ser siempre yo la que lo hacía. Pero, lo que más odiaba todavía, era el momento en que mi madre se acercaba para revisar meticulosamente uno por uno los platos para ver cómo lo había hecho. Y ¿sabe?, bastaba nada más un solo vaso o un cubierto que no le pareciera que estuviera bien lavado para que ella volviera a sacar todos los trastos del escurridor y los colocara de nuevo a un lado de mí, en el fregador, para que yo volviera a lavarlos de nuevo.

—¡Increíble! —exclamó sorprendido el doctor Monroe.

—Lo mismo pasaba con la ropa que me ponía todos los días, pues si salía al parque a jugar o llegaba con el uniforme sucio de la escuela, inmediatamente me tenía que quitar la prenda que estaba sucia y tenía que lavarla de inmediato; algunas veces hasta con blanqueador, el cual ya odiaban mis manos, hasta que quedara de nuevo mi ropa completamente impecable.

—No sé si esto mi madre lo hacía porque mi ropa, la mayoría de las veces se la pasaba casi toda a mi hermana, o le encantaba, siempre, de alguna manera, desquitarse conmigo por su amargura y frustración, pues se notaba que no era feliz a lado de mi padre.

No quiero ni siquiera mencionarle cómo debían estar acomodadas cada una de las prendas de vestir que yo usaba, pues las blusas debían ir con las blusas y los pantalones con los pantalones. Y ¡ay de mí si no estaban acomodadas también por colores! Tal era el grado de perfección que aplicaba mi madre conmigo a todo lo que yo hacía, que ya por inercia lo aplicaba yo también en mi trabajo, pues acomodaba cada uno de los libros de los niños con los que trabajaba en orden alfabético y mi lugar de trabajo, al igual que mi armario, donde guardaba toda clase de material, como hojas, crayolas, cartoncillo y pinturas lucían siempre impecables. Tal fue el grado de perfección con el que yo ya contaba, que la directora llegó a decirme que yo era la mejor de todas en cuanto a mi desenvolvimiento ahí, en el trabajo, pues en las evaluaciones de desempeño que nos hacían cada mes yo era la única que sacaba el promedio más alto en comparación con las demás maestras.

—¿Sabe?, el año escolar estaba ya muy pronto para terminar y teníamos todas las maestras y yo que dar una clase de demostración a los padres de los niños para que pudieran darse cuenta de todo lo que habían aprendido ese año. Para esto, déjeme decirle doctor Monroe que realmente me esforcé muchísimo, pues hice demasiado material, muy bonito y muy creativo. Casi uno para cada pregunta que le haría a cada uno de los veintitantos niños multiplicado por tres, porque debíamos hacer tres preguntas para cada uno. Esto hizo que aumentara más el material de trabajo para mi clase muestra.

Esas cuatro semanas de preparación de material, créame que no dormí casi nada, ya que llegué a acostarme todos los días hasta pasada la media noche y de nuevo me tenía que levantar temprano al día siguiente, a las seis de la mañana, para irme a estudiar todos los días. Recuerdo que cuando llegaba de nuevo la noche y yo me ponía a trabajar en el material, ya me sentía muy cansada y fastidiada a esa hora, así que me tomaba alguna que otra cerveza que le robaba a mi padre del refrigerador, el cual no se daba cuenta, pues tenía demasiadas ahí guardadas y todos los días lo surtía.

—¿Para qué se tomaba las cervezas, señorita Bell?

—Pues para relajarme un poco doctor, por tanto estrés, ya que en ocasiones no comía para no perder tiempo y poder terminar todo el material de mi clase muestra, pues tenía que quedar todo *perfecto* y ya quedaba muy poco tiempo para poder terminarlo. ¿Sabe?, me estresé tanto como nunca jamás antes lo había hecho. Yo misma me creé una colitis crónica, la cual empeoró cada día más y más gracias a la revoltura de alcohol y café que tomaba, al mismo tiempo para relajarme y mantenerme despierta; así que creé una bomba dentro de mí estómago que al poco tiempo explotó, para ser exactos, al día siguiente de mi clase muestra.

Al terminar la clase, como era de esperarse, cada uno de los padres de familia me felicitó, al igual que los coordinadores, por mi excelentísima clase. Además, me otorgaron un bono extra por el excelente material que había presentado, pues había sido muy original y muy bonito. Sin habérselo comentado, gasté bastante de lo que me pagaban quincenalmente en hacerlo. Afortunadamente, al siguiente día salimos todas las maestras y yo de vacaciones. Y de pronto, estando ahí en mi casa ese día, sin hacer desde hace mucho tiempo nada, empecé a sentirme realmente muy mal, como si sintiera que todo por dentro de mi estómago fuera, por así decirlo, a explotarme.

Sinceramente, de esa vez puedo casi jurarle que no se trataba de ninguna depresión, que aunque los síntomas parecían exactamente los mismos, no lo

era. Sin embargo, sí me enfermé de los nervios por el estrés y empecé alarmantemente a bajar de peso, tanto que en un mes llegué a bajar un poco más de diez kilos, llegando casi hasta los huesos. Siempre he sido muy delgada, pero esa vez yo creo que me pasé un poco de los límites, pues mi estómago estaba tan completamente inflamado por dentro y hecho garras que no podía probar más de tres cucharadas de alimento al día. Sinceramente, no podía hacerlo por la inflamación, pues esta no me lo permitía. ¿Sabe?, mi cuerpo y mi mente, por tanto trabajo, realmente se sentían devastados, pero aun así nunca perdí la esperanza y esos casi dos meses que tuve de vacaciones traté de mantenerme ocupada; y me inscribí a algunas clases de relajación por las tardes; y en las mañanas salía a caminar hasta por dos horas para bajar de nuevo mis niveles de ansiedad. Y como se ha de imaginar, sin comer casi nada y con el ejercicio que hacía todos los días, llegué a quedar casi completamente cadavérica, pues mis huesos se podían notar a través de mi ropa. Al volver de regreso a clases, los rasgos de mi cara, como los pómulos y mi nariz sobresalían exageradamente, y ni se digan los huesos de mi espalda y mi cadera, pues ya ni siquiera se notaba casi nada de mi atractivo trasero. El doctor Monroe sonrió un poco por mi estúpido comentario. Poco a poco y una vez más me fui levantando, poniendo todo de mi parte hasta que pude conseguirlo, pero créame que me costó muchísimo, y todo esto con el tiempo solo me ha dejado muchas cicatrices en el alma.

—Esto sucedió no hace mucho, ¿no es así?

—Sí, doctor —le contesté—, uno, dos o tres años quizás —le dije, y luego guardé silencio por un momento, pues de alguna forma habían revivido un poco esos amargos episodios de mi vida por haberme acordado de todo aquello.

—Mmm, ya veo señorita Bell.

—Entonces debo suponer que en ese momento estaba usted saliendo de su tercera depresión, ¿estoy en lo correcto?

—Sí, doctor —le respondí al doctor.

—¿Y a qué se debió entonces esta nueva recaída, señorita Bell? Pues, no hace mucho acaba de salir de la tercera y no puedo comprender, y además me frustra como no tiene una idea, que pase por este sufrimiento de nuevo usted sola.

—Como ya le había comentado antes doctor, yo nunca había tenido novio, pero sí empecé a salir con un chico, de hecho, era uno de los más guapos de la universidad, no de los más populares, pero sí era algo atractivo para muchas

de las chicas que estábamos en esa escuela. Y un día, mientras nos encontrábamos en una de las fiestas que organizaban a principios de cada año, y a la cual asistí no sé ni porqué, pues casi nunca lo hago, el chico se acercó y me invitó a bailar. Yo no me lo podía creer, pues nunca alguien tan galán se había fijado antes en mí; bailamos y pasamos juntos casi toda la fiesta, y luego, solo intercambiamos teléfonos. Comenzamos a escribirnos diariamente mensajes, y poco a poco, con sus bellos detalles y palabras bonitas hizo que me enamorara profundamente de él; a tal grado, que nos llegamos a contar cosas demasiado personales que jamás debí haberle contado. Y siempre que lo hacía me preguntaba que si no confiaba en él, y yo le respondía que sí. Así que le conté estúpidamente mis secretos más personales e íntimos, y ahora me arrepiento profundamente de haberlo hecho y no haberlo pensado mejor antes de hacerlo.

—¿Como cuáles secretos personales e íntimos, señorita Bell? Si es que eso puede saberse

—Bueno —le contesté al doctor con un poco de pena—, como por ejemplo la forma en cómo me gustaría tener relaciones o cosas por el estilo. Y eso fue lo peor que pude haber hecho en mi vida, ya que él solo se quería divertir conmigo y burlarse de mí con sus amigos.

—Ya lo creo que sí, señorita Bell. Pues, supongo que si no lo hacía, usted temía que ese chico ya no la fuera a buscar, ¿verdad? O algo por el estilo, ¿no es así?

—Sí, doctor, precisamente —le contesté al doctor muy avergonzada, pues había dado justo en el clavo.

—Pero el problema no termina ahí, sino todo lo contrario —le dije al doctor.

—Pues, el muy idiota me tenía amenazada con publicar y subir todas nuestras conversaciones, pues, algunas, además de escritas habían sido también grabadas. Y después de eso me forzó a hacer miles de cosas que yo no quería, ya que me trataba muy, muy mal delante de todo el mundo, como si yo fuera su sirvienta, pues todo tenía que hacerle y traerle, y también a sus amigos. Y eso, poco a poco fue destrozándome más y más, al igual que mi corazón, pues era el primer chico del cual me había enamorado como nunca antes en la vida. Y como comprenderá, yo ya no quería asistir más a la escuela, pues al final empecé a negarme a hacer todo lo que él quería. El muy canalla, al ver que yo ya me había revelado y que ya no quería hacer nada de lo que me pedía, al final logró su cometido y publicó nuestras conversaciones

íntimas; al igual que otras cosas muy personales en la red, y en una especie como de *chismógrafo* escolar, que era algo así como el periódico de los estudiantes. Ahí se publicaban todo tipo de cosas, hasta de quiénes andaban como pareja de moda, quiénes acababan de romper y todo ese tipo de estúpidas cosas. Y a partir de ahí, toda la escuela se enteró de mi vida personal, y todo el mundo empezó a señalarme y a reírse de mí siempre que pasaba a un lado de ellos, haciéndome todo tipo de humillantes comentarios y *bullying*; cosa que no aguanté ni un minuto más. Así que opté por cambiarme a otra universidad, que es en la que me encuentro ahora; que por cierto, no es tan buena como lo era la otra, pero logré que me revalidaran las materias que ya había tomado antes. Afortunadamente se encuentra casi a lado en la que está mi mejor amigo Ferdinand, que es la única persona en la cual le puedo decir que sí confío ciegamente, y estoy segura que nunca jamás me daría la espalda, y que además, nunca se ha apartado de mi lado cuando lo he necesitado tantas veces.

—Mucho cuidado, señorita Bell —me advirtió el doctor Monroe. Aprenda de las malas experiencias, que muchas veces para eso nos pasan, para que no volvamos a cometerlas.

—Sí, doctor —le respondí al doctor—. No se preocupe, así lo haré; y luego ya no quise comentarle nada más, por lo que guardé silencio por unos segundos esperando a que él me dijera algo más, pues por mi parte ya todo estaba dicho.

—Habiendo escuchado todo esto señorita Bell, le voy a dejar de tarea el siguiente ejercicio que va a tener que repetir todos los días apenas se levante de su cama. ¿Me escuchó?

—Sí, doctor.

—Muy bien, y dice así:

«1. Yo soy única y original dentro de mi universo y valgo muchísimo, y de ahora en adelante nadie va a venir a decirme lo contrario.

2. Todas las personas que se encuentran a mi alrededor son un eslabón de oro en la cadena de mi bienestar.

3. Día a día en todos sentidos, mejoro y mejoro.»

—Todos los días, todos los días lo hará, recuérdelo, además de que no le llevará más de treinta segundos hacerlo.

—Sí, doctor, le prometo que así lo haré y muchas gracias de nuevo —le contesté al doctor Monroe.

—Nos vemos entonces en dos semanas, señorita Bell.

—Sí, doctor, hasta luego.

Y luego, simplemente salí muy contenta de haber tenido mi consulta con el doctor Monroe. No sé cómo explicar lo siguiente, pero cada vez que salía del consultorio del doctor Monroe me sentía más y más mejorada; era algo así como si hubiera vuelto a nacer. Ya no lloraba a cada minuto como antes, por nada, además de que mi autoestima había subido bastante y me sentía otra persona completamente diferente a la que había llegado a ver al doctor hace unos cuantos meses.

Incluso Fer me decía que en mis ojos podía ver un tipo de brillo especial y que ya no lucían tristes ni ojerosos como antes, de hecho, ahora podía dormir muchísimo mejor por las noches y estaba segura que muy pronto el doctor me daría de alta y ya no tendría que volver a su consultorio, pero, estaba completamente equivocada.

Unos pocos días después de mi última consulta con el doctor Monroe empecé a trabajar y trabajar muchísimo, pues mis murales, como había mencionado antes, eran hoy en día toda una sensación para mucha gente; y ya hasta se había corrido la voz de mis bellas y originales creaciones, tanto que todo mundo estaba tratando de contactarme para que les hiciera algún diseño en sus casas y poder apartar un día de trabajo conmigo. Incluso, algunos empezaron a pedirme que les pintara algunos cuadros de ellos mismos o de su familia o algunas copias de otras grandes obras, pues llegaron a pedirme hasta una Mona Lisa de Leonardo da Vinci en un estudio, pero con el rostro de esa persona, y fue tan chistoso... pero a la vez muy divertido.

Como dije, de nuevo me empecé a llenar de muchísimo trabajo y, entre las materias de la universidad que me faltaban, las clases de inglés que les daba a los niños por las tardes y mis murales, que me quitaban muchísimo tiempo todos los fines de semana, pues ya había despedido a mi ayudante ya que me salía muy caro pagarle, de nuevo, comencé a estresarme un poco y, ni por el cansancio que sentía de todo el día pude conciliar el sueño por las noches.

Una noche de esas en particular recuerdo que tuve una pesadilla espantosa, ya que en ella me veía, como de costumbre, que era perseguida por uno o varios hombres e íbamos todos a la misma dirección corriendo en el bosque. Sin embargo, en esta ocasión, a diferencia de las otras anteriores sí lograron atraparme y me golpearon tanto... pues fue un golpe tras otro y otro que me dieron, que me dejaron completamente desfigurada de la cara. Y al parecer me habían dejado ahí tirada, como si hubiera estado ya muerta, pues mi cuerpo ya no respondía ni se movía para nada.

No sé cómo explicar lo que me pasó en particular esa noche, pero era como si cada golpe, patada y puñetazo que me dieron esos hombres, lo hubiera sentido yo misma en carne propia, pues de pronto, me desperté de ese terrible sueño dando como siempre un enorme brinco de mi cama. Y al hacerlo, ya con los ojos totalmente abiertos me percaté, por increíble que parezca, que me dolía muchísimo cada centímetro de mi cuerpo. Vaya, no podía ni siquiera dirigirme al baño caminando ni dar un solo paso de lo mucho que me dolía el cuerpo, así que me tuve que arrastrar como pude hasta que llegué ahí, y de igual manera, como pude estiré mi mano desde el suelo para poder así prender la luz del baño. Y luego, solo ahí, me dirigí a rastras hasta el espejo en donde me paré muy lentamente, pues el cuerpo me dolía muchísimo, y ya frente a él me lave la cara para poder refrescarme un poco.

—Pero ¿por qué? —me dije revisando una a una todas las partes de mi cuerpo y al hacerlo, me di cuenta que no tenía absolutamente nada, ni un solo rasguño; vaya, me di cuenta que todo había sido solo un horrible sueño producto de mi imaginación. Y ahora, parecía como si todo lo que soñara se fuera a hacer realidad y me empezó a no gustar para nada la idea, al contrario, comenzó a asustarme. Traté entonces de convencerme de que había sido nada más eso, un estúpido sueño, y que no volvería otra vez a sucederme.

Al día siguiente por la mañana me desperté de nuevo, y al hacerlo me acordé de la espantosa pesadilla que había tenido hace apenas unas cuantas horas, así que me levanté de inmediato y me puse a mover de nuevo, suavemente, cada uno de mis brazos y piernas. Incluso salté un poco en el mismo lugar para cerciorarme de que me encontraba perfectamente bien, pues la golpiza de la noche anterior la había sentido tan, pero tan real, que casi creí por un instante que sí había sucedido. Después de un rato ya no le quise volver a tomar más atención a este asunto, así que me apuré entonces durante el tiempo que me quedaba esa mañana en terminar una tarea que tenía pendiente y que tenía que entregar antes de las doce del mediodía. Y por milagroso que parezca, gracias al cielo pude conseguirlo, y hasta tiempo me sobró para dejar una ropa en la tintorería. Luego recordé que después de entregar mi trabajo me pasaría por casa de mi madre, pues me había invitado, por increíble que parezca, a comer, ya que era mi cumpleaños número veintiséis. Y no podía rechazar su invitación, pues me hizo saber que se había esmerado mucho en preparar para mí la comida.

CAPITULO XII

Tiempos maravillosos

Para ser honestos, dudé un poco en aceptar su invitación o no, pues, me pregunté a mí misma que eso era sumamente extraño, pues casi nunca lo había hecho cuando yo había vivido en esa casa. Y pensé que quizás necesitaba algo de mí y esa era la razón del festejo, total, en poco tiempo lo averiguaría. Además, recordé que la última vez que lo había hecho estuve muy a disgusto, pero luego pensé que de por sí nuestra relación nunca había sido del todo muy buena y si le decía que no quizás podría llegar a sentirse un poco molesta y nos alejaríamos todavía más de lo que ya estábamos ahora, en este momento. Así que me apuré ese día en terminar a tiempo todos los pendientes que ya tenía y, ahí estuve a las dos en punto, pues, como había mencionado antes, mi madre odiaba la impuntualidad y lo menos que quería en ese día era un enojo de su parte que me amargara lo que quedara de mi día.

Para no llegar con las manos vacías compré de paso un vinito tinto y un ramito de flores rojas, pues eran las favoritas de mi madre. Al estar ya ahí la saludé cariñosamente y ella de igual manera a mí, pues hacía ya rato que no nos veíamos. Entonces, me invitó a pasar, y de ahí nos dirigimos a la cocina, en donde también saludé a mi hermana menor y le ayudé a terminar de picar unas verduras que faltaban para la ensalada. Luego, solo nos dirigimos ambas al comedor en donde solo mi madre, mi hermana y yo íbamos a comer juntas, pues mi hermano, gracias a Dios, habló para avisar que no podría llegar, ya que tenía en puerta otro compromiso primero. Y mi padre, como de costumbre, supongo que no quiso salir de su habitación, pues, seguramente se encontraba mirando en la televisión alguna de sus películas favoritas.

Al terminar de comer la rica comida que mi madre me había preparado, seguimos de inmediato con el postre, el cual siempre acompañábamos con un delicioso café de olla que sabía totalmente diferente a todos los demás. Mi madre lo preparaba siempre para mí, pues sabía lo mucho que me gustaba. De pronto, una inesperada pregunta llegó a mi mente, y se me ocurrió preguntarle algo que quería saber desde hacía ya algo de tiempo; y era: ¿Cómo había sido el día en que yo había nacido? Pues tenía mucha curiosidad, y ahora que lo pensaba un poco, nunca antes se lo había preguntado, por lo cual me contestó lo siguiente:

—Bueno —comenzó hablando con una gran sonrisa—, ese día, recuerdo que ya casi se cumplían los nueve meses marcados en el calendario para que nacieras, sin embargo, ese día te nos adelantaste más o menos unas dos semanas. Yo empecé a tener las contracciones, recuerdo, muy temprano por la mañana, así que de inmediato, tu padre y tu abuela; la cual no llegaste a conocer porque murió un poco después de que tú nacieras; me internaron en el hospital más cercano, y ahí, comenzaron a prepararme dándome una bata y un gorro muy extraño para que me lo pusiera para el parto. Entonces, yo empecé de pronto a sentir mucho miedo por esta nueva y a la vez maravillosa experiencia, pues, eras la primera en nacer de entre tus hermanos y en realidad sí, tardaste un poco, pues me internaron por la mañana y diez horas después, entre que tu padre entraba y salía por los nervios y un sinfín de sucesos inesperados, al fin, naciste pesando dos kilos seiscientos gramos. Y a mí me pareció cuando te miré por primera vez que eras muy pequeña e indefensa, y que eras la *bebida* más hermosa y tierna de este planeta, así que me prometí entonces a mí misma y al mundo entero que te iba a dar todo mi amor para cuidarte, pues te veías demasiado frágil e indefensa, como todos los bebés de este mundo. Recuerdo bien que no dejabas de llorar mientras te estaban limpiando, y luego, ya dejaste de hacerlo rápidamente cuando te tuve por primera vez entre mis brazos. ¿Sabes?, desde que fuiste una *bebecita* siempre fuiste una niña muy tranquila, pues, en comparación con tus hermanos cuando nacieron, tú fuiste la única me permitió dormir más de seis horas seguidas por la noche.

Al escuchar a mi madre hablar de todas esas anécdotas tan bonitas y divertidas, yo solo me solté riendo alguna que otra vez de todo lo que me estaba diciendo, pues nunca antes me lo había contado, y me pareció muy lindo de su parte que compartiera esos momentos inolvidables conmigo.

Después de un rato más de seguir hablando y estar conviviendo con ellas,

mi madre se levantó de la mesa y se dirigió al gabinete en donde sacó de uno de los cajones un pequeño obsequio que tenía para mí, el cual me dio muy entusiasmada en las manos. Luego, esperó ahí un rato sentada a que yo lo abriera. Al verlo y después de haber retirado la envoltura de papel, solo le grité que estaba hermoso, pues me había regalado un estuche nuevo con brochas y pinturas de varios tamaños, ya que sabía que en ese momento las estaba usando mucho.

—¡Muchas gracias mamá! —le dije—, ¡qué detalle! De verdad, no te hubieras molestado.

—Por favor hija, ni lo digas, que no es molestia. Y ya sabes que puedes venir a esta casa cuantas veces quieras —me dijo sinceramente, como casi nunca lo había hecho en su vida conmigo, y luego pensé que quizás era por sentirse sumamente culpable por todo lo que me había hecho el tiempo que viví en esa casa. Aun así y dejando a un lado el orgullo, pues estaba dispuesta a perdonarla, ya que nunca he sido una persona rencorosa ni vengativa, la abracé agradecida, y de igual manera, le hice saber que la comida y el postre habían quedado deliciosos.

Justo cuando me estaba despidiendo en la puerta de la entrada de mi madre y de mi hermana, agradeciéndoles por todas sus atenciones, en ese momento mi padre salió de su recámara y se disculpó por no haber salido, pues como lo había supuesto, me dijo que se había quedado de pronto dormido viendo uno de sus programas favoritos.

—Está bien papá, no te preocupes —le dije, pues ya todos estábamos acostumbrados a su manera tan peculiar de ser y solo le di un fuerte abrazo despidiéndome también de él. Luego, solo me metí a mi auto, en donde me puse a pensar por un rato que mi madre no era tan mala persona como parecía, pues solo era un poco perfeccionista y, estaba quizás un poco amargada por la forma de ser de mi padre. También pensé que quizás yo también debía empezar a perdonarla por todas las cosas tan injustas que me hizo de niña, pues supongo, me dije, que todos cometemos errores, al igual que los más sabios. Y luego, me marché de ahí tranquilamente. Después de ahí, y un poco más cansada que otros días, me dirigí a mi casa a descansar como de costumbre, pues no tenía a donde más ir a festejar, y mucho menos nadie más que me festejara. Al llegar ahí, y como había supuesto que pasaría, ya me estaba esperando mi querido amigo Fer, el cual, al verme de lejos llegar, de inmediato salió de su auto y vi que sostenía una pequeña caja en sus manos, la cual, supuse que era para mí, pues nadie más cumplía años ese día.

—Toma, Mimí —me dijo un poco emocionado, pues ni siquiera esperó a que estuviéramos dentro de mí casa y entonces, le pregunté:

— ¿Qué es?

A lo que el de inmediato me contestó:

— ¡Pues, ábrelo y ya verás!

Así que para no ser descortés, le quité la envoltura rápidamente al regalo y vi que no era otra cosa más que un bellissimo reloj de mano, pues el mío ya estaba todo viejo y además un poco roto de la correa.

— ¡Guau! —le dije a Fer—, ¡está padrísimo!

Y luego, solo le di un beso en la mejilla y lo invité cordialmente a pasar, como siempre lo hacía, a mi casa.

— ¿No te apetece ir a cenar conmigo hoy en tu cumpleaños, Mimí? Por supuesto que yo te invito —volvió a insistir, por lo que yo solo le hice saber que no tenía muchas ganas de hacerlo, y le pregunté si prefería que nos quedáramos juntos por esta vez, en mi casa. De inmediato me dijo que sí y, ordenamos entonces una pizza a domicilio y, para terminar con broche de oro el día, solo nos sentamos en la estancia a ver juntos una película y permanecemos muy tranquilos y relajados, como pocas veces lo habíamos hecho cuando estábamos juntos.

Mientras duró la película, Ferdinand y yo estuvimos riéndonos ahí, todo el tiempo, y regresando a cada parte chusca que nos gustaba y divertía. De pronto e inesperadamente, cuando estaba ya a punto de acabarse la película, me pareció ver de reojo como si alguien hubiera pasado por una de las recámaras de la casa, y de pronto, empecé a sentir mucho miedo. Inmediatamente le dije a Fer que había alguien más ahí metido con nosotros en la casa, y que se parara a revisar, pues yo no me atrevía a hacerlo por nada del mundo.

— ¡Fer! Me pareció ver pasar a alguien en una de las recámaras —le comenté a mi amigo en voz muy bajita para que no me escuchara nadie, si es que había alguien ahí además de nosotros, metido en mi casa.

— ¿Estás segura Mimí? —me preguntó un poco preocupado Ferdinand, pues todo el tiempo que estuvimos allí, él no había visto ni escuchado absolutamente nada.

— A ver, espérame aquí —me dijo, y se acercó muy lentamente sin hacer ruido a la cocina, de donde tomó un filoso y gran cuchillo de uno de los cajones, por si hubiera alguien ahí y poder defenderse en caso de ser atacado por el intruso. Después caminó muy sigilosamente, revisando por dentro cada una de las recámaras, y encendió además las luces. Abrió con cuidado cada

uno de los armarios, y también revisó arriba de ellos, pero nada. Enseguida se pasó a los baños y revisó también las regaderas y puertas del mueble para poder quedarnos tranquilos, pero, para mi gran sorpresa, ahí no había nada ni nadie que pudiera poner en peligro nuestras preciadas vidas.

—¿Estás seguro Fer? —le dije todavía con un poco de duda, pues estaba completamente segura de haber visto pasar la sombra de una persona y su silueta claramente por una de las recámaras, para ser más específica, en la mía. Así que no me quedé conforme, e hice revisar a Ferdinand dos o tres veces más la casa y el pequeño patiecito trasero hasta quedarme totalmente convencida de que ahí no había nadie. Sin embargo, en la búsqueda del susodicho, no nos dimos cuenta de que ya era muy tarde, así que me despedí de Fer dándole un gran abrazo y las gracias por el hermoso detalle que había tenido conmigo ese día.

—Nunca olvides Fer, que tú eres para mí el mejor regalo que la vida me ha dado. Gracias por existir y estar conmigo, a mi lado —terminé diciéndole, y luego, simplemente lo acompañé a la puerta, donde Fer me dio un fuerte abrazo y me dijo que me quería mucho.

—Y yo también a ti —le dije.

Él me sonrió, luego cerré la puerta y me metí de nuevo a mi casa. Aunque me quedé mirando unos segundos en la puerta de la entrada a ver que en realidad ahí no había nada. Supuse que quizás lo había imaginado todo, pues estaba sumamente agotada y me estaba durmiendo por el cansancio, así que ya, sin pensarlo tanto, me dirigí tranquilamente a mi recámara y me coloqué de nuevo mi delicioso pijama. Rápidamente me acosté y me quedé dormida en un dos por tres sobre mi cama, sin embargo, y no sé por qué, esa noche no pude dormir muy bien. Sentí que me moví muchísimo, además de que me levanté unas cuantas veces, sumamente temerosa, pues me pareció haber visto de nuevo la misma silueta que había visto antes, y al final, opté mejor por dejar la luz encendida toda la noche, por lo que no pude dormir igual.

Por la mañana, simplemente amanecí envuelta en todas las sábanas, como si me hubieran dado algunas vueltas en ellas.

—¡Rayos! —me dije al ver todas las otras sábanas y almohadas tiradas por todos lados, ahí, en el suelo. Después las recogí, dejando, como de costumbre, mi casa completamente limpia, y luego me dirigí a la escuela de artes a tomar otra de las materias que me faltaban para ya poder por fin graduarme y obtener, ahora sí, mi tan esperado título.

CAPITULO XIII

Espejo surreal

Estando ahí dentro del salón, el maestro se puso a dictarnos largas planas aburridas y muy complicadas de entender, por lo que el tiempo se me hizo eterno. Una de mis compañeras, que me parecía muy simpática y de las pocas que no me hacía el feo, se acercó y me comentó que ya no aguantaba más sus dedos; pues si seguíamos escribiendo así de rápido, seguramente no tardaría en salirle un cayo. A lo cual, yo simplemente me sonreí y le dije que estaba a punto de pasarme lo mismo.

En una de esas, cuando todos nos encontrábamos muy callados y concentrados porque estábamos escribiendo, de pronto sentí una brisa muy fuerte muy cerca de mí, como la que se siente cuando alguien pasa corriendo o muy rápido muy cerca a tu lado. Y entonces levanté la mirada para ver de quién se trataba, pero no vi a nadie en ese momento que estuviera por algún motivo levantado. De igual modo, me di cuenta que las ventanas estaban cerradas y el aire acondicionado también, al igual que el abanico del techo; todos estaban apagados, pues era muy temprano todavía y ese día había amanecido muy fresco.

—¡Qué extraño! —pensé.

Pues estaba casi segura de que alguien había pasado a lado mío y me había rozado, además de que se me movieron algunos de mis cabellos.

—Seguramente debo haberlo imaginado — me dije. Y ya no le presté más atención al asunto, hasta que por fin sonó el timbre de salida y nos dirigimos todos a comer algo a la cafetería.

Como usualmente lo hacía, yo me senté sola en una de las mesas traseras,

pues ¿quién querría sentarse a comer con alguien tan extraña y tan rara como yo? Como todo mundo me decía, pero la verdad, en el fondo eso no me importaba para nada, pues yo iba a lo que iba, que en este caso era a estudiar, y de ahí, a diferencia de los demás que se retiraban a sus casas a descansar o a hacer sus tareas, yo me iba todavía a trabajar; ya fuera dando las clases o adelantándole a mis murales. Y ya por la noche, alzaba un poco mi casa o le adelantaba a mis trabajos y demás pendientes de la universidad, y luego, ya me iba a dormir a mi cama.

Como lo mencione antes, ese día, mientras me encontraba en el salón, en donde daba clases de inglés a los niños de primaria, había uno en particular que era demasiado fastidioso y se mantenía molestando a todos los demás. Se estaban volviendo muy frecuentes las veces que le estaba llamando la atención, pues cuando no les estaba jalando el cabello a las niñas, les metía el pie a los niños para que se cayeran o simplemente me contestaba y no obedecía a nada de lo que yo le pedía, como por ejemplo, sentarse correctamente y poner atención a la clase, o algo tan sencillo como sacarle punta al lápiz donde se encontraba el bote de la basura. Pero no, intencionalmente seguía haciendo todo esto para llevarme la contraria y ya me estaba, ahora sí, fastidiando por completo. Afortunadamente para mí y para todos, pues a nadie le simpatizaba ese niño tan grosero, Daniel faltó ese día, haciéndonos sentir como pocos días, mucho más tranquilos y menos tensos, pues siempre nos estresábamos demasiado con su presencia, pero ese día en particular sin él, se nos pasó sumamente rápido.

—¡Ay maestra! —me comentó una de las niñas de la clase—.

¡Qué bueno que no asistió Daniel hoy! ¿Sabe?, a nadie le cae bien — insistió.

—Si supieras que a mí tampoco —pensé para mis adentros.

—Ojalá ya no vuelva —concluyó, y luego me dio un pequeño abrazo de despedida; se retiró rápidamente para irse a jugar al recreo y justo a la salida de la puerta me gritó desde afuera lo siguiente:

—¡Muchas gracias señorita Bell! ¡Me encanta su clase!

¡Es una de mis favoritas! —me dijo, y luego se dirigió al patio. Yo también me despedí de ella levantándole mi mano de lejos.

—¡Que linda niña! —pensé por un instante. Qué bueno que le gusta mi clase, pues así me dan ganas de seguir haciendo esta labor. Y es que en realidad yo daba mis clases de inglés demasiado divertidas, pues tenía muchísima imaginación y demasiada creatividad, hasta cuando presentaba el

nuevo vocabulario de la semana. Les hacía correr por todo el salón tocando los dibujos con los matamoscas, y entre muchos juegos más, como tirar la pelota en el aro de básquet cuando respondían correctamente o darles simplemente a la salida una bolita de chicle de mi chiclera gigante como premio a los que mejor se habían portado. Era lo que más les encantaba de la clase, aparte de que aprendían siempre jugando y nunca les parecía aburrida la introducción de un nuevo idioma. Así que, terminando, me acerqué al pizarrón, en donde también hoy trabajamos bastante y sacudí el borrador por fuera de la ventana procurando que no me viera nadie. Al terminar de hacerlo, lo coloqué, ya muy limpio, de nuevo sobre el borde del pizarrón y al llegar a mi escritorio noté que alguien me había dejado un pequeño trébol recién cortado y lo había colocado encima de uno de mis libros que se encontraban sobre el escritorio.

—¡Pero que hermoso detalle! —exclamé sorprendida—, seguramente ya han de haber notado que yo tengo uno tatuado aquí, en mi brazo, y fue por eso que me lo dejaron aquí encima, pensando quizás que de verdad me gustan mucho, y ¡así era! Así que lo tomé delicadamente y lo guardé cuidadosamente dentro de mi bolsa para que no fuera a maltratarse y, luego pensé que llegando a casa lo iba a guardar dentro de uno de mis libros hasta que se secara para guardarlo de recuerdo.

—Seguramente fue Natalie —pensé—, pues ella fue la única que se acercó hasta mi escritorio y vino a darme un fuerte abrazo.

Y luego, solo me reí un poco y pensé que mañana mismo le agradecería su hermoso gesto. Después, solo salí de ahí llevando todas mis cosas al coche para guardarlas de nuevo.

—¡Cielos! —pensé—, ¡qué cansada estoy hoy! —me dije mientras entraba a mi casa, y decidí tomarme un buen baño con agua fresca para ver si así podía despertar un poco, pues al día siguiente iba a tener otro examen y no había estudiado casi nada. Estaba un poquito preocupada por este motivo.

—Calma, Miranda —me dije—, todavía tienes tiempo.

Así que corrí rápidamente a la cocina, donde me preparé un simple sándwich con un vaso de leche fría con chocolate y me dirigí a mi recámara colocándolo en el escritorio. Me lo fui comiendo poco a poco, a la vez que trataba de memorizar un pedazo del texto, y luego otro, y después uno más, hasta que, de pronto, me encontré cabeceando enfrente del libro y, entonces pensé:

—¡Ya no puedo más! Me voy a retirar y me voy a ir a dormir a mi cama. Total —me dije—, ya me aprendí casi todo y este pequeño pedazo que me

faltó leer..., me levanto mañana muy temprano a estudiarlo y me lo aprendo de volada. Así que sin poder estar ya ni un minuto más despierta, pues tenía muy pocas horas para dormir esa noche por lo tarde que me había quedado estudiando. Salté de un brinco enorme hasta mi cama y apagué las luces, sintiendo los pasitos de mi gatito en la sobrecama, el cual se acurrucó luego a un ladito de mí, como siempre lo hacía, y en pocos minutos ambos nos quedamos profundamente dormidos.

No sé cuánto tiempo habrá pasado, pero yo caí como un tronco, y así hubiera podido haber seguido hasta el día siguiente seguramente, si no hubiera sido por el tremendo frío que empecé a sentir y el cual hizo que me despertara, pues por un momento fue inaguantable.

—¡Caramba! ¡Cuánto frío está haciendo! —me dije, y luego caí en que estaba finalizando el verano y no era invierno, pues parecía que lo era, ya que estaba respirando humo frío por la nariz y por la boca. Entonces, me levanté a cerrar la ventana dentro de mi recámara, que para mi sorpresa, noté que estaba completamente cerrada cuando me acerqué. Y entonces pensé:

—¡Que extraño! Y luego me acerqué a ver el aparato del aire acondicionado, el cual recordé que había puesto muy bajito, y al revisarlo me di cuenta que así seguía todavía. Entonces pensé: Quizás me estoy enfermado, así que me toqué inmediatamente la frente para ver si no tenía calentura y efectivamente no la tenía; vaya, ni siquiera sentía el cuerpo cortado, así que me volví de nuevo a mi riquísima cama para acostarme de nuevo, pero ahora me cubrí con las sábanas hasta más allá del cuello. Estando ahí, noté que por más que trataba no podía dormir del frío que estaba haciendo, pues por mi boca y por mi nariz continuaba saliendo aire fresco, y de pronto, como si estuviera soñando, escuché que alguien repetía mi nombre como quejándose desde muy lejos.

—¡Miranda! ¡Miranda! —me pareció escuchar de nuevo.

Y antes de que me levantara, pues pensé que quizás alguien me estaba llamando por fuera de la casa, vi correr a *Silvestre* como si estuviera completamente asustado. Y ahora sí, me levanté de la cama pegando un enorme brinco y corrí inmediatamente a prender las luces para ver quien más estaba ahí conmigo, pero nada, no había nadie más. Así que para cerciorarme y quedarme de nuevo tranquila, me puse a buscar en cada rincón de la casa, como ahora muy a menudo lo estaba haciendo, y me convencí entonces de que ahí no había nadie más que mi alma y mi gato miedoso. Me dirigí a la cocina a tomar un vaso con leche tibia para ver si podía conciliar el sueño de nuevo,

pues, veces anteriores ya me había funcionado, y de ahí, por último me pasé al baño, para no tener que levantarme otra vez de nuevo.

—¿Por qué Dios mío? —me lo pregunté una y otra vez.

¿Por qué otra vez, ahora que me estaba sintiendo mucho mejor? Pues ¿qué es lo que me está pasando? ¡No lo entiendo!

¡Demonios! —me lo seguí repitiendo una y otra vez mientras me secaba la cara, pues estaba segura que nada de esto era real y que todo era solo producto de mi imaginación, pues ya me encontraba por decirlo así, un poco harta de lo mismo todas las noches, y más ahora que al fin estaba mostrando un poco de mejoría. Sin embargo, y antes de que dijera o pensara cualquier otra cosa, me miré de nuevo al espejo, pero ahora sí me llevé un enorme susto, ya que al hacerlo, mi rostro reflejado en él lució completamente desfigurado. Y además, me corría sangre por la nariz y por una enorme cortada que traía abierta en la frente, sin contar todo lo manchada que se encontraba la ropa. Un grito espeluznante salió de mi interior al verme contemplada de esa manera en el espejo y de inmediato me retiré de ahí dando unos cuantos pasos hacia atrás, pues no podía creer lo que estaba viendo. De pronto, choqué con una de las paredes del baño, entonces, instintivamente me senté en el suelo y ahí, me puse a llorar doblando mis rodillas en dirección a mi pecho. Luego, simplemente cargué mi cabeza en ellas, sin poder ni siquiera entender que era lo que me estaba pasando en ese momento.

—¿Pero qué es lo que me está pasando ahora, Dios mío? ¿Acaso me estoy volviendo loca? —pensé por un momento.

Primero, siento la golpiza de la otra noche un cien por ciento y ahora, ¿también esto? Quizás mi madre y mis hermanos tienen toda la razón y siempre la han tenido y yo simplemente no quiero darme cuenta de ello. Por eso es que nadie me quiere ni se acercan nunca a mí. Pues, ¿quién sabe qué cosas extrañas haré inconscientemente? Y por tal motivo alejo a todos de mi lado.

Seguramente estoy poseída, o maldita, o no sé qué demonios es lo que me está ocurriendo. La próxima vez que vea al doctor Monroe le comentaré todo lo que me ha estado ocurriendo, porque ya no lo soporto más. Además, le pediré que me recete el doble de la medicina. Quizás eso es lo que ha estado pasando, que necesito una dosis más fuerte para calmar mis nervios y esta que me está dando ahora no está haciéndome efecto del todo.

Entre esa y mil cosas más, me quedé ahí un rato más pensando y cuando de nuevo empecé a sentirme un poco cansada de seguir ahí sentada en el suelo, me levanté poco a poco y me acerqué muy lentamente al espejo, dando

pequeños pasos, hasta que estuve ahí, de frente. Y sinceramente, tenía un poco de pánico por volver a mirarme en ese espejo, pero supuse que tenía que hacerlo para poder así vencer mis miedos y poder superarlo. Así que me armé de valor por un instante y respiré profundamente, una, o quizás dos veces más, y luego cerré mis ojos por el temor de volverme a ver como hace un rato lo había hecho. Entonces, empecé a abrirlos muy despacito hasta que estuvieron completamente abiertos y para mi gran sorpresa, un gran respiro de alivio salió de mí al mirarme de nuevo completamente normal. Entonces, apagué rápidamente la luz del baño y me dirigí como una zombi hasta mi cama, pues me encontraba y me sentía muy desvelada. Me metí en ella y me cubrí con las sábanas hasta arriba de la cabeza del miedo que tenía. Pero, en esta ocasión dejé encendida una pequeña lamparita que estaba conectada en el enchufe, pues tenía pánico de dormirme con la luz apagada, y de ahora en adelante ya no volvería a hacerlo, o al menos hasta que mis nervios se calmaran de nuevo y tomara la medicina que estaba segura me iba a dar el doctor Monroe para calmarme por completo.

—¡*Silvestre!* —grité a mi gatito para que durmiera conmigo y me hiciera un poco de compañía, pero no obtuve ningún resultado positivo.

—¡Gato cobarde! ¿Dónde estás? —seguí llamándolo, pero nunca apareció. Así lo dejé, pues no estaba dispuesta a ir a buscarlo yo sola, pues temía que me saliera ahora un fantasma o algo por el estilo, así que traté de dormir un poco y después de un rato, lo pude conseguir.

CAPITULO XIV

Rumbo al examen

La mañana, para mi desgracia llegó muy pronto, pues escuché sonar el despertador, que me despertó sin yo quererlo todavía; así que me levanté muy forzosamente y como pude, muy lentamente, me preparé para irme a la escuela. Tenía muchísimo sueño y me puse solo unos jeans, camiseta y una cachucha. No tomé tampoco ningún desayuno; así que me fui casi a rastras a presentar el examen que tenía hoy en la universidad y, como pude, traté de mantener mis ojos abiertos para no chocar en el camino.

—¡Demonios! —me dije un poco molesta, pues me acordé que no había estudiado el último párrafo, que también era importante y que el maestro nos había recalcado que debíamos estudiar porque iba a venir en el examen.

—¡Rayos! —seguí refunfuñando—, a ver cómo me va. Ojalá se le haya olvidado al maestro incluirlo —volví a decírmelo tratando de darme un poco de ánimo.

Al llegar ya casi a la universidad, manejando como si estuviera en una carrera de fórmula uno, no me percaté, quizás por lo dormida que iba, que el último semáforo que faltaba para llegar había cambiado rápidamente de verde a rojo, ya que me había inclinado a abrir la guantera para guardar unos lentes de sol que ahí había dejado, en el asiento del copiloto. Y no quería que nadie me los robara, ya que me habían salido un poco caros. Pues, de un tiempo para acá, y gracias a mis trabajos, podía darme de vez en cuando algún que otro lujo y comprarme lo que yo quisiera. Así que, justo en el momento en que enfoqué la mirada de nuevo al frente para seguir mi camino, me di cuenta que me había pasado el semáforo en rojo, y también, que del otro lado venía un

tráiler a toda velocidad. Y estaba, nada más ni nada menos, a escasos metros de pegarme con todo por un lado de mi pequeño auto. Yo no sé cómo lo hice, o si Dios me ayudó un poco desde arriba, el caso es que pisé hasta el fondo el acelerador y logré esquivarlo, al igual que algún que otro carro que tenía ahí enfrente.

Después del susto, como pude me orillé en la primera calle que tuve ahí cerca y me quedé en shock por un rato, sin poder tampoco moverme. Mi pulso y mi respiración se encontraban todavía muy acelerados, y si antes había estado un poco dormida, con este susto ya estaba completamente despierta para mi examen. Así que, me bajé del auto, miré mi reloj de reojo y vi que ya era un poco tarde para llegar a mi prueba. Me fui corriendo apurada a la escuela, pues ya no podía hacerlo manejando. Luego, de pronto llegué al estacionamiento que estaba tan solo a una cuadra de donde me había estacionado y llegué hasta el salón, donde ya todo el mundo se encontraba contestando su examen.

—Buenas noches, señorita Bell —me saludó un poco sarcástico mi maestro, el gordito.

Si supiera que no fueron para nada buenas... —me dije a mi misma, para mis adentros.

—Llega tarde, como de costumbre. ¿Ya se dio cuenta?

—Sí, sí, maestro. Ya lo sé, usted disculpe, solo le pido por favor que me deje contestar la prueba. ¿Sí? Mire no sé si se lo creerá, pero justamente a una sola cuadra antes de llegar aquí, casi choco con un...

—Ya, ya entendí señorita Bell —me cortó maleducadamente mientras yo hablaba, y siguió con su sarcasmo diciéndome lo siguiente:

—O lo que queda de él.

Pues ya quedaba muy poco tiempo para que entregaran los demás el examen.

—Está bien, pero apúrese —me dijo, teniendo un poco de compasión hacia mí. Y para que vea que soy muy considerado, pues usted es una estudiante que nunca me ha causado problemas, le concederé un cuarto de hora más para que pueda terminar su examen.

—¡No! ¿Por qué? —gritó algún que otro metiche en desacuerdo, y yo, solo sonreí al maestro tomando mi examen muy contenta. Luego me senté en mi asiento mucho más tranquila para contestarlo.

Desafortunadamente y como me temía, el dichoso párrafo que el maestro había dicho que iba a incluir sí venía hasta el final y no pude contestar casi nada, pues ni siquiera una sola leída le había dado. Entonces, respondí al azar

las preguntas para ver si tenía un poquito de suerte cuando me calificaran.

Los minutos siguieron avanzando y todos mis compañeros habían terminado cuando el profesor Nicholson me indicó que el tiempo había terminado. Pero, aun así me sentí un poco confiada, pues había contestado, a mi parecer, las tres cuartas partes del examen con éxito, y al ser promediado con los otros que ya nos había puesto antes, quizás eso iba a ser suficiente para poder aprobar el semestre tranquilamente.

—Muchísimas gracias, profesor Nicholson. Créame que no fue mi intención llegar tarde hoy. ¡Se lo juro!

—No se preocupe, señorita Bell, la creo. Y mucha suerte, por cierto —me respondió muy amablemente el maestro. Con este detalle tan bonito que había tenido conmigo, cambió la idea errónea que tenía de él de ser una persona dura y además muy prepotente. Y a partir de ese momento, creo que empezó a convertirse en uno de mis maestros favoritos.

—¡Fiu! —me dije—, ¡qué alivio!

—¡Casi no salgo de esta! —pensé, y no solo por el examen, sino también por lo que me había ocurrido antes allí afuera, en la calle.

CAPITULO XV

Deslumbramientos persistentes

—Dios mío, casi me muero —pensé, y luego volteé a ver en mi reloj la hora, notando que todavía me faltaba mucho tiempo para mi consulta ese día con el doctor Monroe. No me importó y me dirigí hacia allá sin comer mi desayuno ni mi comida, pues, la consulta era hasta la tarde. Pero, como dije antes, eso no me importó y lo único que quería es que ya fuera la hora para tener mi consulta con el doctor, pues me encontraba ya sumamente desesperada y quería ser yo la primera que atendiera el doctor en ese día. Así que con más razón me fui desde temprano para hablar con la secretaria para que me permitiera a mí entrar primero que los demás pacientes, pues era algo muy urgente lo que tenía que tratar con el doctor Monroe.

Una vez más, la hora de mi consulta con el doctor Monroe llegó, y no sé por qué, a diferencia de las otras veces, ese día en especial me pareció eterna esa espera. Cada segundo que pasaba ansiaba con muchísimas ganas estar ahí, ya dentro con el doctor, para poder contarle todo lo que me había sucedido durante estas dos interminables semanas. Mientras esperaba ahí sentada a que la secretaria del doctor me llamara para poder entrar al consultorio me paré, yo creo, unas cinco veces a fumar un cigarrillo cerca de la puerta para no molestar a las personas que se encontraban ahí dentro, cosa que nunca jamás antes había hecho. Y tampoco dejé de mover mi travieso pie cuando me encontraba sentada, pues realmente me sentía muy desesperada ante esta situación, que ya se me estaba saliendo de las manos y que además, ya no podía controlar.

—Pase, señorita Bell —me indicó con la mano amablemente la señorita.

Así que rápidamente apagué mi cigarrillo y me dirigí al consultorio sintiendo muy en el fondo dentro de mí un gran alivio al hacerlo.

—¿Qué tal, señorita Bell? ¿Cómo le ha ido todo este tiempo? —me preguntó muy entusiasmado el doctor cuando apenas me escuchó entrar. Y mientras, se puso a guardar unos papeles en un archivero que se encontraba ahí al fondo, pues la última vez que nos habíamos visto había notado en mí una gran mejoría. Pero luego, al voltear, en su rostro se desvaneció esa grande y hermosa sonrisa que pocas veces mostraba; pues, al verme frente a frente y contemplar mi rostro y mis ojeras, que me llegaban seguramente hasta debajo de mis mejillas; al igual que mi vestimenta y lo descuidado de mi persona, le dijeron sin lugar a dudas todo por lo que había pasado estos días.

—No muy bien, doctor —le dije.

—Nada más míreme, me encuentro hecha añicos, pero sobre todo me siento muy ansiosa y muy nerviosa. Y ¿sabe?, ¡creo que ahora sí me estoy volviendo completamente loca! —le dije, y continué hablando:

—Ahora sí, ya no sé qué va a ser de mí —le volví a contestar al doctor a punto de romper en llanto, pues me encontraba sumamente sensible y en especial, no sé por qué, ese día, ya que lo único que deseaba era solo un poco de consuelo y que alguien me abrazara y me dijera que todo iba a salir muy bien y que no me preocupara por nada.

—A ver, señorita Bell. Usted tranquila, que para eso estoy yo aquí, para ayudarla, ¿recuerda?

—Sí, doctor —le contesté al mismo tiempo que tomaba uno de los pañuelos desechables de la caja, pues estaba a punto de llorar. Y ahora sí, el doctor comenzó a invadirme con su repertorio de preguntas para poder entenderme un poco mejor y comprender también el porqué de mi inesperada recaída.

—Cuénteme el motivo de por qué se encuentra así hoy, o últimamente, y cuando empezó a sentirse así, pues la última vez que nos vimos la encontré bastante recuperada. Incluso estaba decidido este día a darle de alta —me comentó el doctor un poco desmotivado al verme en ese terrible estado.

—Ya lo sé doctor, ni me lo diga. Me siento muy mal por eso, ya que yo también me encontraba muy entusiasmada desde la última vez que lo vi. Pero ¿sabe?, esto que ahora siento es algo que no puedo controlar, que está ya fuera de mi alcance. Y necesito que me ayude pronto, porque si no lo hace creo que voy a explotar por dentro. Y ahora sí, no sé si podré soportarlo —le dije al doctor, como tratando de decirle que ahora sí podría llegar al suicidio.

El doctor, muy comprensivo, al verme supongo en este estado tan crítico, se

paró por esta vez de su escritorio y en esta ocasión no me hizo acostarme en el mismo sillón de siempre, sino que me invitó a sentarme a otro lugarcito, ahí mismo, dentro de su oficina. Esta, era como una pequeña estancia donde se encontraban, entre otras cosas, una grabadora, la cual encendió para grabar la conversación que habíamos dejado pendiente hace apenas unos cuantos segundos. Y sin darme cuenta, también encendió la cámara para filmar mi comportamiento, pues me encontraba como pocas veces, demasiado nerviosa y desconcertada, pero eso no lo noté hasta después; pues como dije, me encontraba en ese momento hecha un completo manojo de nervios.

—A ver, señorita Bell, dígame: ¿Desde cuándo volvió a sentirse así? O, ¿cuál fue el detonante para que explotara de nuevo de esa manera tan inesperada? Cuéntemelo todo por favor —me dijo el doctor Monroe, y luego guardó silencio para que yo comenzara a contarle lo sucedido.

—Como le había mencionado ya hace mucho tiempo atrás, la noche de ayer, como muchas otras antes, soñé que alguien; o más bien varios sujetos, me perseguían en un lugar que al parecer era un bosque. Y no sé si además recuerda, que antes de que pudieran atraparme siempre me despertaba por la desesperación que sentía, como si lo estuviera viviendo en carne propia. Pero esta última vez que volví a soñarlo fue completamente diferente, ya que estas personas sí lograron atraparme. Y ¿sabe?, además me dieron una tremenda golpiza. Me invadieron con golpes y puñetazos en la cara, pero lo peor no termina ahí.

—¿Ah, no? —me preguntó un poco intrigado el doctor Monroe.

—No, señor —le contesté—, pues cada golpe que me dieron lo sentí en carne propia, tan real y tan vívido, que al momento de despertarme, se lo juro por Dios Santo, que no me pude mover por el dolor que sentía en todo mi cuerpo y traté por todos los medios de llegar al baño. Y créame que cuando lo hice, tardé una eternidad en poder llegar ahí, pues como le dije, realmente sentí esa paliza como si realmente me la hubieran dado.

—El rostro..., el rostro de la personas de su sueño. ¿Pudo verlos de cerca? ¿Quiénes eran, señorita Bell? —me preguntó el doctor un poco intrigado.

—¿Sabe?, en esta ocasión sí pude verles las caras a algunos de ellos, pero créame que son personas que nunca antes había visto en mi vida —volví a decirle al doctor, y luego permanecí callada para ver si tenía algo que decirme al respecto.

—Mmm..., bueno, con esto que ahora me dice y por lo que he estudiado en la interpretación de sueños, solo puedo decirle que cuando soñamos con

alguien que nos persigue o algo que nos da miedo, este tipo de sueños se suelen dar en gente joven o en ocasiones en las que están pasando por alguna situación difícil, emocionalmente hablando. La mayoría de estos sueños quieren decirnos que es la hora de comenzar a buscar nuestro destino y que no estamos preparados para dejar atrás determinados elementos. Soñar con una huida sin más, quiere decir que le gustaría escapar de algún problema que tiene pendiente en su vida, algo que no quiere afrontar. Y si en el sueño logra escapar, tendrá salud y felicidad en la vida real, pues su suerte comenzará a cambiar para bien y se renovará en todos los sentidos.

—Pues sí —le dije un poco desmotivada al doctor Monroe—. Desafortunadamente, a mí sí lograron atraparme. Y a ver, dígame, ¿eso qué quiere decir? ¿Que de ahora en adelante a mí me va a ir de la fregada? ¿O qué?

—Por supuesto que no, señorita Bell, para eso estoy yo aquí, para ayudarla. Y como le dije antes, empezaremos a cambiar ciertos elementos en su vida que la irán ayudando poco a poco a mejorar, como ya lo había hecho antes, ya lo verá — me dijo el doctor para animarme un poco y luego me pidió que siguiera relatándole todo acerca de mis sueños.

—Bueno, siguiendo con esto: como comprenderá, desde entonces me da miedo irme a dormir por temor a soñar en algo peor, como zombis o fantasmas. Y no quiero ni siquiera pensar en abrir mis ojos después de soñar con ellos y que estén ahí, a un lado mío, esperando a que me despierte para hacerme daño, ¿verdad? Como aquel día en que sentí de verdad la tremenda golpiza.

El doctor, después de escucharme solo se mantuvo serio y calmado, como era su costumbre.

—Por supuesto que eso no va a pasar, señorita Bell, pues usted y yo sabemos que nada de eso existe. Y cada vez que sueñe algo así, de esa naturaleza, se lo tiene que repetir una y otra vez a usted misma, que nada de eso es real, hasta que convenza a su mente de lo que usted le está pidiendo. ¿Está bien?

—Sí, doctor, le contesté. Pero en el fondo no me encontraba completamente convencida de eso.

—¿Qué más, señorita Bell?

—¿Qué otra cosa le ha sucedido que la tiene así de nerviosa y en ese estado tan cambiante?

—Bueno, ya antes le había hablado de la gran amistad que tengo con un

chico, el cual, además, considero como a un hermano. Muy seguido salimos o nos juntamos en mi casa, ya sea a cenar o a ver películas. Y por cierto, la última vez que lo hicimos, vi pasar una sombra de lo que parecía ser una silueta de una persona varias veces, dentro de mi recámara, que está conectada justamente a la estancia. Le dije a Ferdinand que fuera inmediatamente y se acercara con mucho cuidado para ver de quien se trataba, pues yo temía que fuera un ladrón, pero nada, una vez más no había ahí nadie. Vaya, revisamos la casa unas dos o tres veces más antes de que se fuera para poder quedarme en paz, ¡pero fue imposible!

—¿Por qué, señorita Bell? ¿Por qué fue imposible si acaba de decirme que ahí no había absolutamente nadie?

—Bueno, pues porque en la madrugada, con el reflejo de la luz de la luna entrando por mi ventana, vi pasar repetidas veces a esa misma persona que estaba caminando como si nada dentro de mi cuarto. Y también mencionó mi nombre unas dos o tres veces, no lo recuerdo bien. El caso es que me asustó demasiado y me levanté inmediatamente a prender las luces cada vez que veía pasar la silueta sin tener éxito de encontrar ahí a alguien, en mi recámara.

—Mmm... —se limitó a decir el doctor Monroe, y ya no dijo nada.

—¡Y nada más es esto, señor! —lo interrumpí antes de que dijera algo más, pues me sentía muy inspirada, y no quería olvidar ni un solo detalle de todo lo que me estaba sucediendo en ese preciso momento.

—Continúe, por favor —me respondió con la amabilidad que lo caracterizaba el doctor Monroe, y yo seguí hablando.

—¿Sabe?, últimamente, cuando me encuentro sentada tranquilamente en mi lugar de trabajo dentro del salón de clases, siento como si alguien pasara caminando muy cerca de mí, pues puedo sentir la brisa que se hace cuando alguien más lo hace. Pero, justo en el momento de levantar mi vista para ver de quien se trata, me doy cuenta de que ahí no hay absolutamente nadie, y eso comienza a confundirme quizás un poco.

—¿Está usted segura, señorita Bell, que no es la brisa que entra traviesa por alguna de las ventanas, o quizás el ventilador o abanico del techo en su salón, el que produce ese efecto?

—No señor, estoy completamente segura. Ni siquiera se mueven las cortinas por ninguna brisa, ni las ventanas se encuentran abiertas, vaya, si así fuera, las hojas de mi cuaderno se moverían, al igual que mi cabello. Y créame, me siento justamente en una esquina donde no llega ni siquiera el olor del perfume tan horrendo que usa el profesor Nicholson. Pero eso no es todo, ¿sabe?

—¿Ah, no? —me contestó sorprendido el doctor Monroe, pues parecía que ya había escuchado lo suficiente.

—No, señor —le contesté, y seguí relatándole la última parte de la historia.

—Continúe por favor, señorita Bell, que ya no la interrumpo.

—Además de todo esto —le dije, pero ahora un poco desesperada y con lágrimas en los ojos al doctor.

—Hace un par de días, al igual que las noches anteriores, me desperté por lo intenso de mis pesadillas y al hacerlo, en una ocasión me dirigí al baño para refrescarme un poco la cara, para ver si así podía volver a la realidad de nuevo y, ¿sabe? Al contemplarme de nuevo en el espejo, me vi a mí misma con la cara completamente desfigurada y llena de sangre. Me asusté muchísimo, por lo que di un enorme brinco hacia atrás y luego me senté en el suelo por un buen rato, pues no podía permanecer ni un segundo más parada, ya que me encontraba en shock. Y ahí permanecí hasta que pude calmarme de nuevo.

El doctor, mientras me escuchaba apuntaba y apuntaba un montón de cosas en su libreta, y en una de las ocasiones noté algo en su mirada que no me gustó para nada, aparte de la preocupación que se sentía por mí al estar contándole todo esto.

—Como comprenderá llevo días sin poder dormir y esto me está afectando tanto en mi desempeño en la universidad como en mi trabajo. Y la verdad, no sé si podré continuar así. Por tal motivo le pido, no, más bien le suplico que me dé algo más fuerte para poder superarlo y sentirme mejor lo más pronto posible, pues siento que ya no aguanto más, se lo juro.

—No se preocupe más, señorita Bell. Por todo lo que he escuchado, esto se puede deber al intenso estrés por el que está pasando en este momento, pero no se preocupe. Ya lo verá, encontraremos una solución a todo esto para que vuelva a encontrar la paz y tranquilidad de la que hace poco estaba gozando. ¿Le parece bien, señorita Bell?

—Sí, doctor —le contesté al doctor todavía un poco afligida, y luego, este siguió hablando del tema:

—No quiero que por ningún motivo se angustie por todo esto que le está sucediendo, pues solo se hace daño a usted misma. Solo le pido que tenga un poco de fe y paciencia. Juntos intentaremos comprender lo que está sucediendo y encontraremos una solución a su problema, ya lo verá.

—Por lo pronto, le voy a recetar estos calmantes aparte de sus medicinas y por favor, si de nuevo vuelve a pasar por estos episodios tan incómodos, no dude en hablarme inmediatamente. No quiero que vaya a perder los estribos y

cometa una tontería, pues, es lo que menos deseo para usted en este momento, ¿está bien, señorita Bell?

—Sí, doctor, se lo prometo —le contesté ya un poco más tranquila. Y como de costumbre me despedí de él con la mano y salí limpiándome un poco la cara, pues sabía que había gente ahí sentada esperando a ser atendida por mi ahora muy querido y dulce doctor Monroe.

—Hasta luego, señorita Bell —me contestó amablemente la secretaria mientras me entregaba una tarjetita con la fecha de mi próxima cita para que no fuera a olvidarla.

—Muchas gracias —le respondí a la vez que noté en su mirada como si sintiera por mí un poco de pena.

—¡Caramba! —me dije—, ¿tan mal me veré? Volví a repetírmelo a la vez que salía de ahí para dirigirme de nuevo a mi auto, donde permanecí por unos cuantos segundos y ya ahí, un poco más calmada, tomé las llaves para encender el auto y como por inercia volteé a ver el retrovisor para cerciorarme de que no hubiera nadie ahí sentado conmigo en el asiento trasero del auto. Cuando lo hice y no vi a nadie más ahí sentado, sentí dentro de mí un gran alivio, y ahora sí, me dirigí un poco más tranquila rumbo a mi casa.

Sin embargo, dentro de su consultorio y antes de que alguien más entrara para verlo, el doctor Monroe, al salir yo de ahí, se quedó un par de minutos un poco reflexivo y pensativo leyendo todas sus notas y todo lo que había escrito sobre mi caso, pues empezaba a alarmarle un poco todo esto acerca de mí y no se encontraba muy complacido con todo lo que acababa yo de contarle unos cuantos minutos antes.

—Ay, señorita Bell —se dijo a sí mismo en voz baja—, espero que no le esté ocurriendo lo que supongo le está pasando y pueda ayudarle de la mejor manera a superarlo para que no llegue a sufrir mucho. Después, no dijo más nada y pasó a su siguiente paciente, pues tenía una fila larga de personas ahí esperando y seguramente iba a salir hasta muy tarde, como lo hacía casi todas las noches.

CAPITULO XVI

Premonición

Con el paso de los días, me fui convirtiendo en una persona cada vez más desaseada y un poco sucia, pues ya no me bañaba todos los días como antes. Solo lo hacía de vez en cuando por las mañanas, por el gran temor de que fuera a aparecerse de nuevo la figura que veía pasar de vez en cuando por mi ventana. Y de igual manera, ya no me maquillaba ni me arreglaba la cara, pues tenía pánico de ver de nuevo mi rostro desfigurado en el espejo. Así que me peinaba solo con una cola de caballo todos los días, teniendo como peine únicamente los mismísimos dedos de las manos. Así era feliz, y no me importaba lo que pensara de mí la gente.

Mis ojeras, por supuesto, eran cada vez más y más negras y al único que veía realmente preocupado por todo esto era a mi querido amigo Ferdinand, que insistía en que le contara que era lo que me estaba sucediendo. Al cual, aún y con su insistencia, no quise contarle absolutamente nada de lo que me estaba sucediendo, pues temía que al hacerlo, por miedo a mí, o a que se diera cuenta de que estaba completamente loca, él también se alejara como todos los hombres que alguna vez se me habían acercado. Y eso no podría soportarlo, o al menos no en mi Ferdinand. Así que cada vez que nos veíamos, ya fuera en su escuela o en la mía, o cuando iba a mi casa a visitarme y me preguntaba qué es lo que me estaba ocurriendo y por qué me estaba escondiendo de él todo el tiempo, yo únicamente esquivaba como podía sus preguntas y luego me despedía de él rápidamente para cortarlo, cosa que lo hacía enojar mucho. Luego, simplemente se iba y yo me metía a la casa dejándolo ahí afuera solo. Yo lo veía alejarse mientras me asomaba cuidadosamente por la ventana para

que no me viera. Después, simplemente me sentaba por ahí en un rincón y lloraba por largo tiempo en silencio, pues no tenía a nadie más en este mundo a quien contarle mis penas; y como dije antes, no quería perder a mi Ferdinand, que era lo únicopreciado que tenía en esta vida.

Al día siguiente, como siempre, tuve mi clase de inglés con los niños, la cual, por cierto, hice bastante divertida como de costumbre. Puse a los niños a dibujar uno a uno las palabras del vocabulario de esa semana para que su equipo adivinara de que palabra se trataba. Y eso los tuvo por un buen rato bastante entretenidos.

Al terminar la clase recordé el hermoso detalle que Natalie había tenido conmigo al dejarme ese espectacular trébol de cuatro hojas sobre mi libro hace unos cuantos días, pues era muy difícil encontrar uno así, tan hermoso, y más siendo de cuatro hojas, pues generalmente son todos de tres. Y entonces, la llamé para que se acercara para darle personalmente las gracias.

—¡Ey, Natalie! —le grité desde mi escritorio.

—Sí, maestra, dígame —me respondió cariñosamente la dulce niña.

—¿Sabes?, solo quería darte las gracias por el hermoso detalle que tuviste conmigo el otro día.

—¿Qué detalle, señorita Bell? —me preguntó un poco dudosa la pequeña niña.

—¿Cómo que cuál? —le contesté un poco confusa.

—El hermoso trébol que me dejaste aquí el otro día encima de mi libro, Natalie —seguí insistente.

—¿Qué trébol, señorita Bell? Usted disculpe. No fui yo, pero prometo para la próxima clase traerle un pequeño obsequio, ya lo verá —me dijo tiernamente Natalie, y luego se retiró tranquilamente dándome un tierno beso en la mejilla.

Al terminar de escucharla, me quedé un poco sorprendida, pues juraba que Natalie lo había hecho, ya que ella había sido la última en salir ese día del salón cuando había ordenado todos mis libros antes de partir. Y estaba además casi cien por ciento segura de que ese trébol no había estado ahí en ningún momento, ni había visto tampoco a nadie más ahí ponerlo.

Una vez más, como todo lo que me pasaba últimamente, me quedé de nuevo confusa y me dije a mí misma lo que me había dicho el doctor Monroe, que nada de esto era real, solo era producto de mi imaginación y por el gran estrés que estaba pasando seguramente en ese momento.

Por otro lado, el odioso de Daniel seguía como de costumbre molestando a

sus compañeros de clase y cuando no les daba un golpe intencionalmente en el codo cuando estaban escribiendo para que rayaran toda la hoja, les sacaba el pie cuando pasaban muy cerca de su pupitre mientras él se encontraba sentado o les aventaba bolitas de papel que mojaba con su saliva con un popote. Y ya nos tenía a todos hartos y muy cansados con su actitud tan insolente. No obstante, ese día la broma me tocó a mí y mientras le pedí a los niños que copiaran un párrafo del pizarrón, que era muy largo por cierto, aproveché y fui al baño de la sala de maestros, pues ya no aguantaba más las ganas de ir a orinar. Al regresar no me di cuenta que ese mocoso fastidioso había puesto algo de pintura, que seguramente había sacado de mi estuche que tenía a un lado de mi escritorio, con la intención de que ensuciara mi bello trasero cuando me sentara. Y eso fue justamente lo que sucedió, pues al llegar y ver que ya todos habían terminado de escribir lo que les había dejado, me senté en mi cómoda silla y le pedí uno a uno que se acercaran para poder revisarles el ejercicio y así lo hicieron. Sin embargo, mientras lo hacían noté en las caras de los niños que se acercaban que me miraban un poco más extraño que de costumbre, e incluso algunos parecían que se querían reír y soltar una carcajada delante de mí, pero no lo hacían y se detenían llevándose la mano a la boca, cosa que me pareció muy extraño. Pero no presté atención a esa tontería y a la única que vi un poco seria, como si quisiera decirme algo, fue a Natalie, pero enseguida volteó a ver a Daniel, como si hubiera estado amenazada o algo por el estilo por él; entonces, no me dijo nada y volvió de nuevo a su lugar a sentarse. Cuando por fin hube terminado de revisar el ejercicio a cada uno de los niños, me paré de nuevo al pizarrón a escribir la tarea que tendrían para la siguiente clase y entonces escuché como todos se rieron de mí a carcajadas, pues tenía todo el trasero sucio de pintura negra.

— ¿Qué? ¿Qué pasa? Volteé de nuevo a ver a los niños sin explicarme que es lo que estaba pasando, y para el colmo de los colmos, ese día llevaba una falda blanca muy bonita que acababa de comprar, la cual, me había gustado mucho. Seguro que iba a quedar inservible, pues la pintura era de aceite e iba a ser muy difícil quitarla, aparte de que había sido la primera y única vez que la había usado con tanto esmero.

— ¡A la dirección! —le dije completamente enojada a Daniel, al mismo tiempo que le escribía rápidamente un reporte para llevarlo a su casa, pues ya llevaba uno más en su lista de mal comportamiento y de antemano sabía que al tercero sería expulsado de la escuela y no volvería por una semana completa a clases, lo cual para mi sonaba fabuloso. ¡Y me lo traes firmado mañana por tus

padres! ¿Me oíste? O no podrás entrar de nuevo a clases. Lo cual, ahora que lo pensaba bien, rogaba a Dios que pasara, pues ya no podía aguantar ni un minuto más a ese mocoso endiablado.

—Sí, señorita Bell —me contestó el muy malcriado un poco cabizbajo al mismo tiempo que recogía sus pertenencias y luego nos dirigimos a la dirección, donde lo recogerían a la salida sus padres. Al terminar de hacerlo, de nuevo me dirigí al salón de clases y justo en el momento en que me disponía a terminar con ellos el último ejercicio del libro, el timbre de salida sonó y todos los niños recogieron sus cosas inmediatamente y salieron contentos por la puerta de salida. Sin embargo, la única que se acercó para decirme que lo sentía de corazón, fue la pequeña Natalie, que se colocó a un lado mío y me dijo dulcemente que la disculpara por no habérmelo dicho antes.

—Discúlpeme por favor, señorita Bell, estaba a punto de decirle lo que le había hecho Daniel, pero él me amenazó cuando usted salió y me hizo saber que si lo delataba me iba a arrepentir de hacerlo y además me iba a golpear la próxima vez que me viera.

—No te preocupes por eso Natalie y te agradezco que hayas venido a decírmelo, total, ese malcriado ya recibió su merecido. Y la próxima vez que lo haga, seguramente será expulsado y tú y yo festejaremos por un rato, pues no lo volveremos a ver más por aquí y podremos estar al fin por un tiempo todos completamente tranquilos.

—Así es, señorita Bell —me contestó muy emocionada Natalie y, como de costumbre, se despidió de mí dándome un cariñoso beso en la mejilla acompañado también de un lindo abrazo.

—¡Hasta la próxima señorita Bell!

—¡Nos vemos Natalie!

—¡Y gracias por todo! —le respondí.

—¡No olvide que la quiero mucho! —me gritó todavía de lejos.

—¡Y yo a ti princesa! —le contesté, hasta que ya no pude ver su pequeña figura por los pasillos.

—Qué niña tan encantadora —me dije, y luego volteé a ver enojada todo mi trasero lleno de pintura negra, lo cual acompañé con una enorme mueca de disgusto por culpa de ese niño travieso. Luego me quité la blusa que tenía encima de otra pequeña con tirantes y me la amarré a la cintura para cubrir esa horrible mancha.

CAPITULO XVII

Señora Gibson

Esa misma tarde, me dirigí a otra casa en la que tenía que trabajar haciendo otro mural, pero esta vez se trataba de una persona ya adulta, sin hijos ni esposo, y la cual, al parecer era la dueña de una enorme agencia de viajes. Se veía que ya había viajado bastante por todo el mundo, pues al entrar a su casa se podían apreciar a cualquier lado que uno volteara, un sin fin de recuerditos de viajes colocados por toda la casa. Desde cuadros europeos, muy bellos, al igual que jarrones y adornos pequeños de muy buen gusto distribuidos por todos lados, haciendo que ese lugar se viera más hermoso de lo que ya de por sí era. Lo que más me gusto al estar ahí, es que la señora Gibson, apellido de la dulce anciana, al igual que yo, contaba con una colección enorme de muchísimos libros de todas partes del mundo. La mía, era una colección muy pequeña, pero realmente tenía solo los libros de los lugares que más me gustaban en el mundo, los cuales, me había jurado al terminar de leerlos que algún día iba a visitar. Y ahora, con mis dos trabajos estaba precisamente ahorrando para irme próximamente de viaje, pues era uno de mis sueños más anhelados.

—¡Guau! ¡Señora Gibson! Debe ser usted una persona sumamente culta al haber leído y estado seguramente en todos estos lugares del mundo.

—Bueno, sí preciosa, tú lo has dicho. No te puedo negar que una de mis grandes pasiones es viajar y conocer cada rincón de este bello planeta.

—¡Qué maravilla! —le respondí, esperando algún día yo también poder hacerlo.

—Bueno —me contestó la señora Gibson cambiando un poco de tema—. Lo

que quiero en esta pared es algo muy artístico, algo que contenga un poco de cada mágico y bello lugar que he visitado. No sé —me dijo—, puedes usar tu gran imaginación, la cual sé tienes, pues la mayoría de la gente que te recomendó me han dicho que eres algo fuera de serie.

Al escucharla, le dije que no era para tanto y solo sonreí por su amable comentario con un poco de pena.

—Así que quiero que toda esa inspiración que tienes ahí guardada dentro de ti, la transmitas aquí, en esta pared, pero tienes solo este viernes y todo el fin de semana para hacerlo, pues el lunes saldré de nuevo de viaje y no sé cuándo voy a regresar de nuevo a mi casa.

—¿Crees que puedes hacerlo en tan poco tiempo, querida?

—Creo que sí señora Gibson —le dije—. Si no le importa, permaneceré hasta la madrugada de hoy y mañana para poder terminarlo.

—Oh, sí, niña. Claro que sí. Por mi parte no hay ningún problema, es más, si lo deseas puedes quedarte a dormir en este pequeño sofá, para que no interrumpas tu trabajo ni demores mucho en ir y venir de tu casa hasta acá. ¿Cómo lo ves? —me sugirió muy amablemente la señora Gibson.

—Bueno, yo creo que sí, señora Gibson —le contesté un poco dudosa. Al fin y al cabo no tenía a nadie en mi casa que atender ni que me estuviera esperando, excepto a mi gatito *Silvestre*; por el cual tampoco tenía mucho de qué preocuparme, pues le había dejado su plato de croquetas y agua hasta el tope, y por uno o dos días que me ausentara no iba a pasarle absolutamente nada.

—Entonces, así lo haremos niña. Y te dejo, porque tengo que irme a trabajar un rato a la agencia, pues como te dije, tengo que dejar todo listo antes del lunes que es el día en que me iré de viaje.

—Si no es indiscreción, señora Gibson, ¿por cuánto tiempo se va a ausentar esta vez que va a conocer de nuevo el mundo?

—Por supuesto que no es indiscreción criatura, y me voy por un mes, pues voy a recorrer algunos países de Europa que amo muchísimo y que ya hace tiempo que no visito.

—¿Has ido alguna vez para allá, niña?

—No, señora, nunca. Pero si alguna vez lo hago iré para Irlanda —le dije.

—¿Irlanda? —me preguntó un poco dudosa.

—Escogiste bien, pues es un bello país.

—Sí, señora —le contesté—, Irlanda. No sé por qué, pero siempre me ha atraído ese mágico país donde se supone habitan las hadas y los duendes, pues

es algo que no le puedo explicar, pero es como si alguna vez ya hubiera estado ahí y quisiera regresar de nuevo.

—Qué fascinante historia preciosa, pero ahora sí debo dejarte ya, que si no lo hago no terminaré ninguno de los pendientes que tengo —me interrumpió mientras hablaba tratando de no ser descortés conmigo.

—Está bien señora Gibson, y no se preocupe por mí que estaré perfectamente bien aquí, trabajando.

—Está bien querida, y que pases buenas tardes y noches.

—Muchas gracias señora Gibson, igualmente.

—Y no dudes en tomar nada del refrigerador si tienes hambre.

—Gracias de nuevo, se lo agradezco mucho —volví a decirle, mientras la señora salía apurada de la casa y se subía de inmediato a su coche, el cual pude ver por la ventana hasta que se perdió al dar vuelta y girar en una de las calles de la colonia. Y fue entonces que me dije en voz alta:

—¡A trabajar se ha dicho!

Así que salí de la casa y me dirigí a mi coche para sacar el material de trabajo que iba a utilizar y mi overol de mezclilla, que cargaba a todos lados y con el que me sentía, además, muy cómoda para trabajar todo el día.

Ya cambiada, coloqué mi material y lo recargué en una de las paredes, teniendo justamente enfrente de mí la otra pared, en la cual iba a trabajar. Me quedé ahí por un buen rato sentada, pensando y pensando mientras echaba a correr mi imaginación y me caía como del cielo una lluvia de ideas locas que fui anotando y dibujando en mi cuaderno de pruebas pequeño, en el cual hice un hermoso bosquejo de lo que podría ser este gran mural en unos cuantos momentos. Al final, al ver terminado el borrador de mi dibujo, reí a carcajadas y grité: —¡Fabuloso! —pues me había encantado lo que dibujé ahí. Luego me dirigí a la cocina, como me había ofrecido la señora Gibson, para poder comer algo, pues sentía un gran hueco en el estómago por no haber comido casi nada en todo el día.

—Cuando vuelva la señora Gibson le mostraré el dibujo para ver qué le parece y empezaré, de ser posible hoy mismo, o muy temprano en la madrugada —pensé mientras me servía un trozo de pastel de chocolate que había dentro del refrigerador y que acompañé además con un gigantesco vaso de leche. Al terminar mi cena me puse a husmear un poco alrededor de la casa, pues realmente era muy grande y preciosa y cada rincón en ella parecía que tenía un poco de cada país que había visitado la señora Gibson.

El tiempo, afortunadamente, pasó muy rápido, y al escuchar llegar al fin a la

señora Gibson, corrí emocionada de inmediato a abrirle la puerta y la senté a un lado mío, en uno de los sillones, para que observara el bosquejo que acababa de hacer y me diera su punto de vista.

—¿Y bien? ¿Qué le parece? —le pregunté esperando su respuesta.

— ¡Oh niña! ¡Pero si esto está increíble! —Me respondió sorprendida la elegante dama—. ¡Quiero que lo hagas exactamente igual que esta miniatura y lo plasmes todo en esta pared, la cual estoy segura te va a quedar maravillosamente!

—Claro que sí, señora Gibson. ¡Ya lo verá! —le dije.

—Y eso que todavía no lo ha visto con toda la combinación de colores. ¡Vá a quedar espectacular!, ¡ya lo verá!

—¡Ay, pero qué maravilla, niña!

—¡Ya me urge poder verlo terminado! —me dijo mientras recargaba suavemente su mano derecha como muestra de afecto sobre mi hombro.

—Bueno, ahora sí te dejo para que comiences, que pases buenas noches y te veo, entonces, muy temprano por la mañana para irme a trabajar de nuevo.

—Claro que sí señora, que descanse, y una vez más le doy gracias por todo.

—No hay de que, linda, gracias a ti por tu tiempo.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana —le contesté.

Y me acerqué a mi caja de pinturas, donde tomé mi crayón negro y empecé, ahora sí, a dibujar líneas y figuras por todos lados para poder comenzar a utilizar los colores y hacer *padrísimos* y mágicos efectos. Después de un largo rato de encontrarme ahí trabajando, el cansancio llegó rápidamente a mí, y así, tal cual, con mi overol puesto y sucio, me dejé caer en el largo sofá de piel que ahí se encontraba y en donde supuse iba a dormir. Puse la alarma de mi teléfono celular muy temprano para poder levantarme y poder así continuar con mi gran obra de arte.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué cansada estoy! —me dije, y justamente al terminar de decirlo, en un cerrar de ojos me quedé completamente dormida, pues ya llevaba días, o semanas, sin poder hacerlo.

Gracias al cielo. Y después de un buen y merecido descanso, la alarma de mi celular sonó y me despertó, pues estoy segura que de no haberlo hecho hubiera podido seguir dormida hasta el día siguiente, pues tenía muchísimo cansancio acumulado y ni siquiera me había levantado ni una sola vez para ir al baño. De igual manera, la señora Gibson se levantó y se alistó para luego acercarse y despedirse de mí, pues iba a turistar a un poblado por ahí, muy

cerca de la ciudad, con unas amigas, y me avisó que iba a llegar muy tarde.

—Nos vemos pronto, linda. Ya sabes que te quedas en tu casa, y con Ana, para cualquier cosa que se te ofrezca.

—Muchas gracias, señora Gibson, que usted también disfrute mucho su viaje —le dije, y luego, ambas nos despedimos de lejos levantando nuestras manos. Y la vi partir con sus amigas, que pasaron por ella para recogerla.

—Qué bonito ha de ser tener muchas amigas y poder salir a divertirse con ellas —me dije—, aceptando, tal cual, mi aburrida y monótona vida. Luego me puse a trabajar sin parar por largas horas frente a la pared. Puedo decir con seguridad que fueron muchas horas, pues ni siquiera había tomado algo de desayuno ni de comida hasta que se dieron corridas las seis de la tarde. Y vi, muy concentrada en mi dibujo, entrar a la señora Ana con una charola que sostenía en ambas manos y que colocó despacito para no interrumpirme, cerquita de mí en una mesa.

—Aquí tiene, señorita.

—Muchas gracias, Ana, que bonito detalle de su parte —le dije—. No se hubiera molestado.

—No es ninguna molestia, señorita, pues no quiero pasar por aquí en una de esas y verla ahí tendida desmayada en el piso por no haber comido nada —me dijo en tono de broma la ama de llaves. Yo solo me reí por su broma y luego, empecé a comer un poco apurada para terminar la comida, pues todavía me faltaba mucho, pero aun así, lo hice disfrutando cada mordisco de estos deliciosos manjares que Ana me había traído.

—De verdad que le está quedando precioso, señorita —me dijo amablemente.

—¿Usted cree, Ana?

—¡Está divino! —me contestó sin titubeos.

—Estoy segura que a la señora le va a encantar, ya lo verá —me dijo completamente convencida, y luego se marchó de nuevo a trabajar y limpiar unas cosas que tenía pendientes en la cocina.

—Con su permiso.

—Pase usted, Ana, y muchas gracias por los alimentos —le respondí, y luego aproveché y seguí un poco con el pequeño descanso. Me senté un rato ahí, en el sillón, a la vez que hojeaba algún que otro libro de la colección de la señora Gibson para descansar un poco el cuello. Después de esperar un rato más a que se secara un poco la pintura fresca, de nuevo me incorporé al trabajo y seguí por unas cuantas horas más trabajando, hasta que llego la noche

de nuevo. Después me senté, sintiéndome ahora mucho más exhausta que la vez anterior que lo había hecho. Además, y no sé por qué, me sentí un poco presionada por mi pintura, pues era muy poco el tiempo que me quedaba para poder terminarlo, ya que era solo medio día el que me quedaba y me tenía que apurar para lograrlo.

—Hoy trabajaré casi toda la noche —me dije. Pero primero bajaré a la cocina a despejarme un poco y comeré algo de alimento para cargarme de energía de nuevo.

—Al hacerlo, me encontré ahí sentada a Ana, en una mesita. Estaba cenando, pues ya era un poco tarde. Muy amablemente me invitó a sentarme con ella y luego, me preguntó que si deseaba que me preparara algo; le dije que no se molestara, que solo tomaría de nuevo un trozo de ese delicioso pastel envinado de chocolate que tanto me había gustado. Luego me dirigí hacia ella y me senté a su lado.

—¿Tú lo preparaste, Ana?

—Así es, señorita, lo hice ayer. ¿Le gustó? —me preguntó directamente, pues ya se había dado cuenta de que entre ayer y hoy faltaba un buen trozo.

—¡Está delicioso! ¡Como pocos he probado en toda mi vida!

—A la señora Gibson también le encanta —me dijo.

—Y con toda razón —le respondí—. ¡Pues está exquisito!

—Muchas gracias señorita.

—No hay de qué, Ana —le dije. Entonces, me levanté a tomar un vaso de vidrio con leche, el cual, al servirme, se me cayó de lo pesado que era sobre la mesa. Se desparramó por todas partes haciendo rodar al vaso hasta caer al piso, donde se rompió en mil pedazos. Me dio tanta pena que empecé a pedirle perdón a Ana abrazando sus piernas en el piso, como cuando era una pequeña niña, acordándome de las buenas regañadas que me había metido mi madre cuando lo hacía. Fue entonces que Ana se acercó para consolarme y me escuchó hablar como si le estuviera diciendo a mi madre una y otra vez que me perdonara y que ya no volvería a hacerlo.

—¡Está bien, señorita! ¡No se preocupe! —me dijo un poco confusa el ama de llaves por mi inesperado comportamiento, y luego siguió hablando:

—Váyase a terminar su trabajo, que yo lo limpiaré, y tenga su trozo de pastel, que se ha de estar muriendo de hambre—. Volvió a repetirme al mismo tiempo que me daba su mano para ayudarme a pararme.

Por otro lado, y todavía en la cocina, Ana se preguntaba lo extraño de mi actitud y pensó, seguramente como todos los demás, que yo era una chica muy

extraña, pues mi comportamiento se lo había dicho todo.

Después de ese penoso incidente con Ana regresé de nuevo al estudio, donde seguí trabajando casi toda la noche en mi mural, el cual, por cierto, se encontraba por fin ya casi listo, pues únicamente le faltaba remarcar algún que otro detalle pequeño. Y siendo ya las 03.00 de la madrugada, al fin me recosté un buen rato a descansar. Así seguí hasta las diez de la mañana, ya que de no haber sido por Ana, que entró a despedirse de mí, pues era ya domingo y además su día libre, hubiera seguido dormida quién sabe hasta qué hora, pues estaba literalmente muerta del cansancio. Así que no quiso interrumpirme mucho y luego, salió avisándome también que estaba a punto de llegar la señora Gibson, por si quería terminar definitivamente mi mural antes de que ella llegara y no lo fuera a ver inconcluso.

—Hasta luego, señorita, y mucho gusto. La felicito de verdad, es usted una gran artista, como pocas he visto en mi vida —me dijo sinceramente Ana. Yo le agradecí sus hermosísimas palabras, pues poca gente realmente me hacía sentir tan bien a mi alrededor y, luego, simplemente la vi salir cerrando con llave por fuera. Y entonces, ahora sí me puse a terminar algún que otro detalle insignificante que me faltaba en mi pintura. Me apuré para no quedar mal por ningún motivo con la señora Gibson, pues se había portado excelentemente conmigo, sobre todo por haber tenido la confianza de dejarme ahí sola, en su casa, con Ana, la cual también se había portado increíblemente conmigo.

—¡Sí! —grité de la emoción, al ver por fin finalizado mi mural y, entonces, decidí recostarme una vez más en el sofá esperando a que llegara la señora Gibson para que me diera su punto de vista con respecto a la pintura. Los minutos pasaron y pasaron, hasta convertirse en unas cuantas horas y, de pronto, un gran silencio se apoderó y se sintió en esa enorme casa; pues, sin escuchar a Ana de aquí para allá alzando o aspirando las alfombras, el único ruido que se escuchaba ahí era el hermoso reloj antiguo colgando de la pared. Y mi respiración, en unos cuantos segundos comenzó a ponerse muy agitada. Y entonces, ahora sí, empecé a sentir mucho miedo, pues sentí una extraña sensación, como si alguien más estuviera ahí conmigo, acompañándome en ese enorme cuarto. El tic-tac del reloj seguía perturbándome con su sonido y entonces, comencé a sentirme un poco más incómoda en ese ambiente tan solitario y vacío. El lugar, como otras veces, comencé a sentirlo un poco más frío, y pensé que esto quizás se debería a llevar un buen rato ahí recostada en el sofá, pues sabía que el cuerpo se enfriaba muy rápidamente al estar en una sola posición por tanto tiempo, y fue entonces, en ese momento, que decidí

pararme para buscar alguna cobijita u otra cosa para cubrirme. En eso, y sin esperármelo, vi de reojo que uno de los recuerditos de viajes de la señora Gibson me cerró ambos ojos al descubrir que lo estaba observando. Era un duendecito orejón con sombrero y un tambor en sus manos conmemorando el día de San Patricio en Irlanda, cosa que me pareció que era completamente ridícula e imposible; así que no le presté para nada ninguna atención, y decidí entonces no volver a mirarlo. Así que desvié mi mirada para otro lado, repitiéndome a mí misma que nada de esto era real, como me había dicho el doctor Monroe que hiciera cada vez que me sucediera algo parecido. En vez de seguir recostada en el sofá, me senté ahora en una posición completamente derecha para estar un poco más alerta, pues inconscientemente veía venir algo que no quería que pasara. Volteé a ver únicamente mi bella obra y me concentré en cada maravilloso y mágico detalle que ahí había dibujado.

De pronto, y sin esperármelo, unos golpecitos del tambor del duende empezaron a sonar muy estrepitosamente y este, comenzó a caminar hasta que se cayó al piso repitiendo, una y otra vez, el país que tanto me gustaba en el mundo y que era precisamente Irlanda, o quizás Miranda, o ambos. Ya no supe que fue lo que escuché por los nervios que tenía en ese preciso momento.

—¡Maldito juguete! —me dije sumamente nerviosa, pues el muñeco no paraba de hablar y se movía para todos lados mientras tocaba su tambor. Lo sentía retumbar una y otra vez ahí, dentro de mi cabeza.

Sin pensarlo dos veces, me levanté rápidamente a quitarle las pilas a ese poseído juguete, y para mi sorpresa, y tal como dije, al parecer sí se encontraba poseído o algo por el estilo, pues no tenía ni cuerda ni un lugar donde se guardaran las pilas. Así que me asusté todavía mucho más, y luego lo aventé a una de las paredes que tenía ahí enfrente y se rompió en mil pedazos, quedado desparramado ahí, por todas partes.

—¡No! ¡No! ¡No! —me dije una y mil veces más—, ¡esto no me puede estar pasando! ¡Esa cosa no me habló y no me estoy volviendo loca! ¡No me estoy volviendo loca! ¡No me estoy volviendo loca!

Así continué repitiéndomelo quizás unas quince veces más, a la vez que golpeaba mi cabeza sobre la pared para convencerme un cien por ciento que todo esto solo me lo estaba imaginando y nada más. De pronto, y sin esperármelo, entró la señora Gibson al estudio, y aunque traté y me esmeré para que no se me notara lo nerviosa que me encontraba, no pude disimular lo afectada que me sentía en ese momento. Así que rápidamente, y antes de que la señora Gibson lo notara, metí al muñeco roto y todas sus partes rotas debajo

del sofá que tenía ahí, a un lado, cerca. Después me paré inmediatamente, limpiándome las pocas lágrimas que me habían brotado por la tensión que sentía en ese momento.

—¡Ay niña!, pero ¿qué te pasa? ¿Acaso no te encuentras bien? —me preguntó un poco alarmada la amable dama—. ¡Hasta parece que acabas de ver a un fantasma! —me dijo muy acertadamente.

No le contesté y, luego, volteó a ver inmediatamente mi gran obra de arte; y tal y como yo esperaba, y olvidándome un poco de lo que acababa de sucederme hace un minuto, la señora Gibson quedó totalmente fascinada con lo que yo había pintado para ella, tanto, que se llevó ambas manos a la cara y luego, solo exclamó lo siguiente, demasiado emocionada:

—¡Dios mío! ¡Pero mira lo que has hecho criatura! ¡En verdad que eres toda una gran artista! —me dijo totalmente convencida de lo que estaba diciendo.

En la obra de arte se podía apreciar la gran muralla china cruzando de lado a lado de la pared, al mismo tiempo que el Big Ben, que se encontraba pintado sobre una montaña, al cual, lo acariciaban suavemente algunas nubes. Y de igual manera, y sin poder faltar, se encontraba la esplendorosa torre Eiffel, que se encontraba en el centro, y le caían algunos rayos de lluvia del cielo. En la pintura tampoco podían faltar las pirámides de Egipto y la estatua de la Libertad, al igual que el Partenón. Pero, lo que más hacía original la pintura, es que también había plasmado en ella un poco de otras pinturas famosas, como el rostro de la Mona Lisa en una persona que se encontraba esquiando en los Alpes suizos; al igual que Edith Piaff, sentada tomando un café en una de las pequeñas cafeterías, colocadas con sillas afuera, en algunas calles parisinas.

—¿Sí?, ¿le gustó entonces su enorme pintura, señora Gibson?

¡Por supuesto que me gustó! Es más, ¡me encantó!, ¡y no tienes ninguna idea de cuánto!

—¡Qué bueno, señora Gibson!, pues esa era la idea.

—Ahora ven, linda, acompáñame y siéntate aquí a un lado de mí en el escritorio. Pobrecita, has de estar agotadísima. Déjame pagarte de una vez para que ya te vayas a descansar a tu casa y disfrutes todavía de lo que queda del domingo —me dijo la señora Gibson a la vez que escribía y escribía números y más números en su chequera.

Al ver la cantidad escrita cuando la señora Gibson me entregó el cheque, me quedé de verdad muy sorprendida, y le dije a la señora Gibson que eso para mí era demasiado, aparte de que no era lo que habíamos acordado desde

un principio.

—¡Pero claro que sí, niña! —me contestó—, quizás no te das cuenta de todo el potencial que tienes, y esto —me dijo mientras señalaba mi obra—, es algo fuera de lo común. Es algo fuera de serie, que además, todo mundo debería ver en un museo.

—Está bien, señora Gibson, se lo acepto, y muchísimas gracias de nuevo.

—No, linda, gracias a ti. En verdad que tú maestra de arte, y gran amiga mía, ciertamente se quedó corta con todo lo que me había contado de ti. Te felicito de nuevo, mi niña hermosa.

—Muchas gracias otra vez, señora Gibson. Me dio mucho gusto conocerla.

—El gusto es mío, Miranda, y espero más adelante tener la fortuna de volver a hacer negocios contigo.

—Nos vemos, y cuídese mucho, por favor —le dije mientras le daba un beso de despedida en su mejilla, y luego me dirigí hasta la puerta de la casa en donde salí presurosa. Me metí a mi auto para dirigirme una vez más hasta mi casa, en la cual ya me esperaba ansioso mi gatito *Silvestre*, que al llegar, me recibió corriendo hasta mi lado apenas me escuchó abrir la puerta.

CAPITULO XVIII

Irlanda se repite

—¡Hola, minino travieso! —le dije emocionada al verlo.

Espero que te hayas portado bien y no hayas roto nada —le dije todavía con un poco de duda. Y como si mis palabras se hubieran vuelto realidad en ese momento, al entrar un poco más a mi casa, pude ver un rollo de papel de baño hecho completamente pedacitos. Se encontraban regados por todos lados en la casa, y me dije una vez más a mí misma:

—A trabajar se ha dicho. Y todo por tu culpa, gato malcriado —le dije. Y luego me quedé pensando que no era, después de todo, su culpa; pues yo lo había dejado completamente solo por casi tres días, sin supervisión. Además, de alguna manera tenía que entretenerse el pobre.

—¿No es así, *Silvestre*?

Al escucharme, únicamente se dedicó a restregarse todo el tiempo en mis pantalones llenos de pintura, y mientras, me puse a recoger todo ese tiradero. Cuando al fin hube terminado de hacerlo, sentí como de nuevo la cabeza me dolía como si estuviera a punto de estallarme; entonces se me ocurrió la fantástica idea de salirme a caminar un rato por el parque y respirar un poco de aire fresco, que muchas veces me hacía falta.

—¡Rayos! ¡Cómo me duele! —me dije, y comencé a caminar un poco despacio por entre las calles hasta que llegué al hermoso parque, el cual, en especial ese día, estaba completamente lleno de gente. Me dio muchísimo gusto verlo así, ya que la mayoría del tiempo yo era un poco ermitaña, ¿y quién sabe?!, quizás ese día podría ser mi día de suerte y pudiera conocer a alguien.

Desafortunadamente para mí, casi todos los muchachos guapos que veía pasar cerca iban acompañados de sus parejas. Y los que iban solos, iban paseando en bicicleta, patineta o patines, y solo pasaban rozándome una y otra vez sin ni siquiera inmutarse de mi presencia.

Incluso una de las veces, y como por obra de magia, mientras me encontraba sentada en una banca, noté como me miraba un chico del otro lado del parque. Luego, solo vi que me sonrió tímidamente, a lo cual, yo también le sonreí. Después, se inclinó de frente y cortó una florecita del suelo para, de nuevo, volver a mirarme. Yo me puse sumamente nerviosa al ver que se dirigía hasta donde yo estaba, y luego, solo extendió su mano ofreciéndome la florecita y no me dijo otra cosa más que un simple: «hola». Yo también le contesté y le dije: «hola». Y cuando estaba a punto de tomar la florecita, la cual, solo vi pasar enfrente de mi cara, vi que se la ofreció a una hermosa chica que no había visto para nada y que se encontraba sentada a un lado de mí. Mi rostro, seguramente se puso completamente rojo de la pena, así que sin dudar, de inmediato me levanté de ahí, pues solo quería meter la cabeza al igual que un avestruz en un hoyo para que nadie más me viera.

—¡Ay, Miranda! —me dije—. ¿Pero quién se va a fijar en ti?, una chica tan común y corriente como cualquiera, que además usa frenos y lentes, y que tampoco se maquilla ni es nada femenina. Y además, que usa un overol de mezclilla como este, todo lleno de pintura por todos lados. ¡Por favor...! ¡Es más que obvio! —me dije, aceptando mi triste situación por completo.

Para levantarme un poco el ánimo me acerqué a un puestecito pequeño donde vendían helados y me compré, no uno sencillo, sino uno doble, el cual fui saboreando poco a poco mientras me dirigía tranquilamente camino a mi casa. Ya estando ahí, justamente frente a la puerta me lo terminé, y luego entré a la casa y me dirigí al baño, donde dudé si tomarme o no una deliciosa ducha para relajarme un poco, pues me dolían mucho los brazos y el cuello por haberlos levantado demasiado tiempo. Una vez más me repetí a mí misma que ahí no había nadie más que yo, mi alma y mi gato travieso, y así seguí repitiéndomelo una y mil veces más hasta que logré convencerme de ello. Así que, al terminar de ducharme rápidamente, me puse tranquilamente mi cómodo pijama y, luego, solo me tomé un vaso con agua de la cocina, pues aquel cono doble que acababa de comerme me había dejado completamente satisfecha. Luego, me dirigí a mi recámara, y al entrar sentí un poquito de miedo, pues me acordé que los últimos días estaban pasando algunas cosas un poco extrañas. Pero, esta noche, la verdad, no me importó mucho, pues me sentía totalmente

exhausta, así que apagué las luces de mi recámara para poder dormirme rápidamente, y gracias al cielo lo pude conseguir. Caí, de pronto, en un sueño muy profundo, y nada ni nadie pudo despertarme por unas cuantas horas, hasta que se dieron en un santiamén las tres de la madrugada. Parecía ridículo que yo me encontrara roncando, pues nunca jamás lo hacía, pero sin embargo, esa noche sí lo hice. Y de pronto, allá, en lo más lejano de mi subconsciente, sentí como si de alguna manera alguien me estuviera moviendo y sacudiendo. Traté de convencerme a mí misma que no era así, por lo que me concentré todavía más para no despertarme, pero una vez más empecé a sentir que alguien me estaba jalando de la mano. Era como si alguien o algo quisiera sacarme por algún motivo de la cama. Inconscientemente pensé en mi amigo Ferdinand dentro de mi sueño y le dije que no. ¡Que no podía acompañarlo esta vez!, pues me sentía realmente muy cansada, como pocas veces.

—¡Ve tú solo! —insistí, para que me dejara en paz de una vez por todas.

Sin embargo, esto no terminó ahí, pues ahora me estaban jalando de los pies, ya que pude sentir como me iba alejando poco a poco de mi almohada.

—¿Eres tú, Fer? —le pregunté ahora un poco más consciente, pues había cumplido su cometido de despertarme, pero al preguntar no obtuve de nadie ninguna respuesta. Por el contrario, una vez más vi pasar la sombra varias veces dentro de mi recámara, lo cual me hizo volver a entrar en pánico, y salirme también de mis casillas.

—¿Quién anda ahí? —pregunté un poco temerosa sin obtener ninguna respuesta, así que rápidamente me paré y me dirigí hacia la pared a prender de nuevo las luces, pero una vez más no vi absolutamente a nadie ahí dentro y eso me dejó todavía más y más confundida.

—¡No, otra vez no! —me dije. Y mientras lo hacía sentí que alguien empezó a jalarme de la mano una y otra vez, y ahora sí, entré en un miedo muy profundo.

—¡Maldita sea! ¿Quién es? ¿Quién anda ahí? —pregunté con insistencia, pero lo único que pude ver fue caer un libro de mi colección del librero, cosa que me hizo dar un enorme brinco hacia atrás. Entonces, me armé de valor y comencé a acercarme temerosa para ver por donde se había abierto el libro, y al hacerlo, de nuevo movió algunas de sus páginas por una brisa que corrió ahí, dentro del cuarto. Un grito de terror salió dentro de mí al ver este inexplicable suceso, y sin dudarlos dos veces salí corriendo hasta la entrada, donde tomé las llaves de mi carro, me metí en el asiento trasero, y me acurruqué acostándome; pues era incapaz de manejar en ese estado de shock.

Y me quedé ahí, aterrada, llorando por un muy largo tiempo dentro del coche.

—¡Demonios! —me dije, pues acababa de recordar que había dejado mi bolsa dentro de la casa, y ahí tenía mi celular. Pensaba llamar a Ferdinand para que viniera y se quedara conmigo, pero me tuve que quedar con las ganas de hacerlo. Así que me quedé ahí, en el auto, por toda la noche, ya que por nada del mundo pensaba entrar de nuevo a esa casa embrujada, o por lo menos, no lo haría de noche.

Las horas pasaron como de costumbre, volando, y una vez más no pude dormir nada, pues me acordé que tenía clase a las siete en la universidad, así que, a fuerzas tenía que entrar a la casa a cambiarme, pues no iría a la escuela en pijama. No me quedaba ninguna otra alternativa.

Estando ya frente a la puerta de la casa, la abrí muy despacito para no hacer mucho ruido y, asomé lentamente la cabeza para cerciorarme de que ahí no hubiera nadie más dentro. Al ver que todo hasta el momento se encontraba perfectamente bien, comencé a caminar muy despacio, volteando para todos lados. Incluso hasta en el techo volteé, pues ya no sabía que más esperar en este lugar. Lo único que me faltaba es que colgara un vampiro del techo o algo por el estilo.

Al ver a mi gatito caminar mi lado mientras yo también lo hacía, me dio un poco más de confianza, pues quería decir que el fantasma no se encontraba por ahí cerca, ya que la última vez, estoy segura que él también lo vio y que por eso se alejó rápidamente de mí y salió corriendo. Al estar ahí parada, justamente enfrente de mi recámara, solo me limité a tragar un poco de saliva, pues tenía pánico de volver a entrar y que de nuevo me jalaran por todos lados. Sin embargo, era de día, y de día todo se ve diferente, así que no vería aunque quisiera ninguna sombra, a menos que fuera nada más la mía propia, y entonces seguí caminando. Al estar ahí, ya dentro de mi recámara, caminé unos cuantos pasos más y me dirigí muy lentamente volteando para todos lados. Observé el libro que se había caído para ver en qué página se había abierto, pues tenía muchísima curiosidad de ver cuál de mis libros era el que se había caído.

—¿Irlanda? —me dije completamente sorprendida, pues me parecía una tremenda casualidad que se hubiera abierto el libro ahí, ya que apenas unas cuantas horas antes le había comentado a la señora Gibson que Irlanda era uno de los países que más ansiaba conocer en este mundo. De pronto, reaccioné acordándome que ya era demasiado tarde para mis clases en la universidad, así que traté de no adentrarme aún más en mi cuarto y tomé mi overol sucio y

lleno de pintura que había dejado ahí, a un lado de la puerta, en el cesto de ropa sucia. De igual manera, ni siquiera me maquillé ni me cepillé el cabello, pues por ningún motivo pensaba entrar a ese baño en el cual ya me había llevado un tremendo susto.

—¡El doctor Monroe! —exclamé con un poco de alivio, pues recordé que la última vez me había dicho que si llegaba a sentirme mal podría hablarle a cualquier hora del día, y eso fue exactamente lo que hice en ese momento. Estando ya afuera, sentada en uno de los escalones de mi casa, marqué inmediatamente, como desesperada, el celular del doctor Monroe, sabiendo dentro de mí que era muy temprano para hacerlo. Pero, no me importó y lo hice, ya que mi desesperación estaba llegando al límite.

06:50 horas.

—¡Rayos! —Exclamé al ver la hora tan temprana en mi reloj—. Qué pena, a ver si no se molesta el doctor Monroe porque le llame tan temprano. Y antes de que fuera a decir alguna otra cosa, de pronto, escuché su voz que me hablaba del otro lado del teléfono.

—¿Bueno? ¡Doctor Monroe! —dije con un profundo alivio al escucharlo.

—Sí, soy yo, a sus órdenes. ¿Quién habla?

—¡Soy yo, su paciente, Miranda Bell!

—¿Qué tal, señorita Bell? Buenos días, dígame en que puedo servirle.

—Solo quiero decirle que me siento muy mal de los nervios y quisiera verlo, de ser posible, hoy mismo. Lo más pronto, por favor, pues si no lo hago, le juro que me voy a volver completamente loca.

—Tranquílcese, por favor, señorita Bell. Recuerde todo lo que le he dicho antes. Me temo que por esta ocasión no podré verla como usted desea, ya que me encuentro en un congreso fuera de la ciudad y no podré llegar hasta mañana por la tarde.

—Discúlpeme, por favor —me dijo un poco apenado el doctor Monroe.

Al escuchar al amable señor que hoy no podría atenderme, mi mundo se desmoronó por completo, y supongo que al darse cuenta que me había quedado muy callada, me dijo que no me preocupara, que en este preciso momento tenía un tiempo libre para escucharme. Así que aproveché, y eso fue exactamente lo que hice. Entre lágrimas, una que otra pausa, y volteando a ver a algún que otro metiche que me estaban mirando de lejos, comencé a relatarle al doctor Monroe todo lo que me había pasado en esta semana. Un poco apenado, de pronto, me interrumpió de nuevo, pues tenía que entrar a una conferencia. Me pidió entonces que nos viéramos al siguiente día, sin importar la hora, ya que

él me haría un espacio en su agenda y me lo haría saber apenas tocara suelo en esta, nuestra ciudad.

—Muchas gracias, doctor Monroe.

—No hay de que, señorita Bell. La veo, entonces, mañana.

—Hasta mañana —le dije al doctor, y luego colgué viendo al mismo tiempo mi reloj, pues ya pasaban algunos minutos después de las siete.

CAPITULO XIX

Detonador del cataclismo

Como pude, manejé rápidamente hasta la escuela, donde noté que, como de costumbre, todo el mundo me miraba como si fuera un bicho raro, pues me había puesto, como dije antes, mi overol lleno de pintura. Y además, llevaba puestas mis pantuflas, cosa en la que no me había fijado.

—¡Diantres! —me dije al vérmelas puestas por un instante, y luego me dirigí al salón, donde toqué la puerta para ver si me permitían la entrada. Al abrir, mi maestro de historia, el cual era de carácter un poco fuerte, refunfuñó un poco al verme, pues ya era un poco tarde. Los demás se rieron de mí a carcajadas al verme con ese aspecto tan desaseado, llevando además mis pantuflas puestas, por lo que supongo, le di un poco de lástima al maestro. Después de ser la burla de todos me dejó pasar, cosa que nunca hacía con nadie, y me dijo que me sentara en el único asiento que se encontraba vacío, al final de la última fila; viendo al mismo tiempo cada una de las caras de burla de mis compañeros. No me importó, pues no me podía dar el lujo de faltar a clases, ya que era mi último semestre y no quería reprobar ninguna sola materia.

—¡Dictado! —Me dijo el profesor de historia—. ¡Estamos en dictado! Así que saque su cuaderno y póngase a escribir, que ya nos hizo perder mucho tiempo con su llegada.

—Sí, maestro —le contesté, y empecé a escribir todo lo que nos iba diciendo. Como era de esperarse, y al cabo de unos minutos de arrullo en las palabras de mi maestro, comencé a cabecear. Me recargué enfrente de mi pupitre y ahí, me quedé por un rato profundamente dormida. Mis ronquidos, yo

creo, se podían escuchar hasta la cafetería, así que el profesor se acercó de nuevo a mí lugar y me sacudió una y otra vez para que me despertara, y eso fue exactamente lo que hice.

—¡No! —Grité un poco asustada—. ¡No te me acerques! —continué hablando un poco, pues me acordé de la noche anterior. Y todos voltearon a verme y se rieron de mí por un buen rato.

—Váyase de aquí, señorita Bell —me dijo el maestro un poco desconcertado. Mejor retírese a descansar a su casa, que veo que buena falta le hace. Además, continuó un poco molesto, aquí no creo que vaya a poder hacer mucho.

—Sí, maestro —le contesté todavía un poco apenada, y regresé de nuevo a mi casa, pues no tenía otro lugar a donde ir, ya que en casa de mi mamá, de por sí, ya me tachaban de rara mis hermanos. Y con esto, seguramente, ya no me bajarían de loca. Así que, de nuevo entré a mi casa y cerré la puerta de la entrada mirando de lejos mi habitación. Y me dije a mi misma:

¡Ay, no! —pues no me atrevía por nada del mundo a entrar otra vez ahí. Así que solo me recosté en la alfombra, a un ladito de la puerta, y tomé una almohada del silloncito de la estancia. Ahí, me recosté junto a la puerta; sintiendo, por cierto, como se escabullía el aire por debajo. Así que me cubrí también con una cobija que guardaba ahí, en mi pequeña lavandería, y me recosté en el suelo, meditando un poco de lo que ahora era mi vida.

—¡Dios mío! —pensé por un momento—. ¿Hasta dónde he llegado? —me dije al mirarme ahí recostada a un lado de la puerta, como si fuera una pordiosera en mi propia casa. Solo así me sentía un poco segura, por si algo más me sucedía. Y solo ahí, podría abrir rápidamente la puerta y salir de ese lugar que quizás estaba embrujado. O quizás, pensé, sí se me estaba zafando un tornillo, como todo mundo pensaba.

De nuevo, el cansancio me ganó por completo y me quedé profundamente dormida unas cuantas horas, cosa que le agradecí a Dios con todo el corazón, pues cuando desperté me sentía un poco más renovada. Sin embargo, una vez más, ya se me hacía muy tarde para llegar a dar mis clases a los niños en la escuela primaria. Así que, como pude, me armé de valor y corrí como si fuera una maratón hasta mi recámara, donde agarré la primera blusa que vi colgada, al igual que unos jeans y unos zapatos que no combinaban para nada. Lo tome todo en un par de segundos y me dirigí corriendo, una vez más, hasta la puerta de la entrada, donde me vestí y salí sin probar un solo bocado. Y en solo diez minutos llegué de nuevo a la escuela de mis niños, y con la maestra suplente,

que ya me estaban esperando.

—¡Good afternoon, *Miss Bell!* *¿How are you today?*

—*I'm fine, thank you! And you?* —les contesté, y luego la maestra suplente salió y comencé a dar mi clase con mucha alegría y entusiasmo, como siempre lo hacía cuando estaba con esos hermosos niños. Sin embargo, no podía decir lo mismo de Daniel, que justamente acababa de llegar y tocó a la puerta pidiendo permiso para entrar.

—*¿May I come in, Miss Bell?*

—¡Pues, qué remedio! —pensé para mis adentros.

—*Yes, please, come in Daniel* — le dije, y lo senté en el último rincón de la fila para que no diera tanta lata. Pero ¡qué equivocada que estaba!

Por más que trataba de no ponerle atención a Daniel, este empezó a aventarles de nuevo bolitas con saliva por un popote a los niños. Estos, empezaron a quejarse una y otra vez por el asco que les daba sentir las mojaditas y pegadas por todo el cuerpo. Le llamé la atención quizás unas dos veces y, me di cuenta que no fueron suficientes. Y entonces, le advertí que si volvía a hacerlo, la próxima vez lo castigaría y lo llevaría de nuevo a la dirección, mandándole un reporte a sus padres. Después de unos cuantos minutos más, el mocoso pasó por alto mi advertencia y siguió molestando a los niños, y entonces, ahora sí, me paré hasta su lugar y me puse enfrente de él. Le pedí que me diera ese popote, el cual, difícilmente me dio, y le dije que además debía acompañarme a la dirección, pues como le había dicho antes, ya se había pasado de la raya. Y llorando me suplico que no lo hiciera.

—¡No! ¡Por favor, señorita Bell! ¡No lo haga! Le prometo que ahora sí me voy a portar bien, solo deme una oportunidad y ya lo verá. Desgraciadamente, muy tonta de mí, le creí, y por un momento todo marchó en completa paz. Pero, justamente a unos cuantos minutos de que terminara la clase, a Daniel se le ocurrió sacar una lagartija que tenía ahí adentro, en una pequeña caja y se la puso dentro de la playera, por la espalda, ni más ni menos que a mi pequeña Natalie. Esta, al sentirla correr dentro de su espalda, inmediatamente se paró y empezó a correr horrorizada por el salón hasta que se estrelló en una de las paredes de lo rápido que estaba corriendo. Eso le ocasionó que se golpeará muy fuerte en la frente, teniendo como consecuencia un enorme chipote, del cual empezó a salir un poco de sangre.

—¡Ahora sí, te has pasado, mocoso! —le grité a Daniel, y me dirigí hasta él tomándolo fuertemente del brazo. Le empecé a gritar que eso que había hecho estaba muy, muy mal, pues estaba sumamente enojada. Sin embargo, al hacerlo,

no me di cuenta que justamente en ese momento me estaba observando por el vidrio de la puerta la misma maestra suplente que hacía poco había estado ahí conmigo, en el salón. Y, no sé por qué, pensó que estaba golpeando a Daniel, cosa que no fue así. Lo malinterpretó todo, y entonces, entró completamente enojada al salón y se dirigió a mí y me gritó de una manera muy fea delante de todos los niños para que parara.

—¡Señorita Bell! ¿Pero qué es lo que está haciendo?

—¿Yo? ¡Nada! —le dije un poco avergonzada a la suplente.

—¡No es lo que usted se imagina, maestra Johnson! Permítame explicarle, por favor, que es lo que está sucediendo —le dije a la maestra para tratar de convencerla, cosa que no le importó. Así que me dijo que me dirigiera a la sala de maestros y la esperara, porque ahí iba a hablar personalmente conmigo. Así que tomé mis cosas, entre ellas mi bolsa y mis libros, y ya en la sala de maestros me senté por unos cuantos minutos en una silla mientras llegaba la suplente, me imagino, que también con la directora.

—¡Maldito mocoso! —susurré entre dientes.

—¡Ya me las pagarás un día de estos! —terminé diciendo, sintiendo todavía mucho coraje por lo que acaba de suceder hace un rato en el salón de clases.

De pronto, un gran silencio se sintió en la sala de espera, y de nuevo sentí esa brisa suave que se siente cuando alguien pasa a un lado tuyo, pero en este caso no vi ahí a nadie.

—¡Oh, oh! —empezó a hablarme mi subconsciente, pero traté de no ponerle atención, aunque no hubiera ahí dentro ninguna ventana abierta.

Unos segundos después, comencé a tranquilizarme de nuevo, cuando de pronto escuché la puerta de la sala de maestros dar un portazo por dentro. Inmediatamente, me fijé por la ventanilla de esta, que no había nadie del otro lado que la hubiera cerrado para dar ese horrible golpetazo. Entonces, ahora sí, mi corazón rápidamente empezó a latir a mil por hora y sentí en un segundo como la sangre se me subió hasta el cerebro, pues sabía que de esto no iba a venir nada bueno.

—Tranquila, Miranda —me repetí una y otra vez para tratar de convencerme de que ahí no había nadie más, y sin embargo, con un poco de duda todavía, estaba dispuesta a pararme y alejarme de allí lo más pronto posible. Así que, no lo pensé tanto, y justo en un segundo, cuando estaba a punto de hacerlo, volteé por inercia de lado derecho a mi costado. Me vi de nuevo a mí misma ahí parada, con la cara toda desfigurada, la ropa desgarrada y llena de sangre por todos lados. Y me asusté muchísimo, pues pensé que ese

asunto de mi sueño, al verme siempre así, ya lo había superado y había ya quedado en el pasado, pero nada.

—¡Nooo...! —grité como loca, saliendo dentro de mí un espantoso grito. Luego me dirigí a la puerta de la sala para salir inmediatamente de ahí, pero al tratar de hacerlo, no pude conseguirlo. Por más que giraba y giraba la perilla, era como si una fuerza extraña no quisiera que lo hiciera y no me lo permitía.

—¡Abran! ¡Abran, por favor! —grité y grité repetidas veces golpeando con puños y pies la puerta mientras algunos maestros y estudiantes me miraban asombrados del otro lado del vidrio. Y también, de pronto sentí que una mano me tocó en ese momento el hombro, y que además me estaba tratando de jalar por los brazos hacia atrás para alejarme de la puerta. Y esto, ahora sí no lo pude aguantar, pues, era un infierno el que estaba viviendo ahí dentro. Así que rompí el vidrio de la puerta con el puño fuertemente, lo cual me provocó una cortadura de buen tamaño, de extremo a extremo de la mano, pero no me importó en absoluto, pues pude abrir la maldita puerta. Al hacerlo, salí de ahí corriendo y gritando como loca y, luego, de pronto me desvanecí en el suelo, donde me senté completamente nerviosa. Estaba en shock, sin poder ni siquiera hablar y apenas podía respirar. Así que comencé a arrastrarme, moviéndome para atrás, tratando de alejarme lo más que pude de esa sala, pues seguía viendo a la figura que me estaba mirando todavía ahí parada, dentro de la sala.

—¡Ahí! ¡Ahí está! —le dije a la maestra suplente mientras señalaba a la puerta de la sala de maestros. Estaba llegando con la directora a encontrarme y se mostró muy preocupada por lo que estaba viendo en ese momento. Luego, ambas, al ver que yo no reaccionaba para nada, se inclinaron una a cada lado mío para tratar consolarme, pues no sabían que rayos era lo que me estaba pasando.

—¡Ahí está! —insistí en decirle para que se asomara ahí dentro, al mismo tiempo que le señalaba con la mano.

—Tranquila, Miranda —me dijo de nuevo la directora, a la vez que le pedía a la maestra suplente que fuera a asomarse a la sala de maestros para ver quien estaba ahí dentro y qué era lo que me tenía tan afectada. Pero nada, ahí no había absolutamente nadie.

—No hay nadie aquí adentro, señora directora —le comentó un poco intrigada la suplente. Y al escucharla decir eso, yo solamente me sentí completamente avergonzada y humillada, pues podría jurar si era necesario, enfrente del mismísimo Jesús, que no estaba mintiendo. Y sí, había visto a ese

fantasma, que además me había tocado el hombro.

—¡No! ¡No puede ser! ¡Se lo juro! ¡Ahí estaba! ¡Ahí estaba!

—¿Quién, Miranda? ¿Quién estaba ahí dentro, contigo? —me preguntó la directora, demasiado intrigada por mi extraño comportamiento. Estuve a punto de contestarle que se trataba de mí misma, pero como si estuviera ya muerta. Pero sin embargo, no lo hice, pues al ver en su rostro esa mirada, la cual, veía siempre en todos, como si yo estuviera loca... Volteé además a ver a todos los demás, que estaban ahí parados murmurando y señalándome. Y entonces, ahora sí, no pude aguantar ni un segundo más con todo eso, así que me levanté y salí corriendo de ahí hasta que llegué a mi auto en el estacionamiento. Al tratar de abrirlo, por los nervios que tenía se me cayeron las llaves al suelo un par de veces, hasta que lo intenté de nuevo y pude conseguirlo. De igual manera, sufrí un poco al tratar de meterlas por el orificio debajo del volante, pero cuando por fin pude conseguirlo, rápidamente arranqué y me dirigí de nuevo hasta mi casa, donde me estacioné a un lado de mi banqueta, pues no tenía ningún otro lugar a donde ir. Y decidí quedarme ahí metida en el auto, toda la noche, y todo el tiempo que fuera necesario hasta que me llamara el doctor Monroe, como me había prometido que haría apenas llegara aquí, a la ciudad donde ambos vivíamos. Por nada del mundo pensaba entrar de nuevo a mi casa, pues para sustos, ese día ya había tenido suficientes.

De igual manera, al ver que la sangre me chorreaba de la cortada que me había hecho al romper el pequeño cristal que tenía aquella puerta para poder sacar la mano por allí y abrirla por fuera, me quité la playera que tenía puesta y me la enredé alrededor de la mano, para que esta dejara de chorrear. Me dejé únicamente la playera interior de tirantes que llevaba afortunadamente por debajo puesta. No sé cuánto tiempo pasó hasta que se hizo de noche, y al ver ya muy sola y vacía la calle, entonces me pasé al asiento trasero, donde me acosté para que no pudiera verme nadie. Y ahí me quedé, tratando de conciliar un poco de sueño por mi día tan pesado, pero por más que traté no pude conseguirlo, ni siquiera por un segundo.

—¿Por qué? ¿Por qué me tiene que estar pasando todo esto a mí? —me lo pregunté una vez más, sintiendo al mismo tiempo como la cabeza estaba a punto de estallarme. Y en eso, de pronto y sin esperármelo, escuché sonar mi celular, lo cual me hizo saltar de la alegría, pensando que se podía tratar del ahora mi salvador el doctor Monroe, pero estaba demasiado equivocada.

¡Es Ferdinand! —me dije al ver su número mientras timbraba y timbraba mi teléfono, pero no quise contestarle, como todas las veces anteriores, pues no

estaba segura de que creyera todo lo que me había estado pasando los últimos días. Y en ese momento, de la persona que menos aguantaría su rechazo, sería únicamente de él. Así que mejor decidí no contestarle. Además, aventé el teléfono celular a un lado, pues me sentía terriblemente mal por no contestarle a mi querido amigo del alma.

—Perdóname Fer —pensé—. Pero primero tengo que ver al doctor Monroe. Así que nuevamente tomé mi teléfono celular y marqué de nuevo al doctor Monroe para ver si podía correr con un poco de suerte y ya se había desocupado.

CAPITULO XX

Emancipación del infierno

—¿Doctor Monroe? ¿Es usted?

—Sí, señorita Bell —me contestó un poco extrañado por mi insistencia por querer verlo urgentemente—. ¿Le puedo ayudar en algo? —me preguntó, ahora un poco preocupado, pues había notado en mi voz algo un poco extraño.

—¡Regrese pronto, por favor! ¡Se lo suplico! Me estoy volviendo loca, se lo juro, y creo que ya no puedo más —le dije con suma desesperación, y luego rompí en llanto.

—Tranquila, Miranda. No se preocupe. De milagro, el congreso no se extendió hasta mañana y ahora mismo estoy tomando el vuelo de regreso a casa.

Al escuchar al doctor Monroe decirme esas maravillosas palabras sentí un gran alivio dentro de mi interior, pues ahora solo hacía falta esperar unas cuantas horas más para poder reunirme con él. Él era ahora la única persona con la que me sentía completamente segura y protegida.

—Miranda —me preguntó dudoso—. ¿Dónde se encuentra en este preciso momento?

—Me encuentro aquí, dentro de mi auto, ¿sabe? Pues no soy capaz de entrar por el momento a mi propia casa —le dije.

—¿Cómo que no es capaz, señorita Bell? Por favor, le pido que trate de ser más específica —me dijo, pero al momento de querer hacerlo la llamada se cortó, supongo que por la interferencia dentro del avión, y seguramente le habían pedido al doctor que apagara su teléfono como a todos los demás ahí dentro.

—¡Rayos! —me dije un poco desilusionada, pues ahora sí iba a tener que esperar hasta que el doctor Monroe llegara para poder hablar con él y me ayudara con todo esto que me estaba sucediendo y me estaba matando de la angustia y de los nervios. Pasaron quizás unas dos o tres horas más después de haber colgado por última vez con el doctor Monroe, las cuales, a mí me parecieron como unas veinte o treinta horas. Y también, fueron las causantes de que me acabara poco a poco cada una de las uñas de mis dedos en ese momento. Entonces, de pronto y sin esperármelo, sonó el teléfono de nuevo. Inmediatamente lo tomé y me di cuenta que era el mismísimo doctor Monroe, el cual me llamaba para avisarme que acababa de llegar en este momento, además, me dijo que si yo lo deseaba podía encontrarme ahora mismo con él en su consultorio.

—¡Sí! —le contesté sin titubeos—. Ahora mismo salgo camino para allá, terminé diciéndole, y arranqué inmediatamente mi auto. Cuando llegué hasta ahí, me estacioné afuera, a un lado de la banqueta, para esperarlo hasta que llegara del aeropuerto. Transcurrió quizás una media hora hasta que al fin el doctor Monroe apareció y, luego, al verme ahí estacionada, de igual manera se estacionó y bajó rápidamente del auto para alcanzarme hasta mi coche.

—¿Pero qué es lo que está pasando, señorita Bell? Pues créame que, ahora sí, me está asustando —me dijo con un tono de voz un poco preocupado, al mismo tiempo que observaba la cortada en mi mano y luego, me invitó a pasar a su consultorio.

Al estar ahí, sin poder remediarlo comencé a llorar sin poder parar, y además, lo hice con los nervios de punta, pues estaba también, sin darme cuenta, temblando bastante. Luego, comencé a relatarle al doctor Monroe uno a uno los espeluznantes acontecimientos que me habían estado pasando desde la última vez que nos habíamos visto. Y al contarlo, mis manos y mi cuerpo siguieron temblando, al mismo tiempo que me escurrían los chorros de sudor por la cara y el cuerpo. Además, cualquier ruido, como el teléfono de su celular, o la puerta del baño, que se cerró repentinamente al encender el doctor el aire acondicionado, me hicieron brincar repetidas veces de mi asiento. El doctor no podía dar crédito a cómo me estaba comportando ese día, pues era otra persona completamente diferente a la que él había visto la última consulta que tuvimos juntos.

No obstante, la gota que derramo el vaso fue el momento en que el doctor se paró amablemente a servirme un poco de agua, que silenciosamente llenó, pues no lo escuché hacerlo. Se encontraba de espaldas mientras yo continuaba

hablando. Entonces, al acercarse a mí, después de llenar el vaso, tocó mi hombro para ofrecérmelo. Y justo en el momento en el que lo sentí llegar detrás de mí y me tocó de pronto, me levanté como histérica gritándole al doctor que se fuera y se alejara de mí, pegando un enorme brinco mientras me pegué a la pared completamente asustada. Entonces, comencé a decirle al doctor:

—¡Ahí esta! ¡Ahí está de nuevo, la muerta! —le dije, y empecé a señalar primero a un lado y luego al otro, como tratando de adivinar donde se encontraba ese espíritu maligno.

—¿Ahí está quién, Miranda? Yo no puedo ver a nadie más aquí, metido en este cuarto con nosotros, señorita Bell.

—¡La muerta! —le dije—. La muerta que se me está apareciendo una y otra vez y que no me deja en paz ni un segundo.

—¿Qué muerta, señorita Bell? Yo no veo aquí absolutamente a nadie —me dijo el doctor totalmente consternado, pues no sabía que iba a hacer ahora conmigo. Pero lo más grave del asunto era que no podía entender cómo los medicamentos que me había recetado, que eran un poco fuertes, por cierto, no me habían hecho ningún efecto.

—Estoy segura que por allí está, doctor Monroe, nada más que usted no la puede ver, ni nadie más, se lo aseguro. El asunto es nada más conmigo y no puedo comprender por qué —terminé diciéndole, pues ni yo misma sabía qué era lo que me estaba sucediendo.

El doctor, al escucharme hablar de esa manera tan incoherente, decidió permanecer callado sin decir ni una sola palabra más al respecto, en espera de que algo más sucediera, pero no pasó nada más. Únicamente se me quedó mirando como cerraba y me tapaba los ojos y luego los volvía a abrir, mirando por entre los dedos. Y ahora sí, se dio cuenta de que yo estaba completamente mal, así que decidió tomar su libreta para apuntar algunas cosas, al igual que su cámara para filmar, y empezó a hacerlo. Pero, en realidad no me importó, pues supuse que era algo que tenía que hacer en relación a su trabajo o no quise darme cuenta que de alguna manera, eso, más delante me iba a afectar bastante.

—Paciente joven, de veintiséis años, con trastornos de bipolaridad o maniaco-depresiva, que presenta estados de ánimo muy cambiantes; de la misma manera, que imagina cosas y escucha voces que no existen. Además, presenta un alto grado de esquizofrenia en su haber, por lo que es recomendable internarla inmediatamente para evitar que pueda dañarse a sí

misma o a alguien más, poniendo en riesgo su propia salud y la de las demás personas —terminó diciendo el doctor Monroe en su pequeña grabadora, y luego la apagó y se acercó a un lado mío para darme un poco de consuelo.

—Tranquila, señorita Bell. Por favor, tranquilícese. Mire, voy únicamente aquí, a un lado, a hacer una llamada urgente. Pero, por favor, no se mueva ni se vaya por nada del mundo. No voy a tardar más de un minuto, se lo prometo. Y eso fue exactamente lo que hizo, pues regresó en un cerrar de ojos y luego, me ofreció su mano para que me levantara, y al hacerlo, rodeó suavemente con la otra mi espalda para que yo me sintiera un poco protegida y no me sintiera tan sola.

—Muchas gracias, doctor Monroe —le dije, pues él era la única persona en este mundo en la cual, ahora, yo confiaba.

—No se preocupe, Miranda —volvió a repetirme el doctor.

—Verá que muy pronto se va a sentir mucho mejor, y en este lugar la van a ayudar todos a conseguirlo —me dijo una vez más el doctor Monroe al mismo tiempo que me sostenía un poco más fuerte del brazo.

—¿En este lugar? —me dije a mí misma, reflexionando un poco en sus palabras—. ¿Acaso habré escuchado bien?

Y mientras trataba de captar la información que el doctor Monroe acababa de darme, dos personas, para ser exactos hombres, y que al parecer el doctor Monroe había llamado por teléfono mientras él se dirigía al consultorio, entraron vestidos de blanco, cosa que no me gustó ver para nada; pues supuse inmediatamente que querían llevarme al manicomio. Entonces, reaccioné como por obra de magia y logré zafarme milagrosamente de las manos del doctor Monroe. Sentí en ese momento que me había decepcionado profundamente. Luego, pegué a esos dos ahí abajo, donde supuse que más les dolería, y en la espinilla, y me escapé logrando escabullirme de ahí. Me dirigí hasta mi auto para que ni esos tipos ni el doctor pudieran alcanzarme.

—¡Mi casa! —me dije un poco pensativa—. Tengo que llegar a mi casa a recoger unas cosas e ir por el dinero que tengo escondido y huir rápido, antes de que estos tipos me encuentren y me encierren en ese lugar tan horrible de por vida.

Así que arranqué el auto rápidamente y me dirigí hasta allá. Llegué en unos cuantos minutos y luego, me bajé del auto y abrí la casa, hasta dirigirme a mi recámara. Tomé de mi closet una de las cajas de zapatos donde tenía bien escondido un poco de dinero, pues, lo demás lo tenía muy bien guardado en el banco, ya que no lo podía tener todo ahí, en ese lugar tan inseguro. Al

momento de tenerlo ya en mis manos, no me percaté que tanto el doctor como los dos enfermeros me habían seguido hasta mi casa. Así que, al escuchar golpear la puerta, sentí como mi mundo se empezaba a desmoronar de nuevo y di un gran brinco por el tremendo susto al escuchar los golpetazos en la puerta que estas personas habían dado.

—¡Nooo...! —grité con mucha angustia. ¡Por favor, Dios, ayúdame! No quiero que me lleven a ese horrible lugar lleno de locos y de gente extraña, por favor, te lo suplico. Hazme el milagro, como nunca antes te he pedido nada en la vida. Y antes de que volviera a decir una sola palabra más, de nuevo, el golpeteo en la puerta sonó, pero ahora un poco más fuerte, cosa que me hizo brincar de nuevo. Y escuché entonces al doctor Monroe decir que abriera de una vez por todas la puerta o si no él mismo la derrumbaría. De pronto y sin esperármelo, sintiendo una gran impotencia dentro de mí, me senté desvaneciéndome en la silla del pequeño escritorio que tenía dentro de mi habitación. Y luego, sentí como si alguien más se hubiera metido en mi cuerpo, entonces, empecé a escribir datos y más datos en una libreta que ahí tenía, encima de mi preciado escritorio.

—¡Por favor, abra ya, señorita Bell! O me veré en la penosa necesidad de hacerlo yo mismo. ¡Lo único que quiero es ayudarla! ¡Créamelo, por favor!, ¡y no siga con esto! —insistió una vez más el doctor Monroe, y me desequilibró un poco volver escuchar de nuevo sus gritos, por ahí, en un lugar de mi subconsciente.

Así que, de pronto, sentí salir eso que se había apoderado antes de mí y volví a sentirme yo misma de nuevo.

—¡Ferdinand! —recordé de pronto a mi gran amigo y antes de que fuera demasiado tarde marqué a su número de inmediato, pero, esas personas, junto con el doctor, lograron por fin abrir la puerta. Esto me asustó mucho y, luego, simplemente los vi entrar y empecé a dar unos cuantos pasos para atrás para darme un poco de tiempo y poder hablar con mi amigo.

—¿Bueno? ¿Mimí? ¿Eres tú?

—¡Sí, Fer, soy yo! —le dije gritando—. ¡Por favor, ven rápido!

—¿Pero qué es lo que está pasando, Mimí? ¿Por qué te escucho tan alterada?

—¡Me van a encerrar en el manicomio y tengo muchísimo miedo Fer!

—¡Qué! —me gritó mi amigo, sin poder creerlo—. Pero ¿qué estás diciendo Mimí? ¿Cómo que en el manicomio? ¿Por qué? —volvió a preguntarme, cuando de pronto, escuchó salir de mí un gran grito de desesperación, y luego,

solo permaneció callado para ver qué es lo que escuchaba del otro lado del teléfono.

—¡No! ¡Suéltame! —grité una y otra vez mientras Ferdinand me escuchaba con impotencia de no poder hacer nada.

Después, mi celular, simplemente se cayó al suelo. Ferdinand siguió escuchando todo lo que me estaban haciendo esos animales en ese momento. Luego, todos al mismo tiempo, me tomaron de las manos fuertemente para que no fuera a escaparme. Mi gatito fiel se acercó, pues, al parecer no le estaba gustando nada lo que me estaban haciendo esos hombres. Así que, supongo que como todo animalito fiel a su ama, sintió o le transmití quizás un poco de mi angustia, pues repentinamente dio un gran brinco en el aire hiriendo de un rasguño la cara de uno de esos dos hombres para protegerme. Luego, después de ver al hombre gritar por el rasguño que le había hecho en la cara mi gato fiel, me subieron en una especie como de camioncito, en la parte trasera de este. Me pusieron además, en contra de mi voluntad, un tipo de camisa de fuerza que me inmovilizó por completo y lo único que pude hacer fue nada más patear con todas mis fuerzas a todos lados ahí dentro, sin darme cuenta que eso me afectaba todavía más en mi comportamiento.

Por otro lado, y todavía un poco en estado de shock, Ferdinand se dirigió de inmediato; primero hasta mi casa, y ya ahí dentro, y con lo observador que era, se dio cuenta de algunas cosas extrañas que yo había estado haciendo últimamente. Por ejemplo; al entrar ahí, lo primero que vio fue, tirado en el suelo a un lado de la puerta, la almohada con la que dormía encima de una cobija extendida. Lo que le daba a entender claramente que yo había estado durmiendo ahí en el piso, quién sabe por cuánto tiempo. Pero, eso no terminaba ahí, pues lo peor que pudo ver ahí tirado al momento en que movió la almohada con el pie, fue un filoso cuchillo dentro de la funda, justo debajo de la almohada. Ferdinand, un poco sorprendido por eso, siguió explorando meticulosamente toda mi casa y, al entrar a mi recámara se dio inmediatamente cuenta que en el baño se encontraba roto el espejo que colgaba sobre la pared. Y además, que ahí dentro tenía conectados en todos los enchufes o conexiones, lucecitas que nunca se apagan repartidas por toda la casa, al igual que una gran cantidad de velas. Supuso que eso lo había hecho por si llegaba a irse la luz, además de ver repartidas un montón de linternas en partes estratégicas de la casa.

—¡Ay, Mimi! ¿En qué estarías pensando con todo esto? —se dijo. Luego vio tirado en el suelo el libro que había caído aquel día quedando abierto en una

sola página en específico, cosa que le llamó muchísimo la atención. Así que, se acercó para explorar que era lo que ahí decía, y vio con gran asombro que se trataba de un pueblito en Irlanda, pues, él sabía lo mucho que me gustaba ese país. Le pareció un poco extraño el ver, además, la hoja suelta de mi libro predilecto arrancada ahí, como si nada, sobre el suelo; pues, él sabía lo mucho que yo odiaba el que alguien rayara o arrancara una hoja de cualquier libro, y peor aún, que le hicieran dobladillos en algunas de las esquinas.

—¡Ay, Mimí! ¿Qué cosas estarías pasando tú sola que no fuiste capaz de decírmelo? — se preguntó Ferdinand una y otra vez, y luego salió de ahí y se dirigió presuroso al manicomio.

Al llegar ahí, el lugar le pareció horrible, tal como se mostraba en las películas de terror en el cine, pues, de inmediato podía sentirse que no había vida ahí dentro. Rápidamente se dirigió hacia dentro para ver si alguien le podía dar alguna noticia mía. Afortunadamente, y justo cuando el doctor Monroe se disponía a marcharse, Ferdinand lo alcanzó y le preguntó si acaso conocía o sabía algo de la señorita Bell, pues, no sabía si me encontraba realmente en ese lugar internada. El doctor Monroe supuso de inmediato que ese hombre que estaba ahí parado preguntando por mí, era ni más ni menos que mi gran amigo Ferdinand, del cual yo le había hablado tantas veces.

—Sí, efectivamente está aquí —le dijo el doctor. Y supongo que usted ha de ser Ferdinand. ¿O me equivoco? —preguntó casi sin ninguna duda de eso el doctor Monroe.

—No, doctor. Está en lo correcto —le contestó Ferdinand.

—Pero, dígame, por favor. ¿Qué fue lo que pasó? Pues, hasta donde yo sé, Miranda ya se encontraba muchísimo mejor de sus nervios. Y quiero, además, que me diga si su familia ya está enterada de todo esto —le preguntó Fer al doctor, pues no podía dar crédito a todo esto que me estaba sucediendo.

—Sí, acabo justamente de colgar hace un rato y hablar con ellos y ya vienen además en camino.

—Ahora discúlpeme, por favor, tengo que hacer unos pendientes aquí, en el hospital. Pero, no se preocupe, su amiga va a estar perfectamente bien atendida aquí, se lo prometo.

—¡No! ¡No me prometa nada! —le contestó un poco molesto Ferdinand—. ¡Pues ella confió plenamente en usted, y mire lo que usted vino a hacerle! ¡Pero una cosa sí le digo, doctor Monroe! ¡No me moveré de aquí por nada del mundo hasta que se me permita poder hablar con ella. ¿Me escuchó?

Cosa que no le gustó para nada escuchar al doctor Monroe, en especial por

el tono en que Ferdinand se lo había dicho.

Mientras tanto, a mí me encerraron en un cuarto que lucía acolchonado por todas partes, y ya ahí, sin tener ningún otro lugar a donde ir, solo me senté a meditar por un momento en una de las esquinas. Pensé que si seguía en este plan, poniéndome cada vez más difícil, pataleando y haciendo berrinches, lo iba a pasar cada vez peor. Entonces, decidí no seguir haciéndolo, e iba además a cooperar en todo, para así poder tratar de escaparme muy pronto de ese lugar tan deprimente.

—¡Ay, Ferdinand! —me dije un poco pensativa—. Ojalá estuvieras aquí conmigo en este preciso momento amigo mío.

Cómo te he extrañado últimamente —me dije en voz baja, a la vez que me corría una lágrima por la mejilla, sin darme cuenta que mi Ferdinand se encontraba ahí afuera, mostrándome como siempre su lealtad y apoyo incondicional en todo momento.

De igual manera, mis padres llegaron al hospital psiquiátrico donde el doctor inmediatamente los recibió. Los pasó a uno de los consultorios, donde Ferdinand también se unió a la conversación y permaneció por ahí en una esquina, alejado. Solo se dedicó a escuchar toda la serie de acontecimientos que me habían estado ocurriendo últimamente, sin poder dar crédito a todas las palabras que estaban saliendo de la boca del doctor Monroe. Y para colmo, y para echarle más tierra al asunto, mi madre le comentó al doctor Monroe que ella estaba segura que algún día esto iba a pasarme; pues, desde el día en que había nacido siempre había sido una niña un poco extraña. Le comentó que muchas veces presentía cosas que iban a suceder y para el asombro de ella siempre pasaban. De igual manera, le hizo saber que mis estados de ánimo siempre habían sido muy cambiantes, pues, de pronto cambiaba a muy alegre y en un dos por tres me enojaba o me deprimía sin motivo alguno, y un montón de cosas más; que acabaron, ahora sí, por sepultarme por completo.

Ferdinand, al escuchar todo lo que mi madre estaba contándoles acerca de mí, sintió mucha pena; pues, después me lo dijo. Y desde ese momento pudo comprender por qué era una chica demasiado solitaria e introvertida.

—Pobre Mimí —se dijo con un nudo en la garganta, mientras seguía escuchando hablar a mis padres de mi vida tan misteriosa. Así que mejor optó por retirarse de ahí, pues sentía que ya había escuchado lo suficiente.

—Con permiso —se despidió educadamente de todos, y salió a buscar a una enfermera para ver si le permitía, aunque fuera por un momento, hablar a

solas conmigo.

Se acercó a la primera enfermera que vio y le preguntó si podía hacerlo, cosa que le fue negada por el momento, pues la señorita necesitaba primero el consentimiento del doctor Monroe para poder hacerlo. Entonces, un poco frustrado, Fer fue a sentarse cerca de la sala donde se encontraban hablando el doctor con mi familia y esperó y esperó por un rato más, hasta que vio salir al doctor de la sala despidiéndose al fin de cada uno de ellos.

—Hasta pronto, doctor —le dijo mi madre bastante preocupada—. Por favor, manténganos informados del estado de Miranda y háblenos lo más pronto posible por teléfono para poder venir a visitarla.

—Sí, señora. No se preocupe, que así lo haré.

—Gracias, de nuevo —se despidieron mis padres, y fue cuando Ferdinand aprovechó y se acercó de inmediato al doctor para pedirle autorización para poder verme, aunque fuera por un momento.

—Lo siento, joven. Me temo que eso será imposible, pues primero tenemos que esperar a que Miranda se tranquilice un poco, y en los primeros indicios que muestre alguna mejoría, créame que se lo haré saber tanto a usted como a los padres de ella.

—¡Por favor! ¡Se lo suplico! Permítame verla aunque sea por un par de minutos, es más, usted entre conmigo si así lo desea y, luego, le prometo que saldré rápidamente, se lo juro. Pues, nada más quiero verla y saludarla para que no se sienta tan sola, ya que en este momento necesita todo mi apoyo, pues hace ya mucho tiempo que no la veo. Además, estoy completamente seguro que ahora lo ha de estar pasando muy mal y también ha de estar muy asustada, ahí encerrada, ella sola. Además es lo mínimo que la pobre se merece, ya que ella confió en usted, y mire a donde vino a encerrarla. Y como si fuera poco, también le puso una camisa de fuerza. Y créame, en esas condiciones no creo que pueda hacerme mucho daño que digamos —concluyó casi rogándole Fer, para que el doctor desistiera y le hiciera caso de una vez por todas.

Al doctor Monroe no le gustaron mucho las palabras de mi amigo Ferdinand, pero aun así accedió, supongo, por tratarse de mí. Ya que aunque los psiquiatras, con el tiempo, se hacen un poco como si estuvieran hechos de piedra para que no les afecten las palabras y comentarios de sus pacientes; estoy segura que en especial a mí, me tomó todo ese tiempo un poco de cariño.

—Está bien —le dijo—. Pero se lo permitiré nada más por un par de minutos. ¿Me escuchó? —dijo el doctor, ya que sabía por mi propia boca lo muchísimo que yo quería a Ferdinand.

—Primero déjeme entrar a mí para ver cómo se encuentra la paciente y luego, usted podrá entrar a verla. ¿Está bien?

—Sí doctor, lo que usted diga —le respondió Ferdinand emocionado, y luego esperó a que saliera el doctor de una salita donde me habían llevado, fuera del cuarto acolchonado, pues ya me encontraba muchísimo más tranquila y más cooperadora.

—Ya en la salita, al verme el doctor de cerca, y que yo me encontraba un poco más tranquila después de unas cuantas horas de encierro, hizo pasar a Ferdinand; pues, pensó que quizás eso me haría un poco de bien. Solo permaneció muy cerca con una inyección en la mano. Supongo que era un tranquilizante por si en mi estado, tan cambiante, volvía a alterarme.

Al entrar Fer y verme en esa situación tan penosa, y un poco indefensa; un gran nudo se le hizo en la garganta y no pudo evitar ni por un segundo que las lágrimas le corrieran por sus mejillas.

—¿Mimí? —preguntó, para que yo supiera que allí se encontraba—. ¿Mimí? —insistió, para ver si yo lograba reconocerlo—. ¡Soy yo! ¡Fer! ¡Tu amigo! El *molestón* —me dijo, y luego esperó por unos segundos para ver si yo le contestaba algo o reaccionaba de alguna manera, pero nada.

Mi rostro parecía un poco perdido, como si estuviera fuera de este planeta, y aunque apenas podía ver por los orificios de mi cabello, que tenía suelto y revuelto enfrente de mi cara, lo único que Ferdinand podía ver en mí eran unas enormes ojeras que me llegaban hasta las mejillas y una mueca de profunda tristeza, como si estuviera un poco muerta en vida.

—¿Mimí? ¡Háblame, por favor! ¡Soy yo! ¡Fer! ¡Tu Ferdinand!

—¿Fer? ¿Ferdinand? —reaccioné de pronto un poco, al escuchar su nombre después de tanto tiempo sin hacerlo, y pensé: «¿Acaso será esto posible? Fer, mi único y querido amigo estaba ahí conmigo en este preciso momento.»

—¡Sí! ¡Sí! —me dije una y mil veces más al desviar mi mirada perdida, y lo vi ahí sentado, a un lado mío, muy cerca de mí. Traté de abrazarlo, pero no pude, pues solo choqué contra él y caí a un lado suyo. Inmediatamente me levantó y el doctor se acercó de igual manera a ayudarme, pero Ferdinand le hizo saber que todo estaba bien. El doctor, al verme un poco mejor ahora, se retiró al otro lado de la ventana para poder darnos un poco más de espacio.

—¿Pero qué es lo que te pasó todo este tiempo, Mimí? ¿Por qué no tuviste la confianza de contarme nada? ¡Créeme que yo hubiera hecho hasta lo imposible por ayudarte! ¿Por qué? —volvió a repetir Ferdinand—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¡Quizás, si lo hubieras hecho, ni siquiera estarías aquí

encerrada! ¡Pues créeme que yo te hubiera ayudado para evitarte todo este sufrimiento! ¡Es más! —prosiguió mi amigo—, llegué a pensar que ya no me querías ver, pues me rechazabas una y otra vez, y supuse que ya no querías que fuéramos amigos.

—No, no es así, Fer. Si no te hablé fue porque tenía mucho miedo.

—¿Pero miedo de qué, Mimí? ¿De todo lo que te estaba pasando?

—No —le contesté a Fer un poco triste.

—¿Entonces? ¿Miedo de que, Mimí?

—Tenía miedo de perderte. Tenía miedo de que fueras a pensar que estaba loca y no quisieras acercarte a mí nunca más, ni hablarme. No sabía que ibas a pensar de mí y como ibas a reaccionar si te lo contaba, pues me hubiera dolido hasta el alma si te hubiera perdido al rechazarme. Y mírame ahora —continué hablando.

Fer, al terminar de escucharme decir estas palabras, se limitó a darme un abrazo muy fuerte y, luego, simplemente me soltó; pues, el doctor Monroe entró y le hizo saber a Ferdinand que ya era la hora de retirarse.

—¡Un minuto más! ¡Por favor! Trató Fer de convencerlo, pero el doctor se puso firme en su decisión y a mi amigo no le quedó más remedio que obedecerlo.

—Hasta luego, Mimí. Ya tengo que irme —me dijo Fer con un poco de nostalgia—. Pero te prometo que pronto volveré y te ayudaré a salir de este infierno, así sea lo último que haga en esta vida —me dijo Fer, susurrándomelo al oído para que el doctor Monroe no escuchara ni una palabra de lo que me había dicho. Después, simplemente me dio un pequeño beso en la cabeza y se paró, pasando a un lado del doctor Monroe, mirándolo con desprecio.

—¡Espero que su diagnóstico sea el correcto, doctor! —le dijo Fer— ¡Porque si no es así...! ¡Se lo juro que me las pagará y haré hasta lo imposible por sacar a Miranda de aquí! ¡Así sea lo último que haga en este mundo! ¿Me escuchó, doctor Monroe...?

—¿Me esta acaso usted amenazando, Ferdinand? —le preguntó un poco irritado el doctor Monroe a mi amigo.

—No, no señor —solo le estoy advirtiéndole de lo que soy capaz de hacer para sacar a Miranda de aquí, así que váyase preparando para lo que viene, doctor Monroe.

—Mire —le contestó, como era su costumbre muy educadamente, el doctor Monroe a Ferdinand. Sé que por el momento está alterado por la situación y

también por ver a su amiga en ese estado, pero ya verá que muy pronto me dará la razón, y así traiga al mejor psiquiatra del mundo para valorarla, todos le dirán exactamente lo mismo y comprenderá que estaba muy equivocado con respecto a su amiga.

—Ya lo veremos, doctor Monroe, ya lo veremos —concluyó Ferdinand.

—¿Sabe?, creo que ya escuché suficiente. Así que hágame el favor de retirarse de aquí inmediatamente —le contestó el doctor Monroe ya un poco molesto. Salió de ahí, y el doctor lo siguió con la mirada hasta la salida, hasta que lo perdió por completo de vista. Después de eso, el doctor aprovechó ese estado de quietud en que me encontraba y entró para ver si ya podía pensar con claridad o seguía teniendo alucinaciones.

Al verlo entrar tan tranquilamente, como si nada de esto pasara... Yo todavía me encontraba totalmente desilusionada en mi interior por lo me había hecho el doctor Monroe al encerrarme aquí, pues pensé que él era el único en este planeta que podría realmente ayudarme, pero resultó ser exactamente todo lo contrario. Y aunque trató de sacarme un poco de conversación para ver cómo me sentía, yo lo ignoré por completo y no contesté ninguna de sus preguntas. Desvié mi mirada hacia otro lado, a un punto fijo, para que comprendiera que no tenía las mínimas ganas de hablarle y me dejara en paz de una vez por todas.

El doctor, al verme con esa actitud de rechazo, comprendió muy bien que no deseaba hablarle por más que se esforzara, así que salió un poco desconcertado por mi actitud de rechazo. Luego, simplemente cerró la puerta para que yo pudiera descansar un rato y me repusiera de todas mis desveladas.

—¡Debo salir de aquí lo más pronto posible! —me dije, así que ideé un plan para poder llevar a cabo mi huida lo más pronto posible. Dos días después de permanecer encerrada en un cuarto sin ventanas y, al ver el personal del lugar que yo me encontraba muchísimo más calmada, me sacaron junto con los demás enfermos a un jardín muy hermoso y muy grande, pero ahora lo hicieron sin la camisa de fuerza, ya que ese día era una persona totalmente diferente a la que era apenas hace un par de días. Y ahí nos encontrábamos distribuidos todo tipo de pacientes; algunos, por supuesto, más alterados que los demás; otros, demasiado pasivos para mi gusto, pues se encontraban como idos, volteando solo a mirar un punto fijo; y los restantes, por lo contrario, solo decían una sarta de tonterías. Fue entonces que me dije a mí misma que tenía que salir inmediatamente de ahí, si es que en verdad no me quería volver loca como toda esa gente, y luego pensé que quizás si lo estaba y

no quería aceptarlo de ninguna manera.

—Por lo pronto me voy a comportar lo mejor que pueda para que los enfermeros no me vuelvan a encerrar en ese cuarto acolchonado y pueda escaparme, de ser posible, hoy mismo, o quizás mañana —me dije.

Mientras tanto fui a pararme en un rinconcito donde pudiera pasar desapercibida por toda esa gente y me puse a observar el comportamiento de cada uno de ellos.

—¡Por todos los cielos! —Pensé una vez más—. ¿En verdad me veré yo así, igual de mal que ellos?

Y antes de que se me ocurriera decir alguna otra cosa, uno de ellos se me acercó y me entregó un pequeño trébol, que supongo había cortado por ahí en algún lugar del jardín. Al verlo en mis manos, una gran emoción corrió dentro de mí, y le pregunté de inmediato de dónde lo había arrancado, pues los tréboles, inexplicablemente siempre han crecido muy cerca de mí, y siempre salían en cualquier jardín donde yo vivía o pasaba demasiado tiempo.

—¿Dónde lo cortaste? —le volví a preguntar, pero solo se me quedó mirando.

—¿Que dónde lo cortaste? —le seguí preguntando una y otra vez con insistencia, pero el pobre hombre no me supo responder. Y luego, al sentirse un poco hostigado por mí, simplemente se llevó las manos a los oídos y se los cubrió para no seguir escuchándome.

—¡No te vayas! —le grité una vez más, pero el pobre hombre huyó de mí consternado, así que no quise seguir insistiendo para no buscarme ningún problema.

—¡Por aquí! ¡Por aquí deben estar! —pensé, así que me puse a buscar por todas partes en el suelo y cuando menos lo esperé, ¡ahí estaban!, creciendo hermosos por todos lados. Al verlos florecer ahí, muy cerca de mí, sentí como si de alguna manera me encontrara en el jardín de mi casa y me entró una gran nostalgia recordando aquellos días tan pacíficos que alguna vez tuve cuando salía a leer un interesante libro todas las tardes en mi pequeño y hermoso jardincito.

—¡Qué días aquellos! —pensé—. Ojalá pudiera regresar en el tiempo y pensar únicamente un botón mágico para quedarme para siempre en uno de esos tantos días en que para mí era todo completa armonía. Después de ese pequeño, pero muy agradable momento, los enfermeros que se encontraban siempre ahí cerca, vigilando cada uno de nuestros movimientos y comportamiento, nos llevaron a un enorme salón en donde se encontraban

innumerables mesas. La mayoría con algo de material didáctico para niños, para que así pudiéramos trabajar en algo y entretenernos un poco para no aburrirnos. Y claro, como era de esperarse, yo me senté en una mesa donde había algunas cartulinas con lápices y empecé a pintar y pintar, sin poder parar, hasta que al fin tuve terminada mi pequeña pintura.

—¡Ay, como extraño pintar! —lo pensé por un segundo, y justo en ese momento se acercó una enfermera a mí y se paró a mi lado para ver qué es lo que había pintado. Al hacerlo, pude ver como se había quedado con la boca abierta por un instante por todo lo maravilloso que había podido pintar en ese trozo de cartoncillo con unos simples lápices. Así que, en un tono suave y muy amable me pidió si podría tomar prestada por un momento mi cartulina para enseñársela a una persona. Yo simplemente le dije que sí, que por mí no había ningún problema. Ella empezó a dudar un poco de si en verdad yo estaba loca o no, pues vio en mi comportamiento a una persona totalmente normal, y hablé con ella mirándola siempre fijamente a los ojos.

—Enseguida regreso, linda, y te traigo tu dibujito.

—Está bien —le contesté.

—No tardo nada, te lo prometo —volvió a decirme, por lo que yo le contesté de nuevo que estaba bien, así que solo me retiré de ahí y me di la media vuelta para buscar otra cosa más en que poder entretenerme.

Como no había nada más ahí que pudiera captar mi atención por completo, solo se me ocurrió pararme por ahí cerca en un rincón y me puse a observar las ventanas y las puertas de seguridad que se encontraban ahí, por todos lados. Me puse entonces a planear cómo me iba a escapar de ahí en la primera oportunidad que tuviera.

Después de un rato más ahí, trabajando en ese pequeño taller de manualidades, enseguida nos pasaron a todos al comedor para que pudiéramos tomar, como todos los días, nuestros alimentos. Después, nos acompañaron a todos a nuestras respectivas habitaciones para que pudiéramos descansar un poco. Y ahí, ya dentro de la mía, me dieron una tableta de medicina para que me la tomara por segunda vez en el día, lo cual, de nuevo no hice. Solo simulé hacerlo, dejándola ahí escondida por un rato debajo de mi lengua, pues recordé que ese tipo de pastillas solo lograban atontarme un poco, y yo no quería estarlo, pues tenía que estar en mis cinco sentidos al momento de poder escapar. Así que en un descuido de la enfermera la saqué de mi boca y la enterré en una maceta. Después de un rato, la hora de la siesta llegó, y afortunadamente ese día se extendió un poco y pude descansar tranquilamente

y recuperarme un poco de todos los días tan pesados que había tenido fuera del hospital psiquiátrico. Después de ese buen descanso nos llevaron de nuevo al comedor, pero en esta ocasión nos sirvieron a todos la cena, la cual supuse que iba a estar horrenda, pero estuvo mucho mejor de lo que me había imaginado.

Todavía recuerdo que mientras nos estaban acomodando en pequeños grupos en cada una de las mesas, pude notar que de lejos, en un lugar muy escondido allí arriba, pero muy estratégico, se encontraba el doctor Monroe tratando de pasar desapercibido. Ahí, un poco escondido de todos; sin embargo, yo sí lo pude notar. Así que traté de comportarme lo mejor posible enfrente de todos los enfermeros y demás pacientes para ver si así me ganaba de nuevo y poco a poco la confianza del doctor Monroe para que me pudiera dar de alta y me sacara de ese lugar en caso de que yo no pudiera escaparme. Por el momento, todo se encontraba marchando perfectamente bien, y de hecho, la mayoría ya habíamos terminado de tomar nuestros alimentos para retirarnos de nuevo a nuestras habitaciones. Sin embargo, y antes de que pudiéramos hacerlo, la misma persona que me dio el trébol en el jardín, que se encontraba sentado por coincidencia a mi lado, en nuestra mesa, de pronto cambió su rostro de muy contento a muy serio, y hasta dio un pequeño saltito como si algo o alguien se hubiera metido a su cuerpo.

—¡Miranda! —mencionó mi nombre con un tono de voz más grueso. Eso captó mi atención y también me espantó un poco, pero sobre todo porque yo jamás había visto a ese hombre antes en la vida, y él, estoy segurísima que mucho menos a mí. Pensé que era muy difícil que supiera mi nombre, entonces decidí guardar silencio, pues parecía que tenía algo muy importante que decirme. Pero, en ese momento, y cuando menos lo esperaba, tomó fuertemente una de mis manos sin soltarme y me dijo lo siguiente:

—No hay tiempo. Debemos apurarnos —terminó diciendo. Y luego me miró a los ojos muy fijamente, como nunca antes lo había hecho conmigo nadie, lo cual solo hizo que entrara una vez más en estado de shock y de pánico; sobre todo porque el tipo no quería soltarme, y por más que trataba y trataba, no podía zafar mi mano de la suya, la cual me estaba apretando muy, pero muy fuerte.

—¡Suéltame, engendro! —grité una y otra vez para que me soltara, pero era como si fuera imposible poder hacerlo.

—¡Suéltame! ¡Ya basta, estúpido! ¡Suéltame, te estoy diciendo! —le dije. Y seguí gritando, armando ahí en medio de todos un gran escándalo. Con ello, lo

único que conseguí fue alterar a todos los pacientes que nos encontrábamos ahí cenando, cosa que no quería que pasara desde un principio. Solo logré perjudicarme una vez más a mí misma, pues el doctor Monroe no dejaba de mirar todo lo que estaba sucediendo a detalle desde ahí arriba. Así que le pedí por medio de una especie de radio a uno de los enfermeros que me inyectaran un calmante para poder tranquilizarme, y eso fue exactamente lo que hicieron esos animales, que rápidamente me llevaron a un pequeño cuarto en donde, además, me encerraron. Y ahí permanecí a solas por un muy largo tiempo, totalmente sedada e ida literalmente de este planeta.

Después de haber transcurrido unas cuantas horas del incidente, y ya mucho más calmada, casi en mis cinco sentidos, reflexioné un poco por qué el doctor Monroe me tenía ahí dentro en ese hospital encerrada, como si fuera un bicho extraño. Y después de meditarlo un poco pensé que a lo mejor, y con lo que acababa de pasar hace apenas un rato, quizás yo sí estaba después de todo un poco loca; pues a cada rato veía fantasmas y, además, escuchaba voces que otros no. Entonces, ahora sí, me puse demasiado triste y, además, pensé que ahora sí iba a ser más difícil que el doctor Monroe me dejara salir, y menos con mi conducta tan extraña últimamente.

Así que solo estuve en mi habitación perdiendo el tiempo, sin hacer absolutamente nada. Me puse a mirar el techo por no sé cuánto tiempo, pero sí el suficiente, pues los días siguieron pasando, ya que se hizo de noche repetidas veces. Aun así, estaba decidida a escaparme apenas tuviera una pequeña oportunidad para hacerlo. Cuando se dieron cuenta de que había logrado mantenerme calmada por un buen rato, una de las enfermeras se ofreció a llevarme a las regaderas para bañarme y poder así asearme, aunque fuera un poco.

Después de un rato de permanecer ahí en la regadera y, además, también un poco incómoda, pues la enfermera me estaba viendo completamente desnuda, me sentí con un poco más de fuerzas y totalmente decidida para escaparme en ese momento del hospital. Pues, al estar ahí, mientras me caía el agua a chorros por toda mi cara y cuerpo, se me ocurrió el plan perfecto para poder hacerlo. No sabía si volvería a tener una oportunidad más, ya que temía que la próxima vez que pasara un evento de esos, mucho más desagradable. Y no quería que me fueran a encerrar en un lugar más lejos de todos, donde encierran a los pacientes más enfermos y completamente dementes. Así que se me ocurrió la fantástica idea de ponerme a bailar y a cantar ahí mismo, en la regadera, e inmediatamente empecé a cantar una de las famosas canciones de

John Bon Jovi:

Na na na na na na na na na na na
Na na na na na na na na na na na
Na na na na na na na na na na na
Rainy night and we worked all day
We both got Jobs cause there's bills to pay
We got some things they can't take away
Our love, our lives...

Y mientras seguía cantando, la enfermera estaba más divertida que nunca conmigo, incluso me hizo algunos acompañamientos. Yo me puse a bailar, así, tal cual, en paños menores, para poder simular resbalarme y golpearme en la cabeza muy fuertemente y fingir además que me había lastimado un brazo.

Así que en uno de esos pasos rápidos y movidos aproveché y me tiré de un brinco al suelo, fingiendo que me había resbalado por el jabón que había tirado intencionalmente en el piso. Caí del lado derecho, golpeándome muy fuertemente en el suelo y, luego, rápidamente giré la cabeza en el pequeño escaloncillo, e intencionalmente me pegue con todas mis fuerzas en la frente para que pudiera salirme un enorme chipote y lograr con eso asustar un poco a la enfermera. Así, esta me llevaría de inmediato a curarme a la enfermería. Y vaya que sí lo logré, pues también fingí que me dolía muchísimo el brazo y le dije que estaba segura de que se me había roto el codo, cosa que no era cierta, pero creo que con mi gran actuación la convencí de todo, pues aparte, me chorreaba un poco de sangre de la frente. Así que me llevó inmediatamente ella sola a la enfermería, y ahí empezó a curarme.

Al estar ahí, ya con la bata puesta, vi que afortunadamente nadie se encontraba en el lugar, únicamente el guardia de seguridad que cargaba con todas las llaves del hospital. Fue él mismo el que se apuró a abrirnos y esperó fuera de la puerta para que la enfermera pudiera revisarme y curarme el brazo. Yo, por el momento fingí sentirme peor de lo que realmente estaba, así que aproveché el momento en que la enfermera se dio media vuelta para tomar las cosas que necesitaba para hacerme la cura y le inyecté uno de los calmantes que ya tenía listos para mí en una bandeja. Al sentir el piquete, y antes de que este le hiciera algún efecto, al caer al suelo trato de avisar al guardia de lo que yo acababa de hacerle. Yo reaccioné y tomé la misma bandeja que estaba ahí, a mi lado, y se la estrellé fuertemente en la cabeza para que no pudiera llamar al guardia ni a ninguna persona del hospital y fueran a descubrirme. Enseguida y rápidamente, como pude le quité el uniforme a la mujer y me cubrí con mi

propio pelo el enorme chipote que tenía en la frente, además de ponerme el simpático gorrito que todas ellas se ponen. Coloqué a la enfermera como pude, ahí, recostada en la camilla, para que fingiera por un momento ser yo. Y me acerqué entonces a la ventanilla de la puerta, agachando un poco la cabeza para que no me reconociera el guardia. Le hice señas de que entrara, ya vestida con la ropa de la enfermera, como si lo necesitara urgentemente.

—¡Ayúdeme, por favor! ¡Venga! —le grité con insistencia, como si algo muy malo estuviera pasando dentro de la enfermería y necesitara de su ayuda rápidamente.

Al ver entrar al guardia con tanta urgencia en la enfermería y sin pensarlo dos veces, tomé un pequeño, pero bastante pesado adorno que se encontraba colocado en una de las esquinas, sobre una mesa, y se lo estrellé con todas mis fuerzas al guardia en la cabeza. Instantáneamente cayó al suelo, y ahí quedó inconsciente sin poder siquiera moverse, lo cual, al mismo tiempo que me preocupó, me alegró un poco. Entonces, pude salir. Primero tomando las llaves que le colgaban de uno de los extremos del pantalón y, luego, cerré inmediatamente por fuera la puerta de la enfermería para que a ninguno de los dos se le ocurriera salir en caso de que fueran a despertar antes del tiempo dispuesto.

—¡Ay, Dios mío! —pensé por un momento. ¡Ahora, lo que sigue! Así que me dirigí al enorme comedor, por donde tenía que pasar, pues no había ninguna otra salida por donde poder escaparme. Así que, al estar ahí simplemente lo hice; y logré pasar desapercibida, sin temor alguno, hasta el otro lado del salón. Pero, ahora venía lo peor, tenía que pasar por una reja donde cada empleado pasaba con su gafete electrónico, y recordé que se me había olvidado quitarle el suyo a la enfermera y no sabía si el tener el juego de llaves me ayudaría en algo para poder pasar al otro lado.

—Bueno, Miranda —me dije muy convencida—, intentémoslo.

Así que me dirigí caminando hasta el último de los pasillos, donde se encontraban algunas de las enfermeras hablando, y de manera muy natural, simplemente les di los buenos días a todas. Afortunadamente me ignoraron todas, excepto una que se encontraba al final del pasillo, lejos de las demás enfermeras, que al verme pasar un poco nerviosa y demasiado apurada para su gusto, se extrañó de no haberme visto antes; pues ella ya llevaba en ese lugar algo de tiempo trabajando y estaba segura de que ya las conocía a todas.

Fue entonces, que al pasar tranquilamente a su lado, repentinamente y sin esperármelo, me tomó un poco fuerte del brazo. Yo, de inmediato me zafé y le

pregunté que si estaba todo bien, pues no me parecía correcta la forma en que me estaba tomando del brazo.

¿Tú no eres de aquí, verdad? —me preguntó un poco extrañada, pues ella estaba totalmente segura de conocer a todas las enfermeras de los dos turnos y le pareció un poco raro el no haberme visto ahí trabajando antes.

—Tienes toda la razón —le contesté muy segura de mí misma. Hoy acabo de entrar a este hospital, mucho gusto en conocerte —le dije tratando de no hablar más para que no me notara más nerviosa de lo que ya me encontraba ahora, así que me disculpé por no quedarme a hablar un poco más de tiempo con ella. Le dije que tenía que ir en ese preciso momento a resolver un pendiente del hospital y que otro día hablaríamos con más tiempo si quería, cosa que no me creyó en absoluto y, de nuevo volvió a tomarme del brazo para que la acompañara al consultorio del doctor Monroe. Sin pensarlo dos veces, y sin saber qué hacer en ese momento, lo único que se me ocurrió fue soltarme de nuevo del brazo. Le pegué un golpe con el puño cerrado con todas mis fuerzas en la cara, lo cual le hizo caer de espaldas. Entonces, aproveché que se encontraba en el suelo un poco inconsciente y la metí dentro de un cuartito en el que al parecer se metían algunos artículos de limpieza de las personas que hacían ahí el aseo. Luego la encerré por fuera con llave, pues, afortunadamente las llaves venían marcadas. Aproveché y le quité el gafete para poder salir de una vez por todas de ese maldito lugar que ya me estaba trayendo demasiada mala suerte. Una vez más, y sin poder salir de ahí por más que trataba, otro de los guardias, que iba acompañado ni más ni menos que del doctor Monroe, me vio a lo lejos tratando de huir de ahí. Este, le dio instrucciones al guardia para que viniera inmediatamente a detenerme, pues el doctor se dirigió al timbre de emergencia y lo hizo sonar para que más guardias llegaran y cerraran la puerta de salida para que no pudiera escaparme. Afortunadamente, y sin ellos saberlo, salí corriendo a la puerta de salida, que se encontraba a solo unos cuantos pasos de mí. Tomé entonces el gafete y lo pasé rápidamente por el lector de identificaciones, que instantáneamente lo detectó y la puerta se pudo abrir. Pero, en ese justo momento, el mismo guardia que había mandado el doctor Monroe me paro el pie al lanzarse de un brinco para detenerme; entonces, me sujetó con ambas manos de mi frágil tobillo, que era muy pequeño y muy delgado. Y por más que traté y traté, y movía mis pies para todos lados para zafármelo, el tipo me tenía lo bastante bien sujeta desde el suelo. Así que pensé por un instante que, ahora sí, ya no iba a poder salir de ahí jamás con éxito. Con un poco de

remordimiento, pues nunca antes lo había hecho, le golpeé la cara con todas mis fuerzas una y otra vez, como pude, con el otro pie al hombre; el cual, yacía recostado en el suelo. De inmediato me soltó para poder cubrirse la cara, por todo el dolor que estoy segura estaba sintiendo en ese momento. La puerta se cerró, afortunadamente, estando yo ya del otro lado, y se bloqueó por un buen rato; pues, se había prensado el botón de seguridad e iban a tener que pasar unos cuantos segundos para poder abrirla de nuevo.

CAPITULO XXI

Dublín, nuestro destino

Como si fuera una competencia o un maratón de las olimpiadas, aproveché esa pequeña oportunidad y salí disparada, literalmente como una flecha, hasta la salida del hospital. Al encontrarme definitivamente fuera, corrí y corrí lo más rápido que pude y le hice la parada con un chiflido a un taxi que iba pasando justamente a mi lado. Se detuvo rápidamente a un lado. Yo aproveché y me metí en él y le pedí que me llevara a la casa de Ferdinand, y eso fue justamente lo que hizo.

El hombre, trató seguramente de ser amable y de hacer más llevadero el camino al tratar de sacarme un poco de conversación, pero yo, rápidamente le dije que me disculpara; pues había tenido un día muy difícil y quería llegar ya a mi casa. El hombre, al terminar de escuchar mis palabras, tan secas y tan directas, comprendió rápidamente el mensaje que le di y guardó silencio durante todo el camino. Llegamos en un santiamén a la casa de mi amigo Ferdinand; me bajé y toqué insistentemente a la puerta.

Afortunadamente, al escuchar los golpes y el timbre sonar con insistencia, Ferdinand abrió un poco molesto, pues le pareció un poco extraño que alguien llegara y tocara de esa manera a su casa. Y fue entonces, estando ahí parada, sin poder creer todavía que estaba fuera de ese hospital psiquiátrico, que pude ver en los ojos de mi gran amigo una gran alegría, como pocas veces le había visto en la vida. Primero que nada me dio un fuerte abrazo, pues no podía creer que ahí estuviera yo justamente, afuera de su casa, y entonces se acordó del taxista y se acercó a pagarle lo que le debía. Después de eso, volteando a todos lados me metió dentro de su casa.

—¿Pero qué es lo estás haciendo aquí, Mimí? —me preguntó Fer, todavía sin poder creerlo.

—¡No me digas que lograste escaparte, porque no te lo creería ni en un millón de años! —me dijo completamente sorprendido por mi gran hazaña.

—Pues sí, créelo —le dije.

—Pero no me preguntes en este momento como lo hice, pues creo saber, después de meditarlo mientras estaba encerrada en el manicomio, porque me ha estado pasando todo esto; y quiero que tú me ayudes a resolver este gran misterio.

—¿Pero de qué estás hablando, Mimí?

—Explícamelo un poco mejor, porque la verdad, no te estoy entendiendo nada —respondió Fer un tanto confuso.

—¿Sabes, Fer?, creo que todo esto que me ha estado pasando últimamente no son más que señales de algo, o alguien, que quiere que me vaya de este lugar, y en especial de este país. Quizás me encuentro en peligro y ese algo o alguien está tratando de advertirme de alguna manera para que me vaya de aquí lo más pronto posible ¿No lo crees?

—Sí, puede ser, Mimí. Y ahora que lo mencionas, un día fui y me metí dentro de tu casa sin que nadie me viera para poder investigar un poco más, y al hacerlo, me di cuenta que habías escrito algo en un papel que habías dejado ahí olvidado a un lado de tu escritorio; pues, tu letra es inconfundiblemente. Entonces, me di cuenta buscando la dirección en internet que se trataba de un lugar en Irlanda, un pueblito muy cerca de la ciudad principal, que es Dublín. Supuse que por alguna razón lo habías escrito y la guardé para enseñártela en el hospital y pudieras decirme si eso tenía algún significado para ti, pero ahora veo con tristeza que no recuerdas haberlo hecho.

Lo más extraño de todo es que además dejaste abierto un libro de ese mismo país, coincidiendo sorprendentemente con la dirección que escribiste en este papel. Y ahora que lo pienso un poco mejor, no me queda ninguna duda de que tenías planeado, por alguna razón, ir hasta ese bellissimo lugar. Entonces, te guardé esta información importante. Ahora solo depende de ti decir cuando debemos partir, ya que si yo fuera tú, y sin pensarlo mucho, me marcharía rápidamente, en este preciso instante.

—¿Debemos? —me quedé pensando un poco en lo que acababa de sugerirme Ferdinand.

—¡Sí, Mimí! ¡Debemos! —me dijo—. ¿O crees que te voy a dejar ir sola hasta allá, sin nadie que te ayude? —terminó diciéndome mi gran amigo Fer.

—¡Gracias, Fer! ¡Eres lo máximo! —le dije—. ¡Algún día te devolveré el favor. ¡Te lo juro! —terminé diciéndole. Y enseguida me hizo saber que ya era el momento de marcharnos si no queríamos que llegara la policía o el mismísimo doctor Monroe para detenernos.

Tienes toda la razón, vámonos hasta el aeropuerto y ahí, tomemos un vuelo hasta Dublín y resolvamos de una vez por todas todo este ridículo misterio.

—¿Estás seguro de que quieres acompañarme, Fer?

—¡Por supuesto que sí, Mimí!

—A ver, dime... ¿Cuándo alguna vez en la vida te he dejado sola? —me preguntó Fer sabiendo desde un principio mi respuesta.

—¡Nunca! —le contesté con un nudo en la garganta de alegría, y a la vez de tristeza, pues todo esto parecía irreal y no creía que me estuviera pasando a mí. Pareciera más bien como si lo estuviera soñando.

—¡Ahí está! —me dijo de nuevo mi amigo.

—Además, no puedo permitir por nada del mundo que te vuelvan a meter en ese hospital psiquiátrico, aunque sea lo último que haga en la vida.

—Muchas gracias, Fer —le contesté completamente enternecida por sus palabras, y me di cuenta entonces que estaba empezando a sentir algo muy especial y muy grande por Ferdinand, como nunca antes lo había sentido por alguien.

Para no levantar ninguna sospecha de lo que íbamos a hacer a continuación, salimos rápidamente de su casa, por si al doctor Monroe se le ocurría ir a buscarme ahí. Entonces, nos dirigimos sin perder un minuto más de tiempo al aeropuerto, donde compramos un par de boletos para viajar juntos a Irlanda.

—¡Mi pasaporte! —le grité sumamente preocupada a Ferdinand, pues sin él no iba a poder viajar a ninguna parte. Mi rostro pasó de estar lleno de suma alegría a otro demasiado angustiado y triste.

—¡No te preocupes, Mimí! —me dijo animándome un poco Ferdinand.

—Disculpame, pero la última vez que entré a tu casa sin permiso, encontré todos tus papeles y cosas importantes que guardabas en tu archivero, así que me tomé la libertad de tomarlos por si alguna vez los necesitabas. Aquí están todos, en esta bolsita, pues supuse que con todo este rollo del doctor Monroe y tu familia, que siempre te ignoran, algún día los necesitarías. ¡Y mira!, hoy es ese gran día.

—Eres tan listo y tan bueno conmigo Fer, que por eso te quiero tanto —terminé diciéndole completamente aliviada, y luego le di un pequeño beso en la mejilla como muestra de agradecimiento.

Gracias al cielo no recuerdo haberle contado al doctor Monroe mi gran pasión por conocer Irlanda, así que dudo que vaya a buscarme, ya que nunca se lo mencioné antes. Y ojalá nada ni nadie nos impida llegar hasta allá y podamos lograrlo con éxito.

Afortunadamente para ambos, y ya con un poco de suerte de mi lado, no tuvimos que esperar mucho para tomar nuestro vuelo. Así que rápidamente abordamos el avión y en unos cuantos minutos despegamos junto con todos los demás pasajeros para llegar a nuestro próximo y muy deseado destino, Irlanda.

—¡Qué emoción! —le dije a Fer con unas pocas lágrimas en mis ojos, pues él sabía lo mucho que yo deseaba ir para allá algún día, y al fin mi sueño, en pocas horas, iba a poder volverse una realidad.

—Bueno, ahora sí, Mimi... Cuéntame detalladamente todo lo que te ha estado sucediendo últimamente y que no has querido contarme todavía —me dijo Ferdinand en un tono un poco preocupado, pues él sabía que teníamos un largo viaje y también suficiente tiempo por delante para hacerlo. Quería entenderme, supongo, un poco mejor. Y quería, además, saber por qué el doctor Monroe me había metido a ese lugar de locos, pues él nunca había visto en mí ningún rastro de locura.

Por un momento dudé un poco en si debía contarle a Fer o no por todo lo que había estado pasando los últimos meses, los cuales, al último se convirtieron en un completo calvario. Pero, al mismo tiempo pensé que era lo mínimo que debía hacer por él y por toda la ayuda que me estaba brindando en ese momento. Así que empecé a contarle con todo lujo de detalles lo que había sido mi vida desde cuando aún era pequeña hasta hoy en día, y hace unos meses atrás, cuando empezaron a sucederme de pronto todo ese tipo de cosas extrañas. Al terminar de contarle a Fer toda mi historia dentro del avión, y en voz baja para que nadie ahí dentro me escuchara; mi gran amigo del alma, mi hermano y ahora mi media naranja, ni un solo minuto dudó de mí. Me tomó cariñosamente de las manos y me hizo saber que yo no estaba para nada loca, ya que si lo estuviera no recordaría ni explicaría todo con tanto lujo de detalles, como hace unos cuantos minutos acababa de hacer. Además, me juró, ahí en medio de la nada, mientras volábamos en el cielo, que juntos buscaríamos una solución a este problema que me estaba persiguiendo desde hace tiempo y que ambos lo resolveríamos *juntos* de una u otra manera.

En casa de Fer me había quitado ese horrible uniforme de enfermera y me había puesto una blusa y unos jeans que habíamos tomado del closet de su hermana. Afortunadamente no se encontraban ni ella ni sus padres, pues habían

salido juntos de viaje a un poblado por ahí cerca. Al cabo de unos cuantos minutos más, y al ver a las demás personas que ya empezaban a dormir un poco; nosotros también nos acomodamos, y yo recargué mi cabeza cómodamente en el hombro de Fer, el cual, únicamente me sonrió. Y luego, en unos cuantos segundos, sin darme cuenta, rápidamente me quedé profundamente dormida; y ya no dije más nada. Fer giró la cabeza y, luego, simplemente me miró, teniéndome a unos cuantos centímetros de distancia. Se quedó mirando en específico mis labios y, simplemente no pudo contenerse y los besó por un par de segundos... Después, de inmediato se separó para no despertarme, cosa que no consiguió, pues sí me desperté, pero no me di cuenta de que Ferdinand me había besado, pues solo fue por un par de segundos. Con el tiempo me enteré por boca de él mismo que el muy atrevido me había besado, pues después de muchísimo tiempo me lo mencionó. Por el momento yo no sabía que es lo que estaba sucediendo.

—¿Qué pasó? —le pregunté un poco confundida al despertarme.

—Nada de nada —me contestó el mentiroso con un poco de nervios en sus palabras. Entonces me le quedé mirando, levantando un poco una de mis cejas, pues no estaba segura de si me estaba diciendo la verdad. Y sabía, además, que el muy pillín me estaba ocultando algo, pues nadie más lo conocía mejor que yo, y sabía que me estaba mintiendo por algo.

—¿Estás seguro? —volví a preguntarle con un poco de duda.

—¡Sí! —me respondió, ahora sí, muy seguro. Entonces, ya no le tomé más importancia al asunto y volví a recostarme, pero ahora lo hice del otro lado del respaldo. Fer, al ver que se había salido con la suya sonrió un poco, pues casi lo había atrapado en su travesura. Después, también él se durmió por un buen rato, hasta que al fin anunciaron en cabina que estábamos casi llegando a Irlanda. Todos sentimos como el avión aterrizó en la pista de aterrizaje del aeropuerto, y supongo que al mismo tiempo, también respiramos todos juntos cuando el avión por fin se detuvo.

—¡Qué emoción, Fer! No puedo creer que al fin esté aquí. Y además, ¡tú y yo juntos...!

—¿En busca de qué?

—¿No lo sé? —le dije—. Pero, ya verás, juntos lo averiguaremos muy pronto.

—¡Claro que sí, Mimí! —me contestó mi querido amigo—. Y también te prometo, que pase lo que pase, nunca jamás te volveré a dejar sola.

—Tú nunca me has abandonado Fer, recuerda, fui yo la que te fui alejando

poco a poco de mi lado. Y créeme que ahora me arrepiento tanto de haberlo hecho y no haber confiado un poco más en ti; ya que si lo hubiera hecho, seguramente no me hubieran encerrado en ese espantoso hospital psiquiátrico.

—No pienses ya en eso, Mimí. Lo hecho, hecho está. Ahora investiguemos que fue lo que te hizo venir hasta aquí y acabemos de una vez por todas con todo esto.

—Sí, Fer, tienes razón. Acabemos con esto de una vez por todas —le dije a mi amigo, y luego guardé un poco de silencio quedándome un poco pensativa, pues no tenía ni la menor idea de lo que a continuación sucedería en esta aventura juntos.

—¿Fer?

—¿Sí, Mimí?

—¿Dime?

—Solo quisiera pedirte un favor lo suficientemente grande...

—¿Cuál, Mimí? Ya te dije que puedes contar conmigo para todo.

—Ya lo sé, por eso te lo pregunto.

—¿Qué cosa, Mimí?

—¿Y si descubrimos algo que no nos guste y ponga en riesgo mi salud o mi cordura? Pues, no sé, ahora que lo pienso un poco mejor, quizás yo inventé todo esto, y también la dirección que apunté; al igual que todos los extraños eventos que me sucedieron todo este tiempo. A lo mejor sí estoy realmente loca y todo lo imagino.

—A ver, Mimí, no te entiendo.

—¿A dónde quieres llegar con todo esto?

—Bueno, pues tengo miedo de haberme imaginado todo esto. Y tengo miedo además de que si lo descubres, ahora sí, me vayas a querer encerrar tú en un manicomio de nuevo. Y no sé si eso podría soportarlo de nuevo, Fer.

—¿Por supuesto que no!

—¿Pero cómo se te ocurre decir todo eso?

—Yo nunca, jamás te voy a dejar, ya te lo dije. Y si eso pasara, sería capaz de irme a vivir contigo lejos, a una montaña, y te cuidaría si fuera necesario durante toda mi larga o corta vida.

—Gracias, Fer.

—En verdad te lo agradezco.

—Eres lo mejor que la vida me ha dado, en serio. Si todo sale bien, te juro que algún día te lo compensaré todo esto.

—No te preocupes, Mimí. Con tenerte a mi lado, de una u otra manera, con

eso me conformo. Y luego, Fer ya no quiso volver a decir ni opinar nada al respecto, pues estaba seguro que yo sabía perfectamente de que era de lo que estaba hablando.

Después de sus hermosas palabras, y al ver que todos los demás pasajeros ya estaban bajando, Fer y yo tomamos las pocas pertenencias que habíamos traído con nosotros y, luego, muy precavidamente empezamos a bajar las escaleras del avión hasta la salida del aeropuerto.

CAPITULO XXII

Majestuosidad

—¡Taxi! Gritó Ferdinand. Al tenerlo ya a un lado nuestro nos subimos inmediatamente y le pedimos que nos llevara a un hotel no muy caro que estuviera cerca del aeropuerto. Durante el camino todo era como yo lo había visto en los libros. Me quedé completamente maravillada de lo hermoso que era todo, como si estuviera sacado de un cuento de hadas. Fer, al igual que yo, estaba disfrutando al máximo de esos bellísimos paisajes por los que íbamos pasando.

Al llegar al hotel, de igual manera nos quedamos encantados al ver la bella estructura del lugar y luego, bajamos tomando de nuevo nuestras pocas pertenencias y nos dirigimos al vestíbulo para apartar una habitación y poder descansar un poco del pesado viaje. Ahí mismo, y ya dentro del hotel, Fer aprovechó y cambió unos cuantos dólares y luego, nos dirigimos a nuestra habitación, a la cual entramos volteando primero para todos lados. Ya dentro de la habitación le hice saber a Fer que tenía muchísima hambre; y de igual manera él también tenía, así que para no salir y arriesgarnos a que alguien más nos viera, nos comimos todas las golosinas que había ahí, en el pequeño refrigerador y en una pequeña mesa. Después nos dimos cuenta de que todo eso nos iba a salir carísimo, pero Fer me dijo que no importaba, pues él se había traído suficiente dinero que ya antes había ahorrado.

—Yo dormiré en el sofá, Mimi.

—¿Cómo, Fer? —le dije—. Yo dormiré en el piso, total, ya estoy lo bastante acostumbrada después de un tiempo de haberlo hecho cuando me daba miedo dormir en la recámara de mi propia casa.

—Por favor, Mimí.

—No digas nada más. Además, durmamos que mañana nos tenemos que levantar temprano e ir a este lugar de la hoja del libro y a la dirección que escribiste en la hoja. No sé, quizás signifique algo y sea alguna pista que nos pueda llevar a algo más importante.

—Sí, Fer. Tienes razón, aprovechemos y durmamos un poco

—Terminé diciéndole sumamente contenta, pues todavía no podía creer que estuviera ahí conmigo en el hotel, ayudándome como siempre en todo.

Esa noche en particular, y no sé por qué, me moví demasiado, como nunca antes lo había hecho; pues me sentía demasiado inquieta por algo. Pero, afortunadamente Ferdinand no pudo notarlo, ya que tenía el sueño sumamente pesado. Aun así pude dormir un poco, y ya por la mañana, un poco más descansada fui la primera que me desperté, así que aproveché y me bañé rápidamente antes de que Fer se despertara. Al terminar de hacerlo, como todo mundo, me sequé el cuerpo y el pelo y me cambié, luego volteé a ver el espejo, pues ahora era el momento de maquillarme también un poco.

—Tranquila, Miranda —me dije —tú puedes hacerlo. Y así lo hice. Me paré justamente enfrente del lavamanos sin voltear directamente al espejo y lo hice mirando hacia abajo. Luego, poco a poco fui subiendo la cabeza hasta reflejarme completamente en el espejo, en el cual, y para mi sorpresa; estaba únicamente yo, sana y salva, sin mi rostro desfigurado. Además, parecía que simplemente por viajar hasta Irlanda mi locura y mis nervios estuvieran poco a poco desapareciendo, al igual que mi interminable ansiedad. No podía explicarme ni a mí misma cómo me estaba sintiendo de pronto tan bien, como hacía mucho tiempo no lo hacía.

—¡Caramba! —me dije.

—¡Qué bien me siento! —volví a repetírmelo de nuevo. Y en un segundo, como si fuera hecho adrede, sentí el brazo de alguien que me tocaba por detrás, en el hombro. Di un enorme brinco hacia adelante y luego, giré rápidamente para ver de quien se trataba. No era nadie más que mi amigo Ferdinand, que me preguntó muy amablemente si me encontraba bien. Yo le contesté que perfectamente bien, como pocas veces en la vida, pero sin embargo, le pedí de favor que nunca jamás, si quería decirme alguna cosa, volviera a tocarme por detrás del hombro.

—¡Está bien, Mimí! —me dijo.

—¡Te lo prometo! —De igual manera, él también aprovechó y se dio un buen baño.

—¡Estoy listo! —salió diciendo a los pocos minutos de haber entrado, y entonces nos dimos a la tarea de investigar primero como íbamos a llegar a ese pueblito que aparecía justamente en esa hoja. A Fer se le ocurrió que para movernos más rápido deberíamos alquilar un auto, y eso fue justamente lo que hicimos. Fue entonces que durante el camino para llegar a ese lugar marcado en la hoja, no pude dejar de admirar todos los bellos paisajes de los lugares por donde estábamos pasando, y le dejé toda la tarea de buscar en el mapa a Ferdinand; pues yo, aunque quisiera, estaba como embobada por todo lo que veía a mi alrededor. Y juré desde ese momento, y se lo hice saber además a Fer, que algún día regresaría para vivir definitivamente aquí, pues estaba, sin lugar a dudas, enamoradísima del majestuoso y bellissimo lugar que era Irlanda.

Al escucharme, noté un poco de tristeza en el rostro de Ferdinand, pues él sabía que, en el fondo, si algún día realmente llegaba a hacerlo; ya no nos volveríamos a ver con la misma frecuencia de antes, y que quizás con el tiempo también lo olvidaría.

—Bueno, Mimi —me dijo muy sincero.

—Si eso llega a pasar, juro que vendré muy seguido hasta acá para visitarte, y así no tendrás la oportunidad de olvidarme nunca.

—Eso nunca va a pasar Fer, tenlo por seguro. Le dije muy segura, y luego le di un fuerte abrazo para que supiera de una vez por todas lo muchísimo que lo quería.

Al ver a un lado el papelito con la dirección que había escrito y que no me acordaba en qué momento había hecho, me di cuenta que, efectivamente, esa era sin lugar a dudas mi horrible e inconfundible letra; pues, escribía casi igual que los doctores en todas sus recetas médicas. Luego, simplemente lo volví a dejar a un lado, donde lo había colocado en un principio Ferdinand. Traté de no ponerle más atención a eso para no volver a empezar a alucinar con cosas y evitar que de ninguna manera me regresara esa espantosa ansiedad que me ponía completamente loca.

Después de unas cuantas horas de camino ininterrumpido, Fer se paró en una gasolinera para llenar el tanque de gas hasta el tope. Yo aproveché y me bajé a un pequeño supermercado a comprar algunas cosas de comida. La mayoría eran solo golosinas, pero aun así nos sirvieron durante el viaje para saciar un poco nuestra terrible hambre.

Después de dar unas cuantas vueltas más manejando para encontrar la dichosa dirección, al fin Ferdinand se paró en lo que parecía un pequeño

poblado, pero sin embargo, la mayoría de las casas lucían casi todas iguales. No obstante, una en particular logró captar nuestra atención por completo, ya que por fuera lucía exactamente igual como a la mía en Estados Unidos.

¡Mira, Fer! —le dije a mi amigo mientras señalaba la casa que tenía el mismo número que decía en la dirección. Ferdinand, al igual que yo se quedó atónito, pues no podíamos creer lo idéntica que era por fuera a la mía, como si yo misma hubiera estado ahí para decorarla. De pronto, tuve la sensación como si ya hubiera vivido ahí en una de mis vidas pasadas. Quizás hoy en día, en mi vida presente, sí había vuelto a nacer y reencarnado en mi otra yo en la vida anterior y vine hasta acá para reclamar lo que ya me pertenecía antes.

—¡Qué extraño, Mimí! —exclamó sorprendido Fer al igual que yo, y luego me pidió que nos acercáramos para ir a tocar a la puerta y preguntar por la persona o personas que vivían allí, para salir de esto de una vez por todas.

CAPITULO XXIII

Tele-transportación

Mientras caminábamos hacia allá, completamente emocionados y con el corazón a punto de estallarnos dentro del pecho, una amable dama de edad ya un poco avanzada empezó a gritarme de lejos; llamándome, muy segura por cierto, con un nombre que yo no conocía y que no era además el mío.

—¡Señorita Conrad! ¡Señorita Conrad! —gritó una y otra vez más. Ferdinand, al igual que yo, volteamos a vernos uno al otro un poco asombrados al escucharla; pues no esperábamos que alguien que se encontraba al otro lado del mundo pudiera reconocerme y además se acercara muy decidida para saludarme.

—¡Señorita Conrad! —volvió a decirme una vez más cuando la tuve enfrente y, luego, simplemente siguió hablando, tomando además un poco de aire.

—¡Qué bueno que ya ha regresado!

—¿Que ya he regresado? ¿Pues cuándo me fui? — Me quedé pensando al mismo tiempo que la mujer volvió a interrumpirme en mis propios pensamientos. Qué bueno que ya salió del hospital, pues me tenía sumamente preocupada, ya que por ahí me enteré que estuvo internada todo este tiempo, pero no supe por qué. ¿Pues, qué le pasó?

—¿Qué me pasó? —seguí preguntándomelo para mis adentros.

—Nada importante —le contesté a la amable dama sin saber que más decirle, pues yo, al igual que ella me sentía muy confundida. Luego, simplemente seguí guardando silencio para ver si ella tenía alguna cosa más que comunicarme.

—Afortunadamente, veo que ahora se encuentra muchísimo mejor. Y la verdad, me da mucho gusto también volver a verla.

—Tome —me dijo. Aquí tiene la copia de las llaves que me dio a guardar hace ya muchísimo tiempo y que me dijo no le diera absolutamente a nadie más que a usted misma a su regreso.

—¿Ah, sí? —le dije todavía en shock.

—¿Pues era acaso posible que pudiera tele-transportarme de un lugar a otro y no poder darme cuenta al hacerlo?

—¿Sería acaso eso posible?

—No lo creo —me dije. Sería ¡totalmente imposible!

—Tenga señorita Conrad, sus llaves —insistió la amable dama.

—¡Muchas gracias! —le contesté a la señora tomando las llaves de la que se suponía era mi casa, y también le agradecí habérmelas guardado todo este tiempo que supuestamente no estuve.

—No hay de que, linda —me dijo—. Únicamente vino un hombre preguntando por usted hace ya algo de tiempo, y algunos policías, pues, al parecer no la encontraban por ningún lado; y nos estuvieron haciendo tanto a mí como a los vecinos un sinfín de preguntas para dar con su paradero. Después, volví a enterarme de que usted se encontraba internada, pues vinieron y entraron los policías a su casa y la revisaron, y luego volvieron a salir de ahí. Y desde ese día ya no supe nada más de usted, hasta hoy, que la veo completamente recuperada gracias a Dios y a la Virgen.

—Ay, no sabe el gusto que me da volver a verla y que al fin haya regresado —me dijo, y luego me dio un fuerte y caluroso abrazo.

—Muchas gracias —le dije a la amable dama sin saber ni siquiera como llamarla. Me miró un poco extrañada de que yo no supiera su nombre y de inmediato Ferdinand reaccionó inteligentemente ante esa incómoda situación. Tomó rápidamente la mano de la agradable vecina y se presentó a sí mismo para forzar a la señora a presentarse ella, y así yo pudiera escuchar su nombre.

—O'Connell —dijo— soy la señora O'Connell, joven.

La señora O'Connell también saludó educadamente a Ferdinand, y además le hizo saber, mientras señalaba a su propia casa, que ahí estaba ella siempre a nuestras órdenes.

—Muchas gracias, señora O'Connell —le dijo Fer—. Créame que lo tendremos muy en cuenta. Y luego, simplemente nos despedimos de la agradable señora. Y ahora sí nos dirigimos a la que supuestamente era mi casa, la cual tenía también una bella entrada con un arco lleno de flores, como

la mía en Estados Unidos.

—¡Fer! —Le dije a mi amigo un poco sorprendida y sin gritar mucho para que no me escuchara la señora O'Connell mientras nos alejábamos de ella—, ¿ya viste? ¡Puedo tele-transportarme!

¡O mejor aún! ¡Puedo viajar en el tiempo todas las veces que yo quiera! ¡Ahora me explico porque siempre me ha encantado Irlanda!

—¿Por qué, Mimí? ¿Por qué te encanta Irlanda? —me preguntó Fer sabiendo desde un principio cual iba a ser mi respuesta.

—Pues es obvio Fer, porque ya he estado aquí antes miles y miles de veces.

—¡Sabes que eso es imposible, Mimí! ¡A ver, mete la llave ya y salgamos de esto de una vez por todas! —me dijo Ferdinand un poco impaciente, lo cual no era algo muy común en él.

—¡Ya voy! —le contesté un poco grosera, pues ambos estábamos verdaderamente emocionados por descubrir lo que había del otro lado de la puerta.

Al meter la llave y girar, como era de esperarse, la puerta con un poco de rechinado se abrió, y al hacerlo y poner un pie ambos dentro de la casa, Ferdinand y yo nos quedamos en shock, pues por dentro era también casi exactamente igual a la mía en Los Estados Unidos.

—¡Esto no puede ser posible, Mimí! —me dijo Ferdinand sin poder creer lo que estábamos viendo, ya que él sabía que yo nunca había venido hasta acá, o al menos eso era lo que yo siempre le había hecho creer. Yo ahora ya no estaba segura de mí misma, de si lo habría hecho o no.

—Pero ¿cómo? También le contesté yo, ya que nuestros ojos no daban crédito a todo lo que estábamos mirando ahí dentro.

—¡Mira Mimí! —grito Ferdinand después de haber hecho un pequeño recorrido en la casa.

—¡Eres tú! —me gritó al otro lado de la sala, señalando las fotografías enmarcadas que se encontraban colocadas encima de una mesa de pared larga, y tomó entonces una en sus manos para que yo me acercara y pudiera verla con mis propios ojos.

—Pero ¡qué demonios...! —me dije demasiado sorprendida—. ¿Qué es lo que está pasando aquí? —le pregunté a Ferdinand, pero él, al igual que yo, se encontraba un poco conmocionado.

La persona del retrato, la cual se suponía que era yo, lucía solo un poco diferente a mí, pero no mucho; excepto que ella tenía el cabello un poco más largo, y además tenía flequillo y frenos en sus dientes. Pero, todo lo demás

indicaba que era yo, pues era realmente idéntica a mí. Y además, al igual que yo tenía en su brazo derecho impreso un tatuaje en forma de trébol, pero el de ella era un poquito diferente al mío, aunque eso no marcaba mucha diferencia; pues ahí estaba, justamente igual que yo, y también en su brazo derecho como el mío.

—¿Mimí?

—¿Sí? —le contesté a Fer mirando todavía a la persona en la fotografía.

—¿Que acaso no puedes o no quieres darte cuenta de esto?

¡Es más que obvio! —me dijo—. ¡Tienes una hermana gemela!

—¿Qué? —le contesté a Fer sin poder creer lo que me estaba diciendo.

—¡Eso mismo! ¡Tienes una hermana gemela! —volvió a repetírmelo, pero ahora un poco más fuerte que antes para que pudiera entenderlo claramente.

—¿Sí! —le respondí a Ferdinand—. ¿Pero cómo? ¿Y por qué mi madre nunca me lo dijo? Además, ¿por qué ha estado tan lejos de ella todo este tiempo?

Seguí haciéndome una pregunta tras otra, eso sí, con mis ojos llenos de lágrimas, pues si así fuera, pensé en como hubiera sido de diferente mi vida. Y tan feliz..., con ella a mi lado todo este tiempo ya perdido.

—¿No lo sé, Mimí? Pero para eso estamos aquí, ¿no? Para averiguarlo.

—¡Una hermana gemela! —volví a repetirlo una y otra vez para convencerme a mí misma de que todo esto era real. Y entonces seguí mirando las fotos una a una, muy detalladamente, para poder conocerla y saber además un poco más de su vida y...

—¡Dios mío! —me dije, en verdad era muy bella. Además, tenía una gran sonrisa, al contrario que yo, que casi nunca sonreía. Mostraba su dentadura perfecta en otra de las fotografías, supongo cuando ya le habían quitado los frenos.

Al seguir viendo las últimas fotografías de la hilera de la mesita alargada, pude darme cuenta que le gustaban mucho los deportes extremos, pues, en una de ellas se veía que alguien más le había tomado la fotografía de lejos, ya que se encontraba saltando en el aire de un avión, como si estuviera dando volteretas en pleno aire.

—¿Paracaídas? —me pregunté de pronto, acordándome de aquel sueño tan real y vívido que había tenido no hace mucho tiempo atrás, ya que lo había sentido como si hubiera sido yo la que me había tirado del paracaídas en carne propia.

—¡Guau! —me dije, sintiendo como se me iba poniendo la piel de gallina

poco a poco.

De igual manera, en otra de las fotografías se podía apreciar que se encontraba como en una especie de teatro, cuando era aún muy pequeña, y estaba acompañada por unas personas que parecían ser sus padres ¿O serían mis padres también? Pensé por un momento. Cosa que comenzó a ponerme un poco inquieta y muy confusa al mismo tiempo. En otra de ellas se podía apreciar el día en que festejó su cumpleaños número dieciséis; y en otra, al parecer hoy en día, donde se encontraba abrazando muy cariñosamente al que parecía ser su novio, y además le estaba dando un beso de una manera muy sexy en una de sus mejillas.

Entre esa hilera interminable de fotografías, enmarcadas muy bellas y bien organizadas, por último una de ellas captó mi atención por completo, pues, al parecer mi hermana gemela parecía pertenecer y ser miembro distinguido de la policía de este país. En esa foto salía vestida a lado de sus demás compañeros de policía, en algo que parecía ser una práctica de tiro con pistolas, tratando de tirarle en el centro a unos cuerpos dibujados en cartón que se encontraban a distancia no muy lejos de ellos.

En ese momento me remonté a aquel día en que Ferdinand y yo estuvimos en la feria. Aquel día que nos encontramos a aquellos chicos molestos, y entonces recordé lo bien que había tirado todos los patitos con el rifle, sin nunca antes haberlo hecho.

—¿Sería acaso que a pesar de la distancia mi hermana y yo estábamos tan conectadas que podíamos sentir y transmitirnos los mismos sentimientos? ¡Yo creo que sí! —me dije sin pensarlo mucho, pues yo más que nadie lo había experimentado en carne propia aquel día que estuvimos Fer y yo en la feria.

Por otro lado, Ferdinand, como el buen abogado observador e intuitivo que era, siguió mirando uno a uno cada rincón de la pequeña casa, hasta que de pronto en uno de los cuartos se dio cuenta que había algo que yo debía de ver en ese instante. Así que gritó como un loco mi nombre desde el otro lado de la casa para que me acercara rápidamente hacia él y lo viera yo misma con mis propios ojos.

—¡Mira! —me dijo totalmente sorprendido, pues al parecer, en uno de los closets de la parte de arriba estaban guardados en una caja muy grande, lo que parecían ser un montón de diarios con sus respectivas fechas. Cada uno guardado, desde cuando había sido muy pequeña hasta el último diario que había escrito hoy en día.

—Toma —tienes mucho que leer —me dijo Fer, al mismo tiempo que me

entregaba la pesada caja de diarios en mis brazos para que pudiera conocer un poco más acerca de mi hermana.

Siguió husmeando, como era su costumbre innata, ahí mismo en ese cuarto. Fer encontró dentro de una maleta, también muy bien guardada, el acta de nacimiento y algunos papeles importantes que pertenecían únicamente a mi hermana. Ella tenía el mismo tipo de sangre que yo, que es Rh negativa, y que además, muy pocos en este mundo teníamos.

—¿Entonces, quién es mi verdadera madre? —me pregunté por unos cuantos segundos.

—¿Será acaso la persona que se encuentra viviendo al otro lado del mundo, seguramente preocupada en este momento porque me escapé del hospital psiquiátrico?, ¿o serán mis verdaderos padres estos que salen con ella en esta fotografía festejando su cumpleaños? —me lo pregunté una vez más demasiado pensativa.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué nos separaron así, tan drásticamente? —me lo pregunté mientras estuve ahí una y otra vez, sin obtener con ello ninguna respuesta.

—Seguiré husmeando un poco más por aquí, Mimí, si no te importa —me dijo Fer. A lo que le contesté que por mí no había ningún problema, y luego se me ocurrió sentarme un rato en la alfombra y recargué mi espalda en uno de los bordes de la cama. Después extendí también mis piernas, y entonces comencé a leer el primer diario que mi hermana había escrito a la edad de diez años, pues ahí lo mencionaba, supongo para no olvidarlo al inicio en la primera hoja dentro de su diario.

9 de mayo de 1982

—Hola—comenzó tiernamente—. Me llamo Marjorie y hoy fue mi cumpleaños número diez. Este diario me lo regaló mi abuela, la cual realmente no lo es, pues mis padres adoptivos desde muy pequeña me dijeron que no lo eran. Igualmente amo muchísimo a mi abuelita y a ellos también, ya que siempre me han brindado, como dije antes, todo su amor y cariño. Y la verdad, es algo que realmente nunca me ha importado del todo, ya que padres son aquellos que te crían y te brindan todo su amor incondicional, como los míos lo han hecho siempre conmigo.

—¿Qué? —me dije a mí misma sin poder creer lo que estaba leyendo—. ¿Entonces nuestra verdadera madre es aquella que vive en los Estados Unidos? ¿Pero por qué nos separó? ¿Por qué alejó a Marjorie de mi lado? Y antes de que continuara haciéndome más preguntas sin fundamento, decidí

seguir leyendo, no sé, quizás más adelante descubriría nuevas cosas que aclararían más mi mente y mis dudas.

—Como todo el mundo sabe —continuó Marjorie con su historia—, siempre he sido hija única, sin embargo, hubiera deseado con todo mi corazón haber tenido aunque sea una hermana más. Vaya, ni siquiera deseo tener una gran familia como la mayoría de la gente desea, solo una hermana es todo lo que hubiera deseado tener en la vida para poder reír y jugar con ella. Pero sobre todo para poder hablarle a alguien de todo lo que me ha sucedido durante todos estos años, pues mis padres nunca han podido comprender las cosas tan extrañas que me pasan a cada rato, y no me entienden nunca. Sobre todo, no soporto esa mirada de asombro y de duda cada vez que les cuento algo, así que desde hoy me juro a mí misma y a Dios, que ya no volveré a hacerlo nunca más, pues empiezo a creer que piensan que me estoy volviendo loca, y eso sí no puedo soportarlo. Así que espero que mi deseo del pastel se cumpla rápidamente y mis padres puedan darme la noticia de que muy pronto voy a poder tener una hermana.

—¿Qué cosas extrañas? —me pregunté un poco confusa—.

¿Serán las mismas que a mí siempre me pasaron cuando era todavía muy pequeña? —me pregunté una y otra vez sin poder dar crédito a todo lo que estaba leyendo. ¿Acaso a Marjorie le sucedía exactamente lo mismo que a mí y podía sentir y presentir cosas que nadie más podía?

7 de marzo de 1983

Hace ya unos cuantos meses que dejé mi antiguo país y llegué aquí a Irlanda. La verdad, confieso que al principio no quería hacerlo, pues sentí que iba a extrañar mi antigua casa, mi barrio y hasta mi escuela y todas las demás cosas que allá tenía.

Sin embargo e inesperadamente, al llegar aquí me enamoré rapidísimo de este bellissimo lugar con preciosos paisajes y lugares que visitar. Sobre todo tiene enormes y preciosos castillos, como en las hermosas historias que leo todas las noches en mis mágicos cuentos. Nunca me iré de aquí, y como muestra del gran cariño que ya empiezo a sentir por vivir aquí, en este magnífico lugar, algún día me haré un tatuaje de un trébol en mi brazo derecho para llevar a Irlanda también en la piel, de la misma manera que ya la llevo aquí mismo dentro de mi corazón hoy en día.

Al terminar de leer este párrafo en el diario de Marjorie, solo me limité a sonreír un poco y toqué mi trébol plasmado al igual que Marjorie en mi brazo derecho; y pude entender ahora el porqué de alguna manera siempre sentí un inexplicable sentimiento de amor hacia el país de Irlanda, que ni siquiera era el mío.

Después continué leyendo por un buen rato, pues eran muchos los diarios que Marjorie había escrito, pero aun así estaba decidida a leerlos todos

aunque me pasara toda la santa noche haciéndolo.

4 de julio de 1983

Hoy al fin me trajeron a pasear al parque para poder estrenar la bicicleta nueva que me regalaron hace solo un par de meses en mi cumpleaños, y está ¡padrisima! Todo marchaba de maravilla, y como toda una principiante comencé a pedalear poco a poco con ayuda de mi papá para no caerme, pues la bicicleta todavía me queda muy alta. Sin embargo, hubo un momento en que pude hacerlo por mí misma, pues nunca antes lo había hecho, o al menos no sin la ayuda de las ruedas extra que hay en la parte trasera de los triciclos, pues siempre he sido muy bajita. Después de un rato de estar intentándolo, podría decirse que ya me había convertido en toda una experta, sin embargo, todo se vino abajo cuando de pronto apareció en la mitad del camino una niñita que salió ahí, de la nada, y se colocó justo enfrente de mí. Al verme ir hacia ella, supongo que se quedó congelada del susto, y como era de esperarse no pude frenar a tiempo, sintiendo además dentro de mí un enorme susto. Así que inmediatamente le grité que se quitara del camino a un par de metros de distancia, cosa que no hizo, y entonces la arrollé sintiendo como pasé encima de ella. Luego, sin más, me caí y me raspé toda la pierna y los brazos. Pero lo que más me pudo en este asunto tan inesperado es ver cómo quedó la pobre niña, que afortunadamente sobrevivió, pero no se salvó de un enorme chipote que le salió en la cabeza. A pesar de que le pasé la bicicleta por encima, lo más sorprendente de todo es que no se quebró ni un solo hueso. Afortunadamente sus padres actuaron rápidamente y la llevaron a emergencias del hospital; se dieron cuenta desde un principio que había sido culpa de la pequeña y no la mía —concluyó muy mortificada Marjorie.

Al terminar de leer este párrafo sentí una enorme alegría, tanto que reí a carcajadas al acordarme de aquella vez cuando yo tenía la misma edad de Marjorie y recordé que me caí yo también de la bicicleta, entonces pude comprender de una vez por todas por qué me caí inexplicablemente de la bicicleta aquel día. Y también entendí por qué vi en mi mente a esa niñita cruzar enfrente de mí, pues había sido exactamente lo mismo que había sentido y visto Marjorie en ese preciso momento.

La noche siguió transcurriendo y yo seguí leyendo anécdotas y más anécdotas que pasaron en la vida de mi hermana gemela. Algunas eran un poco más tristes que otras, pero también hubo algunas muy divertidas, como esta en la que contó una de las tantas veces que asistió a pequeños bares.

13 de octubre de 1987

Una vez más, hoy acompañé a mi madre a este pequeño bar para ver la presentación de mi padre, que es cómico, y además puedo decir con orgullo que es uno de los buenos, pues siempre que venimos a verlo y brindarle nuestro apoyo, no me canso de reír a carcajadas de las ocurrencias que saca y dice delante de todo esa

gente. No siempre es mucha, pero gracias a Dios no nos falta nada y salimos como podemos siempre todos juntos adelante. No me explico todavía hasta hoy en día por qué no ha logrado subir de nivel y se ha presentado en lugares más grandes como los teatros, pues pienso realmente que mi padre es muy buen cómico, y escuche sus chistes repetidas veces. De verdad que nunca me canso de escucharlo, pues venimos muy seguido a verlo y no puedo evitar reírme a carcajadas cada vez que vengo, tanto, que a veces me dan unos ataques de risa incontrolables y no puedo parar de reírme.

21 de mayo de 1992

Hoy en especial me he sentido un poco triste en comparación de otros días. No quiero que Dios piense que soy una malagradecida o que me estoy quejando por algo, cuando en realidad no es nada de eso. Él sabe que nunca me he interesado por las cosas materiales y que tampoco me he frustrado por las cosas que no puedo tener, pero como dije antes, hoy me siento realmente muy triste. Y la verdad, no puedo ni explicarme el porqué, pues no estoy enferma y tampoco tengo apetito, además me duele muchísimo la cabeza y aunque mi madre me acompaña a ver al doctor esporádicamente, este insiste en que no tengo nada y que todo es psicológico. Pero no encuentro todavía la razón del porqué, pues voy muy bien en mis materias en el colegio y no tengo ningún problema con nadie, así que esto me deja aún más consternada, pues no logro entender que es lo que me pasa últimamente. Hasta he pensado muy seriamente en si debo ir a visitar a algún psicólogo para que me ayude con esto. Luego lo pienso un poco más y entonces me retracto de hacerlo, no vaya a pensar que me estoy volviendo loca, y menos si le cuento que muchas veces siento como si estuviera viviendo la vida de otra persona, pues he llegado a sentir en diferentes situaciones que no soy yo misma. Y que decir de las cosas que sueño, en ocasiones dormida o despierta, y estas se vuelven realidad siempre, como por ejemplo cuando presiento que le va a pasar algo a la gente antes de que esto suceda y siempre pasa.

Ahora que tengo un poco más de edad y que he leído sobre esto, en ocasiones siento como si me estuviera volviendo loca, pero luego comprendo que quizás esto es un don y ya sé cómo sacarle provecho a todo esto.

20 de agosto de 1996

Hoy me inscribí en la academia de policía en una de las ciudades más importantes de Irlanda. No sé si mi decisión tendrá que ver con que veo un poco más allá de lo que la demás gente puede ver o sentir, y siento que de alguna manera mi sexto sentido puede ayudar a resolver o esclarecer más rápido algunos casos que quizás se vean perdidos, además de que siempre me ha gustado todo lo extremo y en este trabajo voy a sentir la adrenalina seguramente al máximo —concluyó escribiendo este día mi hermana.

Por varias horas continué leyendo los diarios de Marjorie. Apenas terminaba de leer alguno se lo pasaba a Ferdinand, que se encontraba ahí mismo, dentro de la habitación conmigo, y estaba realmente fascinado por todo

lo que estaba leyendo en ellos, pues ahora podía comprender por todo lo que habíamos pasado ambas al mismo tiempo, sin imaginarnos siquiera una de la existencia de la otra. Repetidas veces y sin poder evitarlo, las lágrimas corrieron por mis mejillas una y otra vez y Ferdinand solo se acercaba de vez en cuando a limpiarme la cara, pues podía imaginarse de alguna manera como me sentía y el calvario que había sido para mí vivir todo esto a lo largo de los años completamente sola.

—Anda, continuemos leyendo, que ya nos falta muy poco. Quién sabe, quizás podamos descubrir algo más que no sepamos de tu vida y la de tu hermana que te haya ocultado tu familia todo este tiempo.

29 mayo de 1998

Hoy entraron nuevos policías a la academia. Hay uno en particular que me parece guapísimo y que además no me quita para nada la vista de encima. Su nombre es Henry, espero muy pronto poder conocerlo y quién sabe, quizás más adelante podamos llegar a ser muy buenos amigos. Sin embargo, hay algo en su seguridad en sí mismo y en su mirada que no me gusta mucho, quizás solo estoy equivocada, pero eso lo veremos con el tiempo.

29 de septiembre de 1998

Hoy me hice novia de Henry, y aunque ya llevamos varias semanas saliendo como amigos, hoy por fin se decidió y me preguntó si quería ser su novia; cosa que no dudé e inmediatamente le dije que sí. Así que me llevó a pasear en su motocicleta por increíbles lugares que yo aún no conocía, y luego nos bajamos en un castillo que se encontraba abandonado y ahí, casi a media noche, nos entregamos uno al otro con toda la pasión del mundo. Fue algo más que increíble, fue más bien maravilloso, como si ambos hubiéramos tocado el cielo, ya que nunca jamás nadie me había hecho sentir esto que siento ahora por él. Y solo le pido a Dios que pueda durar nuestro amor por mucho, muchísimo tiempo.

30 de noviembre de 1998

No sé por qué he sentido muy distante a Henry últimamente. Quizás la noticia de mi embarazo no le cayó para nada bien y lo menos que necesitaba ahora seguramente era tener un hijo conmigo.

Ahora que lo pienso bien, no sé cómo pude ser tan tonta y tan descuidada con esto, pues Henry ha cambiado muchísimo últimamente y no solo conmigo, también con todo el grupo de policías. Y por más que trato de averiguar qué es lo que le está pasando, no me quiere decir absolutamente nada.

Ojalá no sea lo que me he estado imaginando y que he estado sospechando últimamente —concluyó de nuevo, mi hermana, lo escrito para ese día.

Después de llevarme largas horas leer todos los diarios de Marjorie, los coloqué de nuevo en orden en la caja de donde los había tomado. Luego, simplemente me eché a llorar recargando mi cabeza sobre mis rodillas dobladas y no pude contener el llanto hasta que llegó corriendo a mi lado Ferdinand, pues me había escuchado mientras seguía husmeando del otro lado del cuarto.

—¿Pero, Mimí? ¿Por qué estas llorando? ¿Qué es lo que te pasa? —Me preguntó un tanto preocupado—. Deberías estar contenta al saber que tienes una hermana y además *gemela*; es más; si tú lo deseas, mañana a primera hora investigaremos en donde se encuentra para que podamos ir a verla. Lo extraño es que debería estar aquí, pero no está. Quizás todavía no ha salido del hospital, como nos dijo la señora O'Connell. Pero mañana, si Dios quiere, eso ya lo veremos.

—No, no es eso Fer. ¿Es que acaso no lo entiendes? ¡No estoy loca! En realidad ¡nunca lo he estado! —le dije a Fer, ahora entendiéndolo todo perfectamente.

—¿Sabes? Ahora que veo todo con muchísima más claridad, me doy cuenta que mi hermana, a pesar de la distancia y de que nunca nos conocimos, estuvo *siempre conmigo*. Siempre existió entre nosotras esa gran e inexplicable conexión que tienen todos los hermanos gemelos. Ahora comprendo que cientos y cientos de veces, cuando ella estaba triste por algún motivo, yo también lo estaba o viceversa. Seguramente, cuando ella sentía una gran felicidad o una gran emoción yo también lo sentía; como aquella vez que me caí de la bicicleta; o cuando ella se tiró del paracaídas. Yo pude sentir sus miedos y angustias justamente al mismo tiempo en que ella lo estaba sintiendo. ¿Acaso no te parece increíble todo esto, Fer? Durante toda mi maldita vida siempre pensé que era una chica muy rara y muy diferente a las demás, ya que sentía y veía cosas extrañas sin poder nunca explicármelo; y además mi madre nunca me dijo que yo tenía una hermana gemela. Eso lo hubiera aclarado todo, pero sobre todo, no hubiera sufrido tanto.

—¿Por qué, Fer? ¿Por qué nunca me lo dijo? —le pregunté, todavía confusa, a mi gran amigo.

—Bueno —dijo Ferdinand—. Quizás ella tampoco lo sabe.

—¿Qué? —le respondí totalmente sorprendida a Fer por la suposición que acaba de hacer.

—¿Pero qué es lo que estas suponiendo, Fer?

—Eso precisamente. ¡Que quizás ella tampoco lo sabe! —me dijo tratando

de aclarar un poco mi mente.

—Es más —continuó—, puedo casi jurar enfrente del mismo Jesucristo que tú tampoco serás su hija —finalizó, dejándome aún más confusa con eso. Al terminar de escuchar estas palabras tan directas y sin tacto que me estaba diciendo en ese momento Ferdinand, sentí como si me hubieran echado encima una cubeta con agua helada, y así me quedé por un rato, tal cual, como si estuviera petrificada.

—¿Acaso estas suponiendo que yo no soy hija de mis padres y que me lo han estado ocultando todo este tiempo?

—¡Sí! ¿Por qué no? —contestó Fer.

—Además, ahora que lo recuerdo, el día que sufriste aquella vez el accidente de auto cuando apenas estabas aprendiendo a manejar, ninguno, absolutamente ninguno de tus familiares ni hermanos pudo donarte la sangre que tanto necesitabas. Fue un milagro que alguien que escuchó el mensaje en el radio apareciera de pronto ahí, en el hospital, a donarte; porque de no haber sido así, seguramente te hubieras muerto.

Las palabras de Fer una vez más, llegaron hasta lo más profundo de mi alma, y eso hizo que al fin pudiera abrir mis ojos y me diera cuenta de una vez por todas que esa, la que yo había llamado por tanto tiempo mi familia, nunca lo habían sido; y tampoco habían demostrado serlo.

—¿Entonces, quiénes son? ¿Dónde está mi verdadera Familia? —le pregunté a Fer.

—No lo sé Mimí, pero eso es justamente lo que vamos a averiguar. Y para eso tenemos que salir de aquí y preguntar a algunos de los vecinos; claro que tú te disfrazarás para que no te vean y yo preguntaré hasta que me puedan dar el paradero de Marjorie.

—Tienes razón Fer, como siempre.

—Hagámoslo lo más pronto posible, no vaya a ser que al doctor Monroe se le ocurra por algún motivo venir a buscarme hasta acá y quiera encerrarme de nuevo.

—¿Y qué, Mimí? ¿Qué venga si quiere el infeliz!

—Aunque quisiera, eso ya no lo puede hacer. Al contrario, me encantaría poder echarle en cara al estúpido lo equivocado que estuvo siempre contigo, y además, ahora con lo de la aparición de tu hermana y con todos los diarios como pruebas de lo mismo que sintieron tantos años... ¡Ahora sí que no puede hacerte absolutamente nada!

—Tienes razón Fer. Ahora no puede hacerme nada, y ojalá que todo el mal

que me hizo al meterme aquel día en aquel horrible lugar se le quede grabado para siempre en su conciencia por el resto de su miserable vida.

—Así será, Mimí. Ya lo verás. Así será —me dijo—, por lo pronto descansemos un poco, pues no lo hemos hecho desde que llegamos. Y entonces, ya un poco más repuestos del viaje, veremos ahora sí que haremos. ¿Te parece bien, Mimí?

—¡Sí! ¡Perfecto! —le dije. Pero continué hablando para después titubear un poco.

—¿Qué pasa, Mimí?

—Te conozco casi como la palma de mi mano, tienes un poco de miedo todavía. ¿No es así? —me preguntó Fer al mismo tiempo que me miraba fijamente a los ojos—. ¿Quieres que me quede aquí a tu lado toda la noche haciéndote compañía? ¿No es así?

—Pues sí —le dije—. No sé cómo explicártelo, pero presiento que detrás de todo esto hay algo más, y me parece muy extraño que mi hermana no se encuentre ahora mismo en su casa y que ni siquiera el teléfono haya sonado ni una sola vez preguntando por ella. No sé, siento y no sé por qué, que lleva varias semanas desaparecida y quiero de verdad investigarlo contigo Fer.

—Sí, tienes razón. Todo esto está muy confuso todavía, pero no te preocupes. Recuerda, primero descansaremos un poco y ya con la mente más descansada pensaremos, ahora sí, qué es lo que haremos, ¿te parece bien Mimí?

—Sí. La verdad, estoy tan agotada de todo esto... Pero a la vez estoy tan contenta... Porque, ¿sabes una cosa? ¡No estoy loca!

—¡No estoy loca! —grité una y otra vez más al mismo tiempo que tomaba de las manos a Ferdinand y dábamos vueltas y vueltas por todo el cuarto. Luego nos pusimos a brincar en la cama que ahí había hasta que le rompimos la pata de una de las esquinas, sintiendo como ambos caímos al suelo; y de nuevo reímos a carcajadas.

—Bueno —apuntó, y me dijo lo siguiente el muy tontito—: Ahora me queda un poco la duda, Mimí, de si estás loca o no, al verte así toda alborotada —me dijo el muy atrevido, y ambos nos soltamos a carcajadas una vez más. Y de pronto sentí como si se hubiera detenido el tiempo en ese mágico momento, que no quería que nunca jamás terminara. Lo estaba disfrutando tanto..., pues pocas veces había sentido demasiada felicidad en mi vida.

CAPITULO XXIV

Marjorie fantasmagórica

Esa noche, como muy pocas en la vida, me sentí como si hubiera estado muy protegida, y no lo digo por los ángeles del cielo, que muchas veces los he sentido ahí conmigo en algún rincón de mi cuarto. Lo digo porque sentí como si toda la noche alguien me hubiera tenido abrazada sin soltarme ni siquiera por un solo segundo, y además, me hubiera estado observando con todo el amor del mundo. Por un par de veces sentí que era Ferdinand, pero luego me asomé para cerciorarme de que no era él, ya que todo el tiempo estuvo recostado tranquilamente en el suelo.

Después de unas largas ocho horas que ambos dormimos, pues estábamos todavía exhaustos por el viaje y el cambio de horario, al fin nos despertamos por la mañana, o más bien el que me despertó fue él a mí, pues estoy casi segura que yo hubiera podido seguir dormida quizás hasta el día siguiente.

—¿Mimí? —me preguntó Fer al mismo tiempo que me movía un poco. Se me acaba de ocurrir salir a investigar por aquí cerca de los alrededores y enseñar una foto tuya para ver si alguien te reconoce, o más bien a tu hermana, y nos puedan dar una pista de donde pudiéramos encontrarla. De ahí podríamos también pasarnos por el hospital, como nos dijo ayer la señora O'Connell, y no sé, quizás hasta con suerte ahí podamos encontrarla todavía. ¿No crees?

—Está bien —le contesté a Fer. Como tú digas. Nada más te pido una sola cosa. No me dejes aquí sola, y menos en su casa.

No se cómo explicártelo, pero tengo un muy mal presentimiento de todo esto, y no me quiero quedar aquí sola a averiguarlo.

—Está bien, Mimí.

—Solo cálmate un poco —me dijo Fer, y luego se dirigió al closet de mi hermana, donde tomó una de sus sudaderas con capuchón, unos pantalones de mezclilla y un par de tenis que me puse inmediatamente e hice que Ferdinand se volteara de lado para poder cambiarme mientras me quitaba la ropa.

—Mejor te espero fuera —me dijo como todo un caballero. Ya cambiada cerramos la puerta de la casa con llave y luego nos dirigimos al auto, donde nos metimos apuradamente para que nadie fuera a sospechar nada. Sin embargo, no nos percatamos de que alguien más nos estaba vigilando dentro de un auto a poca distancia de la de nosotros.

—A ver, Mimí, repasemos un poco acerca de la vida de tu hermana — insistió con lo mismo Fer.

—De ella sabemos, por lo que estuvimos leyendo en sus diarios, que no tuvo hermanos; que tuvo o tiene un novio, que si mal no recuerdo se llama Henry; también sabemos que tiene muy pocos parientes, pero ninguno vive aquí en Irlanda, sino al otro lado del mundo; y además, que ha estado trabajando en la policía desde hace ya algunos años. ¿No es así?

Entonces, yo creo que lo mejor sería ir primero al hospital para ver si todavía está allí y, no sé, quizás allí podamos correr con un poco de suerte y nos la encontremos para que puedas de una vez por todas conocerla. ¿Cómo lo ves?

—¡Sí! ¡Tienes razón, Fer! ¡Vayamos para allá primero!

Después de un rato de estar buscando el dichoso hospital que la señora O'Connell había mencionado, al estar ahí enfrente, nos bajamos ambos como si fuéramos unas veloces flechas y nos dirigimos a la sección de información, donde preguntamos y dimos el nombre de mi hermana para ver si todavía se encontraba hospitalizada. Para nuestra sorpresa, nos dijo que efectivamente ahí se encontraba y que si éramos acaso sus parientes, pues aparte de una muchacha que había venido a visitarla y algún que otro compañero de la policía, nadie más había venido a verla.

—¡Sí, sí somos! —le dijimos completamente emocionados.

—Entonces regístrense aquí, por favor, y pasen a la habitación 207.

—¡Muchísimas gracias, señorita! —le dijimos a la joven enfermera sin poder creer todavía la gran noticia y nos dirigimos al elevador hasta que llegamos al segundo piso.

—Por aquí —me dijo Ferdinand a la vez que veía el señalamiento a la derecha, y una vez más caminamos unos cuantos pasos hasta que estuvimos por

fin enfrente de la puerta de la habitación donde se encontraba mi adorada hermana.

El corazón sentía que me latía tan rápido que por un momento pensé que se me podía salir del pecho.

—Bueno, hagámoslo de una vez por todas y conozcamos a tu hermana gemela —me dijo Ferdinand, al cual se le notaba al igual que a mí la emoción que sentía sin poder disimularlo ni un poco. Fue entonces que al momento de abrir la puerta de la habitación del hospital, notamos que una chica más o menos de mi edad se encontraba muy cerca de Marjorie y parecía como si le estuviera hablando algo, pues para nuestra sorpresa y por los escasos dos segundos que pudimos verla, mi hermana se encontraba dormida como si estuviera en coma. Además tenía un montón de aparatos conectados a ella, como si fuera lo único que la mantuviera con vida. Así que la chica al vernos entrar, sorprendida, pues supongo por su actitud que no esperaba ver a nadie, inmediatamente se dirigió a nosotros y nos empujó para poder salir huyendo, como si estuviera escapando de alguien. Inmediatamente, Fer y yo empezamos a correr detrás de ella para poder alcanzarla, pues supusimos que podía ser alguien importante en la vida de mi hermana, o peor aún, alguien que quisiera hacerle daño, pues en ese momento desconfiábamos absolutamente de todo mundo.

Todavía dentro del hospital, mientras corríamos y aventábamos a todo el que se nos cruzaba en el camino, vimos a unos cuantos metros salir a la chica por la puerta de la entrada del hospital y de inmediato aceleré mi paso para no perderla allá afuera en la calle, en medio de tanta gente. Así que aceleré todavía más mis pasos, pues ella, al igual que yo, estaba corriendo muy velozmente, y ambas seguimos haciéndolo hasta que llegamos rápidamente hasta el parque.

Ya ahí, por un momento la tuve muy cerca, así que antes de que pudiera volver a despegarse o yo me tropezara con algo y ya no pudiera alcanzarla, salté un enorme brinco en el aire para poder caer encima de ella.

Ya allí en el suelo, Ferdinand, en unos cuantos segundos me alcanzó. Yo giré muy lentamente a la chica para poder ver su rostro, y todavía ahí, en el suelo, mientras me encontraba sentada encima de ella, me descubrí la cabeza de la capucha de la sudadera y también me quité los lentes para que ella pudiera verme y apreciara el gran parecido que tenía con mi hermana.

En ese momento supuse que quizás esa chica podría ser alguien muy cercana a Marjorie, pues justamente cuando me vio a la cara, sorprendida, exclamó

que eso no podía ser posible.

—¡No puede ser! ¿Pero quién eres tú? —me preguntó, pues no podía dar crédito a lo que estaba mirando en ese momento.

—¿Pero por qué eres idéntica a Marjorie? —me preguntó la pobre chica en el suelo, teniéndola todavía debajo de mí. Luego me levanté y le ofrecí mi mano para que pudiera levantarse.

—¡Gracias! —me dijo con una pequeña sonrisa en el rostro, y luego nos dirigimos los tres a una banca en el parque a la que le daba un poco de sombra y ahí nos presentamos un poco más formalmente todos.

—¡Hola! —Le dije a la chica, la cual no dejaba de mirar cada centímetro de mi rostro—. Soy Miranda, hermana gemela de Marjorie.

—¿Pero cómo? Marjorie nunca me comentó que tuviera un hermano y mucho menos una hermana gemela.

—Pues sí, así es, y créeme que a mí también me cayó de sorpresa —le dije a la chica, pues yo tampoco lo sabía y lo había ignorado durante toda mi vida.

—¿Pero cómo? ¿No lo sabías? ¿Ni ella? Perdón —nos dijo un poco volviendo en sí.

—Soy Stephanie, amiga de Marjorie desde hace algunos años y aunque últimamente no vivíamos en la misma ciudad, siempre estuvimos muy unidas, hasta que tuve que mudarme a otra ciudad debido a mi trabajo. Pero sin embargo, nunca hemos dejado de seguir en contacto y créanme, al no recibir noticias de ella en estas últimas semanas, realmente me alarmé mucho y vine personalmente a ver qué es lo que estaba sucediendo, y más aún con lo que me había contado la última vez que hablamos por teléfono. Así que me vine inmediatamente, y les confieso que nunca me esperé verla así, inconsciente y toda golpeada de esa manera tan brutal como lo hicieron.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté a la chica sin saber que era de lo que estaba hablando.

—¿Acaso te contó algo que nadie más sabe y fue lo que puso en peligro su vida?

—¡Así es! —Nos contestó en tono muy bajito—, pero hablemos mejor en otro lugar. ¿Qué les parece si vamos aquí cerca, a una cafetería?, pues presiento que su casa es el lugar menos indicado para hacerlo, ya que pudiera estar muy vigilado por algunos de sus compañeros de la policía.

—Sí, vayamos para allá —le dije, y todos nos dirigimos caminando rápidamente hasta la cafetería. Ya ahí, nos sentamos cómodamente en una de las mesas más alejadas al fondo de las demás y ahí, ordenamos todos un café.

Stephanie comenzó a invadirnos sorpresivamente con un sin fin de preguntas que no esperábamos en ese momento.

—Entonces, ¿quién eres tú? ¿De dónde vienes y por qué?

¿Cómo te enteraste de que tenías una hermana y desde cuándo? Y ¿por qué no llegaste antes a decírselo? —me preguntó la chica sin dejar de mirarme mientras me hablaba muy fijamente a la cara, pues supongo que quería primero cerciorarse que podía confiar en mí para poder así contarme todo lo turbio que mi hermana había descubierto de algunos policías estando todavía dentro de la academia.

—Ya te dije, soy su hermana. No sé por qué, ni como ella contactó conmigo estando en coma, pues ahora lo entiendo todo, al verla ahí en ese estado entubada desde no sé cuánto tiempo. El caso es que me hizo venir hasta acá por medio de un montón de señales que me dio y que al principio no quise ver y tampoco podía entender. Sin embargo, ahora puedo ver todo un poco más claro y pienso que quizás, de alguna manera me hizo venir hasta aquí, pues supongo que quizás quiere que la ayude en algo, pero no sé cómo; pues nunca he hablado con ella, y además esperaba que al verla en el hospital pudiera decirme algo, pero creo que por el momento eso va a ser completamente imposible.

—Así es Miranda. Yo acabo de llegar también apenas ayer por la noche y me quedé en shock al verla ahí tumbada, y además en coma, pues me dijeron que ya lleva así, en ese estado, unas cuantas semanas.

Además, hablé hace unos momento con el doctor y me dice que realmente no se explica cómo Marjorie sigue todavía viva, pues está ya más del otro lado que de este y siente algo así como si tu hermana se estuviera por algo aferrando a esta vida, y eso es lo que la detiene para poder irse en paz ya el cielo.

También dijo que quizás esta misma noche pudiera fallecer, ya que ve sumamente difícil que pueda llegar hasta mañana.

—¡No! ¡No digas eso! Interrumpí a Stephanie, y entonces cambié un poco de tema.

—¿Y sus familiares? ¿Dónde están todos? ¿Por qué no están aquí para acompañarla y mostrarle un poco de afecto? —le pregunté a Stephanie con un poco de extrañeza en mi tono de voz.

—Porque no tiene —me contestó.

—Sus padres murieron hace ya unos cuantos años en un asalto y ese fue también uno de los motivos que la hizo entrar a la policía. Al parecer tiene una

tía, pero esta vive al otro lado del mundo y además está ya muy mayor de edad, pues parece que era unos años mayor que su madre, que era su hermana.

—Mmm..., ahora entiendo—le dije.

—Ahora cuéntenos de que se trata ese asunto del que Marjorie te comentó nada más a ti y que nadie más puede saber. Bueno, comenzó Stephanie hablando con un poco de nervios en sus palabras, y luego volteó a los lados para cerciorarse de que no hubiera algún tipo sospechoso mirándola ahí, dentro de la cafetería, y entonces empezó a relatarnos paso a paso cada una de las palabras que Marjorie le confesó antes de salir herida ese mismo día.

—¿Saben? Unos cuantos meses atrás, Marjorie conoció a un chico que parecía ser el amor de su vida y entró con ella a la misma academia de policía. Al verlo por primera vez se quedó profundamente impactada por él, pues por lo que sé es sumamente guapo y de inmediato ambos hicieron clic. Desde entonces se hicieron novios y además inseparables.

—Ha de ser Henry, pensé para mis adentros, pues Marjorie lo había mencionado más de un par de veces en su último diario.

—Desafortunadamente esto no duró por mucho tiempo —continuó hablando Stephanie.

—Pues, al parecer Marjorie salió embarazada en todo esto y este Henry, al enterarse del bebé, la dejó completamente desamparada. Así que un día, en medio de su desesperación decidió ir a visitarlo a su casa para poder hablar más del asunto y ahí fue donde descubrió en un descuido de él, las cosas turbias y sucias en las que estaba metido hasta el cuello.

—¿Qué cosas? Explícanos, por favor. Y sé más clara.

Bueno, verán, ese mismo día, antes de que Marjorie fuera a verlo para hablar de su embarazo, pues yo desafortunadamente le aconsejé que lo hiciera, me contó por teléfono después de ir a verlo, que su novio estaba metido en una red de secuestradores de menores y jóvenes. Pues, ese día que había ido a visitarlo se dio cuenta, porque alguien tocó a la puerta y él se entretuvo bastante hablando afuera de la casa con esta persona y mientras lo hizo, ella descubrió debajo de las escaleras un cuartito en donde tenía toda la información de los secuestradores y hasta fotografías de todo tipo de mujeres y menores, además de sus direcciones y un sinfín de pruebas más, a las que Marjorie tomó fotografías con su celular. Luego las reveló escondiéndolas muy bien en algún lugar de su casa, pero, desgraciadamente nunca me dijo dónde; quizás para no ponerme en peligro; y quizás ni el tal Henry lo sabe, únicamente yo. Y por lo mismo vine hasta acá, para ver si podía hablar de ese

asunto con ella, pero para mi mala suerte, al llegar ayer aquí, a Irlanda, ya era demasiado tarde. Sin embargo, quiero decirles que de una cosa sí estoy completamente segura, ese tipo tuvo que haberse dado cuenta de algo y por eso él mismo la ha de haber mandado golpear hasta dejarla como está hasta ahora, totalmente inconsciente y casi muerta.

—¿Tú crees de verdad que ha sido él el que la mandó matar sin haber tenido éxito?

—Pues no lo creo capaz de esa monstruosidad, y menos sabiendo que su novia tenía creciendo dentro de ella a un pequeño ser indefenso que era también parte de él y de su propia sangre.

—¡Claro que sí! Esa gente no piensa en nada más que en ellos mismos y lo que les conviene, es más, ni siquiera se les puede decir que son unos animales porque los animales tienen más sentimientos y bondad dentro de ellos. A este tipo de gente, más bien, yo les diría que son unos demonios, ya que no les importa destruir la vida de inocentes con tal de salirse siempre con la suya. — terminó diciendo Stephanie.

—Bueno, ¿quién sabe? Quizás tengas razón, así que lo mejor en este momento sería ir todos hasta la casa de Marjorie y buscar bien en cada rincón de la casa, hasta que encontremos esas pruebas tan importantes y podamos meter a la cárcel al culpable del estado en que se encuentra tu hermana — comentó Ferdinand mientras volteaba a verme.

—Sí, vamos para allá inmediatamente, no vaya a ser que alguien más se nos vaya a adelantar y encuentre esas pruebas antes que nosotros y no podamos nunca esclarecer ni vengar a la pobre de mi hermana —les dije a ambos, y una vez más nos subimos todos al auto y nos dirigimos camino a la casa de Marjorie. Sin embargo y sin esperarlo, de pronto un coche salió de la nada y se colocó a un lado nuestro en sentido contrario, como si quisiera sacarnos a un lado de la carretera y volcarnos. Como si quisieran matarnos. Luego empezó a golpearnos una y otra vez sin parar y nosotras, únicamente tratamos de agarrarnos fuertemente donde pudimos, sintiendo cada golpe que el maldito hombre nos daba para sacarnos del camino.

—¡Cuidado Fer! ¡Acelera un poco más para que puedas quitártelo de encima! —le grité sintiendo muchísimo miedo, pues no quería morirme todavía.

—¡No puedo! —nos gritó un poco preocupado, pues no sabía si íbamos a salir con vida de esta persecución tan violenta.

¡Por favor, agárrense muy bien de donde puedan, porque se me acaba de

ocurrir una gran idea!

—¡Dios mío! —me dije, pensando que ya se acercaba pronto mi fin.

—No me quiero morir todavía Señor, así que por favor ven rápido y sálvanos de estos maleantes —le dije a Jesucristo y a todos los santos desesperadamente, mientras el tipo insistía en golpearnos una y otra vez más para poder sacarnos de la carretera y salirse con la suya.

Ferdinand aceleró una vez más, pero esta vez lo hizo metiendo el pie hasta el fondo del acelerador y luego, esperó a que el hombre lo alcanzara y se pusiera a un lado de él exactamente para que lo golpeará de nuevo. No comprendí en el momento porque lo hizo, pero cuando lo hizo, Ferdinand aprovechó y frenó con todas sus fuerzas para que pudiéramos pararnos, y al mismo tiempo para que el hombre nos pasara de frente al tratar de golpearnos de lado y el mismo se saliera del camino, cayendo indiscutiblemente por el barranco.

Como pudo y poco a poco, Ferdinand fue frenando mientras trataba de controlar como podía el auto, hasta que este por fin se detuvo por completo y uno a uno nos bajamos y nos fuimos revisando meticulosamente nuestro cuerpo para cerciorarnos de que aparte de algún que otro rasguño, estuviéramos todos en perfecto estado.

—¡Qué susto! —les dije todavía impresionada a mis dos compañeros, pues estuvimos a punto todos de morir y era un milagro que siguiéramos todavía con vida.

—¡Casi nos mata ese maldito hombre!

—Seguramente ha de ser alguno de los de la red de secuestradores y han de pensar que quizás sabemos algo de ellos, pues seguramente ya nos han de haber visto entrar y salir de la casa de Marjorie y han de creer que quizás sabemos ya algo de ellos y que nos los contó ella misma antes de ser lastimada.

—Sí, puede ser —contestó Stephanie, y luego le siguió Ferdinand.

—Vayamos inmediatamente a la casa de tu hermana y encontremos de una vez por todas esas pruebas que tanto nos hacen falta.

—Sí, está bien —respondieron.

Y ya dentro de la casa de mi hermana, uno a uno nos pusimos a buscar por horas en cada centímetro y en cada rincón, pero nada. Al parecer ahí no había absolutamente nada, o quizás ya alguien había estado ahí mucho antes que nosotros y ya las había encontrado, y seguramente también ya se las habían llevado.

—¡Demonios! ¿Qué vamos a hacer ahora sin esas pruebas? —les dije un poco desilusionada.

—No lo sé —me respondió Fer.

—Supongo que seguir buscando, así que por favor, no nos demos por vencidos y sigamos buscando donde menos nos imaginemos para que salgan de una vez por todas esas pruebas y encerremos a los culpables de la golpiza que le dieron a tu hermana —concluyó Fer, y luego ya no dijo nada más.

Después de un rato de seguir buscando, una vez más nos dimos cuenta de que ahí no había nada por ningún lado. Fue entonces que, ahora sí, todos tiramos la toalla al mismo tiempo y nos rendimos pensando que quizás alguien más como la señora O'Connell u otra persona que no conocíamos pudiera tenerlas en este preciso momento.

Yo sé que ya buscamos en cada rincón de esta casa, pero no sé por qué presiento que esas pruebas siguen aquí, aunque no podamos verlas por ningún lado; de eso estoy casi completamente segura y puedo también jurárselo—les dije todavía con un poco de esperanza para que no se rindieran y siguiéramos buscando.

—¡Claro que no, Mimí!

—¡Ya hemos buscado perfectamente bien y revolvimos todo!

—¡Aquí no hay absolutamente nada! —concluyó un poco molesto Fer.

—¡Sí! ¡Aquí están! —les dije—, ¡me lo puede decir mi corazón! Siento que también me lo está diciendo Marjorie, pero no sé dónde están exactamente.

—Quizás debamos ir primero con la señora O'Connell para descartar esa posibilidad y no sé, también quizás en una de esas, nos de otra llave o sepa de algún otro lugar que le haya dicho tu hermana para que buscáramos. No sé, se me ocurre que quizás alguna caja fuerte o en un correo de la ciudad, porque de verdad creo que aquí adentro ya no podemos encontrar nada —nos dijo Fer, sintiendo con eso una poca de esperanza.

Pues vayan ustedes, yo aquí me quedo. Y se lo juro que seguiré buscando hasta encontrar esas pruebas, aunque sea lo último que haga en este viaje —les dije sin darme por vencida todavía.

—Está bien, Mimí. Como tú digas, pero por favor, no le vayas a abrir absolutamente a nadie. ¿Me oíste?

—Sí, está bien. No te preocupes Fer. Vayan ustedes, pero por favor, no tarden mucho —les dije un poco temerosa, pues presentía que estaba a punto de pasar algo muy malo, y no me encontraba para nada equivocada al respecto.

—Está bien, enseguida regresamos —me dijeron ellos, y apenas los escuché

salir por la puerta, me recargué en la pared de la estancia donde tenía toda la vista de la pequeña casa. Seguí recargada por unos cuantos segundos más repasando cada uno de los lugares donde ya habíamos buscado, entonces, pensé por un momento más dónde podrían estar esas pruebas. Y entonces me dije a mí misma que aquí dentro no podían estar, pues ya habíamos revuelto la casa durante todo el día. Así que sin saber y sin tener la mínima idea de donde más podríamos buscar, de pronto, sentí al tener extendidos mis brazos sobre mis piernas también extendidas en el suelo, como si alguien me hubiera tocado con una mano suavemente por encima de mi tatuaje de trébol e instintivamente recordé que en todos lados donde siempre había vivido crecían inexplicablemente tréboles. Así que después de esa señal, seguramente enviada de alguna manera por Marjorie, volteé inmediatamente al jardincito trasero, muy pequeñito, que ahí tenía mi hermana en su pequeña casa y algo en mi despertó como un rayo mi curiosidad. Me levanté pensando que quizás en ese lugar también se encontrarían algunos tréboles o alguna maceta con ellos, pues ahí no se nos había ocurrido buscar, ya que solo se encontraba un árbol no muy grande acompañado de un poco de maleza. Pero eso era todo.

Así que inmediatamente me dirigí hasta la puerta que daba al patiecito de la casa y giré la llave para que esta pudiera abrirse y salí emocionadísima buscando en cada rinconcito para ver si podía encontrar algo, pues estaba casi segura de que ahí podía encontrar algunos tréboles. De pronto, y como había supuesto, ¡ahí estaban!

—¡Aquí están! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —me repetí una y otra vez más por la felicidad que sentía. Entonces, decidí tomar una de las palitas de jardinería que tenía por ahí a un lado arrumbadas mi hermana y empecé a cavar y a cavar justamente debajo de esos pequeños tréboles que estaban crecidos alrededor de ese hermoso árbol torcido que ahí se encontraba, cuando de pronto, sentí y vi asomarse algo que parecía ser la orilla de una bolsita de plástico. Escarbé presurosa con la mano, separando cuidadosamente la tierra de la bolsa, y vi justamente como había estado esperando las pruebas que culpaban a Henry y a toda su mafia macabra.

—¡Sí! ¡Sí! Grité una y muchas veces más, sin poder escuchar que detrás de mí se acercaban las pisadas silenciosas de alguien que llegaba hasta mí. Al tenerme ya muy cerca, me colocó de pronto una bolsa de plástico en toda la cara para asfixiarme, y era precisamente el novio y asesino de mi propia hermana, el tal ¡Henry!

Sin poder respirar por unos instantes, traté de levantarme como pude con

todas mis fuerzas del suelo, pues me encontraba de rodillas hincada y me fue completamente imposible hacerlo. Así que luché y luché para poder quitarme al hombre de encima, pero fue completamente en vano. Entonces, cuando ya estaba a punto de desmayarme, de pronto y como si alguien lo hubiera alejado de mi lado, el imbécil de Henry me quitó las manos de encima y caí al suelo, donde me retiré de la cabeza el grueso plástico que me cubría el rostro. Entonces mis ojos, supongo que al igual que los de Henry, se abrieron aún más, pues no podíamos creer lo que ambos estábamos viendo en ese preciso momento.

De pronto, un torbellino de hojas, pasto y todo lo que se encontraba a nuestro alrededor se levantó rápidamente del suelo y empezó a girar y girar dando vueltas sin parar en el aire. Mi cabello se alborotó por todos lados, pues parecía que una gran furia o una fuerza sobrenatural se encontraba ahí mismo, haciéndonos compañía en ese patio. Esto asustó mucho al tal Henry, que también quiso pasar y salir por en medio del torbellino, pero una fuerza extraña, como si hubiera estado parada enfrente de él se lo impidió y no pudo hacerlo, pues rebotó hacia atrás al intentarlo. Lo empujó unos cuantos pasos atrás haciéndolo caer en el suelo y de nuevo Henry trató de huir, pues el pánico parecía que había poseído su cuerpo y una vez más el torbellino se lo impidió de nuevo y se colocó ahora enfrente de él. Se formó como por obra de magia o un milagro celestial, la figura exacta y rasgos de la cara de mi querida hermana, que ahora se encontraba en coma. Al tenerlo justamente enfrente de ella, abrió la boca gigante como si quisiera tragárselo y lo miró fijamente a los ojos; entonces, este empezó a gritar como un loco, totalmente asustado, pues sabía que de alguna manera ese era el espíritu enojado de Marjorie que había venido a vengarse de él de una u otra forma. Luego empezó a gritar como un loco, pues estaba completamente asustado.

—¡Déjame en paz zorra! ¡¿No te quedó claro la última vez que te vi que no quería ya nada más contigo?! —le gritó Henry totalmente espantado a la figura de hojas y polvo enfrente de él, y entonces, ahora sí, pasó por en medio de ella, quitándome primero de mis manos la bolsa de plástico con las pruebas que tenía y que lo culpaban de todo. Después se dirigió hasta la puerta trasera que daba al jardín para poder entrar a la casa, y estando ya dentro de ella, la furia de Marjorie se hizo presente y empezaron a abrirse y caerse algunos cajones de los muebles de la casa para poder impedir de esa manera el paso a Henry y así evitar que pudiera salir de alguna manera de esa casa.

—¡No! ¡Déjame en paz! ¡Te juro que yo no te maté! Fue Higgins el que lo

hizo —escuché del otro lado de la sala, pensando que sería quizás otro de sus compañeros de la policía, y luego Henry siguió relatando cómo habían sucedido exactamente las cosas.

—Fue él quien te mató al día siguiente de que hubieras ido a mi casa para pedirme que volviéramos de nuevo y que me reclamaste y pediste que saliera inmediatamente de esa red de secuestradores en la que estaba metido desde hace tiempo. No le gustó para nada que tú lo supieras, aunque fueras también su amiga, pues tenía muchísimo miedo que fueras a delatarnos al comandante. Y fue por lo mismo que un día se acercó a ti en su coche para que te subieras con él y te prometió ayudarte con eso del bebé para que tú y yo volviéramos, cuando lo que realmente quería era llevarte hasta el bosque, donde junto a otros dos policías involucrados te golpeó, y al final te dispararon para que murieras rápidamente y no dijeras nunca nada.

—¡Por favor, perdóname! ¡Te lo suplico! ¡Ya no me persigas más y déjame en paz, o mandaré matar también a tu hermana gemela! —terminó diciendo el estúpido de Henry. Y fue entonces y una vez más, que después de haber escuchado Marjorie, todavía en espíritu, lo que el malvado de Henry le decía amenazándola, esta se enojó aún más. Y entonces todo comenzó a sacudirse ahí dentro; desde lámparas; adornos; los retratos de la pared y todo empezó a caerse causando que entrara de nuevo en pánico, y como pudo salió corriendo para salir de esa casa que él creía estaba poseída o embrujada.

Al tratar de hacerlo, Ferdinand y Stephanie estaban volviendo de hablar con la señora O'Connell, y ambos se quedaron con la boca abierta al observar todo lo que estaba pasando ahí dentro. Entonces, Henry aprovechó y salió por la puerta huyendo de la casa por entre en medio de ellos, con las pruebas y las fotografías en una de sus manos.

—¡Corran! ¡Que no se escape! —les grité a Ferdinand y a Stephanie para que ambos lo siguieran y fue justamente lo que hicieron. Yo también fui detrás de ellos. Después de una muy larga persecución entre autos, gente y mil obstáculos más que se nos cruzaron en el camino, Henry entró de pronto al cementerio, que se encontraba cerca de allí, desesperado, con ánimos supongo de perderse entre la obscuridad y los árboles. Esto no le resultó bien del todo, pues Ferdinand lo tenía a unos cuantos metros cerca de él, a poca distancia, y esto hizo que empezara a desesperarse un poco, pues por más que trataba de zafarse de él, no podía lograrlo.

Así siguieron corriendo quizás por unos doscientos o trescientos metros más durante un par de minutos y, entonces, al ver Henry que él y Fer ya se

encontraban muy dentro del cementerio, sin nadie que los escuchara de cerca, el infeliz sacó su pistola para herirlo y así poder escapar con éxito.

—¡Hasta aquí llegaste, amigo! —le dijo Henry apuntándole en dirección al corazón, en el pecho. Y Ferdinand, por un momento pensó que ese gusano estaba hablando completamente en serio, así que le pidió que se calmara y pensara todo lo malo que estaba haciendo y que tratara de enderezar su vida, ahora que todavía podía hacerlo.

—¡Por supuesto que no lo haré! —le contestó muy convencido el tipo—. ¡Además, ya es muy tarde para eso! —concluyó Henry al mismo tiempo que le quitaba el seguro a la pistola para tenerla lista y disparar cuando él lo decidiera.

Justamente en ese momento, cuando el infeliz estaba a punto de disparar a Ferdinand, el espíritu fantasmagórico y desfigurado de Marjorie se presentó de nuevo ante Henry y se colocó enfrente de él. Esto hizo que se asustara una vez más al tenerla ahí mirándolo con el rostro completamente enojado. Dio entonces unos cuantos pasos hacia atrás, sin darse cuenta que en el suelo, detrás de él, había una zanja profunda con una pala con picos dentro esperando a enterrar al próximo cuerpo; que por cierto, resultó ser él mismo, pues no se percató del gran orificio que tenía ahí, detrás de él. Cuando se dio cuenta quiso regresar moviendo los brazos para el frente, pero ya era demasiado tarde. Resbaló y cayó hasta el fondo del agujero y se enterró la pala de picos por detrás de la espalda, los cuales, le salieron por el pecho. Esto hizo que muriera instantáneamente.

Ferdinand, mientras tanto, contempló atónito lo que acababa de sucederle a Henry, y cuando se acercó para ver dentro de la zanja y ver si todavía se encontraba vivo, se dio cuenta que Henry había muerto y que el alma de Marjorie había desaparecido de pronto.

A él nos unimos Stephanie y yo por unos segundos más y contemplamos el cuerpo de Henry ya sin vida; del que había sido el culpable del estado actual de mi hermana.

CAPITULO XXV

Siempre conmigo

Después de un rato la policía llegó, y fue entonces que le explicamos al comandante todo lo que había sucedido y le entregamos las pruebas y las fotografías que Marjorie había guardado para responsabilizar por esos actos tan atroces a Henry y a toda su pandilla de delincuentes.

El comandante nos hizo saber que era una pena por lo que estaba pasando en este momento mi hermana, y seguía todavía sorprendidísimo por el gran parecido que teníamos Marjorie y yo. Concluyó diciéndonos que mi hermana había sido una de sus mejores policías, como nunca antes había tenido en la academia, ya que siempre había demostrado ser muy intuitiva y muy acertada en todo lo que decía en los diferentes casos.

—Es una pena que ahora se encuentre en coma, internada en ese hospital, no sé ya por cuanto tiempo —nos dijo con un poca de tristeza en sus palabras, pues entre sus planes también nos comentó que había pensado muy seriamente en meter a Marjorie como detective privada con él, a su lado, pero que eso ya lo veía ahora demasiado lejano en su estado.

—Mucho gusto, niña —me dijo cordialmente el comandante—. Fue un placer conocerte.

—Igualmente, señor —le dije al comandante.

—Me hubiera encantado que hubieses conocido lo increíble y maravillosa que era tu hermana cuando todavía estaba consiente.

—A mí también, señor —le contesté en un tono un poco triste, y luego me despedí de él estrechando agradecida su mano por sus hermosísimas palabras. Luego, de inmediato me soltó, pues supongo que tenía un millón de cosas por

hacer. Después lo perdimos de vista y nos dirigimos al hospital para ver y conocer de cerca, ahora sí, a mí adorada y querida Marjorie.

Ya en el hospital, estábamos todos juntos, tanto algunos de sus compañeros de la academia como nosotros, esperando a que saliera el médico de revisar a mi hermana y nos diera su pronóstico del día. Este, al fin salió y se acercó a nosotros. Nos dio muy pocas probabilidades de que mi hermana pasara siquiera esa noche con vida, cosa que puso muy triste a muchos, entonces, uno a uno pasaron y se despidieron, tanto sus compañeros de la academia como nosotros. Y por último, lo hizo Ferdinand, que aunque nunca tuvo el gusto de conocerla, se acercó a ella y le dio un tierno y sincero beso en la frente, como siempre hacía conmigo.

—Por favor —les dije con un nudo en la garganta al ver que su respiración apenas podía escucharse a través del aparato que tenía conectado. Y que decir de su mirada apagada, que solo reflejaba la paz y la tranquilidad que seguramente llevaba algunas semanas buscando—. Déjenme un rato para poder estar con ella a solas —les dije.

—¿Estás segura, Mimí? ¿No quieres que me quede un rato aquí, contigo, para acompañarte?

—No, de verdad —le dije a Fer, y luego le di un beso en la mejilla como muestra de agradecimiento por todo lo que había hecho por mí, y de alguna manera también, por mi hermana.

Al hacerlo, Ferdinand solo sonrió un poco por mi sincera muestra de afecto y luego, tanto él como Stephanie salieron de inmediato de la habitación y yo me quedé al fin a solas para conocer un poco más de cerca a mi querida hermana gemela.

Volteé a los lados para ver si podía encontrar alguna silla o un banco para poder sentarme cerca de ella y al hacerlo, fue inevitable dejar correr y correr las lágrimas que me salían sin parar ni por un instante.

—Pobrecita de mi hermanita —le dije tomándola delicadamente de una de sus manos, y después de eso le di un pequeño beso y recargué de igual manera suavemente mi cara sobre su frágil y débil mano.

—Qué bello hubiera sido haberte conocido y haber crecido contigo en todo este tiempo que estuvimos lejos una de la otra.

—¿Sabes? —continué hablándole un poco—. Mi vida hubiera sido tan diferente y tan bonita si nos hubiéramos tenido y conocido una a la otra. Y claro, quizás tampoco hubiera sufrido tanto ni me hubiera sentido tan sola —terminé de decirle. Luego simplemente me paré, y un impulso dentro de mí me

hizo querer acostarme ahí con ella para estar más cerca y sentirla ahí, dentro de la cama. Ya ahí, la abracé durante toda la noche y tampoco solté su mano, la cual tomé entrelazando mis dedos con los de ella. Al mismo tiempo pude sentir su muy débil corazón latir dentro de ella, como algún día hicimos juntas hace muchísimo tiempo atrás, cuando estuvimos creciendo y desarrollándonos en el vientre de nuestra madre materna, la cual, ninguna de las dos conocimos.

No sé realmente cuánto tiempo pasó, pero sí el suficiente, pues muy pronto llegó la mañana y pude sentir inmediatamente como los rayos del sol se escabullían por cada una de las persianas, cosa que hizo que me despertara, pues me molestaba demasiado el brillo que me pegaba directamente a la cara.

—¡Caramba! —exclamé sorprendida—. Me quedé dormida a lado de mi hermana toda la noche —me dije, pues al parecer y muy extrañamente nadie había entrado a revisarla ni una sola vez en la madrugada. ¿O sí lo hicieron y no quisieron despertarme? Y antes de que siguiera hablando y dijera cualquier otra cosa, volteé rápidamente a ver el rostro de mi hermana, pues sentí como si sus ojos de pronto se hubieran abierto y me miraran muy fijamente.

Milagrosamente y como si fuera algo casi imposible, los ojos de mi hermana empezaron a verme con un brillo especial y de igual manera los aparatos que se encontraban conectados a ella empezaron a sonar, así como sorpresivamente su ritmo cardíaco y sus signos vitales se empezaron a normalizar en las máquinas conectadas a ella.

—¡Alguien! —grité sumamente emocionada—, ¡por favor, que alguien venga rápido! —grité una vez más, pero ahora lo hice asomando la cabeza por la puerta de la habitación del hospital, por lo cual, una de las enfermeras me escuchó y habló de inmediato al doctor, que rápidamente entró. Y al mirarla, as, tan recuperada e inexplicablemente llena de vida... Se quedó completamente sorprendido de que hubiera despertado del coma y se limitó a exclamar que este era sin lugar a dudas *un verdadero milagro*.

Sin perder ni siquiera un segundo, ya dentro en la habitación, el doctor inmediatamente la revisó y le quitó el aparato de la nariz y de la boca para que pudiera respirar por ella misma. Y una vez más, y por lo sensible y emocionada que estaba en ese momento, comencé a llorar al ver a Marjorie como se quedaba mirándome con una gran sonrisa en su rostro, exclamando lo siguiente con completa alegría:

—¡Lo sabía! ¡Siempre lo supe! —volvió a repetir, y luego me tomó de las manos y ambas nos soltamos riendo. Yo un poco más fuerte, con alguna que otra carcajada, y ella solo un poco con su boca y mostrando expresión de

alegría en su cara.

Stephanie y Ferdinand llegaron casi corriendo y entraron a la habitación, pues una de las enfermeras había corrido a avisarles de lo sucedido y al vernos ambos tan contentas, pero sobre todo a Marjorie con los ojos abiertos, también empezaron a reír. Y desde ese entonces, nunca jamás, ninguno de nosotros paró de hacerlo.

Después de casi un mes de la salida de mi hermana del hospital, todos excepto Fer nos quedamos el tiempo necesario en Irlanda para cuidar y atender como se debía a mi amada hermana, que con el tiempo logró mejorar por completo. Entonces, al verla así de recuperada decidí regresar de nuevo a mi casa en Estados Unidos, pero no para quedarme por mucho tiempo, ya que tenía primero que hacer unas cuantas visitas, entre ellas la de ir a visitar a mi madre para pedirle que me explicara unas cuantas cosas. Y cuando al fin lo hice, después de un viaje muy largo, como pocas veces había sentido, estando ya ahí, comencé a hacerle un millón de preguntas que tenía que esclarecerme para poder comprender mejor mi vida.

—¿Por qué, mamá? —le pregunté con un poco de resentimiento en mi corazón.

—¿Por qué nunca me dijiste que era adoptada? —volví a preguntarle notando que su rostro se congeló sin poder hablar por un momento.

—¿Pero cómo fue que lo supiste? —me preguntó ella, todavía un poco consternada.

—Supongo que eso ya no importa en lo absoluto, pero ¿sabes? Lo que menos te perdono es que nunca antes me hayas dicho que tengo una hermana gemela.

—¿Cómo? —volvió a responder, como si realmente no supiera absolutamente nada del tema.

—¿Tienes una hermana gemela? —me preguntó completamente sorprendida, como si realmente no supiera nada de lo que le estaba contando.

—¡Espera, no entiendo! —le dije demasiado sorprendida para ser sincera—. ¿Tú tampoco lo sabías entonces, madre?

—¡No! ¡Te lo juro que no! —me contestó; notando yo una profunda sinceridad en sus palabras.

—¿Sabes? Miranda, cuando tu padre y yo te adoptamos, yo ya llevaba muchos años intentando tener hijos propios con él, pero los doctores me hicieron saber una y otra vez que eso iba a ser imposible, o al menos no iba a suceder por un largo tiempo, hasta que me sometiera a un intenso tratamiento

de fertilidad, el cual sí hice, para así algún día tener nuestros propios hijos y criarlos. Pero eso no terminó ahí; así que un día en mi desesperación por no poder tener ya en nuestras manos a un bebito viviendo con nosotros en la casa, nos dirigimos entonces a una casa hogar de niños, pero ahí nunca nos dirigieron que tenías una hermana gemela. ¡Te lo juro, hija! Ya sé que te va a doler esto que a continuación te voy a decir, pero al parecer, de ahí mismo, de la casa hogar, te recogieron porque te habían dejado desprotegida afuera de una pequeña iglesia.

—¿En una iglesia? —le pregunté muy confundida a mi madre.

Pues, al parecer no nos habían dejado juntas. Y quizás, a mi hermana, al igual que a mí, la habían dejado también en algún otro lugar para que no hubiéramos sido una carga muy grande si nos hubieran encontrado juntas a ambas.

—Después, y como un milagro que tanto estuve esperando —siguió hablando mi madre—, me embaracé de tus otros dos hermanos. Y fue entonces y para no lastimarte, pues todavía eras muy pequeña, que nunca quise confesarte la verdad para que no te sintieras relegada ni lastimada nunca por la demás gente ni por tus hermanos.

—¡Como si eso hubiera servido de algo, madre! —le contesté con un poco de furia en mis palabras. Y ya, sin querer oír más, pues ahora podía entender perfectamente por qué nunca me había querido igual que a mis otros dos hermanos, simplemente salí y me dirigí a la otra que también había sido mi casa y empaqué todas mis pertenencias, que no eran muchas. Y simplemente me fui, así tal cual, me fui de esa ciudad para toda la vida, pero no sin antes ir a despedirme de unas cuantas personas. Empezando por mi maestra de pintura, que siempre se portó increíblemente conmigo, al igual que Ferdinand. Y luego, por último, y acompañada por cierto de él, fui a visitar al doctor Monroe, en quién había depositado toda mi confianza y mi vida. Sorprendido todavía al verme fuera del hospital psiquiátrico, le conté toda mi historia y le entregué también los diarios de Marjorie para que los leyera con calma. Después de un tiempo de haberlos leído todos, supe que el doctor Monroe dejó de ejercer por un tiempo y solo se dedicó a dar alguna que otra clase en la universidad y en alguna que otra escuela, pues su culpabilidad había llegado a tal grado que había entendido que pudo haber destruido por completo mi vida. Y eso nunca, pero nunca, lo pudo dejar con su conciencia ni su alma tranquila, pues, después de todo y por la decisión que tomó, estoy segura que sí me había tomado un poco o quizás mucho cariño el tiempo que estuvo tratándome.

Por último, y sin querer hacer mucho alarde de ello, permítanme decirles que triunfé en casi toda Europa con las exposiciones de mis pinturas, de igual manera mis esculturas se hicieron reconocidas en todas partes del mundo, pero lo que más me hizo feliz de ahí en adelante fue cuando regresé a Irlanda para estar para siempre a lado de mi hermana. Ferdinand también regresó un par de años después y cuando lo hizo me encontré con un Ferdinand completamente distinto al que había visto solo unos cuantos años atrás, pues ahora lucía muchísimo más maduro y mucho más varonil desde la última vez que lo había visto, además se encontraba un poco más embarnecido y ya no tenía ningún barro ni espinilla en su interesantísimo rostro.

Con el tiempo, Ferdinand me propuso matrimonio viviendo conmigo en Irlanda y después tuvimos, curiosamente, también hijos gemelos. Mi hermana inmediatamente se encariñó con ellos y solo un poco tiempo después ella también se casó y pudo tener los suyos propios; pero lo más importante de todo es que ella y yo nunca jamás volvimos a separarnos y vivimos hasta el último instante amándonos y disfrutándonos cada segundo, hasta el final de nuestras hermosas vidas.

Agradecimientos

Estoy casi segura de que alguna vez en la vida hemos pasado por momentos angustiantes, ya sea por alguna pérdida en particular, algún sueño destrozado que no pudo convertirse en realidad, o quizás nos topamos con alguien que nos rompió el corazón en la adolescencia, haciéndonos creer en ese momento que era el final de nuestras vidas. Yo, al igual que muchas otras personas, he experimentado dos o tres ejemplos de esta lista, pero tengo que reconocer que fue gracias a mi familia y a mis queridos amigos que pude salir triunfante de todo eso que me afligía. Y por tal motivo, les agradezco desde lo más profundo de mi corazón el que hayan estado ahí, SIEMPRE CONMIGO, alentándome y levantándome en cada caída que tuve en el transcurso de mi vida, ya que tengo que reconocer que no estoy del todo segura de haberlo podido lograr por mí misma y sin su ayuda. Así que no me queda más que agradecer a todos ellos por haber permanecido y seguir hoy en día a mi lado, disfrutando de su hermosa compañía.

«Cantaban las Musas que habitan las mansiones olímpicas,
las nueve hijas nacidas del poderoso Zeus.
Calíope es la más importante de todas,
pues ella asiste a los venerables reyes».

HESÍODO, *Teogonía*, 1-103



Caliope
editorial

Table of Contents

[Prólogo](#)

[CAPITULO I](#)

[CAPITULO II](#)

[CAPITULO III](#)

[CAPITULO IV](#)

[CAPITULO V](#)

[CAPITULO VI](#)

[CAPITULO VII](#)

[CAPITULO VIII](#)

[CAPITULO IX](#)

[CAPITULO X](#)

[CAPITULO XI](#)

[CAPITULO XII](#)

[CAPITULO XIII](#)

[CAPITULO XIV](#)

[CAPITULO XV](#)

[CAPITULO XVI](#)

[CAPITULO XVII](#)

[CAPITULO XVIII](#)

[CAPITULO XIX](#)

[CAPITULO XX](#)

[CAPITULO XXI](#)

[CAPITULO XXII](#)

[CAPITULO XXIII](#)

[CAPITULO XXIV](#)

[CAPITULO XXV](#)

[Agradecimientos](#)